

Hegemonía sexual Política, sodomía y capital en el surgimiento del sistema mundial

Christopher Chitty



Hegemonía sexual

Christopher Chitty

traficantes de sueños

Traficantes de Sueños no es una casa editorial, ni siquiera una editorial independiente que contempla la publicación de una colección variable de textos críticos. Es, por el contrario, un proyecto, en el sentido estricto de «apuesta», que se dirige a cartografiar las líneas constituyentes de otras formas de vida. La construcción teórica y práctica de la caja de herramientas que, con palabras propias, puede componer el ciclo de luchas de las próximas décadas.

Sin complacencias con la arcaica sacralidad del libro, sin concesiones con el narcisismo literario, sin lealtad alguna a los usurpadores del saber, TdS adopta sin ambages la libertad de acceso al conocimiento. Queda, por tanto, permitida y abierta la reproducción total o parcial de los textos publicados, en cualquier formato imaginable, salvo por explícita voluntad del autor o de la autora y solo en el caso de las ediciones con ánimo de lucro.

Omnia sunt communia!

historia

Omnia sunt communia! o «Todo es común» fue el grito colectivista de los campesinos anabaptistas, alzados de igual modo contra los príncipes protestantes y el emperador católico. Barridos de la faz de la tierra por sus enemigos, su historia fue la de un posible truncado, la de una alternativa a su tiempo que quedó encallada en la guerra y la derrota, pero que sin embargo en el principio de su exigencias permanece profundamente actual.

En esta colección, que recoge tanto novelas históricas como rigurosos estudios científicos, se pretende reconstruir un mapa mínimo de estas alternativas imposibles: los rastros de viejas batallas que sin llegar a definir completamente nuestro tiempo, nos han dejado la vitalidad de un anhelo tan actual como el del grito anabaptista.

Omnia sunt communia!

© 2020, Duke University Press.

La Licencia CC 4.0 atañe exclusivamente a la edición española que ha sido traducida y publicada con el permiso de la editorial original Duke University Press.

© 2023, de la edición, Traficantes de Sueños




creative commons


Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 España
(CC BY-NC-ND 4.0)


Usted es libre de:

 * Compartir - copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra

Bajo las condiciones siguientes:

 * Reconocimiento — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra).

 * No Comercial — No puede utilizar esta obra para fines comerciales.

 * Sin Obras Derivadas — No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra.

Entendiendo que:

* Renuncia — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor

* Dominio Público — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia.

* Otros derechos — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:

- Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior.
- Los derechos morales del autor
- Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.

* Aviso — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra.

Primera edición en inglés: *Sexual Hegemony, Statecraft, Sodomy, and Capital in the Rise of The World System*, Durham / Londres, Duke University Press, 2020.

Primera edición en Traficantes de Sueños: septiembre de 2023.

Título: Hegemonía sexual. Política, sodomía y capital en el surgimiento de sistema mundial

Autor: Christopher Chitty

Editor: Max Fox

Traductor: Javier Sáez del Amo

Maquetación y diseño de cubierta:

Traficantes de Sueños

Traficantes de Sueños

C/ Duque de Alba, 13

28012 Madrid

Tlf: 915320928

editorial@traficantes.net

ISBN: 978-84-19833-05-1

Depósito legal: M-21466-2023

Hegemonía sexual

Política, sodomía y capital en el
surgimiento del sistema mundial

Christopher Chitty

Traducción
Javier Sáez del Álamo

historia
traficantes de sueños

ÍNDICE

Prefacio. Max Fox	13
Introducción. Christopher Nealon	21
Primera parte. Hegemonías del capitalismo histórico	43
1. Homosexualidad y capitalismo	45
Realismo queer	51
La contingencia y la historia de la homosexualidad	57
Descripción general del argumento	66
2. La sodomía y el gobierno de las ciudades	77
Lorenzo de Médici, o las plazas de Florencia	77
3. La hegemonía sexual y el sistema mundo capitalista	119
Richard Burton, o las ciudades portuarias	119
Guillermo de Orange, o las capas bajas	141
4. Homosexualidad y hegemonía burguesa	165
<i>Les enfants de Sodome</i>	165
<i>L'amour antiphysique</i> y el pensamiento de la Ilustración	174
El Campo de Marte	186
Richard Jennings o la epistemología del armario de los monos	188
La sexualidad europea en la <i>longue durée</i>	193
El desarrollo de la modernidad sexual	201

Segunda parte. La homosexualidad y el deseo de historia	209
5. Historizar la historia de la sexualidad	211
La homosexualidad como libertad humana	211
La historia gay y/como discurso de derechos	220
La contradicción de Foucault	224
La explicación constructivista de la homosexualidad y del capitalismo	235
El deseo homosexual por la historia	241
6. La homosexualidad como categoría de la sociedad burguesa	247
La industrialización y la burguesía dominante	247
Formas mórbidas de disolución normativa	256
Una comunidad imaginada de homosexualidad	265
Interregno	278

Prólogo

Max Fox

El siguiente texto supone un valioso recuerdo y también una amarga pérdida. Aunque es una obra académica emocionante e innovadora, está incompleta y repleta de promesas que ya no podrán escribirse. Recopilado y editado a partir de borradores recuperados después de la temprana muerte de su autor, el texto presenta las innovaciones teóricas que Christopher Chitty estuvo elaborando a lo largo de su carrera académica, con la esperanza de que sus ideas puedan compartirse y animar a otras personas a recoger los frutos de sus descubrimientos.

Después de su muerte en la primavera de 2015, se me concedió acceso a lo que su familia y amistades pudieron recopilar de sus archivos digitales: primeros borradores de capítulos, artículos presentados como trabajos durante sus estudios, notas para mejorar o para investigar más a fondo, investigaciones que había realizado pero que no había incorporado en un texto... ese tipo de cosas. Pregunté a amigos y colegas si tenían copias de artículos que yo no conocía y transcribí presentaciones de conferencias en mp3 que afortunadamente los archivistas habían guardado digitalmente. Con mucho dolor, busqué entre mis propios correos electrónicos los borradores de los artículos en los que habíamos intentado colaborar, pero que no habíamos terminado (uno, ahora me sorprende recordarlo, era una reseña de un libro de Foucault publicado recientemente titulado *Speech Begins after Death*¹), con la esperanza de

¹ Este libro de la entrevista de Claude Bonnefoy a Michel Foucault fue publicado por Ediciones Cuatro en 2012 con el título *Un peligro que seduce*, y por Interzona en 2018 con el título *El bello peligro*. [N. del T.]

no tener que mirar demasiado el último correo electrónico que le envié, una invitación a la proyección de la película de un amigo, que es donde yo estaba cuando me dieron la noticia.

Christopher Chitty era un joven brillante, académico y activista, dotado de una mente y de una capacidad de observación excepcionales, muy querido por una comunidad realmente amplia. Estaba a punto de terminar su doctorado en el programa de Historia de la Conciencia en la Universidad de California, Santa Cruz, cuando se suicidó. Su tesis doctoral, recogida póstumamente con el título *Hegemonía sexual, las primeras repúblicas modernas y la cultura de la sodomía*, fue un ambicioso intento de reflexionar sobre el fracaso de la liberación sexual «devolviendo la historia de la sexualidad a una historia de la propiedad», tal y como él lo expresó, vinculando el relato de la teoría de los sistemas mundo sobre la transición del feudalismo al capitalismo con los avances en el estudio de la sexualidad tras la gran influencia de Foucault.

Chitty estaba convencido de que el surgimiento histórico de culturas de erotismo entre hombres, como un problema dentro de las políticas burguesas, ocultaba un aspecto clave de una nueva forma de gobierno de estas políticas: la hegemonía sexual. La hegemonía sexual, en sus palabras, «existe cuando las normas sexuales que benefician a un grupo social dominante determinan la conducta sexual y la propia percepción de otros grupos, independientemente de que estos grupos se beneficien o no de dichas normas, o independientemente de que las cumplan». Estos grupos no eran comunidades definidas por la identidad sexual, una categoría cuya historia él intentaba explicar, sino por las clases sociales. Aunque Chitty utilizaba este concepto para analizar una serie de formas sociales premodernas, lo más importante es que el concepto de hegemonía sexual le permitió historizar la sexualidad como tal. Para él, «la sexualidad solo podría convertirse en un problema para las sociedades en las que las comunidades de productores han sido separadas de sus medios de producción» porque esta separación «desvincula la reproducción biológica de la reproducción de la propiedad» de tales medios.

Siguiendo en gran medida el planteamiento de Giovanni Arrighi en *El largo siglo XX*, Chitty buscó evidencias del vínculo entre la hegemonía sexual y la forma social en la represión de las culturas públicas de sodomía masculina en los cuatro centros hegemónicos de Arrighi:

Floencia, Ámsterdam, Londres y Nueva York, y añadió París por su papel en el desarrollo del Estado burgués. Descubrió que a los periodos de financiarización (que, en opinión de Arrighi, señalan el declive de un centro hegemónico y el ascenso del siguiente) siguieron periodos de mayor vigilancia de la homosexualidad. Esto le permitió argumentar que la homofobia no es un prejuicio atemporal o religioso que está siempre ahí, a la espera de cualquier momento arbitrario para estallar; en realidad, el problema de la homosexualidad masculina representa la forma adoptada por una contradicción o antinomia política particular en la sociedad burguesa, una forma que las crisis económicas pueden alimentar, pero que no se puede desactivar sin un antagonismo político impredecible. Su postura se puede resumir en el siguiente pasaje:

En resumen, la sexualidad humana no es solo maleable e histórica; de hecho, en ciertos momentos de la historia, estas transformaciones de la naturaleza humana fueron centrales para las fuerzas de producción y para ciertos objetivos de la política. El problema de la hegemonía sexual consiste en saber si la atracción entre personas del mismo sexo, la solidaridad y los vínculos eróticos, como tales, suponían una amenaza a relaciones de fuerza particulares, lo que requería su neutralización, y también saber qué relaciones de fuerza en una determinada coyuntura permitieron su represión, o permitieron que esos vínculos existieran sin verse afectados. Estas consideraciones tienen poco que ver con una «fobia» o un «pánico», independientemente del contexto político e institucional; tienen que ver con un proceso de desarrollo desigual en el que grupos dominantes, que vieron la regulación y la represión sexual como algo que les beneficiaba, intervinieron en estas relaciones de fuerza para efectuar tales transformaciones.

Esta fue la idea que elaboró en sus textos. Está claro, sin embargo, que en el momento de su muerte Chitty todavía era ambivalente acerca de la forma que debía tomar su argumento en última instancia. Redactó una y otra vez el capítulo sobre el norte de Italia, a veces reforzando su aparato teórico, a veces desarrollando escenarios que implicaban un trabajo más argumentativo, a veces deteniéndose para realizar un análisis de una pintura o de una novela florentina. Los capítulos posteriores también ampliaron y redujeron su alcance a lo largo de varias revisiones, a veces dilatando los antecedentes inmediatos de la identidad gay de la posguerra en el periodo de la hegemonía estadounidense —cuyas

coordinadas describían los límites del movimiento de liberación gay que ocupó gran parte de su pensamiento— y, a veces, profundizando en debates historiográficos posteriores. Encontré resúmenes de capítulos que planteaban secciones completamente nuevas o inquietudes que evidentemente nunca se escribieron o que, tal vez, simplemente no pude encontrar. Un amigo me dijo recientemente que lo último que Chris le comentó sobre el proyecto fue que había escrito una nueva introducción y que estaba replanteando todo el proyecto como algo «elegante», algo que, Dios los bendiga, los manuscritos que nos dejó decididamente no eran.

Sin embargo, al compilar este texto, traté de condensar la exposición de su pensamiento. Dado que fue escrito como su tesis doctoral y no como un libro para una publicación más general, había muchos pasajes destinados principalmente a demostrar su conocimiento de la bibliografía. Él lo tenía. Atento a la larga tradición de filosofía política de la que surgieron sus innovaciones, Chitty fue un lector insuperable de Foucault, así como un lector minucioso de Marx, cuya obra conocía como pocas personas. En un artículo presentado en una conferencia en 2013, en el contexto de un análisis de los «pecados» de Foucault frente a la formación intelectual de la teoría queer que surgió inspirada por este, Chitty observa irónicamente acerca de sus dos pensadores emblemáticos algo que podría describir igualmente su propio enfoque:

Foucault leyó *El capital, volumen I*, y lo leyó con mucho cuidado (definitivamente un pecado). Utilizo aquí el término *pecado* de forma un tanto jocosa pero, teniendo en cuenta cómo Foucault fue atacado por Sartre por ser «el último baluarte que la burguesía puede erigir contra la revolución», y considerando todas las críticas superficiales de los izquierdistas por carecer de cualquier tipo de teoría de la praxis revolucionaria o de algo parecido, es irónico que la propia conceptualización de la historia que hace Foucault como un proceso sin sujeto se derive nada menos que del propio Marx. Estoy sugiriendo que es un poco peligroso, en algunos círculos del marxismo, leer *El capital* cuidadosamente.

Chitty continúa leyendo *El capital* cuidadosamente, proponiendo una equivalencia entre la explicación de Marx de la subsunción real del

trabajo en el capital y el «umbral biopolítico de la modernidad» de Foucault, en el que la sexualidad juega un papel central. Pero la *Historia de la sexualidad* de Foucault, argumenta, omitió la mayor parte de lo que era necesario para que la sexualidad burguesa moderna se consolidara históricamente y gran parte del texto publicado aquí representa el gran esfuerzo de Chitty por corregir los errores que, a sabiendas o no, Foucault había permitido que se consolidaran en algo así como un dogma, tanto dentro del estudio de la sexualidad como, negativamente, dentro de los tratamientos más marxistas del gobierno burgués que no abordan la sexualidad como uno de sus componentes clave. He tratado de combinar, a partir de sus borradores, solo aquellos pasajes que exponen de manera más clara lo que es convincente de este argumento, de una forma que respeta la arquitectura que él aparentemente mantuvo intacta a lo largo de las muchas revisiones.

Esto ha significado eliminar capítulos enteros, aun cuando me angustie imaginar que nadie más los leerá. Pero esto no es simplemente una colección de documentos dedicados a su memoria, destinados a ser de interés solo para quienes lo conocieron. Su logro intelectual es singular y merece ser presentado como tal, aunque no sobreviviera a sus compañeros e interlocutores que lo aman y lo extrañan; además su pensamiento es fácil de leer y es productivo, aunque su exposición completa sea ahora imposible.

Mientras trabajaba para reconstruir este texto, lo abordaba como lo haría un editor, antes que como un académico. Esto significa, en general, que he privilegiado la coherencia argumentativa, más que, digamos, su solidez histórica o teórica, la cual he tenido que dejar en manos del material que él mismo reunió. Rastree casi todas sus fuentes y pude verificar su precisión (o corregir sus citas), pero por él, por mí o por nuestras limitaciones, habrá errores cuya responsabilidad compartimos. Cuando se desviaba de lo que pude encontrar en el registro o redactaba algo de una manera que me parecía sospechosa, por regla general, lo reescribía lo menos posible para añadir mayor claridad y mantener su sentido inicial. Aún así, es imposible describir este trabajo como el que él mismo habría escrito o terminado exactamente. Era muy consciente de que, cada vez que intervenía en la página, no había nadie a quien pudiera consultar para validar mis elecciones editoriales, por lo que, en un sentido del que no puedo deshacerme del todo, esta también es mi

lectura, muy parcial, de su obra inacabada, así como un registro de mis propios intereses.

No obstante, fue Chris precisamente quien me enseñó a leer este tipo de textos. Lo conocí cuando yo era un estudiante universitario aún con poca formación, que buscaba reconciliar el deseo de tratar mi sexualidad, en tanto aspecto a la vez importante y ordinario de mi identidad, con el deseo de unirme a la tradición del debate intelectual sobre el capital que, en todo caso, trataba claramente la homosexualidad como algo sin interés. Chris fue un ejemplo brillante y estimulante de cómo hacer las dos cosas a la vez. Para mí representaba el conocimiento mordaz de un genio marica con una fuerza brutal, que arrasaba con todo. Al principio, me miró con los ojos muy abiertos y me habló del universo perdido construido por la liberación LGTB, que tenía un núcleo revolucionario, pero cuya derrota a través de la contrainsurgencia biopolítica había dejado un trauma sin procesar entre l*s supervivientes y había instaurado una clase de ideólogos cuya función era justificar su traición a este pasado. Yo conocía este mundo, pero no su promesa, y había sentido las energías letales de sus usurpadores sin saber a qué fines estaban sirviendo. Pero Chris tenía el don del historiador de Benjamin para «avivar la chispa de la esperanza en el pasado» y me convenció de que ni siquiera los muertos están a salvo.

En última instancia, tampoco él lo estaba. Al aferrarme a él y a su proyecto, tratando de salvarlo al menos de desaparecer irremediablemente, sé que corro el riesgo de ponerme del lado del mundo que tanto lo lastimó. Cuando le digo a la gente en qué he estado trabajando, tengo que armarme de valor contra la respuesta optimista pero desgarradora de que este proyecto es generoso o desinteresado. Mi temor, de hecho, es que publicar su obra inacabada lo exponga egoístamente a críticas y juicios que no pueda responder sobre un proyecto con el que no estaba satisfecho. Pero no podía dejarle ir; necesitaba que su intelecto existiera más allá de mi experiencia privada y sé que no soy el único que se siente así. Y cuando estaba sumergido en su trabajo, tratando de imponer algún orden en los borradores sin fecha, no pude evitar maravillarme de lo que ya había logrado.

Inevitablemente, el siguiente texto se limita a una reconstrucción de lo que pudo haber sido esta obra. Si Chitty hubiera vivido para

terminarlo, el proyecto podría haber adoptado una forma completamente diferente. Su planteamiento presupone la existencia de líneas históricas igualmente ricas que corresponden a otros momentos en la sucesión de las hegemonías sexuales; muchas de esas fuentes documentales y narraciones ya se conocen, pero él no las había revisado en su análisis. Quedan omisiones que parece esperaba completar tras haber establecido esta arquitectura teórica; en particular, en mi opinión, qué hacer con la suposición de que los conceptos de raza y género, que también son históricamente contingentes y que están articulados, se mantendrán estables precisamente en estos momentos en que, como la sexualidad, están cruzando el «umbral biopolítico de la modernidad» y asumiendo su forma más conocida. Pero su idea central —la naturaleza del vínculo entre la hegemonía sexual y la forma social del gobierno burgués— aparece de forma suficientemente constante y consistente a lo largo de las diversas versiones de este texto como para que me sienta seguro a la hora de presentar esta introducción a su proyecto intelectual, a fin de que la obra que él comenzó pueda continuar.

Introducción

Christopher Nealon

La obra de Christopher Chitty, *Hegemonía sexual*, nos ofrece una nueva forma de pensar sobre la historia de la sexualidad. Es principalmente un libro sobre la homosexualidad masculina, aunque tiene implicaciones para comprender formas de vida sexual mucho más allá de esa forma en particular. También es un libro sobre el papel de la vigilancia de la actividad homosexual en la época del surgimiento del capitalismo o, para ser más precisos, sobre el papel que desempeñaron las clases que se convertirían en la burguesía moderna en el uso estratégico de la «sodomía» como un arma en una lucha contra la aristocracia que esperaba desplazar, y también contra las clases campesina, proletaria y lumpen, cuya capacidad de trabajo necesitaba administrar.

Hegemonía sexual está construido con una notable sofisticación teórica y metodológica, y su estructura tiene una complejidad nacida tanto de su ambición como de su carácter inacabado, pero en el fondo cuenta una historia sencilla. El libro rastrea la historia del desplazamiento de hombres jóvenes de las formas de vida campesinas mediterráneas en la transición al capitalismo, prestando especial atención a cómo estos hombres fueron parcial e inestablemente absorbidos por una serie de nuevas relaciones sociales, especialmente como aprendices en las ciudades, y por el trabajo en el mar en la época de su gran expansión. Chitty sugiere que estas formas de absorción fueron siempre imperfectas e implicaron el peligro constante de lo superfluo y lo inútil para los hombres que habían sido conducidos a ellas. Y argumenta que estas formas tempranas de proletarianización no solo determinaron lo que los historiadores de periodos posteriores vendrían a considerar como «la homosexualidad de la clase trabajadora», sino que también se convirtieron en

el centro de proyectos políticos que continúan influyendo en la sexualidad hasta el presente.

Para elaborar este argumento, Chitty se basó en una serie de recursos teóricos que, curiosamente, a primera vista, parece que no abordan la sexualidad en absoluto. También desarrolló un marco narrativo que abarca periodos históricos distintos, en cuanto a sus límites disciplinarios. Me gustaría comenzar resumiendo el marco teórico, para luego abordar lo que tiene de especial la narrativa histórica de Chitty, pasando a hacer algunas observaciones sobre la política que se deriva de este proyecto; finalmente, aportaré una breve reflexión sobre el trabajo que deja sin terminar *Hegemonía sexual* y el tipo de obras que espero que pueda inspirar.

Como sugiere su título, *Hegemonía sexual* se basa en la obra de Antonio Gramsci, específicamente en los escritos de *Cuadernos de la cárcel*² que se refieren al proyecto burgués de gestionar poblaciones trabajadoras y lumpen potencialmente subversivas. Muchos lectores tendrán una visión funcional de la idea de Gramsci de la hegemonía como una especie de «poder blando» ideológico que es un complemento necesario de la fuerza sancionada por el Estado en el mantenimiento de las relaciones de clase capitalistas. Esta es, de hecho, la idea en la que se basa Chitty cuando sugiere que la manipulación de la acusación de sodomía en la Florencia de finales de la Edad Media, por ejemplo, fue precisamente una herramienta de este tipo de conflicto de clases. Pero Chitty va un poco más lejos, recurriendo a la idea de Gramsci de la importancia de la contradicción histórica a la hora de comprender cómo funciona la hegemonía. Es decir, Gramsci considera la contradicción como una colisión de fuerzas que ninguna clase puede controlar y como un material para la manipulación táctica (aunque imperfecta) por parte de una clase dominante. Para Chitty, el archivo de los juicios por sodomía florentinos puede verse como el registro de un innovador sistema de gestión de los conflictos, en el que tanto el contacto homosexual entre clases sociales, como dentro de la misma clase, podía perturbar el orden social: aprendices que intentaban vengarse de sus crueles maestros, o rivales políticos que buscaban desacreditarse mutuamente, podían recurrir a las acusaciones de sodomía para provocar el conflicto o sacarlo a la luz. A partir del trabajo del historiador Michael Jesse Roque y de otros autores,

² Ed. cast.: Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, Madrid, Akal, 2023. [N. del T.]

Chitty señala que la diferencia de Florencia respecto de lugares como Venecia, donde el enjuiciamiento por sodomía significaba un castigo y una ejecución espectaculares, era que allí se empleaba un sistema de multas. Como dice Chitty, «La ciudad monetizó la sodomía» (p. 80). Al hacer esto, sugiere, la clase dominante de Florencia no solo se benefició de los continuos enredos sexuales entre los hombres de la ciudad, sino que también comenzó a desarrollar una forma de «hegemonía» que vinculaba las formas emergentes de «homosexualidad» con las relaciones de propiedad, mientras manipulaba todo ello de formas estratégicamente contradictorias: podía verse como un secreto a voces y a la vez silencioso, con un trasfondo de protección de la propiedad, incluso como un signo de privilegio, y también podía ser una escandalosa marca de desposesión; la marca de alguien que se ha portado demasiado mal como para participar en la extracción de riqueza, en el caso de la élite, o es demasiado rebelde como para merecer trabajar, en el caso del proletario.

Nos encontramos ya aquí en un territorio novedoso e importante: la homosexualidad se replantea en términos de relaciones de propiedad, y las relaciones de propiedad se entienden no solo en términos de una acumulación lineal de riqueza, o como el antagonismo estático entre dos clases antiguas y parecidas, sino como la circulación de mano de obra y de formas tempranas de capital impulsada por contradicciones, a las que se bloquea o se da acceso, tanto en la competencia entre élites como en las luchas por la supervivencia del mercado laboral. En su introducción al libro, Chitty sugiere que recurrir a esta versión particularmente abierta de la hegemonía de Gramsci tiene implicaciones sobre cómo pensamos la categoría de lo «queer». Refiriéndose a su método como un «realismo queer» que no es ni utópico ni melancólico, Chitty escribe:

El realismo queer se inspira en la idea de un «marxismo abierto», inspirado no tanto en principios ortodoxos restrictivos como en la forma en que Antonio Gramsci y otros autores han tratado de relacionar el desarrollo de las relaciones y fuerzas de producción con el desarrollo cultural, y viceversa. En sus *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci argumenta que el significado filosófico de Marx (y de Maquiavelo) era concebir la política como algo que funciona con principios y reglas distintos a los de la religión y la moralidad. Los príncipes hacen uso de las religiones cuando les es favorable hacerlo, y las abandonan cuando ya no lo es. (p. 54)

Este despliegue práctico y táctico del escándalo, sugiere Chitty, puede llevarnos a una historia de la homosexualidad que asume una «homofobia» transhistórica que reprime una homosexualidad oculta que, sin embargo, al final triunfa. Vinculando la homosexualidad con las relaciones de propiedad, y viendo las relaciones de propiedad como impulsadas por la contradicción, escribe:

Lo «queer» puede así reformularse como una categoría descriptiva más limitada, que indica la falta de esta adquisición de estatus: muestra cómo las normas de género y de sexualidad se debilitan, se dañan y se reafirman en condiciones de crisis sociales, políticas y económicas generalizadas y locales. Lo queer implicaría entonces un proceso contradictorio en el que esas normas son simultáneamente desnaturalizadas y renaturalizadas. En lugar de suponer una apertura utópica de estas lógicas hacia un movimiento de autotransformación, lo queer describiría formas de amor e intimidad con un estatus social precario al margen de las instituciones de la familia, la propiedad y la pareja. (p. 53)

Lo queer como marginalidad será algo familiar para l*s lectores de la teoría queer de los últimos veinte años; la diferencia crucial aquí es el sentido bidireccional del movimiento histórico que plantea Chitty: en el libro va a argumentar más adelante que las normas pueden volverse más débiles y más fuertes, por turnos, o a la vez, en diferentes lugares, y su idea de que este movimiento contradictorio es atribuible a condiciones de «crisis social, política y económica local y generalizada».

Esto nos lleva a otra de las coordenadas teóricas e históricas de Chitty, que es el conjunto de obras conocido como la teoría de los sistemas-mundo. Chitty hace un uso particularmente innovador de la obra del economista e historiador Giovanni Arrighi, cuyo libro de 1994, *El largo siglo XX*,³ se ha demostrado muy influyente en la periodización de la crisis capitalista. Al vincular el intento de Gramsci de comprender la hegemonía de clase con la investigación de los teóricos del sistema mundo sobre la dinámica de la crisis capitalista, Chitty abre la posibilidad de nuevas periodizaciones en esta historia de la sexualidad, así como nuevas visiones políticas sobre la misma. Para Arrighi, la «hegemonía» nombra la dinámica mediante la cual,

³ G. Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Nueva York, Verso, 2010 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 2014].

desde el siglo XV, la acumulación de capital ha sido organizada por medio del predominio de cuerpos político-económicos únicos, que se han sucedido a lo largo de una serie de «largos siglos» —o, como él dice, de «ciclos de acumulación»—. El esquema histórico que Arrighi traza para esta sucesión va cronológicamente desde una hegemonía «genovesa-ibérica» (en los siglos XV-XVII) a una holandesa (de finales del siglo XVI a finales del XVIII), luego a la británica (de mediados del XVIII a principios siglo XX) y finalmente el dominio estadounidense (de finales del siglo XIX hasta el pasado reciente).⁴ Cada ciclo es más amplio a nivel mundial que el anterior.

La transferencia de este poder sobre la acumulación de una hegemonía a otra implica, para Arrighi, un punto de inflexión en el que la rentabilidad de la expansión material alcanza un límite coyuntural: hay mucha más infraestructura en la que invertir; y hay muchos más productos básicos clave para vender a unos mercados saturados. Esto lleva a la potencia hegemónica, y al sistema organizado a su alrededor, de la expansión material a la expansión financiera, es decir, a la especulación sobre las futuras posibilidades materiales. Dichos periodos de financiarización son políticamente inestables (como hemos visto, desde 2008), y para Arrighi han marcado históricamente el comienzo de una transferencia de poder de una hegemonía a la siguiente, generalmente en medio del «caos en todo el sistema» y de la guerra.⁵

La genial intuición de Chitty es preguntar: si la historia de la producción capitalista se ha estructurado de esta manera, ¿cómo es la reproducción capitalista en esos periodos? Esta pregunta estructura el curso histórico inusualmente ambicioso de *Hegemonía sexual*, que recorre casi toda la narrativa arrighiana comenzando con un estudio de la dinámica de clase social de los juicios por sodomía en la Florencia del siglo XV, pasando por las ciudades holandesas del siglo XVII y luego por el París revolucionario y del siglo XIX, para terminar reflexionando sobre el predominio y los límites de las políticas de la identidad LGTB al estilo estadounidense de finales del siglo XX. Debido a que muchos

⁴ Beverly J. Silver y Giovanni Arrighi, «End of the Long Twentieth Century» en Craig Calhoun y Georgi Derlugian (ed.), *Business as Usual: The Roots of the Global Financial Meltdown*, Nueva York, New York University Press, 2011, pp. 53-68

⁵ Silver y Arrighi, «End of the Long Twentieth Century...», p. 65.

estudios sobre la historia de la sexualidad han seguido un enfoque de la modernidad que difiere de la historia que describe Arrighi, es casi imposible para Chitty no analizar el carácter político de la sexualidad en la Francia revolucionaria, en sí misma fuente de muchos de nuestros relatos históricos sobre el nacimiento de la modernidad. Pero su interés, incluso allí, está en la cuestión de qué presiones podrían estar determinando la reproducción social, y a través de ella, la sexualidad, en periodos de crisis político-económica.

Fue muy productivo para Arrighi interpretar la «hegemonía» en términos de relaciones entre Estados, pero *El largo siglo XX* no se centra principalmente en la dinámica de clase intranacional de la «hegemonía» en el sentido de la obra original de Gramsci. Tampoco se centra en las formas de vida campesinas que impulsaron la transición al capital y que este alteró con tanta intensidad. Para entender todo esto Chitty recurre al historiador Fernand Braudel, cuyo trabajo pionero sobre el surgimiento del capitalismo en la cuenca mediterránea también es una fuente clave para Arrighi. Siguiendo a Braudel, Chitty aísla un momento clave en la transición al capitalismo en el mundo mediterráneo de los siglos XII al XV por su importancia para la reproducción social (un «momento» tan largo es típico de la Escuela de los Annales de historia de la civilización, a la que Braudel contribuyó en sus métodos esenciales). Este periodo es trascendental para Braudel, en parte porque implica una enorme reestructuración de los estilos de vida campesinos y agrícolas. Braudel elabora su historia con una historiografía en capas que superpone los descubrimientos de archivo sobre la vida cotidiana con la transformación de la civilización a largo plazo. En otro salto intuitivo notable y ambicioso, Chitty aprovecha las posibilidades que ofrece esta historiografía en capas para buscar sus implicaciones para una historia de la homosexualidad que había sido dejada de lado por las investigaciones de los Annales. Para Chitty, el incremento en la extensión y complejidad de la manufactura textil del área mediterránea que analizan Braudel y otros autores es importante porque genera una separación de las formas campesinas de producción que es también una separación de sus formas de reproducción. Como él dice:

La producción de una condición sin propiedad es el factor decisivo en la transición de la producción económica centrada en el dominio, el

matrimonio reproductivo y la comunidad agrícola a una basada en relaciones impersonales mediadas por el mercado en pueblos y ciudades. La obligación de producir para un empleador o para el mercado es una forma de vida que produce excedentes, lo que conduce a un mayor desarrollo de las fuerzas productivas. Es una forma de vida que surgió en la periferia de la propiedad campesina, una población superflua en cuanto a herencia y tierra. (p. 199)

Para Chitty, es esta separación de la producción y la reproducción, junto con las formas de migración y movilidad que generan, lo que nos da la matriz de la sexualidad moderna:

Sexualidades alternativas o queer [...] aparecieron en los intersticios de las relaciones de propiedad transformadas, a través de los desplazamientos de población del campo y la subsiguiente concentración de aquellos trabajadores que eran superfluos para la producción agraria en los centros urbanos, así como dentro de las instituciones que intentaron administrar o capturar estos excedentes de población —fábricas, asilos, ejércitos permanentes, aparatos policiales y punitivos, flotas navales y mercantes, y territorios coloniales—. (pp. 196)

El cambio en este párrafo —de una atención a lo queer en relación con la propiedad, inicialmente, a un énfasis en lo queer en relación con instituciones y escenarios que podríamos entender como yacimientos para el trabajo— apunta a la otra coordenada teórica de Chitty: la obra de Michel Foucault. Sin duda, a los lectores de Foucault les serán familiares algunos aspectos del pasaje anterior (las referencias a la vigilancia y el castigo, por ejemplo) y Chitty fue un lector cuidadoso y profundo de Foucault. Pero las diferencias son cruciales. En *La historia de la sexualidad, vol. 1*, Foucault plantea que las identidades sexuales, incluidas las precursoras de aquellas que ahora consideraríamos como «alternativas» o «queer», aparecen como resultado del surgimiento de la ciencia sexual, que en sí misma es un producto del continuo intento de la burguesía histórica de desplazar formas más antiguas y aristocráticas de autoridad y organización. Dado que Foucault se centra en desarrollar una teoría del poder que es inmanente a las relaciones sociales, en lugar de simplemente elaborar una teoría del poder como el ejercicio de la fuerza por parte de los gobernantes sobre los gobernados, es importante destacar que él diferencia este proyecto burgués de ciencia sexual de la

simple represión o dominación. La ciencia sexual era parte del intento de esa clase social de definirse claramente a sí misma, la «autoafirmación de una clase en lugar de la esclavitud de otra».⁶

Foucault contrapone específicamente esta idea a lo que —según él— sería una visión marxista de la disciplina, es decir, la disciplina burguesa de los trabajadores:

Si se escribe la historia de la sexualidad en términos de represión y si se refiere esa represión a la utilización de la fuerza de trabajo, es preciso suponer que los controles sexuales fueron más intensos y cuidadosos cuando se refirieron a las clases pobres; se debe imaginar que siguieron las líneas de mayor dominación y de la explotación más sistemática: el hombre adulto, joven, que no poseía sino su fuerza para vivir, debería ser el primer blanco de una sujeción destinada a desplazar las energías disponibles desde el placer inútil hacia el trabajo obligatorio. Pero no parece que las cosas hayan sucedido así. Al contrario, las técnicas más rigurosas se formaron y, sobre todo, se aplicaron en primer lugar y con más intensidad sobre las clases económicamente privilegiadas y políticamente dirigentes. La dirección de las conciencias, el examen de sí, toda la larga elaboración de los pecados de la carne, y la localización escrupulosa de la concupiscencia, fueron otros tantos procedimientos sutiles que no podían ser accesibles sino a grupos restringidos.⁷

Esta es una historia contraria a la intuición, o al menos inesperada. Y no es necesariamente antimarxista. Pero es fácil imaginar un rechazo marxista de este pasaje; esta respuesta sería: no, la burguesía realmente disciplinó primero la sexualidad de los trabajadores. Otra respuesta marxista a la idea contraria a la intuición de Foucault podría ser que esta historia de autoexperimentación burguesa, que luego se extiende a las clases trabajadoras, deja de lado algo demasiado importante como para ser ignorado, que es una historia de las sexualidades de la clase trabajadora, al menos semiautónomas, que existían en la periferia del mundo burgués, a veces desafiándolo. La primera respuesta consistiría en insistir en la primacía intelectual, histórica y política de la explotación, en vez del «poder»; la segunda implicaría una insistencia en la

⁶ Michel Foucault, *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction*, trad. Robert Hurley, Nueva York, Vintage, 1990, p. 123 [ed. cast.: *Historia de la sexualidad, vol. 1. La voluntad de saber*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1995].

⁷ Foucault, *The History of Sexuality, vol. 1...*, p. 120.

importancia de reconocer los espacios y prácticas de libertad que se desarrollan dialécticamente a partir de esa explotación.

Chitty no toma ninguna de estas rutas (me dan ganas de decir que no muerde el anzuelo), porque su marxismo no está formado principalmente por un deseo de afirmar la primacía moral de las clases trabajadoras. Simplemente señala que debido a que Foucault hace de la burguesía su punto de partida, pasa por alto algo sobre la historia de la lucha de clases: «La teoría [de Foucault] del surgimiento de las categorías sexuales modernas se elabora asumiendo que la sexualidad burguesa es hegemónica, en lugar de explicar rigurosamente cómo llegó a serlo» (p. 231).

Cuando Foucault describe una transformación gradual de la indiferencia burguesa sobre la vida y la muerte de la clase trabajadora a una preocupación meticulosa por su salud y su bienestar, lo hace usando un lenguaje abiertamente funcionalista: la burguesía, por ejemplo, necesitaba poblaciones sanas para manejar maquinaria pesada y compleja.⁸ Aunque este lenguaje funcionalista tiene la ventaja de no permitir que la indignación moral impida hacer un análisis del conflicto de clases, tiene la desventaja de convertir en lineal la historia de ese conflicto. El proyecto de acumulación de capital no solo exigía la gestión de la salud de los trabajadores — después de mucho tiempo sin preocuparse por ella— con un simple, unidireccional o monolítico cambio de atención. Hasta el día de hoy, la acumulación de capital siempre ha estado en un flujo continuo, enfrentando a los trabajadores que trabajan, sin que la dirección se preocupe por su salud, con aquellos cuya salud es monitoreada y administrada, produciendo una clase trabajadora estratificada según la demanda, no de maquinaria, como de la competencia entre capitalistas que obliga en primer término al uso de maquinaria.

Lo que esto significa es que, aunque Chitty simpatiza claramente con la crítica que hace Foucault del poder como represión desde arriba, intenta abstenerse de contar la historia de la gestión burguesa de las poblaciones como la historia de un único cambio de época impulsado por nuevas formas de conocimiento técnico sobre el yo. Su sentido dialéctico de la historia sexual lo lleva a argumentar, en cambio, que la homosexualidad y sus manifestaciones, en tanto identidad reconocible,

⁸ *Ibidem*, pp. 166-68.

son inseparables de procesos de proletarización que influyeron incluso en las formas de homosexualidad practicadas por las élites. Esto tiene consecuencias políticas. Como deja claro la última parte de *Hegemonía sexual*, Chitty comparte con Foucault el escepticismo de que la «homosexualidad» moderna sea innatamente izquierdista o liberadora, o incluso simplemente «más libre» que alguna homosexualidad innata anterior, supuestamente «armarizada» o reprimida. De hecho, tiene claro que debe parte de este escepticismo a Foucault. Pero quiero aventurar que nos aporta más ideas que Foucault a la hora de reconocer que la homosexualización, si queremos llamarla así, está dialécticamente articulada con la reproducción de la lucha de clases, en tanto traspasa la línea divisoria entre formas de homosexualidad que «huelen a mercancía», como dijo una vez Michael Warner, y formas de homosexualidad que tienen sus raíces en un desplazamiento respecto de la reproducción del capital. Estas formas homosexuales de clase trabajadora son más difíciles de vincular exclusivamente a la sexualidad; están más cerca del tipo de «comercio» que John Rechy describe en *La ciudad de la noche*, o de aquello con lo que Whitman se identifica cuando se llama a sí mismo «uno de los brutos» en *Hojas de hierba*. Los dos estilos, las dos formas de vida marcadas por la clase social, están, por supuesto, entrelazadas en todos los niveles, incluido el de la fantasía erótica: para cada subcultura camp de clase trabajadora que saqueó la opulencia del estilo aristocrático para construir su propio carácter queer, hay una homosexualidad patricia que busca liberarse en contacto con una masculinidad trabajadora construida toscamente (una herencia literaria de esta idea iría desde *Maurice* de E. M. Forster hasta *La biblioteca de la piscina* de Alan Hollinghurst⁹).

La teoría queer solía interpretar estos estilos en términos opuestos más que dialécticos (este no es el caso de los estudios históricos gays, como señalo más adelante). Los debates académicos queer de mediados de la década de 2000 sobre la «tesis antisocial» fueron una especie de resumen y clímax de esta polaridad; la pregunta del día era: ¿son las personas LGTB innatamente incapaces de asumir las normas de reproducción social porque su sexualidad está claramente dividida internamente y, por lo tanto, representan una evidencia no deseada de

⁹ Ed. cast.: Alan Hollinghurst, *La biblioteca de la piscina*, Barcelona, Anagrama, 2020.

que toda sexualidad, incluida la heterosexualidad —que se siente tan superior—, también está dividida y es inviable? ¿O las personas LGTB se oponen a esas normas porque su falta de identidad ha abierto la posibilidad de formas inesperadas de conexión social, más horizontales, menos jerárquicas? En su origen, este fue un debate muy elaborado sobre el lugar del psicoanálisis en las prácticas queer y su interpretación, enfrentando el pesimismo de la división subjetiva de Lacan con la idea más optimista de Deleuze de que cada «yo escindido» era de hecho parte de una subjetividad potencialmente multi-subjetiva. Aunque las partes implicadas no solían citarlo apenas, estos debates tenían su origen en el libro de Michael Warner de 1999 *The Trouble with Normal*,¹⁰ que fue en parte una respuesta al texto del periodista y analista Andrew Sullivan *Virtually Normal*¹¹ de 1995, quien hizo un alegato conservador, que tuvo una amplia difusión, a favor de la asimilación de los hombres gays (y hasta cierto punto de las lesbianas) en formas tradicionales de familia y ciudadanía. Aunque la activista Urvashi Vaid había planteado importantes argumentos históricos contra las ofertas de asimilación al estilo de Sullivan en su libro de 1996, *Virtual Equality: The Mainstreaming of Gay and Lesbian Liberation*,¹² fue la popularización que hizo Warner del término teórico «heteronormatividad» lo que sirvió para orientar las críticas desde la academia a la tendencia asimilacionista en el movimiento LGTB estadounidense. Al margen de los textos de los estudios queer, académicas como Lisa Duggan ampliaron esta oposición asimilacionismo-resistencialismo popularizando el término «homonormatividad», que pretendía describir la política de los hombres homosexuales blancos y adinerados que aceptaban alegremente la exclusión racial, el privilegio patriarcal y el poder de clase por parte del Estado a cambio de la aceptación de ciertas expresiones de homosexualidad. En esta línea de argumentación, la «homonormatividad» se oponía a una homosexualidad políticamente rebelde, antineoliberal, antirracista y antipatriarcal.

¹⁰ M. Warner, *The Trouble with Normal: Sex, Politics and the Ethics of Queer Life*, Harvard University Press, 2000.

¹¹ Andrew Sullivan, *Virtually Normal: An Argument about Homosexuality*, Nueva York, Vintage Books, 1996.

¹² Urvashi Vaid, *Virtual Equality: The Mainstreaming of Gay and Lesbian Liberation*, Knopf Doubleday Publishing Group, 1996.

Estas oposiciones se fueron consolidando en polos opuestos en los debates académicos, y siempre han tenido un tono ligeramente normativo, así como un interés por una especie de pregunta moral, ¿cómo deberíamos ser las personas de ese «nosotros» LGTB y queer? ¿Debermos ser buenos/as/es ciudadanos/as/es? ¿O ser opositores radicales a la sociedad actual? Estas oposiciones no son meramente académicas: a menudo son expresiones de decisiones tácticas y de luchas concretas en los movimientos sociales. Lo que hace que el análisis de Chitty sea tan interesante en este sentido es su voluntad, después de haber estudiado parte de la compleja historia que precede a estos dilemas, de dejar de lado la posibilidad y el deseo de un «nosotros» basado en una «homosexualidad identitario-comunitaria» o en una «queeridad» antinormativa de una forma abstracta. Esto se debe a que él entiende los procesos de la acumulación de capital como algo anterior analítica e históricamente a la formación y deformación de las clases sociales, y como anterior a cualquier experiencia identitaria de la sexualidad. También se debe a que él entiende que las expresiones identitarias de la homosexualidad esconden un conflicto de clases con homosexuales en ambos lados, un conflicto que va más allá de la identidad individual y que evita cualquier intento de hacer de «las personas homosexuales» o de «las personas queer» simplemente una categoría de identidad anticapitalista.

Por ello, en lugar de preguntar qué tipo de política deberían tener los homosexuales, Chitty comienza con una política anticapitalista que está comprometida con la abolición de las fuerzas que produjeron a «las personas homosexuales». No le interesa saber qué formas de vida sexual sobrevivirían al capital: no plantea un argumento abolicionista *per se*, sugiriendo que la «homosexualidad» debería desaparecer como categoría de identidad; y tampoco plantea el argumento utópico al estilo de los años setenta de que, después de alguna revolución social, «nosotros/as/es» seríamos todos bisexuales o pansexuales. En lugar de predecir un futuro o prescribir una política para la homosexualidad, Chitty termina *Hegemonía sexual* con una serie de sorprendentes reflexiones sobre el pasado reciente, que sugieren alternativas a estudios anteriores sobre la relación entre la homosexualidad masculina y el capitalismo. Permítanme describir brevemente lo que habían planteado algunos de esos estudios anteriores.

Aunque Chitty se refiere a los influyentes argumentos de académicos como George Chauncey, Jonathan Ned Katz, David F. Greenberg y Jeffrey Weeks sobre la homosexualidad masculina y el capitalismo, destaca el trabajo de John D'Emilio como el más cercano al suyo. Para D'Emilio, el movimiento social que marca su aparición en el escenario nacional con los disturbios de Stonewall de 1969 tiene orígenes importantes tanto en las relaciones íntimas que vivieron los soldados en la Segunda Guerra Mundial como en los cambios en el paisaje urbano de lugares como San Francisco después de la desmovilización de esos soldados. En su histórico libro de 1983, *Sexual Politics, Sexual Communities*,¹³ D'Emilio sugiere que el hecho de separarse de las restricciones de la familia nuclear brindó a hombres y mujeres jóvenes la oportunidad de experimentar con la sexualidad no procreativa como algo más que una serie de experiencias aisladas. En un artículo poco anterior a este libro, titulado «Capitalism and Gay Identity», D'Emilio tiene claro que las relaciones sociales capitalistas tienen una relación contradictoria tanto con el núcleo familiar como con la identidad homosexual, que él cree que se libera de ese núcleo:

Por un lado, el capitalismo debilita continuamente la base material de la vida familiar, haciendo posible que los individuos vivan fuera de la familia y que se desarrolle una identidad gay y lesbiana. Por el otro, necesita animar a hombres y mujeres a formar familias, al menos el tiempo suficiente como para reproducir la próxima generación de trabajadores. Elevar la familia a la preeminencia ideológica garantiza que la sociedad capitalista reproduzca no solo hijos e hijas, sino heterosexismo y homofobia. En el sentido más profundo, el capitalismo es el problema.¹⁴

En la conclusión de su artículo, D'Emilio se basa en su argumento histórico para hacer algunos comentarios políticos desde la perspectiva de un socialismo democrático, unos comentarios que van desde la contradicción entre acumulación capitalista e identidad homosexual hasta

¹³ D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities. The Making of a Homosexual Minority in the United States, 1940-1970*, Chicago, The University of Chicago Press, 1983.

¹⁴ D'Emilio, «Capitalism and Gay Identity» en Henry Abelove, Michèle Aina Barale, y David Halperin (eds.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York, Routledge, 1993, p. 474.

otra oposición, entre homosexualidad y familia. Dado que suponen un contraste útil respecto al enfoque de Chitty, los citaré en su totalidad:

La inestabilidad de las familias y la sensación de transitoriedad e inseguridad que las personas experimentan ahora en sus relaciones personales son problemas sociales reales que deben abordarse. Necesitamos soluciones políticas para estas dificultades de la vida personal. Estas soluciones no deberían ser una versión radical de la posición profamilia, de algunas propuestas de izquierdas para fortalecer la familia. Los socialistas generalmente no responden a la explotación y la desigualdad económica del capitalismo industrial pidiendo el regreso a la agricultura familiar y la producción artesanal. Reconocemos que el enorme aumento de la productividad que ha hecho posible el capitalismo al socializar la producción es una de sus características progresistas [...]

Sin embargo, necesitamos estructuras y programas que ayuden a disolver las fronteras que aíslan a la familia, en particular las que privatizan la crianza. Necesitamos guarderías gestionadas por la comunidad o por los trabajadores, viviendas donde coexistan la privacidad y la comunidad, instituciones vecinales —desde clínicas médicas hasta centros de intervención— que amplíen la unidad social donde cada uno de nosotros tenga un lugar seguro. A medida que vayamos creando estructuras más allá de la familia nuclear que aporten un sentido de pertenencia, la importancia de la familia disminuirá. Tendrá un papel cada vez más pequeño en fortalecer o debilitar nuestra seguridad emocional.

En este sentido, los gais y las lesbianas están bien situados para jugar un papel especial. Ya excluidos de las familias, como nos pasa a la mayoría, hemos tenido que crear, para nuestra supervivencia, redes de apoyo que no dependen de los lazos de sangre o de la aprobación del Estado, sino que son elegidas y alimentadas libremente. La construcción de una «comunidad afectiva» debe ser una parte tan importante de nuestro movimiento político como lo son las campañas por los derechos civiles. De esta manera podemos plantear la forma de las relaciones personales en una sociedad basada en la igualdad y la justicia en lugar de en la explotación y la opresión, una sociedad donde la autonomía y la seguridad no se excluyan mutuamente, sino que coexistan.¹⁵

Escribiendo en los albores de la era Reagan, D'Emilio mantiene la esperanza de una política socialista que aboliría poco a poco la «familia» como una categoría independiente, mediante la organización de una lucha cuyo objetivo sería aprovechar la abundancia productiva

¹⁵ D'Emilio, «Capitalism and Gay Identity...», pp. 474-475.

facilitada por el capitalismo presocialista. En cierto sentido, D'Emilio es aquí profético: al final de la larga recesión económica que comenzó en los años anteriores al ensayo de D'Emilio, el fin de la hegemonía estadounidense ha dado al socialismo democrático de EEUU su mayor impulso en cien años, al tiempo que las propuestas democráticas de izquierdas sobre los derechos laborales y un «Green New Deal» captan una gran atención. Al mismo tiempo, sin embargo, la posición abolicionista blanda de D'Emilio con respecto de la familia pasa por alto que la productividad capitalista hace un daño terrible, no solo porque sus productos están mal distribuidos, sino porque la acumulación capitalista produce y requiere regímenes laborales contruidos sobre la violencia, el sometimiento y la estratificación de la fuerza de trabajo. Y cuando escribe con esperanza que «puede que haya más gays y lesbianas en el futuro», está imaginando un éxito político en unos términos que Chitty ha abandonado.¹⁶ Chitty escribe, en cambio, con ironía: «Los gays y las lesbianas tuvieron una oportunidad para soñar con una vida mejor en el periodo de la hegemonía estadounidense precisamente en el momento de su ocaso político-económico» (p. 256). En esta última etapa del razonamiento de Chitty, le queda claro que la movilidad global descendente del trabajo no solo pone en su órbita a los gays y a las lesbianas, sino también a la identidad «gay y lesbiana».

Como señala Max Fox en el prefacio de este libro, al final del manuscrito de Chitty hay un doloroso ensamblaje entre el presente histórico al que nos ha llevado a lo largo de tantos siglos y el abrupto final de su propia vida. Cualquier lector o lectora de este libro que se tome en serio sus afirmaciones se preguntará si Chitty nos hubiera dado un relato más completo del presente, en la última parte de su razonamiento, si se hubiera sentido capaz de continuar escribiendo. Esto también se aplica a su relato del pasado: los lectores sin duda sentirán que, en muchos aspectos, esta deslumbrante obra sigue estando inacabada. Por eso, para terminar, permítanme describir lo que considero el aspecto más importante del razonamiento de Chitty que todavía no he analizado, para luego ubicarlo brevemente en una prometedora tendencia contemporánea.

Una pregunta urgente para cualquier investigador/a de la historia de la sexualidad que lea *Hegemonía sexual* será seguramente su relación

¹⁶ D'Emilio, «Capitalism and Gay Identity...», p. 473.

con el feminismo y los estudioslésbicos. La atención de Chitty a los estudios sobre estas cuestiones es secundaria, dado que el libro se centra en la homosexualidad masculina, pero tiene claro que el trabajo de la mujer y el papel de la mujer en la reproducción social están en el centro de las fuerzas históricas que producen esa sexualidad. Cuando escribe sobre el comienzo del periodo de quinientos años que aborda, Chitty explica cómo la homosexualidad surgió en un espacio de formas de vida en los márgenes de la subsistencia del mundo rural, donde la reproducción de las criaturas por parte de las mujeres estaba constantemente en juego; cuando dirige su atención hacia la historia más reciente, señala que la entrada de las mujeres en la fuerza laboral industrial en el siglo XIX tuvo repercusiones en la sexualidad masculina y generó asimismo transformaciones en la sexualidad de las mujeres. Recurre a estudios de historiadoras como Janet Zollinger Giele y Kathleen Canning para apoyar estas observaciones y cuando aborda en el libro el pasado reciente, recurre al trabajo de académicas como Lillian Faderman, Martha Vicinus, Gayle Rubin y Sharon Marcus con el fin de reflexionar sobre la relación política entre las lesbianas y los gays que experimentan sus sexualidades como identidades. Reflexionando sobre el ensayo clásico de 1980 de Adrienne Rich, «Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana», analiza el carácter contradictorio de esta alianza política, que combina diferentes relaciones con el trabajo productivo y reproductivo en una alianza táctica con el Estado:

Rich nos confronta con otra paradoja de la hegemonía sexual: la ampliación, por analogía, de una epistemología de la homosexualidad masculina [la equiparación de la «homosexualidad» con los hombres gays] a las mujeres identificadas como mujeres borra su singular existencia política y su historia. Políticamente, sin embargo, esta elisión ha posibilitado nuevas formas de solidaridad entre gays y lesbianas para el logro de la igualdad formal, el matrimonio entre personas del mismo sexo y la politización radical del sida. La movilización política en torno al sida se basó en la experiencia crucial de las feministas para hacer que los problemas de salud de las mujeres fueran visibles para la burocracia médica. La afinidad feminista con la homosexualidad masculina a menudo implicaba la solidaridad con personas de género diverso y con ejes oprimidos de identidad sexual, racial y de clase social de los que intentaba distanciarse el movimiento principal por los derechos de los homosexuales. Aunque la tradición feminista sigue insistiendo en la importancia vital de lo

particular para comprender las experiencias y las historias de la opresión, el precio del reconocimiento legal para gays y lesbianas como clase implicó pasar por alto estos aspectos (pp. 217-218).

No obstante, es difícil leer *Hegemonía sexual* sin percibir que hay un análisis inacabado de las investigaciones feministas. Esto es cierto tanto en lo referente a periodos específicos, como en los de *longue durée*¹⁷. Un estudio más profundo con obras como por ejemplo la de Marcus, *Entre mujeres. Amistad, deseo y matrimonio en la Inglaterra victoriana*,¹⁸ habría arrojado luz sobre los límites del modelo de Rich del *continuum* de las relaciones entre las mujeres: Marcus demuestra claramente que, a mediados del siglo XIX, estas relaciones tenían una gama de texturas y una variedad de roles que no encajarían en el modelo del *continuum* pero que, si tuviéramos que hacer una referencia cruzada de Marcus con Chitty, reconoceríamos como reproductivas en un sentido más amplio y dialéctico. Es decir, Marcus muestra que las amistades femeninas podrían servir como apoyo material para el matrimonio heterosexual, o incluso como su modelo ideal, y al mismo tiempo legarían costumbres de pareja y de creación de parentescos a futuras mujeres que se considerarían a sí mismas como «lesbianas» modernas, en oposición a la familia nuclear y al matrimonio. El trabajo de Chitty, a su vez, nos permite releer *Entre mujeres* con un sentido más claro del carácter hegemónico de clase de los proyectos sociales que dieron forma a las relaciones de las mujeres y que les permitieron un margen de maniobra inesperado.

Del mismo modo, parece innegable que *Hegemonía sexual* solo se habría beneficiado del interés por obras feministas de *longue durée*, como *Calibán y la bruja*¹⁹ de Silvia Federici o *Patriarcado y acumulación a escala mundial*²⁰ de Maria Mies. Tomemos a Federici como

¹⁷ Se refiere al enfoque de la historia de la Escuela de los Annales francesa, que da prioridad al estudio de las estructuras históricas a largo plazo. [N. del T.]

¹⁸ Sharon Marcus, *Between Women: Friendship, Desire, and Marriage in Victorian England*, Princeton, Princeton University Press, 2007 [ed. cast.: *Entre mujeres. Amistad, deseo y matrimonio en la Inglaterra victoriana*, Valencia, Universitat de Valencia, 2009].

¹⁹ Silvia Federici, *Caliban and The Witch. Women, The Body and Primitive Accumulation*, Autonomedia, 2004 [ed. cast.: *Calibán y la bruja: mujeres, cuerpo y acumulación originaria*, Traficantes de Sueños, 2010].

²⁰ Maria Mies, *Patriarchy and Accumulation on a World Scale*, Londres, Zed Books, 1999 [ed. cast.: *Patriarcado y acumulación a escala mundial*, Traficantes de Sueños, 2014].

ejemplo: al igual que Chitty, ella está interesada en el desarrollo de un relato histórico de la sexualidad vinculado a las transformaciones de la época de la vida agraria europea que llevaron al nacimiento del capitalismo. Y al igual que Chitty, identifica una estrategia capitalista flexible que abarca todo el periodo y que influye en la sexualidad según sus necesidades. Para Federici esa estrategia es la acumulación primitiva, más que la política; y está claro que la idea de Chitty del surgimiento de la homosexualidad masculina a partir de la interrupción de las formas campesinas de subsistencia y reproducción se habría hecho más compleja si hubiera tenido en cuenta el archivo que aporta Federici sobre las luchas políticas en torno a esas formas campesinas, en particular las luchas dirigidas por mujeres en el nombre de formas reales y posibles de comunalismo. El universalismo feminista que defiende Federici la lleva a infravalorar la historia del desarrollo de una división heterosexual-homosexual, pero esto permite hacer hincapié, no solo en el capitalismo, sino también en la lucha activa y consciente contra él; la clara conciencia histórica de Chitty sobre la adaptabilidad del capital, sobre todo en la creación y reconstrucción de Estados e identidades, le lleva a prestar poca atención a la lucha anticapitalista. Leer ambos libros de forma conjunta resulta muy productivo. *Hegemonía sexual* también forma parte de una ola contemporánea de estudios marxistas que está aportando nuevas formas de pensar sobre el género, el sexo, la raza y la práctica revolucionaria. Los escritos clave de este momento han sido publicados en la revista comunista *Endnotes*, y muchos (casi todos) surgen de ciclos de lucha política en Santa Cruz y el Área de la Bahía de San Francisco que se dieron alrededor del año 2010. Pero la nueva ola de estudios es más amplia que el proyecto de *Endnotes* y está vinculada, aunque a veces solo implícitamente, a un interés por lo que Marx llamó «la ley general de la acumulación capitalista». En el capítulo 25 del volumen 1 de *El capital* (el capítulo que se titula «La ley general»), Marx desarrolla un argumento acerca de cómo la composición orgánica del capital —es decir, la relación de valor entre los medios de producción y la fuerza de trabajo— cambia con las corrientes de la competencia intercapitalista, que siempre va en la dirección de una maquinaria más eficiente, lo que hace que el proceso de producción implique menos trabajo humano explotable. Debido a que esta expulsión de la fuerza de trabajo del proceso de producción es también la expulsión de la fuente

de la rentabilidad de ese proceso, los capitalistas tienen que mantener la rentabilidad de muchas otras formas, desde encontrar nuevos mercados hasta reducir los salarios lo más posible. Por eso, en la segunda mitad del capítulo 25, Marx pasa de un análisis de las presiones sobre la composición del capital a su famoso texto del «ejército industrial de reserva». Aquí aporta una descripción esquemática de las relaciones negativas con el salario, lo que él llama reservas estancadas, latentes y fluctuantes, así como una breve descripción de la pobreza absoluta. Este exceso de población relativa es el producto de una dinámica de explotación por la cual los capitalistas tratan continuamente de reducir el número de trabajadores que emplean, creando, en el proceso, una población de personas explotables de forma intermitente.

Marx cierra el capítulo 25 con unos breves análisis empíricos del trabajo colectivo en la agricultura inglesa y del empobrecimiento en Irlanda. Pero no es difícil ver cómo podríamos ampliar el marco de su análisis para pensar, por ejemplo, la dinámica global del capitalismo o los cambios locales que han acompañado el surgimiento de la relación salarial. Para mí, aquí radica el interés para el momento actual. Aunque el resurgimiento del interés por Marx después de la crisis financiera de 2008 nos llevó primero a tratar de entender la financiarización y las contradicciones en la forma del dinero, muy pronto esto ha venido acompañado por un resurgimiento del interés por aspectos de la tradición marxista que durante décadas habían sido poco estudiados por los marxistas, sobre todo la obra política e intelectual de los marxistas negros y anticoloniales, y de las feministas marxistas. Regresar a estas obras y ponerlas en contacto con una serie de pensadores marxistas contemporáneos nos da la oportunidad de desarrollar una explicación más fuerte y flexible del capitalismo, que tenga en cuenta las oleadas de las luchas que ha habido desde 2008, desde Occupy hasta Black Lives Matter, #NoDAPL²¹ y #MeToo, así como debates sobre el ingreso mínimo vital, la robotización y los derechos laborales. Es evidente que este marxismo más sólido, que mantiene la exclusión del salario en estrecha relación con la obligación de trabajar, también puede ayudarnos a entender los procesos de degradación medioambiental, ya que los

²¹ Movimiento de oposición al oleoducto Dakota Access, que preveía atravesar territorios de enterramiento sagrados del pueblo sioux. [N. del T.]

residuos del capital son las fuentes de esa degradación; las poblaciones que son residuos del capital tampoco son un tema de su interés.

Trabajos como este podrían ayudarnos a superar viejas divisiones entre un marxismo que veía el capital a través de la lente de una versión estrecha de la «clase social», por un lado, y una serie de movimientos sociales, incluidos los llamados movimientos identitarios, que sospechaban con razón que este marxismo restaba importancia a las luchas que se daban al margen del trabajo industrial o, peor aún, se ponían del lado equivocado en las luchas contra el racismo, el sexismo y la opresión colonial. La creciente irrelevancia de los tipos de trabajos que construyeron las clases medias globales está suponiendo una oportunidad para entender los vínculos entre los diferentes momentos de la historia de la explotación capitalista: la expulsión de franjas cada vez más amplias de la población global de un salario estable podría y debería hacer que nos interesáramos por la historia de la formación de otras poblaciones no asalariadas, asalariadas intermitentemente, y excedentes, que existieron mucho antes de nuestra época. El trabajo de Chitty en *Hegemonía sexual* hace precisamente esto: uno de los efectos más sorprendentes que produjo en mí su lectura fue darme cuenta de que la prehistoria específica de la homosexualidad masculina que tiene más sentido para entender sus contradicciones actuales, no es tanto el relato de la modernidad sobre el surgimiento de la ciencia sexual, sino la larga historia de la migración en busca de trabajo, que hoy en día resulta más visible en las luchas políticas sobre la inmigración en Estados Unidos.

Digo esto porque, ahora que *Hegemonía sexual* comienza su vida impresa, va a tener muchos compañeros de viaje. Los lectores de este libro sacarán mucho provecho si lo leen junto con las obras sobre el capitalismo racial, de Nathan Connolly, Donna Murch y Nikhil Singh; la obra sobre la abolición de la «raza» como uno de los objetivos de la lucha anticapitalista y antirracista, de Chris Chen; las obras sobre «la lógica del género» y sobre los motivos revolucionarios, de *Endnotes* y de Jasper Bernes; la obra sobre la violencia colonial, de Iyko Day y Glen Coulthard; la obra sobre la producción de fronteras de residuos, de Jason Moore; la obra sobre las estrategias de acumulación de los regímenes energéticos, de Andreas Malm; y la obra sobre los ritmos de larga duración de la lucha anticapitalista, de Joshua Clover. Fui un lector externo de la tesis de Chitty en el programa de Historia de la

Conciencia en la Universidad de California, Santa Cruz; este libro se basa en ese trabajo. Solo nos vimos una vez, en un café en Shattuck Avenue en Berkeley en 2014. Chitty quería resumirme su trabajo para ver si me interesaba formar parte de su comité. No sabía en qué me metía. Mi entusiasmo creció cuando Chitty me explicó el ámbito de su tesis; antes de que terminara, ya me estaba imaginando la lista de académicos cuyo trabajo se vería alterado por tal proyecto. No tenía ni idea de que el trabajo quedaría inacabado, por supuesto. Pero aquí he intentado mostrar las ricas aportaciones que puedes encontrar en esta obra, si tienes paciencia. Los capítulos tienen tamaños muy diversos; es evidente que las reflexiones finales podrían haber tenido más sentido como parte de una introducción más fundamentada; pasajes que se centran teóricamente en un periodo contienen largos apartados sobre otros periodos; y el apartado de las citas nunca será lo que debería ser, o lo que podría haber sido. El texto divaga, salta y especula, a veces a partir del archivo, a veces a partir de intuiciones cuyas fuentes son invisibles. No está acabado. Pero es singular, incluso extraordinario, y mi esperanza es que cambie la forma en que concebimos la sexualidad y la lucha anticapitalista.

Primera parte
Hegemonías del capitalismo
histórico

Capítulo 1

Homosexualidad y capitalismo

Son las categorías mentales y las armas en sus manos lo que nos mantiene esclavizados.

Larry Mitchell, *The Faggots and Their Friends between Revolutions*, Nueva York, Calamus Books, 1977, p. 34.

Desde que Michel Foucault hiciera su crítica a la hipótesis represiva, los historiadores han sido muy escépticos sobre las políticas de liberación sexual. Una caricatura de cómo la política entendía la dialéctica de la libertad sexual y la restricción se opone al propio retrato, quizás exagerado, de los liberadores de una sociedad sexualmente represiva. La historia resultante de la sexualidad procede como una especie de drama enmascarado, con un significado cómico o trágico según la perspectiva de cada uno. «Médicos, reformadores, cristianos, educadores», escribe Françoise Barret-Ducrocq en *Love in the Time of Victoria*, se ahogaban en una «insistente marea discursiva» que menguaba bajo la aparentemente modesta superficie «del habla, el gesto y la vestimenta».¹ La suya era una cultura marcada por la hipocresía, escribe Jeffrey Weeks, donde «la delicadeza verbal y visual convivía con una floreciente pornografía».² Aparecen «contradicciones confusas» en algunos de los primeros

¹ Françoise Barret-Ducrocq, *Love in the Time of Victoria: Sexuality, Class, and Gender in Nineteenth-Century London*, trad. John Howe, Nueva York, Verso, 1991, p. 2.

² Jeffrey Weeks, *Sex, Politics, and Society: The Regulation of Sexuality since 1800*, Nueva York, Longman, 1981, p. 19.

retratos de la época victoriana de este lado de la guerra que provocó su final: «Una visión de personajes extraños», leemos en la obra de Lytton Strachey *Eminent Victorians*, «movidos por impulsos misteriosos, interactuando en situaciones extrañas³ y complicadas, y precipitándose al fin —o así parece— como muñecos en una función de títeres hacia una catástrofe predestinada».⁴

También «el siglo estadounidense» fue testigo de un sorprendente retablo de «contradicciones confusas». La represión política organizada contra la pornografía y las sexualidades alternativas alcanzó su punto máximo durante la Gran Depresión y durante las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial; sin embargo, este mismo periodo generó la «vanguardia» de una forma particular de «libertad homosexual», plantea Andrew Sullivan en *Virtually Normal*, «a pesar de su tradición de cristianismo fundamentalista, a pesar de su sistema capitalista, a pesar de su supuesta influencia opresiva en la cultura mundial».⁵

«He aquí que nuestra sociedad ha invertido», escribe Foucault en el primer volumen de *Historia de la sexualidad*, «todo un aparato de discurrir, de analizar y de conocer».⁶ «Nosotros, los victorianos», y así continúa la historia familiar.⁷ «Discurrir», exactamente. ¿Quién se atrevería a hacer tales afirmaciones hoy? La proximidad de los «victorianos» con «nuestra sociedad» ya era una especie de broma a mediados de los años setenta. ¿Existen todavía las normas sexuales burguesas? Desde una perspectiva sociológica, el presente está marcado por un «fin del auge

³ En la traducción de la edición en castellano (*Victorianos eminentes*, Valdemar, 1998) se traduce «queer» por «extrañas», pero «queer» también significa marica, bollera, de sexualidad no normativa. Siendo el propio Strachey gay, nos parece pertinente señalar que la palabra del original inglés es «queer», para no ocultar esa referencia a una sexualidad no heterosexual que hace el autor. [N. del T.]

⁴ Lytton Strachey, *Eminent Victorians: Cardinal Manning, Florence Nightingale, Dr. Arnold, General Gordon*, Garden Cit (NY), Garden City Publishing, 1918, p. 246.

⁵ Andrew Sullivan, *Virtually Normal: An Argument about Homosexuality*, Nueva York, Vintage Books, 1996, p. 76.

⁶ Michel Foucault, *The History of Sexuality, Vol. 1: An Introduction*, trad. Robert Hurley, Nueva York, Vintage Books, 1990, p. 32 [ed. cast.: *Historia de la sexualidad, vol. 1. La voluntad de saber*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1995].

⁷ «Nosotros, los victorianos» es una traducción mejor que el título coloquial del capítulo «Nous autres victoriens».

del matrimonio en la familia europea».⁸ Con importantes variaciones nacionales, las relaciones íntimas en el capitalismo tardío presentan ahora un patrón diverso de precariedad: pareja informal, matrimonio en serie, matrimonio aplazado y vida de soltero/a. La paternidad se ha desvinculado de la pareja. Este patrón, escribe Göran Therborn, está «notablemente sincronizado en la parte occidental del continente, e incluso a través de los océanos, incluidos los Nuevos Mundos de América del Norte y del Pacífico, y al menos en partes de América Latina, como Argentina y Venezuela.»⁹ Visto en retrospectiva, nada parece haber sido históricamente «normal» en lo que se refiere a las normas de la familia nuclear de clase media; estas eran bastante extraordinarias.

Aparte de las clases privilegiadas, el capitalismo apoyó estas peculiares costumbres familiares de emparejamiento y de crianza durante un breve periodo que comenzó con el caos sexual desencadenado inicialmente por la industrialización, alcanzó su punto máximo a mediados del siglo XIX y continuó hasta los conflictos sociales de la década de 1960 y el colapso de la URSS; poco más de un siglo. Pero incluso este breve siglo de normas de familia nuclear de clase media fue desigual. La guerra y la depresión erosionaron esta hegemonía sexual en las primeras décadas del siglo XX, agitando el fantasma de unas costumbres sexuales más libres, por lo que se hizo necesaria la represión estatal para frenar las culturas sexuales rebeldes de la clase trabajadora. Como estas guerras tendían a nivelar las jerarquías sociales, ya fuera a través de la destrucción creativa del capital o la movilización de poblaciones para la guerra, la desinhibición y una creciente apertura de las normas sexuales fueron la regla, generándose culturas sexuales más parecidas a las del periodo actual que a las de esos títeres victorianos emperifollados y mojígatos.

⁸ Göran Therborn, *Between Sex and Power: Family in the World, 1900-2000*, Nueva York, Routledge, 2004, p. 193.

⁹ Therborn escribe: «En Europa del Este no hay un patrón claro de descenso del matrimonio hasta la década de 1990, excepto en Alemania del Este y Eslovenia. En 1975, la tasa de primeras nupcias estaba descendiendo en toda Europa occidental al norte de los Alpes y los Pirineos, aunque el descenso aún no era histórico en Bélgica, Francia y las islas Británicas. Fuera de Europa, disminuía con fuerza en Australia y Nueva Zelanda, y con menos fuerza en Canadá y EEUU. En 1980 se había producido un cambio histórico significativo en toda Europa occidental, aunque desde (y hacia) niveles de matrimonio bastante diferentes». *Between Sex and Power...*, p. 194.

Los logros de los derechos de las personas homosexuales solo parecen un gran cambio desde una perspectiva que entiende la homofobia como una fuerza atemporal de exclusión social. Las formas de represión contra las que luchó el movimiento por los derechos de gays y lesbianas fueron, por el contrario, «de origen reciente y de corta duración», como escribe el historiador George Chauncey.¹⁰ La represión homosexual, como tal, fue en gran medida el producto de una burocracia estatal ampliada, del aumento del poder policial y de la preocupación del capital del siglo XX por el bienestar y la salud de las poblaciones trabajadoras.¹¹ Los objetivos del movimiento por los derechos de gays y lesbianas se plantearon en el seno del Estado desarrollista, que incentivó normas familiares nucleares para controlar ciertos excesos de los hombres, crear una fuerza de trabajo inmensamente más productiva y fomentar el ajuste a nuevos tipos de trabajo a mediados del siglo XX. Se generó así una comunidad transnacional de personas queer en respuesta a la represión estatal organizada.¹² Durante el periodo de posguerra, los gays y las lesbianas lucharon contra la censura en las revistas de moda, la pornografía, las películas y las novelas baratas. Forjaron alianzas políticas con los negocios locales y con otros grupos minoritarios para oponerse a la brutalidad policial y a las redadas en bares y en otros espacios públicos. La represión estatal generó una conciencia política que no se había conocido en ningún otro periodo en la vida de esas instituciones.¹³

¹⁰ George Chauncey, *Why Marriage? The History Shaping Today's Debate over Gay Equality*, Nueva York, Basic Books, 2004, p. 22.

¹¹ Margot Canaday, *The Straight State: Sexuality and Citizenship in Twentieth-Century America*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2009.

¹² Hay una fuerte analogía entre esta respuesta a la opresión del Estado y la forma en que los estados coloniales concebían su dominación, tal y como ha mostrado Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 1991, pp. 163-185 [ed. cast.: *Comunidades imaginadas*, México, FCE, 2006]; Marc Stein, «“Birthplace of the Nation”: Imagining the Lesbian and Gay Communities in Philadelphia, 1969-1970», en Brett Beemyn (ed.), *Creating a Place for Ourselves: Lesbian, Gay, and Bisexual Community Histories*, pp. 253-88, Nueva York, Routledge, 1997; y George Chauncey y Elizabeth A. Povinelli, «Thinking Sexuality Transnationally: An Introduction», *A Journal of Lesbian and Gay Studies*, vol. 5, núm. 4, 1999, p. 444.

¹³ John D'Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities: The Making of a Homosexual Minority in the United States, 1940-1970*, Chicago, University of Chicago Press, 1998, pp. 31-33, 49-53, 146-50, 182-95.

Perry Anderson escribe en *The Origins of Postmodernity* que desde la década de 1970 «la democratización de las formas y la liberación de las costumbres avanzaron a la par».¹⁴ Una igualación vertical del orden social ha desbaratado las normas de la disciplina y la moderación en todos los niveles de la sociedad. Dado que los Estados desarrollistas habían alentado y promovido las normas de la familia nuclear de clase media para facilitar el ajuste de las poblaciones trabajadoras a procesos laborales más exigentes, no resulta tan sorprendente que esta hegemonía se rompiera durante un periodo de empleo flexible, de salarios reales en declive, de consumo alimentado por la deuda y de sucesivas burbujas de activos. Las sociedades de altos ingresos se volvieron moralmente indiferentes hacia las perversiones y las diferencias en los gustos sexuales a medida que las relaciones duraderas y las familias estables se convertían en anomalías en la vida de muchas personas. En algunos lugares, esta disminución del afecto sexual ha permitido una ampliación de derecho al matrimonio y a la familia para gays y lesbianas. Las parejas de personas del mismo sexo, antes excluidas de las instituciones sagradas de la familia y la propiedad como marginales sexuales, ahora son ciudadanos/as neoliberales modelo en muchos países con altos ingresos.

Aunque la imagen no es tan coherente, o tan de color de rosa, en todas partes del mundo, el aumento de las opciones sexuales fue un fenómeno global a finales del siglo XX. Dos grandes descensos de la fecundidad —el primero, que acompañó a la industrialización y las revoluciones francesa y estadounidense, y el segundo, correspondiente al Estado desarrollista de la posguerra y a los movimientos anticoloniales— indican el impacto global de los movimientos emancipatorios en lo referente al aumento de la libertad sexual y de las opciones personales.¹⁵ Estas transformaciones históricas, ocultadas durante tanto tiempo

¹⁴ «Durante mucho tiempo, los sociólogos han debatido el término *aburguesamiento* de la clase obrera en Occidente, un término que nunca ha sido muy acertado para los procesos en cuestión. Sin embargo, en los años noventa, el fenómeno más llamativo era el *encanallamiento* generalizado de las clases adineradas: princesas convertidas en actrices, presidentes depravados, camas de alquiler en la residencia oficial y sobornos por anuncios asesinos, disneyficación de los protocolos y tarantinización de las prácticas, los ávidos cortejos de los subterráneos nocturnos o de las tropas gubernamentales». Perry Anderson, *The Origins of Postmodernity*, Nueva York, Verso, 2002, pp. 85-86 [ed. cast.: *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2006].

¹⁵ Theborn, *Between Sex and Power...*, p. 268.

por la retórica de las guerras culturales, alteraron fundamentalmente el terreno de la política sexual. El desarrollo económico representa una parte significativa de esta historia; sin embargo, la situación política también ha jugado un papel crucial.

Un análisis de la política de la homosexualidad previa al surgimiento de las normas de la familia nuclear de clase media requiere plantear alguna alternativa a la tesis de la modernización, en la que la libertad sexual se desarrolla junto con la producción de mercancías. Culturas del sexo y de las relaciones entre hombres urbanas e interclasistas florecieron en los centros históricos del temprano sistema mundo capitalista moderno: Florencia y Venecia en el siglo XIV, las Provincias Unidas de Países Bajos y Londres en los siglos XVII y XVIII, y París y otras grandes ciudades a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Este carácter episódico, correspondiente a lo que Karl Marx identificó como periodos de acumulación originaria, sugiere una nueva periodización de la historia de la sexualidad. Estos periodos organizan la estructura de los capítulos siguientes. Cada capítulo analiza estos episodios desde la perspectiva de sus condiciones económicas y geográficas de posibilidad, cómo aparecieron las acusaciones y las regulaciones de la sodomía en los experimentos políticos republicanos, y cómo los objetos culturales generados por estas prácticas reflejan una lucha entre fuerzas sociales residuales y emergentes.

El estudio intenta arrojar luz sobre estos primeros momentos en los que las normas y las categorías sexuales conservadoras de la clase media aún no habían logrado implantarse en la transición compleja y desigual al capitalismo. Estas normas formaban parte del campo de lucha de las formaciones burguesas nacionales contra elementos del Antiguo Régimen por el control del Estado y la sociedad civil. La visibilidad social de las culturas de la sodomía convirtió el sexo entre hombres en objeto de escándalo y en blanco de la represión estatal, y este uso político ha sido un indicador de las mismas crisis sociales que influyeron en las revueltas políticas de cada época. Las alianzas políticas interclasistas urbanas buscaban reactivar las formas políticas republicanas de la Antigüedad; del mismo modo, las culturas urbanas interclasistas de la sodomía se entendían a sí mismas como reactivaciones de formas clásicas del amor entre hombres.

Aparte de algunas reflexiones introductorias y finales, me he limitado a estos primeros ejemplos modernos en los que las tensiones entre las formas de vida residuales y las emergentes comenzaron a cristalizar en algo así como categorías, normas y culturas sexuales modernas. Este «algo así como categorías, normas y culturas sexuales modernas» ha sido un tema polémico en la teoría y la historia desde el giro social de la década de 1960.¹⁶

El resto de esta introducción intenta trazar un camino a través de lo que se ha convertido en una maraña de interpretaciones, planteando un enfoque metodológico, estético y político que denomino «realismo queer». Analizo las culturas del sexo entre hombres a la luz de la temporalidad de los intentos de establecer las primeras repúblicas modernas —un ciclo de revolución, interregno y restauración— y destaco el papel de la contingencia en la historia de las culturas de la sodomía. Termino con un resumen del relato que se desarrolla en los capítulos siguientes.

Realismo queer

Existe una relación de hegemonía sexual cuando las normas sexuales que benefician a un grupo social dominante determinan la conducta sexual y la propia percepción de otros grupos, independientemente de que estos grupos se beneficien o no de dichas normas, o independientemente de que las cumplan. Las normas sexuales funcionan en el nivel de las aspiraciones imaginarias y como una forma de estatus social. Habituarse a estas normas a veces ha asegurado riqueza y prestigio para los grupos socialmente dominantes y una esfera de influencia más amplia para las personas de grupos subalternos. Desviarse de ellas, en otros momentos, ha alterado muy poco estas relaciones de fuerza, y no se puede identificar ninguna relación fuerte de hegemonía sexual. Los grupos han logrado la hegemonía sexual con la fuerza y el consentimiento, con la represión y la persuasión. En ciertos momentos cruciales de su historia, la sexualidad ha proporcionado un arma para los fuertes y los débiles en las luchas por la legitimidad y el poder.

¹⁶ Estelle B. Freedman y John D'Emilio, «Problems Encountered in Writing the History of Sexuality: Sources, Theory, and Interpretation», *Journal of Sex Research*, vol. 27, núm. 4, noviembre, 1990. pp. 481-95.

Los vínculos sexuales normalizados a veces produjeron fuerzas de trabajo predecibles, estables y productivas, aseguraron la cohesión nacional y proporcionaron una razón para ampliar la asistencia social estatal. Las normas sexuales también funcionaron de formas más indirectas para imponer un orden moral en los espacios públicos y en las relaciones domésticas, estableciendo geografías sanitarias en las que algunos cuerpos importaban y otros no. En otras ocasiones, estas normas han sido neutrales con respecto de estas relaciones de poder y en cuestiones de vida o muerte.

El problema de la hegemonía sexual es el siguiente: saber cuándo y cómo la sexualidad fuera del matrimonio y de las relaciones de propiedad se convirtió en oposición, desafío o antagonismo directo contra los grupos socialmente dominantes y sus instituciones.

Dicho de otra manera: ¿cómo ha reforzado la anarquía sexual a estos grupos e instituciones dominantes incrementando su prestigio? ¿Cómo ha funcionado el matrimonio para transmitir la propiedad y, por lo tanto, el dominio social de una clase sobre otra, de generación en generación? ¿Cómo se han hecho política y económicamente necesarias la formación y la disolución de las hegemonías sexuales a pesar de los obstáculos morales que suscitaron?

A mi enfoque sobre este campo tan amplio de problemas, lo he denominado «realismo queer» por una serie de razones metodológicas, estéticas y políticas.¹⁷ El realismo queer no plantea regresar al positivismo; el término «realismo» ha sido en ocasiones empleado así. Metodológicamente, el realismo queer no es una teoría acerca de cómo funciona el poder a la hora de influir en la sexualidad, según cierto esquema de represión, ni lo que se plantea habitualmente cuando se utilizan los conceptos de «normatividad» y «homofobia».

¹⁷ El realismo queer no apoya los postulados de la escuela realista de la teoría de las relaciones internacionales, aunque comparte muchas de las referencias, análisis y textos fundacionales de esta teoría. Véase, por ejemplo, Jonathan Joseph, *Hegemony: A Realist Analysis*, Nueva York, Routledge, 2002; Joseph S. Nye, Jr., «The Future of American Power» en Chandra Chari (ed.), *War, Peace, and Hegemony in a Globalized World: The Changing Balance of Power in the Twenty-First Century*, Nueva York, Routledge, 2008, pp. 36-49; Andrew C. Sobel, *Birth of Hegemony: Crisis, Financial Revolution, and Emerging Global Networks*, Chicago, University of Chicago Press, 2012.

La represión social directa de la sexualidad, en términos de la capacidad de detectar, prevenir, excluir y castigar la desviación sexual, puede ser una función de la hegemonía sexual, pero este poder ha acompañado históricamente el crecimiento de las burocracias estatales. Esta es una pobre base de análisis comparativo con el periodo moderno temprano, dado que aumentar la represión sexual solo supone un crecimiento y una penetración de los aparatos estatales en el tejido social de la vida cotidiana.

Lo normal no se entenderá como «la normatividad», una idea reguladora que flota libremente, que tal vez se consolida en instituciones particulares con las que se controlan y se juzgan las actividades humanas. Por el contrario, voy a concebir lo normal como un estatus que, dadas ciertas condiciones socioeconómicas concretas, otorga ventajas materiales a quienes lo alcanzan, o a quienes han nacido con este.¹⁸ Esta visión devuelve el término a su significado sociológico, al entender todas las competencias culturales como ampliaciones de la adquisición de un estatus. Como escribe Pierre Bourdieu: «Solo aquellos que deberían tenerlo pueden realmente adquirirlo y solo aquellos que están autorizados a tenerlo se sienten llamados a adquirirlo».¹⁹

Lo «queer» puede así reformularse como una categoría descriptiva más limitada, que indica la falta de esta adquisición de estatus: muestra cómo las normas de género y de sexualidad se debilitan, se dañan y se reafirman en condiciones de crisis sociales, políticas y económicas

¹⁸ Esta conceptualización evita el paternalismo de argumentar que el deseo de normalidad es una especie de falsa conciencia de clase para las personas queer, por un lado, y el elitismo petulante de la suposición de que tales aspiraciones están pasadas de moda.

¹⁹ Cuando compara el estatus sexual con la cualificación educativa, Bourdieu escribe que «lo que está en juego, en los dos casos, es tanto un derecho estatutario sobre la política como una simple cultura política, condición para el ejercicio de ese derecho de que se dotan los que se sienten con derecho para ejercerlo... El efecto de marca que produce la imposición de propiedades tales como el estatus escolar o la identidad sexual se impone al individuo marcado —requerido de este modo para “estar a la altura” de su definición social— así como también a los demás, que esperan de él que realice su esencia (la manifestación psicosociológica de esa relación es particularmente visible en las relaciones en el interior de la pareja). Esto es lo que hace que la competencia en el sentido de cultura específica sea respecto a la competencia en el sentido de propiedad estatutaria, lo que es la existencia respecto de la esencia: únicamente aquellos a quienes pertenece el poseerla pueden realmente adquirirla y únicamente aquellos que están habilitados para poseerla se sienten obligados a adquirirla».

generalizadas y locales. Lo queer implicaría entonces un proceso contradictorio en el que esas normas son simultáneamente desnaturalizadas y renaturalizadas. En lugar de suponer una apertura utópica de estas lógicas hacia un movimiento de autotransformación, lo queer describiría formas de amor e intimidad con un estatus social precario al margen de las instituciones de la familia, la propiedad y la pareja. Esta redefinición crítica de las categorías de lo normal y de lo queer tiene implicaciones políticas para los análisis actuales de la intersección entre el género, el privilegio, la raza, la clase social y la sexualidad.²⁰

El realismo queer se inspira en la idea de un «marxismo abierto», fundamentado no tanto en principios ortodoxos restrictivos como en la forma en que Antonio Gramsci y otros autores han tratado de relacionar el desarrollo de las relaciones y fuerzas de producción con el desarrollo cultural, y viceversa.²¹ En sus *Cuadernos de la cárcel*, Gramsci argumenta que el significado filosófico de Marx (y de Maquiavelo) era concebir la política como algo que funciona con principios y reglas distintos a los de la religión y la moralidad. Los príncipes hacen uso de las religiones cuando les es favorable hacerlo y las abandonan cuando ya no lo es. Mi planteamiento intenta cuestionar un tópico que siempre aparece en las historias y teorías de la sexualidad: que las ideologías morales o religiosas están en la base de la intolerancia y de la opresión de la sexualidad, y que, en última instancia, se reducen a una especie de superstición irracional o fobia que está esperando las condiciones adecuadas para aparecer. Este tipo de crítica ideológica termina frecuentemente renaturalizando los mismos fenómenos culturales que pretendía explicar.

La tradición socialista intentaba describir la disidencia sexual como un resultado lógico de la tendencia despiadada del capital a obtener mayores ganancias, volviendo contra sí misma la atmósfera liberal

²⁰ P. Bourdieu, *Distinction: A Social Critique of the Judgement of Taste*, trans. Richard Nice, Londres, Routledge, 2013, p. 411 [ed. cast.: *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Madrid, Taurus, 2012]. Relaciono este uso más limitado del término con la crítica de Cathy Cohen —que sigue siendo relevante— a los usos políticos y a las alianzas potenciales del término «queer»: Cathy J. Cohen, «Punks, Bulldaggers, Welfare Queens: The Radical Potential of Queer Politics?» *GLQ: A Journal of Lesbian and Gay Studies*, núm. 3, 1997, pp. 437-65.

²¹ Stuart Hall, «Gramsci's Relevance for the Study of Race and Ethnicity», *Journal of Communication Inquiry*, vol. 10, núm. 5, 1986, pp. 5-27.

burguesa de escándalo y excitación. Dado que la posesión de propiedades incentivaba la formación de familias estables, el desarrollo del capitalismo tendía a generar una situación casi universal de falta de propiedades que impedía la existencia de una vida familiar normal. Esto fue así sobre todo en la primera fase de la industrialización, cuando Marx y Engels desarrollaron sus análisis.

El propio término de Marx para esta condición de falta de propiedades, el «proletariado», se basó en una analogía con el estatus de los ciudadanos sin propiedad de la antigua Roma. Los *proletarii* de la Constitución romana se referían a los hombres libres que carecían de los suficientes bienes como para ejercer plenamente su libertad en la comunidad política. Aportando simplemente un suministro de vida humana a la política (y una fuerza ocasional para las galeras romanas) a través de su reproducción biológica, sustentaron el crecimiento y la expansión del Imperio.²² Esta elección de las palabras indica que Marx buscaba distanciarse del moralismo de su época para captar el significado político de las fuerzas destructivas liberadas por el desarrollo capitalista. Aunque hubo voces progresistas en contra, la destrucción de las economías de subsistencia tradicionales fue un proceso bárbaro y continuo, que aportó un suministro constante de nuevos trabajadores para reemplazar a los que fallecían a causa de las peligrosas condiciones de trabajo y las enfermedades en las ciudades.²³

Durante la década de 1840 y especialmente después de las revoluciones de 1848, los reformadores de la clase media se preocuparon por los efectos de esta situación de pobreza como si fuera una «crisis de la familia» metafísica. En marcado contraste con la nostalgia de los primeros sociólogos burgueses como Frédéric Le Play y Wilhelm Heinrich Riehl, quienes destacaron la diferencia entre la inestabilidad de la sociedad industrial y la bucólica inocencia sexual y el poder patriarcal de las familias campesinas, las obras de Engels *La situación de la clase obrera en Inglaterra* (1844) y *El origen de la familia, la propiedad y el Estado* (1884) y la recopilación de los informes redactados por los inspectores

²² Nathan Stewart Rosenstein, *Rome at War: Farms, Families, and Death in the Middle Republic*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2004, pp. 185-87.

²³ Michael Perelman, *The Invention of Capitalism: Classical Political Economy and the Secret of Primitive Accumulation*, Durham (NC), Duke University Press, 2000, pp. 13-16.

de fábricas, vivienda y trabajo infantil que aporta Marx en *El capital* (1867) intentaban distanciar estéticamente a los lectores de la tonalidad afectiva del liberalismo a la hora de describir las diferencias sexuales y morales. Para hacer esto, a diferencia de los informes alarmantes de los reformadores burgueses, utilizaron una prosa férrea, evaluando las causas estructurales y los determinantes abstractos e impersonales que impulsaban ese aparente desorden moral. Los duros análisis de Oscar Wilde en *El alma del hombre bajo el capitalismo* (1890) y el más introspectivo *El camino a Wigan Pier* (1937) de George Orwell son ejemplos posteriores, más autocríticos, sobre la técnica. Como ejemplos de intervención, estos textos intentaban demostrar, a través de un distanciamiento de las estructuras afectivas aprendidas, que las respuestas morales a la opresión y a la pobreza eran en sí mismas parte del problema.

Es posible que estas antiguas estrategias socialistas de representación ya no sean adecuadas para el periodo actual de permisividad moral y de cinismo generalizado hacia las ideologías tradicionales. El realismo queer se plantea la modesta tarea de desdramatizar el tipo de historias que contamos sobre las sexualidades del pasado. Hacer esto implica provocar un cortocircuito en la conexión entre la fantasía individual y la identificación colectiva. Como en la desdramatización del teatro épico de Bertolt Brecht con la yuxtaposición, la anécdota y el corte, el efecto que se busca con este realismo estético es rebajar el tono.²⁴ Su propósito es reabrir el espacio para que haya una «historia lo suficientemente grande», como escribe James Clifford: «El realismo trabaja conscientemente con historias parciales, prestando atención a sus tensiones fundamentales».²⁵

La desdramatización evita los enfoques de progreso y de tragedia sobre la historia propios de los modelos liberal y romántico, respectivamente. La visión intelectual promovida por el movimiento de liberación gay ha estado dividida durante décadas por los esfuerzos de una tendencia fijados en el premio (y la decepción) de la igualdad formal y los de la otra atrapados por abrumadoras pérdidas y derrotas. Una tendencia cuenta una historia que oculta sin piedad estas derrotas bajo

²⁴ Fredric Jameson, *Brecht and Method*, Nueva York, Verso, 1998, pp. 43-45.

²⁵ James Clifford, *Returns: Becoming Indigenous in the Twenty-First Century*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2013, pp. 41.

una narrativa idílica de progreso. La otra habla de ese pasado en un trance melancólico, lastrado por las innumerables pérdidas de vidas que acabaron con la contracultura gay de los años setenta.²⁶ Liberar la historia sexual del imperativo de que responda a las identidades sexuales y las culturas actuales supone liberarlo del sentido de urgencia de un periodo anterior. Aunque ese sentido de urgencia fue productivo, esta liberación parece ser un punto de partida necesario para experimentar con tipos alternativos de narrativa histórica y de pertenencia colectiva.

Mi llamada al realismo es, por lo tanto, una intervención performativa. «Real»²⁷ era inicialmente una palabra de la jerga queer para la cara que uno tenía que poner en el mundo heterosexual, no tanto un engaño o un disfraz, sino más bien una personalidad y una forma de comportamiento indiferentes. De acuerdo con esta visión un poco cínica, real tiene el significado de subjetivar un sentido de lo que es posible. Históricamente, eso que llamamos real ha proporcionado a las personas queer estrategias retóricas para cuestionar las ideologías dominantes mientras se movían dentro de ellas. La importancia de una personalidad indiferente merece un lugar junto a esa llamada a menudo soñadora a cierto imaginario utópico queer, por importante que este sea políticamente y por mucho que valga la pena defenderlo.

La contingencia y la historia de la homosexualidad

Los nombres pueden ser complicados, especialmente cuando se trata de instituciones sexuales. Incluso la *Política* de Aristóteles, que toma la unión del hombre y la mujer como base de todas las formas de sociedad, no aporta un nombre único para esta institución.²⁸ Émile Benveniste,

²⁶ Douglas Crimp, *Melancholia and Moralism: Essays on aids and Queer Politics*, Cambridge (MA), MIT Press, 2004, pp. 1-26.

²⁷ El término «realness» («realidad, realismo», en el sentido de algo realista, idéntico, auténtico) aparece en la jerga de las maricas, trans y drags negras y latinas de los salones de baile de Nueva York en las décadas de 1970 y 1980. Era una de las categorías de los concursos en la que se valoraba la habilidad de las concursantes y de sus disfraces de imitar de forma «muy real» una estética o un prototipo del mundo heterosexual: estudiante «real», ejecutivo «real», matón «real» eran algunos de los personajes de esos bailes, y se puntuaba precisamente que fueran «muy reales». Su uso se puede ver en la película *Paris is burning* y en la serie *Pose*. [N. del T.]

²⁸ Aristóteles, *Politics*, trad. Ernest Barker, Nueva York, Oxford University Press, 2009,

quien junto con sus compañeros estructuralistas Georges Dumézil y Claude Lévi-Strauss sentó las bases del nominalismo de Georges Canguilhem y Michel Foucault, admite en *Le Vocabulaire des institutions indo-européennes* que las relaciones de parentesco son «anomalías léxicas» sin fuentes originales para sus diversas denominaciones.²⁹ Si la terminología de una institución tan «universal» como el matrimonio exógamo entre un hombre y una mujer revela tan poco sobre un origen común y permanece tan resistente al análisis etimológico, es razonable esperar que una explicación nominalista no pueda dar cuenta de los orígenes de las instituciones sexuales marginales.

No obstante, los historiadores han intentado establecer una base para las historias transculturales de la homosexualidad con una narrativa de la sucesión de modos de producción influida por la economía política clásica. Cada modo de producción se ha asociado con su propio jardín de variedades de «la homosexualidad»: chamanismo homosexual y lazos fraternales en el marco de una exogamia casi universal en las sociedades de cazadores-recolectores; una estabilidad sexual general con espacio para la excentricidad (bestialismo, bastardía, incesto, poligamia, poliandria, homosexualidad, etc.) dentro de las sociedades pastoriles; guerreros y sacerdotes homosexuales junto con varias desapariciones de la familia en los primeros asentamientos agrícolas indoeuropeos.³⁰ El erotismo entre personas del mismo sexo ha sido documentado en la mayoría de las clases artesanales, en las que las jerarquías de edad y el estatus sometieron a los jóvenes varones a la dominación directa de los hombres adultos en la producción artesanal.

En cada forma social hay evidencias de relaciones sexuales entre hombres: un tipo eran relaciones sagradas (o ridiculizadas) entre personas de género no normativo, y otro tipo eran relaciones profanas entre guerreros, de género normativo; ninguna de ellas parece haber alterado

p. 2 [ed. cast.: *Política*, Barcelona, Espasa, 2011]. La idea es de Benveniste; véase la cita en la nota 27.

²⁹ Émile Benveniste, *Le Vocabulaire des institutions indo-européennes. 1. Économie, parenté, société*, París, Gallimard, 1966, pp. 205-8, 239.

³⁰ Louis Crompton, *Homosexuality and Civilization*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2003; Rudi C. Bleys, *The Geography of Perversion: Male-to-Male Sexual Behaviour outside the West and the Ethnographic Imagination, 1750-1918*, Nueva York, New York University Press, 1995, pp. 160-185.

el orden de las cosas en las sociedades tradicionales. El erotismo entre personas del mismo sexo en el contexto de la producción artesanal —a menudo llamada pederastia, como ocurre después de la tradición griega— se centró en los jóvenes, de quienes se esperaba que desempeñaran el papel pasivo-receptivo, y surgieron con un cierto nivel de desarrollo económico y con cierto nivel de importancia social que se daba a la división del trabajo. Estas instituciones y relaciones, cargadas de poder social, podrían ser bastante problemáticas para las jerarquías sociales.³¹ Así, según una especie de mitopoética dumeziliana en la que el tercer término resulta ser el dinámico, la historia comparada de las formas sociales presenta el erotismo entre personas del mismo sexo como algo sagrado, bélico y económico, lo que explica cada una de las funciones sociales tripartitas de las sociedades indoeuropeas.³²

Esta perspectiva de tipo patrimonio de la humanidad ha dado lugar a una historia cuestionable. La atracción y el sexo entre personas del mismo sexo no son realmente algo histórico, según este paradigma. Las especificidades se presentan como meras curiosidades de las costumbres, según una especie de relativismo, pero el comportamiento parece universal, como algo más o menos común a todas las formas sociales, modificado aquí y allá por diversos contextos institucionales, culturales y económicos. El historicismo puede hilvanar de forma sugerente una diversa colección de costumbres y escenarios reconstruidos a partir de los artefactos depositados por algún proceso gradual de acumulación y erosión; sin embargo, estas capas parecen finalmente estáticas y bidimensionales. La perspectiva no puede explicar las fuerzas sociales que dan lugar a esta colorida procesión, ni el interés de su audiencia en el escenario que se desarrolla. Todo un conjunto de preguntas queda sin respuesta. Aquí nos preocupan dos cuestiones centrales: ¿por qué el sexo entre hombres se volvió tan problemático dentro de formas

³¹ David F. Greenberg, *The Construction of Homosexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 1988, pp. 25-89, 94-100, 110-114.

³² George Dumézil, *Mitra-Varuna: An Essay on Two Indo-European Representations of Sovereignty*, Nueva York, Zone Books, 1988; William Percy ha planteado recientemente que, a pesar de cumplir estas funciones y a pesar de las similitudes superficiales, las instituciones pederásticas entre las culturas indoeuropeas estaban demasiado dispersas como para tener un origen común; véase William Armstrong Percy, *Pederasty and Pedagogy in Archaic Greece*, Urbana, University of Illinois Press, 1996, pp. 15-26.

sociales que daban mucha importancia a la división del trabajo? Y dadas las luchas políticas y sociales que caracterizaban estas formas sociales ¿cómo estas generaron y transformaron las culturas del sexo entre hombres? Las primeras ciudades modernas son de crucial importancia para responder a estas preguntas. El crecimiento de las instituciones civiles de gobierno, el comercio de materias primas, la producción de bienes terminados y las grandes poblaciones urbanas generaron algunas de las primeras culturas socialmente visibles de la sodomía en las primeras ciudades modernas. El problema de cómo estas culturas se hicieron socialmente visibles está en el núcleo de las luchas políticas y sociales que acompañaron el crecimiento urbano. Por ello, un enfoque capaz de tener en cuenta tanto las condiciones estructurales de posibilidad de las culturas del sexo entre hombres como los efectos contingentes de las luchas políticas sobre estas culturas podría aportarnos una nueva base para la historia comparada.

A Eve Kosofsky Sedgwick, quien criticó la temporalidad narrativa unidireccional de la obra de David Halperin *One Hundred Years of Homosexuality* y de la obra de Michel Foucault *Historia de la Sexualidad, vol. 1*, también se le puede atribuir el mérito de proporcionar una lectura psicoanalítica inteligente, aunque obvia, del pensamiento genealógico.³³ Lejos de ser «queer», escribe, la genealogía es notablemente «edípica»:

Después de todo, la obstinada y defensiva rigidez de una temporalidad paranoica en la que no se puede permitir que el ayer sea diferente del hoy, y menos aún del mañana, toma su forma a partir de una narrativa generacional que se caracteriza por una regularidad y una repetitividad claramente edípicas: le ocurrió al padre de mi padre, le ocurrió a mi padre, me está ocurriendo a mí.

Y continúa así: «¿Pero no es un rasgo de posibilidad queer —solo un rasgo contingente, pero real, que a su vez aumenta la fuerza de la contingencia misma—, que nuestras relaciones generacionales no siempre se desarrollen siguiendo esos mismos pasos?».³⁴ El problema del pronombre posesivo plural de «nuestras relaciones generacionales» sigue

³³ Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemology of the Closet*, Berkeley, University of California Press, 1990, pp. 44-48.

³⁴ Eve Kosofsky Sedgwick, *Touching Feeling: Affect, Pedagogy, Performativity*, Durham (NC), Duke University Press, 2004, p. 147.

siendo la articulación de los sentidos queer ambivalentes de pertenencia, posibilidad y temporalidad al margen de las «narrativas generacionales» que están basadas en el romance familiar. ¿Qué clase de pertenencia es esta? Si no es la identidad con el pasado, ¿entonces qué es?

En su ensayo «Sobre el concepto de historia», Walter Benjamin asociaba la temporalidad de la sucesión narrativa con la socialdemocracia y su visión limitada de la historia como progreso. Pensaba que al registrar el pasado como una «imagen dialéctica», que contiene una «multiplicidad de historias», el concepto de historia podría liberarse «del esquema de progresión dentro de un tiempo vacío y homogéneo». ³⁵ Para hacer algo más que presentar el pasado «tal como era», el materialista histórico «tiene que cepillar la historia a contrapelo, aunque necesite la pértiga de una barcaza para hacerlo». ³⁶ Para Benjamin, y para Sedgwick, el modelo del recuerdo como epifanía de Proust, en el que «choques mnemotécnicos» producen «una serie climática de verdades placenteras sobre la relación de la escritura con el tiempo», ³⁷ aportó una alternativa al «burdel del historicismo» al relacionar una «experiencia con ese pasado que es única». ³⁸

La relación de la memoria y de la escritura con el tiempo, que Benjamin identificó con una concepción dialéctica de la historia, guarda una relación isomórfica con la temporalidad de las luchas emancipatorias que, escribe Benjamin, se nutren de la imagen de «los abuelos esclavizados, no del ideal de los nietos liberados». ³⁹ Esta temporalidad no está en contra de un futuro. Su relación extática y epifánica con el pasado permanece mucho más abierta a futuros posibles que esas fijaciones en el movimiento hacia adelante y hacia atrás, en las criaturas y en la muerte, que tienden a limitar los imaginarios sociales.

³⁵ Walter Benjamin, «Paralipomena to “On the Concept of History”», en *Walter Benjamin: Selected Writings, vol. 4, 1938-1940*, trad. Edmund Jephcott et al., ed. por Howard Eiland y Michael W. Jennings, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2006, p. 406 [ed. cast.: *Tesis sobre el concepto de la historia y otros ensayos sobre historia y política*, Madrid, Alianza Editorial, 2021].

³⁶ Benjamin, «Paralipomena...», p. 407.

³⁷ Sedgwick, *Touching Feeling...*, p. 148.

³⁸ Benjamin, «On the Concept of History», en *Selected Writings, vol. 4...*, p. 396.

³⁹ Benjamin, «On the Concept of History», p. 394.

El análisis de Benjamin sobre la relación entre la forma política y los modelos temporales ayuda a explicar por qué la historia sexual contemporánea ha tendido a favorecer una temporalidad progresiva y unidireccional. Como señala la historiadora Dagmar Herzog, estos textos se escribieron principalmente durante el ascenso a finales del siglo XX de un «paradigma de liberación», que supone «la superación gradual de los obstáculos a la libertad sexual» pero «nos deja con pocas herramientas para entender los momentos de renovado conservadurismo sexual». ⁴⁰ En comparación con la relativa sofisticación de las historias de las formas políticas, argumenta Herzog, las teorías y modelos existentes de la historia sexual tienen grandes problemas con los periodos de restauración e interregno. En oposición a un modelo de liberalización progresiva y de su retroceso, análogo al modelo arqueológico de las rupturas epistémicas infranqueables, Herzog propone un «carácter *syncopado* de los desarrollos de la sexualidad en Europa occidental»: alternancias rítmicas, arranques y paradas, periodos de calma puntuados por fuertes retrocesos. ⁴¹

«Sexo syncopado», claro. La metáfora es sugerente. La mayoría de los lectores de historia de la sexualidad probablemente estarían de acuerdo con el juicio de Herzog de que la contingencia ha jugado un papel mucho más importante de lo que generalmente se reconoce en la historia habitual de la modernización, del crecimiento y del desarrollo progresivos. Pero, ¿a qué ritmo seguía la restauración sexual? La pregunta requiere algo más que la identificación de periodos y patrones de reacción a las sexualidades que estaban al margen de las normas sexuales de la clase media, aunque este es un punto de partida necesario. Requiere un marco teórico que pueda explicar cómo y por qué las culturas públicas de homosexualidad y prostitución se percibían como amenazadoras. ¿Había una base real para estas percepciones? ¿Cómo influyó la regulación de estas culturas en la formación de una hegemonía sexual que favorecía las normas de la clase media? ¿En qué medida la sexualidad era diferente antes del surgimiento de las burguesías nacionales?

Analizar la historia del siglo XX resulta esclarecedor. La teoría de los pánicos morales ha sido útil para describir periodos de homofobia y

⁴⁰ Dagmar Herzog, «Syncopated Sex: Transforming European Sexual Cultures», *American Historical Review*, núm. 114, diciembre de 2009, p. 1295.

⁴¹ Herzog, «Syncopated Sex...», p. 1297.

reacción sexual, revelando una estructura episódica para estas politizaciones. Las crisis sociales con causas desconocidas provocan una política de chivos expiatorios en la esfera pública, convirtiendo los miedos irracionales y la ira en una fuerza moralmente reguladora, y creando nuevas técnicas de disciplina y de represión social. Se cree que esta o aquella figura de la desviación, o «diablo popular», representa una amenaza para el orden social, lo que reafirma las fuerzas de la represión.⁴²

Por esclarecedora que sea, la teoría de los pánicos morales ha sido incapaz de explicar la *diferencia específica* de la homosexualidad en este papel. El paradigma solía asumir que el sentimiento antihomosexual es una especie de ideología atemporal desatada por la crisis social. La tolerancia se concibe negativamente como la ausencia de homofobia; sin embargo, el hecho de que las culturas de la sodomía fueran tan públicas indica que algo diferente a la ausencia de miedo y de pánico permitió que estas culturas florecieran, algo positivo o constitutivo, tal vez la solidaridad con los marginados sexuales o la oposición a la cultura dominante. A pesar de sus limitaciones, el paradigma del pánico moral ha sentado las bases para reintegrar microhistorias de pánicos sexuales periódicos en un marco de análisis más sistemático.

El armario, tal como lo entendían los activistas e intelectuales gais de finales del siglo XX —una interioridad subjetiva donde la homosexualidad quedaba reprimida por estructuras epistemológicas que prohibían su expresión pública—, ya no puede entenderse como una experiencia social universal de los homosexuales. Fue la experiencia de una clase privilegiada de homosexuales que están representados de forma excesiva en el archivo literario. Una cultura muy visible del amor entre personas del mismo sexo floreció en espacios de clase trabajadora, de los inmigrantes y de los afroamericanos, en Nueva York y en otras ciudades a finales del siglo XIX y principios del XX.⁴³ El relativo olvido en el que

⁴² Gilbert Herdt, «Introduction: Moral Panics, Sexual Rights, and Cultural Anger» en *Moral Panics, Sex Panics: Fear and the Fight over Sexual Rights*, Nueva York, New York University Press, 2009, pp. 1-32; Stanley Cohen, *Folk Devils and Moral Panics*, Nueva York, St. Martin's Press, 2002; Mary Douglas, *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution and Taboo*, Nueva York, Routledge, 2003 [1976] [ed. cast.: *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2007].

⁴³ George Chauncey, *Gay Nueva York, Gender and the Making of the Gay Male World, 1890-1994*, Nueva York, Basic Books, 1994, pp. 355-366; Robert Aldrich, «Homosexuality and the City: An Historical Overview», *Urban Studies*, vol. 41, núm. 9, agosto de 2004,

han caído esas culturas y esas vidas muestra las limitaciones de los modelos históricos que se centran en una historia de progreso.

La represión de la subcultura marica de Nueva York proporcionó una vía de escape para el resentimiento que tenían los hombres de clase media por las importantes transformaciones del modo de producción: el trabajo en grandes empresas corporativas en las que estos hombres estaban cada vez más sujetos a la dirección de otros hombres, la entrada de mujeres trabajadores en las oficinas, la precariedad de las identidades tradicionales de sostén económico durante un periodo de depresión y guerra y las demandas del sindicalismo... todo ello amenazaba el estatus privilegiado de los hombres blancos de clase media.⁴⁴ La misma cultura de las maricas afeminadas de clase trabajadora que reafirmó la normalidad de los hombres de clase media a finales del siglo XIX reflejaba ahora la feminización de estos mismos hombres, representando una serie de amenazas al estatus de los hombres de clase media en una sociedad diferenciada verticalmente.⁴⁵

La normalización —es decir, la ampliación de la adquisición de un estatus en la sexualidad— de las familias de clase trabajadora proporcionó una base para una hegemonía más amplia de la visión que tenía la clase media de las sexualidades no normativas. A principios del siglo XX, la familia nuclear se convirtió en un poderoso instrumento regulador para reproducir una población trabajadora reglamentada y fiable. Para contrarrestar la alta rotación de mano de obra en las fábricas de Ford, la empresa, convertida en paradigma industrial, creó un Departamento de Sociología dirigido a investigar la vida familiar de sus trabajadores y asegurarse de que los inmigrantes étnicos de Detroit se habían convertido en verdaderos «hombres Ford».⁴⁶ La disciplina de las

pp. 1719-37; Nayan Shah, *Stranger Intimacy: Contesting Race, Sexuality, and the Law in the North American West*, Berkeley, University of California Press, 2011, pp. 54-61.

⁴⁴ Chauncey, *Gay New York...*, pp. 111-15.

⁴⁵ La loca, escribe Chauncey, «representaba las cosas que los hombres de clase media más temían sobre su condición de género. Su afeminamiento representaba de forma extrema la pérdida de virilidad que los hombres de clase media más temían en sí mismos, y su estilo parecía socavar sus esfuerzos por reafirmar su condición varonil». *Gay New York...*, p. 115.

⁴⁶ Clarence Hooker, «Ford's Sociology Department and the Americanization Campaign and the Manufacture of Popular Culture among Assembly Line Workers, c. 1910-1917», *Journal of American Culture*, vol. 20, núm. 1, primavera de 1997, pp. 47-53.

fábricas de Ford se amplió con el fin de centrarse en aspectos de la vivienda y de la vida familiar que históricamente habían sido irrelevantes para el proceso de producción en sí mismo.

Como las condiciones de la crisis social y económica fueron compartidas por la mayoría de los países altamente desarrollados después de la Primera Guerra Mundial, este patrón de la represión estadounidense de la sexualidad de la clase trabajadora de mediados del siglo XX se mantuvo en Europa occidental, Japón, Rusia y otros países. Las fuerzas socialmente represivas se aplicaron a las culturas proletarias al margen de la ley; la prostitución y la homosexualidad estaban cada vez más sujetas al poder policial y a los discursos patologizantes. Este proceso llevó a una extensión de la hegemonía sexual burguesa sobre las normas y la autopercepción de la clase trabajadora.⁴⁷

En las últimas décadas del siglo XX, los historiadores sociales produjeron una importante historia de las culturas homosexuales cuyo principio de unidad e inteligibilidad a lo largo de un largo periodo de tiempo fue el contacto sexual público y altamente socializado entre hombres de diferentes clases sociales, grupos étnicos y orígenes nacionales. Cualesquiera que sean las continuidades que puedan establecerse entre estas culturas, no fueron el resultado de una reproducción orgánica de la memoria y la tradición de una generación a la siguiente —ni el producto de una identidad de consumo estable mediada por los mercados, la tecnología o la cultura impresa—, sino la consecuencia de códigos, conductas y afectos transmitidos de cuerpo a cuerpo dentro de instituciones particulares, que reproducían estas prácticas sociales y estas instituciones de contacto sexual entre clases sociales.⁴⁸ Una gramática compartida de posibilidades y de acceso al sexo producida por prácticas de ligue en espacios públicos para este contacto dio a estos

⁴⁷ Canaday, *The Straight State...*; Allan Bérubé, *Coming Out under Fire*, Nueva York, Simon y Schuster, 1990; Marilyn E. Hegarty, *Victory Girls and Khaki-Wackies and Patriotutes: The Regulation of Female Sexuality during World War II*, Nueva York, New York University Press, 2008; Sabine Frühstück, *Colonizing Sex: Sexology and Social Control in Modern Japan*, Berkeley, University of California Press, 2003; George L. Mosse, *Nationalism and Sexuality: Respectability and Abnormal Sexuality in Modern Europe*, Nueva York, Howard Fertig, 1985; Dagmar Herzog, *Sexuality in Europe: A Twentieth-Century History*, Nueva York, Cambridge University Press, 2011.

⁴⁸ Samuel Delany, *Times Square Red, Times Square Blue*, Nueva York, New York University Press, 1999, pp. 111-127.

códigos concretos la continuidad y la visibilidad que mantuvieron a través del tiempo y el espacio. La homosexualidad fue así reconceptualizada como una apropiación activa y contrahegemónica del espacio urbano que generaba culturas públicas de sociabilidad entre clases, basadas en las relaciones sexuales con desconocidos.⁴⁹

Las explicaciones de estos historiadores sobre las características estructurales y contingentes de las politizaciones de la homosexualidad en el siglo XX proporcionan un modelo a la hora de reflexionar sobre la historia más antigua del capitalismo comercial y sus periodos de transición y crisis. El establecimiento de la hegemonía sexual burguesa —que facilitó el ajuste de los hombres tanto de clase media como de clase trabajadora a los desarrollos en los modos de producción, al confinar la sexualidad dentro de espacios privados y formas de intimidad que giraban en torno a la familia— equivalía a una especie de cercamiento,⁵⁰ dando forma a un episodio de una larga historia de acumulación por desposesión. Tal reconceptualización de la dialéctica de la libertad sexual y la restricción en términos de acumulación primitiva remite la historia de la sexualidad a una historia de la propiedad, donde las conexiones entre la sexualidad y lo social se vuelven más claras.

Descripción general del argumento

Mi hipótesis sobre la relación entre la represión sexual y los orígenes del capitalismo en formas de acumulación primitiva se basa en dos supuestos relacionados, si bien distintos, que forman la urdimbre y la trama de la narrativa histórica que se presenta a continuación. En primer lugar, las culturas del sexo entre hombres se politizaron en un contexto de formas mucho más amplias de desposesión durante periodos de inestabilidad geopolítica y de transición político-económica; por lo tanto, son fenómenos sistémico-mundiales. En segundo lugar, estas politizaciones dieron lugar a una dialéctica pasional, y la homosexualidad masculina

⁴⁹ Chauncey y Povinelli, «Thinking Sexuality Transnationally...», p. 444.

⁵⁰ El autor utiliza aquí el término marxista «enclosure», cercamiento, que designa el proceso de división de los campos comunales para su privatización en Inglaterra desde el siglo XIII. Es un elemento clave que utiliza Marx para explicar los orígenes del capitalismo y la acumulación primitiva u originaria [N. del T.]

se convirtió en un pararrayos de la ira popular en tanto reflejaba la forma general del poder social durante los periodos de crisis.

Para desentrañar todo el significado de estos dos supuestos hemos tenido que interpretar las historias sociales de la homosexualidad a la luz de la historia política y del relato de la teoría del sistema mundo sobre el «desarrollo desigual y combinado» del capitalismo.⁵¹ Este enfoque de *longue durée* sobre la sexualidad, la forma social, y el desarrollo económico requiere poner entre paréntesis muchos de los tropos literarios que acostumbramos a utilizar a la hora reflexionar sobre la «modernidad» de la homosexualidad.

Los periodos históricos de intensa politización de la homosexualidad corresponden a lo que Giovanni Arrighi y otros autores han identificado como periodos de crisis sistémica mundial, periodos en los que un poder hegemónico entra en una fase de financiarización, profundizando las divisiones sociales internas y desestabilizando el equilibrio de poder geopolítico más amplio que había sido la base de su ciclo de acumulación de capital y de ascenso a la hegemonía. Las fases terminales de las hegemonías del capitalismo en el norte de Italia, Holanda, Gran Bretaña y Estados Unidos estuvieron marcadas por una mayor sensación de crisis moral en la que las autoridades municipales tomaron medidas enérgicas contra las instituciones de contacto sexual entre hombres en los puntos centrales del sistema mundo. Estos periodos de desestabilización económica y geopolítica y los periodos posteriores de «restauración» —en los que se restableció un equilibrio de poder dentro del sistema bajo la hegemonía de una sola potencia mundial— fueron centrales para la ruptura y el establecimiento de los órdenes sexuales en las sociedades occidentales. El terreno histórico de las coyunturas de crisis política y económica es, por lo tanto, un lugar privilegiado para analizar cómo se disolvieron y se rehicieron las categorías y las

⁵¹ Giovanni Arrighi, *The Long Twentieth Century: Money, Power, and the Origins of Our Times*, Nueva York, Verso, 2010 [ed. cast.: *El largo siglo XX*, Madrid, Akal, 2014]; Immanuel Wallerstein, *World-Systems Analysis: An Introduction*, Durham (NC), Duke University Press, 2004, pp. 1-22; Fernand Braudel, *Civilization and Capitalism: 15th to 18th Century*, vol. 2. *The Wheels of Commerce*, trad. Siân Reynolds, Berkeley, University of California Press, 1992 [ed. cast.: *Civilización y capitalismo*, vol. 2. *Las ruedas del comercio*, Ciudad de México, FCE, 1998]; Samir Amin, *Unequal Development: An Essay on the Social Formations of Peripheral Capitalism*, Delhi, Oxford University Press, 1979 [ed. cast.: *Sobre el desarrollo desigual de las formaciones sociales*, Barcelona, Anagrama, 1976].

conductas sexuales, y para analizar qué fuerzas sociales intervinieron en este proceso.

Las instituciones y culturas del amor y del sexo entre hombres fueron producto de un espacio contradictorio de la realidad. Los modos de vida residuales y emergentes competían entre sí por el dominio sobre el orden moral de las ciudades.⁵² Este dominio nunca llegó a ser total. Se disolvieron las antiguas relaciones familiares parcialmente socializadas para la reproducción orgánica de un modo de vida agrario, lo que permitió la expansión de relaciones sociales capitalistas en las que la reproducción social se desvinculó de la familia.⁵³ La producción para el mercado creó una dependencia salarial para sectores más amplios de la población, destronando a la familia como la unidad económica primaria de autorreproducción y permitiendo opciones sexuales y de vida al margen de su forma restrictiva.⁵⁴ Apareció una gran variedad de normas sexuales y de formas de vida en la brecha entre la disolución del Antiguo Régimen y la creación de nuevas relaciones sociales capitalistas.

Las ciudades eran lugares de contacto y de conflicto entre estas clases sociales y estas formas de vida. Proporcionaron una «solución espacial» para la inversión de capital, como ha explicado David Harvey, creando una base dinámica para una mayor acumulación de capital y una mayor expansión geográfica del sistema mundo. Sin embargo, «las crisis de sobreacumulación, el cambio tecnológico, el desempleo y la falta de cualificación, la inmigración y todo tipo de rivalidades y divisiones entre facciones tanto dentro como entre clases sociales» generaron diversos tipos de «anarquía social» en las ciudades.⁵⁵ En ocasiones, esta volatilidad produjo movimientos políticos urbanos que amenazaron los intereses burgueses. «La experiencia política», escribe Harvey:

⁵² Raymond Williams, *Writing in Society*, Nueva York, Verso, 1991, pp. 152-53.

⁵³ Robert Brenner, «Bourgeois Revolution and the Transition to Capitalism» en *The First Modern Society: Essays in English History in Honor of Lawrence Stone*, ed. por A. L. Beier, David Cannadine y James M. Rosenheim, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 286.

⁵⁴ John D'Emilio, «Capitalism and Gay Identity» en Ann Barr Snitow, Christine Stansell y Sharon Thompson (eds.), *Powers of Desire: The Politics of Sexuality*, Nueva York, Monthly Review Press, 1983, p. 104.

⁵⁵ David Harvey, *The Urban Experience*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press, 1989, p. 33.

Enseñó a la burguesía otra lección que podría usarse para controlar el radicalismo excesivo de cualquier movimiento político urbano: el mayor control sobre el espacio proporcionó un arma poderosa en la lucha de clases [...] el aumento de la confianza de la clase dominante en las fuentes de poder nacionales y, en última instancia, internacionales y la reducción gradual de la esfera de una relativa autonomía de las alianzas de clase urbanas.⁵⁶

Las ciudades proporcionaron un medio para la existencia y el florecimiento de las primeras culturas de contacto sexual entre hombres y un terreno para las luchas por el orden sexual de los espacios públicos.⁵⁷ No es casualidad que gran parte del aparato legal y punitivo construido para hacer frente a la «anarquía social» de las poblaciones excedentes (leyes contra el vagabundeo, trabajos forzados, encarcelamiento y reclutamiento) se movilizó para criminalizar la homosexualidad durante la mayor parte del periodo moderno.⁵⁸ La sodomía, como tal, era bastante difícil de perseguir penalmente, y algunas de las primeras leyes contra la sodomía en la Europa moderna temprana estuvieron asociadas con el vagabundeo. Además, la criminalización de las clases pobres y trabajadoras en las ciudades proporcionó carne de cañón y mano de obra barata para la expansión del área de captación del sistema mundo y para la competencia geopolítica entre potencias capitalistas rivales.

La modernidad se convierte en una categoría no teleológica cuando se utiliza para describir diversas formas de vida superpuestas, normas sexuales y autopercepciones producidas por un sistema mundo de desarrollo desigual. Esos mundos de vida y esas normas sexuales que caracterizaron un mundo cada vez más residual de campesinado feudal, de pequeños propietarios, de artesanos urbanos y de clases nobles se combinaron y entraron en conflicto con las normas y las formas de vida emergentes de las ciudades, las poblaciones proletarias y las burguesías nacionales en ascenso. Destacar esta desigualdad y este conflicto nos sirve para exponer la temporalidad disyuntiva y las fronteras móviles

⁵⁶ *Ibidem*, p. 32.

⁵⁷ Chauncey, *Gay New York...*, pp. 355-66; Aldrich, «Homosexuality and the City...»; Shah, *Stranger Intimacy...*, pp. 54-61.

⁵⁸ Por ejemplo, en España la Ley de Vagos y Maleantes se modificó en 1954 bajo la dictadura de Franco para incluir a «los homosexuales» en la lista de personas afectadas por la ley, BOE 17 de julio de 1954, artículos 2º y 6º. [N. del T.]

del cambio sin representar el proceso histórico como una sucesión unidireccional o como una arqueología asentada en capas infranqueables y sedimentadas.⁵⁹ El concepto de hegemonía sexual requiere concebir la geografía moral del espacio urbano como algo dividido en bloques de conductas antagónicas, normas y autopercepciones; en las sociedades burguesas, allí donde la cultura pública reflejaba profundas divisiones morales, el Estado intervino para hacer cumplir las normas sexuales de la clase media, estableciendo aliados en las zonas de anarquía sexual proletaria. Ciertos niveles de desarrollo económico ampliaron la red de aliados más allá de un puñado de informantes locales, para incluir segmentos enteros de la clase obrera que apostaban por la respetabilidad.

Durante el periodo de las denominadas «revoluciones burguesas»,⁶⁰ los desafíos políticos que representaban la «pederastia» o la «sodomía» se articularon dentro de la problemática del buen gobierno, que suscitaba comparaciones entre las ciudades-Estado de la Antigüedad y los primeros experimentos modernos de formas republicanas. En sus luchas por el dominio sobre el Antiguo Régimen, las clases revolucionarias buscaron modelos en las constituciones mixtas de las antiguas repúblicas, que combinaban el gobierno de una persona, el de unas pocas y el de muchas. Incluso antes de la hegemonía de la moral sexual burguesa y de las formas capitalistas impersonales de dominación, las culturas interclasistas de la sodomía resultaban problemáticas para estos experimentos republicanos porque incrementaban la jerarquía social y la desigualdad de su forma social mixta.

Las primeras repúblicas modernas politizaron las culturas socialmente visibles del sexo entre hombres porque la condena de la sodomía y sus espectáculos ocasionales de castigo generaron estructuras colectivas de sentimientos, o de pasiones, que respondían a diversas formas de dominación directa. La ambivalencia del sentimiento popular hacia tales culturas reflejaba contradicciones sociales más amplias. Expresiones de amor y odio colectivos, de empatía y repugnancia, de placer e ira, mostraban concepciones muy diferentes de la libertad sexual y

⁵⁹ Fredric Jameson, *Valences of the Dialectic*, Nueva York, Verso, 2009, pp. 515-32, 552-64; Carla Freccero, *Queer/Early/Modern*, Durham (NC) Duke University Press, 2006, pp. 31-41.

⁶⁰ Véase Perry Anderson, «The Notion of Bourgeois Revolution» en *English Questions*, Nueva York, Verso, 1992, pp. 105-118.

conformaban una dialéctica pasional. La libertad de los hombres con propiedades y estatus entró en conflicto con el deseo de las clases populares de liberarse de la dominación, produciendo respuestas colectivas a menudo impredecibles frente a las culturas de la sodomía allí donde se mostraban públicamente. Sin ninguna intención real o poder para eliminar por completo tales culturas, las primeras clases dominantes modernas persiguieron y castigaron estos delitos e instituciones con el fin de influir en el sentimiento popular.

Vemos así que la estructura sincopada de la historia de la homosexualidad y su relación con las formas políticas es algo más que una analogía oportuna para una mejor historiografía. Las mismas alianzas de clase que intentaron fundar las primeras repúblicas modernas también generaron instituciones para el contacto sexual interclasista entre hombres. El destino de ambas estaba ligado a batallas políticas sobre el orden moral de las ciudades. Estas luchas sociales y estos públicos sexuales se transformaron finalmente a lo largo del siglo XIX, a medida que las clases medias reforzaron su control sobre el espacio urbano y a medida que el desarrollo económico dio a las normas sexuales burguesas una mayor fuerza en la clase trabajadora.

Las primeras regulaciones modernas sobre la sodomía reflejaban inquietudes acerca de las fuerzas populares que la burguesía había movilizado en su lucha contra el Antiguo Régimen. En estas conductas sexuales «antinaturales», captaron la esencia de sus propios poderes destructivos en una forma alienada e invertida. Mientras que las primeras culturas modernas de la sodomía intensificaban formas de jerarquía social y de dominación directa, las culturas modernas de la homosexualidad tendían a reflejar el poder difuso e impersonal de las sociedades burguesas y la creciente feminización del proceso laboral. Desde una dialéctica pasional (que refleja una cultura sexual que era una consecuencia orgánica de diversas formas de sociabilidad y de amistad masculinas) hasta una dialéctica de encierro (que refleja una creciente alienación y separación entre actos privados y espacios públicos), la politización de las culturas del sexo entre hombres impactó en el núcleo de los problemas de gobierno (y reflejó que estos problemas habían cambiado debido al dominio político de las clases medias).

Los capítulos siguientes proceden en un orden cronológico aproximado, rastreando las politizaciones del sexo entre hombres en los puntos centrales del sistema mundo. Cada capítulo, a su vez, analiza las condiciones previas socioeconómicas para una cultura particular de sodomía, la política de acusaciones y regulaciones de la sodomía dentro de alianzas políticas entre clases y los artefactos culturales de estas formaciones.

La primera parte, «Hegemonías sexuales del capitalismo histórico», consta de este capítulo introductorio seguido de tres capítulos centrados en el estudio de casos. El primer estudio de caso, «La sodomía y el gobierno de las ciudades», presenta un análisis de por qué las culturas de la sodomía pudieron florecer en el mundo mediterráneo moderno temprano, y de por qué se convirtieron en un problema político en Florencia, lo que hizo necesario crear una oficina reguladora secular para escuchar las acusaciones contra los ciudadanos. Los gremios de Florencia prefiguraron (si bien se diferenciaron de ella radicalmente) la política sexual burguesa posterior con su elección de regular la sodomía con una oficina especial y una escala móvil progresiva de multas. A lo largo de sus setenta años de historia, esta oficina buscó absorber las disputas amorosas en el cuerpo del Estado, amortiguando la formación de facciones políticas opuestas al régimen de los Médici. Las reflexiones de Maquiavelo sobre estas instituciones, facciones y conflictos abren una discusión sobre las continuidades y discontinuidades entre su propio periodo de experimentación republicana y el mundo de la Antigüedad.

El capítulo 3, «La hegemonía sexual y el sistema mundo capitalista», se centra en las condiciones sociales y políticas de posibilidad de las instituciones sexuales entre hombres durante los siglos XVII y XVIII en la cuenca del Atlántico. Durante el ocaso de la hegemonía comercial de la República Holandesa y la Restauración que siguió a la Guerra Civil Inglesa, ambas entidades políticas tomaron enérgicas medidas contra las instituciones de contacto sexual interclasista entre hombres, con formas que indican un conflicto en las ideas sobre la libertad sexual y transformaciones posteriores de la dialéctica de las pasiones. Los registros de estas represiones indican los primeros atisbos de la idea burguesa de interioridad y demuestran que esta se generó dentro de una política moral sobre el uso adecuado del espacio público y la apariencia de moderación en el apetito. Esta política entró en conflicto con las sexualidades y la autopercepción de las clases nobles y populares. Cada texto apunta

más allá de su particular formación nacional, indicando por un lado una supuesta comunidad transnacional en la que la persecución religiosa y la homofobia se entendían como formas de desposesión, y por otro lado, los inicios de una sexualidad burguesa igualmente transnacional basada en las relaciones de propiedad y en la idea de interioridad.

Los estudios de casos concluyen con el capítulo 4, «Homosexualidad y hegemonía burguesa», una consideración de la esfera pública plebeya de prostitución y sexo entre hombres que floreció durante la Revolución francesa. Durante su ascenso al poder, la burguesía declaró abiertamente la guerra al libertinaje sexual de la aristocracia, reflejando un patrón visto en los estudios de casos anteriores en los que los escándalos del apetito indican un fracaso más amplio del gobierno. Sin embargo, el desgobierno general de las clases populares durante el siglo XIX desplegó una sorprendente variedad de normas sexuales en la capital que resisten a cualquier historia de modernización progresiva. Las epistemologías médicas forenses de los pederastas siguieron de cerca los pasos de los ciclos de revolución y restauración, proporcionando una teoría racial de la degeneración y de las relaciones entre personas del mismo sexo, y dando un aire de pretensión científica al interés de la burguesía francesa por las historias de los bajos fondos. Durante los ciclos de restauración, el imperativo de convertir la ciudad revolucionaria en un espacio de consumo y especulación inmobiliaria hizo necesaria la represión de unas sexualidades que eran muy visibles en el Antiguo Régimen, utilizando el discurso sobre la sexualidad monstruosa de las clases nobles en contra de los artesanos y los proletarios que formaban las fuerzas de choque de la actividad revolucionaria en las calles.

El capítulo se detiene en una historia cultural de los urinarios públicos. Los urinarios públicos fueron una arquitectura de servicio, que reflejaba el cercamiento de la actividad homosexual en el espacio urbano. Los primeros modelos se construyeron en París durante la Monarquía de Julio. Los diseños posteriores se adoptaron como parte de las transformaciones de París que hizo Hausmann. El urinario patentado por el ingeniero sanitario inglés George Jennings se presentó en el Crystal Palace en 1851, estandarizando por primera vez el diseño de los urinarios. Así, la evolución del diseño y construcción de urinarios en el siglo XIX permite analizar cómo la producción en masa y la amplia distribución de una forma arquitectónica particular

en las ciudades europeas comenzaron a estructurar formas de contacto sexual entre hombres, mostrando las preocupaciones de la sociedad burguesa y reflejando las nuevas libertades y restricciones generadas por una dialéctica del cercamiento.

La segunda parte, «La homosexualidad y el deseo de historia», representa un desplazamiento del objeto de análisis y de la investigación histórica, del problema de una identidad y una subcultura homosexuales a un problema de la relación de la subjetividad sexual con sucesivas crisis coyunturales de hegemonía en el sistema mundo capitalista, aportando un nuevo paradigma para pensar la historia de cómo se ha politizado la homosexualidad, desde la Florencia renacentista hasta los avances actuales en los derechos de las personas homosexuales. Estos capítulos intentan desarrollar un análisis de la coyuntura actual y un análisis de por qué el conocimiento histórico ha sido importante para las luchas sobre la representación homosexual y las apuestas por la respetabilidad.

El capítulo 5, «Historizar la historia de la sexualidad», se pregunta qué estaba políticamente en juego en los relatos teóricos e históricos constructivistas de la «modernidad» de la homosexualidad. ¿Qué importa que la homosexualidad tenga o no una historia? ¿Y por qué una coyuntura particular terminó produciendo un conocimiento histórico sin precedentes de las prácticas e identificaciones entre personas del mismo sexo del pasado? Planteo por qué la historia LGTB llegó a tener tanta importancia para las formaciones intelectuales y políticas, y analizo cómo esta historia dio legitimidad a la lucha por los derechos LGTB. Se analiza esta conciencia histórica ampliada de la homosexualidad junto a la de formaciones intelectuales y políticas anteriores; sostengo que esta fue posible debido a una dominación burguesa en declive que permitió entender las costumbres sexuales como algo construido socialmente, al igual que las formaciones anteriores fueron producidas por el ascenso de una dominación burguesa después de las revoluciones de 1848 en Europa occidental. Después de historizar la formación intelectual, realizo una crítica interna a la *Historia de la sexualidad, vol. 1*, de Michel Foucault, argumentando que su crítica a la «hipótesis represiva», por muy productiva que haya sido, contiene algunas contradicciones filosóficas e históricas no resueltas, y hace que gran parte de la formación de los estudios de la sexualidad se centre en una metanarrativa que da prioridad a la epistemología por encima de la lucha política,

y a las categorías burguesas por encima del análisis de clase. Concluyo evaluando las investigaciones de los historiadores del constructivismo social sobre cómo el capitalismo permitió tanto la represión de la homosexualidad como su politización. Estos estudios explicaron con éxito la historicidad de la «homofobia» como producto de la movilización para la Segunda Guerra Mundial, pero tendieron a proyectar esta visión de la homosexualidad como una minoría perseguida hacia épocas y clases sociales en las que la visión burguesa aún no era hegemónica.

Sobre la base de estas percepciones históricas, el capítulo sexto, «La homosexualidad como categoría de la sociedad burguesa», reconstruye la relación conflictiva de la homosexualidad con una esfera pública históricamente burguesa, demostrando cómo el cambio hacia una dominación cultural posmoderna disminuyó en gran medida el antagonismo social que alguna vez planteó la homosexualidad. A modo de crítica interna a la teorización de Michael Warner sobre los «contrapúblicos queer» como un discurso grupal contrahegemónico, propongo un modelo para conceptualizar la homosexualidad como una «presunta comunidad» de acuerdo con principios que no se limitan a una identidad psicológica, a un sentido de interioridad o a alguna categoría sociológica artificial como la desviación. Este análisis crítico permite un estudio de la esfera pública plebeya en la que circulaban las culturas de la sexualidad entre personas del mismo sexo, estableciendo la importancia crucial del análisis de clase para la historia de la sexualidad. En ambos casos, la imposición histórica de un orden sexual burgués —y su extinción en las sociedades contemporáneas— son inteligibles para el pensamiento solo cuando las categorías sociales y el punto de vista de la crítica se someten también a un análisis histórico.

Capítulo 2

La sodomía y el gobierno de las ciudades

Lorenzo de Médici, o las plazas de Florencia

En 1472, los *Ufficiali di Notte* de Florencia declararon a Pacchierotto, un pobre zapatero, culpable de sodomía, con la amenaza de que el chico sería «conducido por la ciudad y por sus lugares públicos» con una mitra en la cabeza y azotado por el ministro de justicia. «Sucedió que fue arrestado como sodomita», cuenta el cronista florentino Simone Filipepi, «y bajo tortura confesó bajezas inauditas y extraordinarias, también algunos robos». Fue azotado y paseado por la *Piazza della Signoria*, el centro histórico y político de la vida florentina, recibiendo doce latigazos bajo la mirada de mármol de los leones de Médici.

«Luego fue conducido al mismo centro del Nuevo Mercado, y aquí le dieron doce más. Desde aquí fue conducido a la calle de los peleteros donde lo habían sorprendido varias veces en actos obscenos similares, y aquí recibió otros doce latigazos». Las multitudes probablemente recibieron a Pacchierotto con el mismo alboroto de aullidos, silbidos, gritos y furiosas tormentas de verduras con que recibieron a un hombre y a su chico cuando desfilaron en la misma plaza en 1503, bajo el régimen de Savonarola, con pancartas que indicaban su crimen: *sodomía*. Posteriormente, Pacchierotto fue conducido a *Stinche*, donde fue «recluido en la prisión de los sodomitas, los ladrones y los blasfemos, que lo esperaban con alegría. Cuando llegó, lo convirtieron en su nuevo capitán y cantaron juntos alegremente para divertirse un poco. Como fue muy bien recibido por el grupo, lo sentaron a la cabecera de la mesa con otra mitra, más grande que la anterior».

«El pobre Pacchierotto estaba llorando», concluye Filipepi en su relato, «por su vergüenza y por el dolor de los azotes, pero al ver entre esos sinvergüenzas a algunos que tenían la frente marcada, otros sin nariz ni orejas, otros con un solo brazo, y otros que estaban peor que él, se consoló un poco. Y así permaneció muy honorablemente en ese lugar durante varios años».¹

Pacchierotto —quien más tarde se asoció con los famosos *compagnacci*, los «compañeros groseros», «revoltosos» o «feos», una facción política de jóvenes luchadores por la libertad que en 1498 conspiraron para asesinar al buen fraile Savonarola en la catedral de Santa María del Fiore haciendo estallar explosivos durante la misa, operación abortada al descubrir que algunos de sus amigos y parientes podrían estar en la misa²— probablemente sufrió estas humillaciones públicas por no pagar una multa de diez florines.³ El régimen de Lorenzo de Médici realizó piadosas expiaciones por los pecados de Sodoma humillando públicamente a los pobres; la vigilancia florentina de la sodomía los hizo enemigos del Estado y atrajo una increíble cantidad de atención pública hacia este vicio.

Los espectáculos de humillación tenían sus límites políticos, como podría indicar la simpatía de los admiradores de la prisión de Pacchierotto y su posterior participación en los *compagnacci*. De hecho, los castigos públicos por sodomía fueron excepcionalmente raros en Florencia y se produjeron solo durante el periodo político más tumultuoso de transición y reacción política. ¿Fueron estos espectáculos síntomas del fin de una hegemonía en declive de las ciudades del norte de Italia? Tal vez. Florencia perdonó principalmente a los sodomitas que se entregaron y castigó a los condenados con multas. Los magistrados florentinos preferían el lucro a la humillación pública.

¹ Citado en Michael Jesse Rocke, *Male Homosexuality and Its Regulation in Late Medieval Florence*, vols. 1 y 2, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1989, pp. 179-80.

² Lauro Martines, *Fire in the City: Savonarola and the Struggle for the Soul of Renaissance Florence*, Nueva York, Oxford University Press, 2006, p. 1.

³ Diez florines era la pena más común para los hombres pobres condenados por sodomía durante este periodo. Veinte años después de la muerte de Pacchierotto, Francesco Guicciardini comentó irónicamente a Maquiavelo que «el encargo del gremio de la lana a Maquiavelo para que le procurara un predicador era tan absurdo como encargar a Pacchierotto, cuando aún vivía, que encontrara una esposa para un amigo». Rocke, *Male Homosexuality...*, p. 180.

Los registros municipales de Florencia indican que, durante el breve periodo entre 1478 y la abolición de los *Ufficiali di Notte* u «Oficiales de la Noche» en 1502, se produjo un periodo de gran agitación política: la muerte de Lorenzo de Médici, la invasión de Florencia por Carlos VIII de Francia, el saqueo del hijo de Lorenzo, Piero, y el surgimiento de una nueva república establecida bajo la influencia de Savonarola, cuyas reformas morales incluyeron sentencias más severas por sodomía; solo veintitrés sodomitas fueron colocados en la picota, siete fueron mitrados y azotados por las calles, dos recibieron latigazos, tres fueron mitrados y marcados, y uno fue colocado en la picota y marcado a fuego. Nueve fueron encarcelados y la mayoría cumplió una sentencia de seis semanas a seis meses. Seis fueron exiliados y tres asesinados. Un total de 553 sodomitas fueron multados, la mayoría pagó multas de diez florines o de cincuenta.⁴ Demuestra la gravedad de la espiral inflacionaria de la moneda del anterior periodo de declive económico, el hecho de que la ciudad recaudara como máximo un total de ingresos de 15.780 florines, o aproximadamente el 1 por ciento de la enorme deuda de 1339 de Eduardo III, que generó el «gran colapso» de la década de 1340.⁵

Los Oficiales de la Noche perdonaban con frecuencia a chicos y a hombres que confesaban sodomía, alegando su incapacidad para pagar tales multas. Como la oficina descubriría a lo largo de su mandato de setenta años, los castigos menos severos y las escalas móviles de penas tendían a generar un mayor número de confesiones y acusaciones por parte de los florentinos. El régimen de Savonarola, por el contrario, inició una represión de las tabernas, los baños y los burdeles de la ciudad. El Estado ordenó a los posaderos que mantuvieran una vigilancia más estricta de sus precios y que prohibieran a los jóvenes estar allí durante ciertas horas de la noche. Las sentencias por las condenas eran

⁴ Aunque la mayor parte de estos ingresos se recaudó de aquellos individuos que pagaban una multa más alta de cincuenta florines, probablemente hombres de los gremios ricos y maestros comerciantes, las multas recaudadas de catorce ricos individuos eran casi equivalentes a las de los 274 individuos que fueron multados cada uno con solo diez. Pero incluso esta multa tan reducida era considerada un precio exorbitante por muchos de los sodomitas de la ciudad, como demuestra el ejemplo de Pacchierotto. *Rocke, Male Homosexuality...*, p. 176.

⁵ O el 1,3 por ciento de los ingresos mucho mayores de la producción florentina de paños de lana del año anterior; Arrighi, *The Long Twentieth Century...*, p. 102.

duras y suponían humillaciones públicas, pasar un tiempo atado a un poste o una muerte espectacular para los reincidentes. Bajo Savonarola, se eliminaron las multas progresivas. Las acusaciones desaparecieron. Los buzones para depositar las acusaciones anónimas instalados por los Oficiales de la Noche en toda la ciudad cayeron en desuso, comparado con el periodo de castigos indulgentes bajo los Médici. En definitiva, los ciudadanos se negaron a acusar a sus vecinos o a confesarse ellos mismos, a medida que aumentaban las penas. Cuando la acción legal fracasó, Savonarola intentó la aplicación *de facto* de sus llamadas a una purga del vicio de Florencia. Entrenó a pandillas juveniles y las animó a hostigar y humillar públicamente a quienes frecuentaban los viciosos *casini*, las tabernas, los burdeles y conocidos lugares de encuentro de sodomitas.

La población de Florencia había obligado al Estado a adoptar lo que parece una racionalidad sorprendentemente moderna: la ciudad monetizó la sodomía. Considerando la magnitud de tales ingresos, la anterior persecución de la sodomía por parte de los comerciantes florentinos representó más un impuesto o una renta recaudada de su población que una rabiosa campaña moral de represión y castigo, como ahora se defendía desde el púlpito. Como ejemplo de esa tristemente célebre ironía florentina, el impuesto sobre los sodomitas se destinó al mantenimiento de un gran convento de prostitutas reformadas.

La Comuna de Florencia instauró a los Oficiales de la Noche en abril de 1432, con el propósito expreso de enjuiciar los actos homosexuales entre hombres en la ciudad. Muchas ciudades-Estado del norte de Italia establecieron oficinas municipales para vigilar la moral pública en los siglos XV y XVI, y estas oficinas terminaron inevitablemente vigilando la actividad homosexual, además de la prostitución, el juego y otros «delitos morales». Florencia fue, sin embargo, excepcional por sus convicciones y sus indulgentes castigos. Los registros generados por los Oficiales de la Noche nos aportan una información incomparable sobre la práctica socialmente visible de la homosexualidad masculina en todas las clases sociales de la Florencia renacentista y demuestran que estas relaciones sexuales estaban integradas, de forma compleja, en el tejido de la vida cotidiana del mundo mediterráneo en general. El historiador Michael Jesse Rocke, quien descubrió este rico archivo, escribe:

Durante setenta años, desde la fundación de la magistratura en 1432 hasta su supresión en 1502, los Oficiales de la Noche proporcionaron al régimen florentino un instrumento notablemente productivo y potente para vigilar la homosexualidad. De hecho, a juzgar por las dimensiones de la actividad sodomítica que sacaron a la luz, su éxito, al menos en términos numéricos, fue poco menos que asombroso. A pesar de las lagunas en sus registros, se puede estimar que entre 1432 y 1502, cerca de doce mil hombres y chicos que presuntamente habían tenido relaciones homosexuales llamaron la atención de los Oficiales de la Noche. De estos, los magistrados condenaron a más de dos mil. Probablemente ninguna otra ciudad de la Italia medieval tardía, o incluso de la Europa moderna temprana, igualó este récord.⁶

Los registros de los Oficiales de la Noche revelan que el sexo entre hombres funcionaba entre las élites como una forma de conseguir favores políticos y personales y de asegurar tratos comerciales y patrocinios. Entre los trabajadores informales, pobres y jóvenes de la ciudad y entre los trabajadores de los gremios textiles inferiores de la ciudad, el sexo con otros chicos y hombres del barrio funcionaba como una forma de crear amistades y grupos de afinidad política, ya que a los jóvenes se les negaba cualquier forma de representación o participación en el Estado.

Las relaciones entre los hombres de la élite y los chicos de clase baja eran socialmente más problemáticas y podían magnificar las relaciones desiguales de poder. En tales casos, el sexo se intercambiaba por favores, o por ropa y zapatos caros; fácilmente se abusaba de ese poder, y un chico agraviado podía causar problemas a un hombre de clase alta. En las ciudades de la cuenca del Mediterráneo en aquel momento, estas relaciones sexuales a través de criterios de edad y de estatus eran una característica normal de la sociabilidad masculina y de la supervivencia económica; en los talleres y las casas de los maestros, el sistema de aprendices mantuvo en situación de dependencia a los jóvenes y a los chicos, generalmente hasta los treinta años.

En el resto de Europa, durante este periodo, la iglesia o el Estado nunca persiguieron la homosexualidad en una escala comparable a la de Florencia. El contraejemplo de Venecia es esclarecedor: a diferencia de Florencia, cuya riqueza decayó tras la subcontratación de la producción de telas baratas a Francia e Inglaterra, Venecia había

⁶ Rocke, *Male Homosexuality...*, pp. 100-101.

realizado una transición más suave al capitalismo financiero, convirtiendo a sus clases medias en rentistas, cuya despiadada ejecución de sodomitas también tuvo el efecto de hacer que sus ciudadanos fueran menos propensos a denunciar el delito.



Imagen 2.1. Alberto Durero, *Lot huyendo con sus hijas de Sodoma*, año 1498, óleo y temple sobre tabla. National Gallery of Art, Washington.

En 1418, los oligarcas gobernantes de Venecia, el Consejo de los Diez, establecieron un subcomité permanente llamado *Collegium sodomitarum* para investigar la sodomía en la ciudad. De 1426 a 1500, 411 personas llamaron la atención por sodomía del Consejo de los Diez.⁷ Al

⁷ Guido Ruggiero, *The Boundaries of Eros: Sex, Crime, and Sexuality in Renaissance Venice* Nueva York, Oxford University Press, 1985, p. 128, imagen 6. Esta cifra probablemente se refiere tanto a condenas como a absoluciones, ya que otro estudio del registro veneciano realizado por otro académico afirma que solo hubo 268 condenas por sodomía entre 1406 y 1500; véase Elisabeth Pavan, «Police des mœurs, société et politique à Venise à la fin du Moyen Âge», *Revue Historique*, vol. 264, núm. 2, 1980, p. 276.

igual que en Roma, Milán, Bolonia, Ferrara y Trieste, el castigo por sodomía en Venecia era la quema en la hoguera. Aquellos que confesaron el pecado (a menudo bajo tortura) fueron ejecutados públicamente entre las dos columnas del León de Venecia y San Teodoro en la Piazzetta San Marco donde la tierra se encuentra con el agua.⁸ Los sodomitas fueron quemados vivos en la Piazzetta hasta 1445, momento en el que el Consejo de los Diez decidió reducir la brutalidad del castigo dado que «todos los demás cristianos que imparten justicia con fuego proceden de otro modo», por lo que Venecia adoptó la vía más suave de la Europa cristiana, decapitando a los acusados antes de arrojar la cabeza y el cuerpo a las llamas. La severidad de las penas por sodomía generó muy pocas condenas; un historiador encontró solo 268 condenas, incluidas las de quienes se negaron a confesar y, por lo tanto, fueron sentenciados a prisión, a la picota o al destierro.

La Inquisición española no es comparable a la persecución municipal de la sodomía en Venecia o Florencia, ni en intensidad ni en escala, ya que las actividades de sus oficinas abarcaron más de tres siglos. No obstante, la Inquisición española se ajustó más al patrón de Venecia que al de Florencia: los castigos severos generaron menos acusaciones y menores índices de condena para los acusados. Los registros indican que la sodomía entre jerarquías de edad y estatus era inevitable en sociedades cuyas economías estaban estructuradas por relaciones de dependencia y servidumbre. La sodomía representó una porción pequeña pero significativa de las persecuciones del Santo Oficio. Según la influyente revisión de Henry Kamen sobre la Inquisición española, los castigos eran espectaculares pero restringían la muerte en la hoguera a los mayores de veinticinco años. Los menores solían ser castigados con flagelaciones y/o enviados a galeras, las sentencias para el clero fueron leves y los hombres de clase alta recibieron un trato favorable.⁹

Mientras Aragón perseguía a los sodomitas con especial celo, y juzgó a casi seiscientas personas por sodomía, Barcelona y Valencia persiguieron y castigaron la sodomía con menos fuerza. Los registros de la Inquisición de Aragón revelan un patrón sobre la pederastia parecido

⁸ Pavan, «Police des mœurs...», pp. 267-277.

⁹ Henry Kamen, *The Spanish Inquisition: A Historical Revision*, New Haven (CT), Yale University Press, 1998, pp. 267-69 [ed. cast.: *La Inquisición española*, Madrid, Grijalbo, 1967].

al del mundo mediterráneo en general. El historiador Cristian Berco escribe:

Los tres aspectos principales que determinaron los encuentros sexuales entre hombres y adolescentes en los juicios fueron las relaciones socioeconómicas de dependencia, la prostitución informal y la violencia sexual. En estos tres casos, la confluencia de las convenciones sociales normativas y las reglas privadas de la masculinidad sexual produce una variedad de resultados. Mientras que los adultos a menudo utilizan su estatus social para obligar a los adolescentes a realizar actividades sexuales, reforzando así las jerarquías públicas [...], el estatus social y económico de la pareja activa adulta, junto con las primeras estructuras laborales modernas en las que los jóvenes adolescentes normalmente trabajaban en relaciones de dependencia, a menudo facilitaba el uso de la coerción en la actividad sexual. Los adolescentes de la Corona de Aragón, y de toda Europa en ese momento, solían abandonar el hogar paterno en la pubertad para trabajar como aprendices en diversos oficios. Vivían en la casa de su maestro mientras eran aprendices y, por lo tanto, estaban dentro de una estructura laboral que denotaba una dependencia de su empleador. Incapaces de evitar las presiones de sus maestros, estos jóvenes podían ser objeto de insinuaciones sexuales.¹⁰

¿Con qué fines se movilizó en Florencia el amplio e incomparable aparato policial de los Oficiales de la Noche? Detrás de esta pregunta hay otras relacionadas que nos llevan al núcleo de la cuestión política. ¿Por qué la homosexualidad masculina requería de una regulación si era tan conocida y tan generalizada? Si la sodomía no regulada presentaba algún tipo de amenaza para el régimen político, ¿cómo percibían esta amenaza las primeras ciudades-Estado italianas modernas? Quizás la regulación de la sodomía en Florencia fue *políticamente productiva* además de ser una neutralización o represión del vicio. Tener en cuenta el intento de fundar una república en Florencia sería crucial para entender la lógica política del esfuerzo de la ciudad por regular la sodomía, lo que abre una perspectiva comparativa sobre la política del sexo en otras entidades políticas republicanas como Francia y Estados Unidos.

¹⁰ Christian Berco, *Sexual Hierarchies, Public Status: Men, Sodomy, and Society in Spain's Golden Age*, Toronto, University of Toronto Press, 2007, p. 67.

Otra forma de plantear esta cuestión es preguntarse si estas normas se establecieron para proteger la vida cívica de Florencia contra las costumbres afeminadas, o *effeminato*, con el fin de reforzar esas famosas virtudes masculinas. Por otra parte, ¿habría funcionado esta institución de alguna otra manera para gobernar las costumbres y las pasiones de los hombres de Florencia? ¿Quizás los «oficiales de los sodomitas» sacaron estas pasiones y costumbres a menudo violentas de los cuerpos de los hombres y las introdujeron en el habla y en la escritura, haciendo circular el poder de acusar, humillar y castigar en una esfera del discurso público, que a su vez podría ser manipulado por el régimen para dirigir el flujo de este tipo de discurso en direcciones particulares y producir ciertos efectos en el gobierno de la ciudad? Por último, ¿existe algún paradigma político propio de este periodo que haga innecesario recurrir a nuestras propias explicaciones por medio de una teoría de la desviación, la fobia social, la normatividad o cualquier otra cosa? En tanto la normalidad de la homosexualidad en el mundo mediterráneo es ajena a nuestra comprensión de lo que significa ser «gay» en nuestro propio tiempo, sería razonable esperar que las explicaciones actuales de su represión tengan poca utilidad.

De hecho, la regulación de la sodomía en aquel momento y en aquel lugar en concreto sirvió para muchos propósitos, y un análisis del papel jugado por los Oficiales de la Noche en la tumultuosa historia política de la Florencia del siglo XV nos ayuda a responder algunas de las preguntas anteriores. El objetivo de esta regulación no podría haber sido un poder puramente represivo, moralmente prohibitivo y, en última instancia, negativo sobre las prácticas homosexuales; la indulgencia del castigo en Florencia durante la mayor parte del siglo XV, que solo ocasionalmente fue intenso por medio de la humillación pública y el exilio, nunca logró convertirse en una prohibición a una escala significativa. De hecho, la regulación tuvo el efecto contrario: permitió que esa conducta continuara dándose en la ciudad sin cesar, al tiempo que le dio una mayor visibilidad social. El paradigma gubernamental no podía haber sido simplemente una vigilancia de las normas de conducta masculina aceptables, o *virtù*, a través de la represión del afeminamiento, ya que el comportamiento homosexual estaba muy extendido en Florencia —y no estaba asociado exclusivamente con la vanidad, el lujo y el afeminamiento de sus clases dominantes—, además la Oficina se

movilizó sobre todo contra los hombres pobres y de clase trabajadora de la ciudad.

Los sodomitas fueron ampliamente criminalizados en Florencia después de la derrota de las luchas obreras del siglo XIV, cuando el poder político se consolidó en manos de una sola familia y la especulación financiera creó las condiciones para un auge de la construcción en la ciudad. Aunque los miembros de la nobleza y de la élite adinerada fueron condenados por sodomía, muchos escaparon al castigo a cambio de favores políticos. Desde un máximo de población de casi 95.000 personas alrededor del año 1300, la población de Florencia se desplomó a cerca de 30.000 después de la Peste Negra y la recesión económica de la década de 1340, estabilizándose en alrededor de 40.000 a 55.000 personas a finales del siglo XV. La inestabilidad política y demográfica de Florencia dio lugar a un mundo social polarizado en el que una camarilla muy pequeña de una élite de comerciantes y de gremios superiores, a menudo de edad bastante avanzada, ejercía el control de los cargos políticos de la ciudad.

Estos estadistas ancianos de la élite gobernaban sobre una población en su mayoría más joven y sin un estatus legal.¹¹ En el lenguaje de los contratos en los que se nombraba a esta población, eran bienes muebles, *locati*, colocados en matrimonios o en conventos, o sirviendo como empleadas domésticas en el caso de la mayoría de las mujeres florentinas, o alquilados por contrato y trabajo como aprendices en el caso de la mayoría de los jóvenes florentinos. Los varones jóvenes, según un tratado moral contemporáneo, «debido a su juventud y también a causa de su pobre conocimiento [son] igual que las infames mujeres».¹² Como prueba de este cálculo socio-sexual queer, los Oficiales de la Noche solían condenar sobre todo a jóvenes de dieciocho a treinta años. Los roles sexuales de actividad y pasividad también estaban estructurados por jerarquías de edad y estatus, conforme a un patrón de pederastia que se ha observado en todo el mundo mediterráneo.

Chicos menores de veinte años, de todas las clases sociales, trabajaban en todos los sectores de la economía y constituían una parte

¹¹ Richard C. Trexler, *Public Life in Renaissance Florence*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1991, pp. 10-11.

¹² Giovanni Cavalcanti, «Tratto Politico-Morale» citado en Trexler, *Public Life...*, p. 16.

sustancial de la fuerza laboral de Florencia. En el siglo XV, aproximadamente el 40 por ciento de la población total de Florencia tenía menos de catorce años; los chicos de entre catorce y diecinueve años constituían el 10 por ciento de la población total. El mercado había transformado el aprendizaje en poco más que trabajo infantil asalariado y la débil estructura corporativa de los gremios en Florencia hacía que esta etapa de transición y de dependencia «introdujera al chico de forma mucho más abrupta en las realidades de un mercado laboral dominado por la relación monetaria».¹³ Los maestros rara vez asumían la responsabilidad total de los chicos de sus talleres. Es esa posición del chico en el centro de esta «relación monetaria» lo que hizo que su erotización fuera socialmente problemática en esta ciudad. Los mercados, las procesiones familiares de la clase dominante, los castigos, las ceremonias estatales, las carreras de caballos aristocráticas y las corridas de toros ritualizaban la masculinidad del espacio público en las ciudades del norte de Italia.¹⁴ Fynes Moryson, una mujer escocesa del siglo XVII aficionada a viajar, comentaba que las mujeres de Italia:

No conocen el precio de nada, ni van nunca a los mercados (pocas tienen permitido ir a la Iglesia) ni confían en sus sirvientes para hacer sus compras, pero las más ricas de toda Italia, y las más nobles (especialmente en Venecia) compran diariamente sus propios alimentos y otras cosas que necesitan. Y en todas las plazas de los mercados hay muchachitos con cestos para llevar a las casas cualquier cosa que compre la gente, casas que encuentran fácilmente, porque conocen todas las calles y los callejones, y siempre hacen esto honestamente, aunque el comprador los deje solos, y (según sus costumbres) vaya a ocuparse de sus otros asuntos; porque si no cumplen, no pueden escapar del castigo, es fácil encontrarlos en los mercados, donde suelen estar diariamente, y son bien conocidos por su rostro y su nombre.¹⁵

Las calles y los mercados del mundo mediterráneo moderno temprano eran espacios predominantemente masculinos en los que los chicos

¹³ Richard A. Goldthwaite, *The Economy of Renaissance Florence*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press, 2009, p. 373.

¹⁴ Robert C. Davis, «The Geography of Gender in the Renaissance» en *Gender and Society in Renaissance Italy*, Londres, Longman, 1988, pp. 24-26.

¹⁵ Fynes Moryson, *The Itinerary of Fynes Moryson*, vol. 4, Glasgow, James MacLehose and Sons, Publishers to the University, 1617, p. 96.

desempeñaban muchos de los roles socioeconómicos que desempeñaban las mujeres en otros lugares. Los encuentros sexuales entre hombres adultos y chicos reflejaban esta peculiar geografía sexual y principalmente se llevaban a cabo dentro de redes de conocidos y familiares con diversos niveles de intimidad.¹⁶

En las ciudades del norte de Italia, una amenaza constante de violencia dirigida contra las mujeres y los chicos reforzaba las jerarquías de edad, sexo y estatus en las calles, los talleres, los mercados y en todos los demás espacios públicos y semipúblicos. Los jóvenes pobres y de clase trabajadora deambulaban por las calles, blasfemaban y cometían actos indecentes, en palabras de un contemporáneo, «provocando escándalo a las mujeres [que] pasan por las calles cercanas».¹⁷ En Florencia, bandas de jóvenes de todas las clases, especialmente los hijos de las familias patricias, agredían sexualmente a mujeres y a chicos en las calles.¹⁸ El acceso de las mujeres a los tribunales disminuyó en la cultura oligárquica de la Florencia del siglo XV; las magistraturas «simplemente dejaron de preocuparse por muchos casos, habituales y cotidianos, de agresiones y palizas contra mujeres de familias artesanas y trabajadoras».¹⁹ Las agresiones colectivas a chicos eran «parte de un contexto más amplio en el que la “posesión” sexual de los chicos por parte de grupos de hombres, por la fuerza o no, era algo habitual que estaba profundamente arraigado en la formación de las identidades masculinas y sociales».²⁰

Las rivalidades entre las principales familias y entre grupos de interés rivales en Florencia precipitaron, en las décadas de 1420 y 1430, una crisis política que llevaría a los Médici al poder. El *popolo* estaba en el centro de una «lucha triangular», escribe John Najemy: por un lado, una élite cuya arrogancia y poder se quería reducir y, por el otro, una serie de artesanos y trabajadores a los que se deseaba mantener a raya. Solo después de 1378, cuando el más radical de los gobiernos populares

¹⁶ Roche, *Male Homosexuality...*, p. 9; Ruggiero, *The Boundaries of Eros...*, pp. 109-145.

¹⁷ Citado en Davis, «The Geography of Gender in the Renaissance...», p. 27.

¹⁸ Michael Jesse Roche, «Gender and Sexual Culture in Renaissance Italy» en *Gender and Society in Renaissance Italy*, Londres, Longman, 1988, p. 165.

¹⁹ Samuel K. Cohen Jr., *Women in the Streets: Essays on Sex and Power in Renaissance Italy*, Baltimore, (MD), Johns Hopkins University Press, 1996, p. 29.

²⁰ Roche, «Gender and Sexual Culture...», p. 165.

creó tres nuevos gremios de trabajadores y artesanos textiles, los gremios mayores que no pertenecían a la élite, atemorizados, abandonaron cualquier intento posterior de crear gobiernos populares en alianza con los gremios menores.²¹

Los orígenes de la jurisprudencia contra la sodomía en Florencia reflejan las preocupaciones que rodearon la crisis de las relaciones de propiedad feudal antes de la recesión económica de la década de 1340 y de la Peste Negra. De hecho, gran parte de las primeras leyes europeas contra el vagabundeo se originaron durante este periodo. En Inglaterra, las primeras leyes se promulgaron después de la Peste Negra en 1348 y 1349; como la mano de obra escaseaba y los salarios aumentaban, las leyes contra el vagabundeo intentaron evitar que los hombres fueran a las zonas rurales en busca de salarios más altos. En 1349, la Ordenanza de los Trabajadores prohibía a los particulares ayudar a los mendigos sanos; en 1388 el Estatuto de Cambridge restringió el movimiento de todos los trabajadores y mendigos. Los trabajadores debían tener una carta de un juez de paz local antes de irse del «condado, comarca, barrio, ciudad o distrito» donde vivían; sin ella, corrían el riesgo de ser colocados en el cepo.²²

Las primeras leyes contra la sodomía en Florencia aparecieron en estatutos que regulaban el vagabundeo. Según Rocke, los «viajeros o bandoleros, llamados en italiano *trapassi* o *malandrini*» eran las figuras arquetípicas de la sodomía:

«Contagiados con la plaga» de la sodomía, según el deslumbrante imaginario del estatuto de 1325, estos forasteros llegaron «a las fronteras de la ciudad de Florencia» para «sembrar sus malvados y abominables crímenes en el semillero bueno y decente» de la ciudad del Arno. Si los residentes veían a estos seres marginales agarrando, golpeando, amenazando o acosando de alguna manera a los chicos florentinos para sodomizarlos, podían capturar y golpear a los extranjeros sin castigo. Además, la ley reservaba la pena de muerte solo para estos extranjeros, mientras que los residentes de Florencia sorprendidos en el acto de sodomía debían ser castrados. Sin embargo, este énfasis inicial en los

²¹ John A. Najemy, *A History of Florence 1200-1575*, Malden (MA), Blackwell, 2006, p. 37.

²² Nassau William Senior, *Poor Law Commissioners' Report of 1834*, Londres, Darling and Son, 1905, p. 6.

no florentinos se desvaneció gradualmente. En la ley de sodomía de 1365 desapareció la distinción penal entre residentes y extranjeros. Los *trapassi* y los *malandrini* todavía se mencionan en la ley de 1415, pero esto parece meramente convencional, una repetición de leyes anteriores ahora vaciadas de su significado original.²³

Como en el derecho romano, donde la *exceptio* expresa dos demandas jurídicas del *ius civile* y el *ius honorarium*, Florencia suspendió los derechos civiles de los vagabundos que portaban el contagio de la sodomía. La excepción consagrada en el estatuto original de 1325 sobre la sodomía en la ciudad exponía a los *trapassi* y a los *malandrini* al peligro al colocarlos en una relación de prohibición. El comportamiento del sodomita vagabundo se corregiría *propter utilitatem publicam*, mediante las represalias habituales en lugar de por medio de las leyes de la ciudad.²⁴ El castigo reservado a los residentes, la castración, puede indicar cierto temor a la superpoblación, o cierta preocupación más espiritual para reprimir al sodomita según las normas que se aplicaban en el Sur y el Este con respecto a la castración de los eunucos. En todo caso, la exclusión de la comunidad reproductiva posibilitaba la inclusión en el cuerpo cívico. Así, la exclusión legal de los sodomitas, como *homines sacri*, se repitió a su vez, lo que incluyó a los florentinos dentro de una excepción jurídica.

Las leyes sobre el vagabundeo de este periodo anterior sin duda reflejaban las preocupaciones relativas a la presión de las poblaciones humanas sobre los escasos recursos de la región. Como indica Wally Seccombe en *A Millennium of Family Change*, la reproducción humana

²³ Rocke, *Male Homosexuality...*, pp. 300-301.

²⁴ Giorgio Agamben escribe: «El que ha sido puesto en bando no queda sencillamente fuera de la ley ni es indiferente a esta, sino que es abandonado por ella, es decir que queda expuesto y en peligro en el umbral en que vida y derecho, exterior e interior se confunden. De él no puede decirse literalmente si está fuera o dentro del orden jurídico (por esto originariamente en las lenguas romances, poner en bando significan tanto “a la merced de” como “a voluntad propia, libremente”, estar “excluido” y estar “abierto a todos, libre”. Es en este sentido en el que la paradoja de la soberanía puede revestir la forma: “No hay un afuera de la ley”. La relación originaria de la ley con la vida no es la aplicación, sino el Abandono. La potencia insuperable del *nomos*, su originaria “fuerza de ley”, es que mantiene a la vida en su bando abandonándola». Véase Giorgio Agamben, *Homo Sacer: Sovereign Power and Bare Life*, trad. Daniel Heller-Roazen, Stanford (CA) Stanford University Press, 1998, pp. 28-29 [ed. cast.: *Homo Sacer, I. El poder soberano y la nuda vida*, Valencia, Pre-textos, 2005].

estaba limitada por las relaciones de propiedad feudales. Los aumentos de población implicaban una subdivisión de las propiedades por debajo del nivel de subsistencia. El sistema funcionó mientras la muerte —a causa de la guerra y de las enfermedades— contrarrestó la reproducción humana. Hay signos de una tensión demográfica en el territorio justo antes de la Peste Negra.²⁵ En la ley original contra el «contagio» de los vagabundos sodomitas en Florencia, la ley vincula dos preocupaciones: la propagación de la moral sexual disoluta como un contagio y una población que excede la capacidad de los recursos, al margen de la función normal de la unidad familiar para reproducir las relaciones de propiedad feudal. Los contagios infecciosos del exceso de población y el exceso sexual debían ser detenidos en las fronteras de la ciudad mediante la suspensión del estado normal de derecho.

La invocación del estatuto más antiguo en la ley que preveía el establecimiento de los Oficiales de la Noche otorgó al estatuto más liberal de 1415 un precedente temible. Incluso el establecimiento más tolerante de una oficina para la regulación y tributación de la sodomía contiene la semilla de esta relación originaria de prohibición: aunque el sodomita local se salvó del castigo de castración exigido por esta ley anterior, su estatus legal ambiguo estaba mucho más cerca del de los *trapassi* y los *malandrini*. Su delito estuvo frecuentemente sujeto a las represalias extrajudiciales de la comunidad; al solicitar acusaciones de los ciudadanos, la nueva magistratura mantuvo una distinción borrosa entre el *ius civile* y el *ius honorarium*. El régimen de Savonarola llevó al extremo este estatus legal excepcional para los sodomitas.

Las leyes con sentencias más severas para la sodomía se habían aprobado anteriormente, en 1364, durante el tumultuoso periodo de disturbios laborales de la República Florentina. La peste, la recesión económica y la subcontratación de la producción de telas más baratas al norte de Europa, a mediados del siglo XIV, contribuyeron al fermento político de la revuelta de los *ciompi* de 1378. Los trabajadores textiles empobrecidos tomaron el poder estatal e instalaron a un cardador de lana, Michele di Lando, a la cabeza. Cuando un cierre patronal contra los trabajadores rebeldes intentó matarlos de hambre, se amotinaron

²⁵ Wally Seccombe, *A Millennium of Family Change: Feudalism to Capitalism in Northwestern Europe*, Nueva York, Verso, 1995, pp. 136-142.

y desfilaron de forma amenazadora hacia la Signoria, donde di Lando (él mismo ahora alineado con los intereses de las facciones de los trabajadores del gremio superior) se volvió contra ellos y les asestó una aplastante derrota.²⁶

En ese momento, una tercera parte de la población florentina vivía de los salarios pagados por la fabricación de telas. Giovanni Arrighi escribe que los estratos más bajos de la fuerza de trabajo fueron, a lo largo del siglo siguiente, «despojados de toda protección y de derechos de organización independiente y, por lo tanto, convertidos en una masa flotante de trabajo excedente forzado por la indigencia a buscar el pan de cada día en el auge de la construcción del Renacimiento».²⁷ Esta población excedente de hombres jóvenes, subempleados y desempleados fue un subproducto humano de la disminución de la inversión en la fabricación de telas de lana de baja calidad y la inversión más rentable en líneas de producción de mayor calidad. La mayoría de los hombres de Florencia se casaba tarde, si es que lo hacía. Tales presiones económicas y demográficas contribuyeron tanto a la incidencia de la sodomía y la prostitución masculina ocasional en la ciudad, como a su agitación política.

En sus inicios en 1432, los Oficiales de la Noche fueron un arma política formidable esgrimida por los Médici en su intento de consolidar el poder sobre sus rivales económicos y políticos a principios de la década de 1430. Fundada, de hecho, dos años antes con el ascenso al poder de los Médici, la oficina hizo sus primeras acusaciones contra el régimen existente. Cinco de los seis oficiales fueron seleccionados entre los trabajadores del gremio superior, y el otro era miembro de los gremios inferiores. Las acusaciones durante el periodo de 1478 a 1502, el periodo para el que existen los registros más detallados de las ocupaciones de los hombres y de los chicos, revelan que aunque las relaciones homosexuales se dieron entre diversas líneas comerciales y divisiones generacionales, y entre familias de clase dominante, trabajadores, y pobres, la mayoría de los hombres y niños condenados eran jóvenes *mechani e poveri* de Florencia, los comerciantes y los pobres de la ciudad.²⁸ Estos hombres, que estaban excluidos de la comunidad política y

²⁶ Oliver Cox, *The Foundations of Capitalism*, Londres, Peter Owen Ltd, 1959, p. 153.

²⁷ Arrighi, *The Long Twentieth Century...*, p. 105.

²⁸ Rocke, *Male Homosexuality...*, p. 323.

de los gremios, cargaban con la mayor parte del peso financiero y de la humillación de las condenas por sodomía.²⁹ Como señala Rocke:

Los trabajadores que, proporcionalmente, tenían más probabilidades de ser condenados, eran tejedores, tintoreros, sastres y lavaderos (hombres a los que se les negaban todos los derechos gremiales, y de los estratos sociales medio-bajo y bajo) y carniceros. La comparación de las diferentes categorías ocupacionales revela una desigualdad similar. Una vez más, los funcionarios se inclinaban más a castigar a los hombres que trabajaban en las industrias textiles, principalmente dependientes asalariados pobres, o *sottoposti*, de los principales gremios, y a hombres que trabajaban en diversos oficios alimentarios, todos ellos de los sectores más pobres de la población florentina. Estas dos áreas por sí solas proporcionaron el 37,9 por ciento de los sodomitas condenados, pero solo el 20,8 por ciento de los hombres que fueron absueltos.³⁰

Para algunos contemporáneos, las actividades de los Oficiales de la Noche parecían una campaña de represión contra las clases bajas de la ciudad, y Rocke observa que las quejas sobre la indulgencia hacia los ricos aparecen con frecuencia en las acusaciones depositadas en buzones por toda la ciudad. Citando un comentario particular como ejemplo del sentimiento popular, Rocke relata la acusación de un hombre a un patricio en 1473 que escribió de los Oficiales: «No harán nada a esta persona, pero si fuera alguien pobre, se beberían hasta su sangre».³¹ Pacchierotto, capitán de los sodomitas, ladrones y blasfemos, fue uno de los casi mil hombres —en su mayoría trabajadores informales jóvenes y artesanos asalariados— condenados por sodomía por los Oficiales de la Noche bajo el gobierno de Lorenzo de Médici de 1469 a 1499. Esta campaña contra el vicio alcanzó su cénit en los primeros años del reinado de Lorenzo, cuando Florencia experimentó «la represión más extensa de la sodomía en la historia florentina».³² Los primeros cinco años de su gobierno cuentan con una notable cifra de 535 condenas de hombres por sodomía. Este fue un periodo de gran agitación social, ya que los activos de los Médici disminuyeron y los exiliados en la

²⁹ *Ibidem*, p. 330-339.

³⁰ *Ibidem*, p. 341.

³¹ Citado en *ibidem*, p. 344.

³² *Ibidem*, p. 462.

conspiración de 1466 continuaron amenazando al régimen desde el exterior; Prato y Volterra se sublevaron en 1470 y 1472. Florencia aprobó medidas para limitar las festividades públicas y privadas en la ciudad, restringiendo las celebraciones del Carnaval para sofocar la promiscuidad y la anarquía.³³

Nicolás Maquiavelo analiza el episodio extensamente en su *Historia de Florencia*. Después de la insurrección de Prato:

Los ciudadanos de Florencia volvieron una vez más a su forma de vida anterior; el gobierno se estableció sobre una base estable: se silenció toda sospecha y se abandonaron a los lujos de la vida. Surgieron ahora en la ciudad todos aquellos males que suele engendrar la indolencia de la paz. Los jóvenes estaban menos ocupados y se volvieron más disolutos que nunca, y desperdiciaban su tiempo y su fortuna en vestidos, banquetes, juegos y la satisfacción del amor sensual. Estas costumbres fueron llevadas a un mayor exceso por los cortesanos del duque de Milán, que había venido a Florencia (se decía en cumplimento de un voto) con la duquesa y toda la corte ducal. El duque se encontró con una ciudad llena de cortesanas, depravaciones y todo tipo de corrupción; pero cuando se fue estaba aún peor, tanto que una parte de sus mejores ciudadanos estimó necesario regular ese exceso de vestidos, banquetes y ceremonias por medio de nuevas leyes.³⁴

Si estas eran las razones de la campaña de Lorenzo de Médici contra la sodomía en la ciudad, según Maquiavelo, es probable que la campaña estuviera dirigida a neutralizar las bases de la actividad insurreccional. Las redes sexuales que las acusaciones tendían a cortocircuitar, a menudo tenían su origen en barrios, asociaciones religiosas, clubes y cofradías de amigos y familiares. Estos eran los mismos tipos de asociaciones en las que los jóvenes expresaban su descontento.

La represión de estas redes de relaciones homosexuales corría el riesgo de ser rechazada por una multitud cuyo consentimiento y cuyo temor eran esenciales para el poder político del régimen y, de hecho, las campañas contra la homosexualidad hicieron que parte de la población se enfrentara a Lorenzo de Médici. En abril de 1478, Lorenzo y su

³³ Trexler, *Public Life...*, pp. 438-441.

³⁴ Niccolò Machiavelli, *The Florentine Histories*, vol. 2., Nueva York, Paine & Burgess, 1845, pp. 151-152 [ed. cast.: *Historia de Florencia*, Madrid, Tecnos, 2009].

hermano Giuliano de Médici fueron agredidos por Bernardo Bandi y Francesco de Pazzi frente a miles de personas durante la Misa Mayor de Pascua en el Duomo. Giuliano se desangró hasta morir en el suelo de la catedral, pero Lorenzo sobrevivió a las graves heridas de puñal y huyó de la ciudad. La década siguiente estuvo marcada por el regreso de las festividades del Carnaval y la consolidación del control de los Médici sobre el régimen, ya que los poderes de la familia se centralizaron y los consejos de la antigua República fueron reemplazados por personas leales en el Consejo de los Setenta.



Imagen 2.2. Girolamo Macchietti, *Baños en Pozzuoli*, c. 1570, óleo sobre lienzo. Palacio Vecchio, Florencia.

Las condenas por sodomía durante la última década del reinado de Lorenzo de Médici descendieron a las tasas más bajas de cualquier periodo de existencia de los Oficiales de la Noche.³⁵

¿Qué papel jugaron los vínculos entre personas del mismo sexo en tales intrigas? Maquiavelo tenía estos temas en mente en su análisis de las conspiraciones contra los príncipes. En *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, razona que matar al enemigo es mejor que amenazarlo de muerte:

Los ultrajes contra los bienes o la honra son los que más ofenden a los hombres, y de ellos debe también abstenerse el príncipe; porque a nadie se le puede despojar hasta el punto de no quedarle un cuchillo para vengarse, ni deshonrarlo hasta el extremo de que pierda el obstinado amor a la venganza. De los insultos hechos a la honra, el más grave es el dirigido contra el honor de las mujeres, y después, *el vilipendio de la persona*. Este último ultraje fue el que armó la mano de Pausanias contra Filipo de Macedonia y otras muchas contra otros príncipes.³⁶

Aunque no hay una referencia explícita aquí a la campaña de Lorenzo de Médici contra la sodomía, a lo largo de su análisis sobre las conspiraciones en los *Discursos*, Maquiavelo regresa a ejemplos de la Antigüedad para conectar explícitamente las fuentes de la conspiración contra los príncipes con inestabilidades políticas generadas por la función del deseo entre personas del mismo sexo a través de jerarquías de edad y estatus. De hecho, la única referencia explícita de Maquiavelo a Aristóteles en los *Discursos* se refiere a la forma en que los celos sexuales y las disputas (sobre objetos de amor masculinos y femeninos) entre los hombres de la clase dominante llevaron a la formación de facciones políticas y luchas de poder.³⁷ Otro pasaje al que alude Maquiavelo se refiere a que los tiranos deberían evitar agredir sexualmente (ὕβριζοντα) a jóvenes de cualquier sexo, y no dar publicidad a sus placeres corporales (ἀπολαύσεις τὰς σωματικὰς) en orgías y fiestas públicamente visibles, para evitar poner a la ciudadanía en su contra.³⁸

³⁵ Rocke, *Male Homosexuality...*, p. 464.

³⁶ Niccolò Machiavelli, *Discourses on Livy*, trad. Harvey C. Mansfield y Nathan Tarcov, Chicago, University of Chicago Press, 1996, p. III.6, la cursiva es nuestra [ed. cast.: *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Madrid, Akal, 2016].

³⁷ Machiavelli, *Discourses...*, p. III.26.2; Aristotle, *Politics...*, p. 1303b15-1304a18.

³⁸ Aristóteles, *Politics...*, p. 1314b20-40.

Maquiavelo escribe lo siguiente:

Y por eso afirmo que ni los reyes absolutos ni los gobernadores de repúblicas deben descuidar este asunto, sino que deben tener muy en cuenta los desórdenes que tales sucesos pueden engendrar y remediarlos antes de que el remedio resulte dañino para el Estado o a la república, como sucedió a los de Ardea, que, por haber dejado crecer la rivalidad entre sus habitantes [entre nobles y plebeyos], produjeron la división entre ellos, y, para restablecer la unión, apelaron a la ayuda externa, que es el principio de una próxima servidumbre.³⁹

Así, Maquiavelo escribe en otra parte de los *Discursos* que «no hay ejemplo más bello o más elocuente» que el del asesinato de Filipo de Macedonia, padre de Alejandro Magno, por Pausanias:

[Filipo] tenía en su corte a un hermoso y noble joven llamado Pausanias, de quien se enamoró Atalo, uno de los mayores hombres de confianza de Filipo. Atalo solicitó repetidas veces a Pausanias que accediera a sus deseos y, rechazado siempre por el joven, determinó conseguir por engaño y fuerza lo que de otro modo le era imposible. Al efecto, organizó un espléndido banquete al que acudieron Pausanias y muchos otros señores ilustres. Cuando todos habían comido y bebido en abundancia, hizo sujetar a Pausanias, conducirlo a una estancia secreta, y allí, no solo satisfizo por medio de la violencia su lujuria, sino que, para mayor ignominia, hizo que muchos otros de los convidados lo atropellaran de igual modo. De esta gravísima ofensa quejose muchas veces Pausanias a Filipo, quien, entreteniéndole durante algún tiempo con la esperanza de vengarle, no solo no lo hizo, sino que dio a Atalo el gobierno de una provincia de Grecia. Viendo Pausanias a su enemigo premiado en vez de castigado, indignose, no tanto contra quien lo había injuriado como contra Filipo, que no le había vengado.⁴⁰

Maquiavelo aporta un pensamiento históricamente nuevo acerca de las culturas de la violencia masculina y la sodomía en la forma de la tradición de los comentarios sobre la Antigüedad, destacando esta pasión como una amenaza para los cimientos del poder político moderno, íntimamente ligada al odio hacia los tiranos y al amor a la libertad. Ofrece una clave para descifrar qué era históricamente nuevo en el intento de Florencia de regular la sodomía.

³⁹ Machiavelli, *Discourses*, p. III.26.2.

⁴⁰ *Ibíd.*, p. III.26.2.

No cabe duda de que el redescubrimiento cultural y la veneración de la Antigüedad en la Italia del Renacimiento jugaron un papel importante en la autorización estética de la práctica del amor por los chicos y jóvenes. De hecho, un creciente cuerpo de literatura, que utiliza una variedad mucho más amplia de fuentes de las antiguas ciudades-Estado griegas que las que estaban disponibles para los estudiosos del Renacimiento, ha revelado una gran variedad en las prácticas del amor entre chicos y hombres adultos: *paidophilein*, *philetairos* y *betairos*, por nombrar solo algunas.⁴¹ Un amplio consenso académico ya no considera la práctica abierta del amor entre personas del mismo sexo y sus instituciones relativas —la educación formal, un ejército democrático, hacer deporte desnudos, arte y literatura homoeróticos, baños, amistades y vínculos masculinos fuertes— como una característica social atemporal o una verdad de «los antiguos griegos». De hecho, todas las evidencias disponibles indican que esta práctica solo se generalizó en los siglos VII y VI, durante el periodo del ascenso de Atenas a la hegemonía militar y comercial.⁴² En oposición a las ideas de algunos estudios tempranos que seguían algunas de las suposiciones de Kenneth Dover sobre las instituciones de la pederastia, investigadores más recientes han demostrado que una gran transformación tuvo lugar dentro de la sociedad griega en algún momento alrededor del año 650 a. C., en el que la pederastia se institucionalizó en los ejércitos y en el atletismo, en banquetes y en gimnasios, junto con la institución de normas de matrimonio tardío para la mayoría de los hombres así como de reclusión para las mujeres.⁴³

Tres hechos históricos decisivos son responsables de esta explosión del erotismo entre personas del mismo sexo. Las invasiones dorias del siglo XII y principios del XI llevaron al empobrecimiento y a las crisis de subsistencia agraria.⁴⁴ La adopción tecnológica del hierro democratizó

⁴¹ James N. Davidson, *The Greeks and Greek Love: A Bold New Exploration of the Ancient World*, Nueva York, Random House, 2009, pp. 3-36.

⁴² Thomas F. Scanlon, «The Dispersion of Pederasty and the Athletic Revolution in Sixth-Century B.C. Greece» en Beert C. Verstraete y Vernon Provençal (eds.), *Same-Sex Desire and Love in Greco-Roman Antiquity and the Classical Tradition of the West*, Binghamton (NY), Harrington Park Press, 2005, pp. 62-84.

⁴³ William Armstrong Percy, «Reconsiderations about Greek Homosexualities» en Verstraete y Provençal (eds.), *Same-Sex Desire and Love...*, pp. 13-61.

⁴⁴ E. Will, «La Grèce archaïque» en *Deuxième conférence internationale d'histoire économique/Second International Conference on Economic History*, Aix-en-Provence, 1962, vol. 1; París, Mouton, 1965, p. 62.

la guerra, a medida que los carros y las lanzas de la epopeya homérica dieron paso a las infanterías semipopulares. El hierro también proporcionó incentivos para el desarrollo de una mayor producción artesanal, la expansión de las redes comerciales, y el establecimiento de colonias griegas en ultramar.⁴⁵ Todo esto contribuyó a una lucha de clases en la Atenas de los siglos VII y VI entre ricos y pobres; la fuerza armada de los hoplitas, tan necesaria para derrotar a los ejércitos dorios, también hizo posible la expulsión de los aristócratas y la cancelación de las deudas.⁴⁶ El aumento de la producción artesanal en el siglo V en Atenas y en el siglo VI en Corintio supuso una ruptura con el modo de producción agraria residual, basado en la esclavitud y la deuda, fomentando un sistema de inversión de capital en la producción artesanal y el comercio.⁴⁷

Por lo tanto, las «homosexualidades» de la «antigua Grecia» deben considerarse en sí mismas como el resultado contingente de una historia de la lucha de clases, la guerra y las primeras formas políticas democráticas y republicanas. La antigua asociación del erotismo entre personas del mismo sexo con el odio a la tiranía, que se había convertido en un lugar común en la época de Aristóteles, encuentra aquí su significado original: solo después del derrocamiento de los tiranos en las ciudades-Estado griegas, después de la caída de despotismo, pudieron florecer culturas abiertas de erotismo entre personas del mismo sexo. Posteriormente, la pederastia se institucionalizó dentro de la forma político-económica de la producción artesanal, lo que prolongó la dependencia social de los jóvenes hasta la edad adulta.

Muchas de estas condiciones previas históricamente específicas para las «homosexualidades de la antigua Grecia» se reprodujeron en las ciudades del norte de Italia en el apogeo de su hegemonía. Maquiavelo habría considerado la idea de que los pederastas florentinos eran copias o imitaciones estéticas de la pederastia de la Antigüedad —la de la corte de Filipo de Macedonia o los prototípicos tiranos-asesinos atenienses

⁴⁵ Michel Foucault, *Lectures on the Will to Know: Lectures at the Collège de France 1970-1971 and Oedipal Knowledge*, trad. Graham Burchell, Londres, Palgrave Macmillan, 2013, p. 123 [ed. cast.: *Lecciones sobre la voluntad de saber. Curso del Collège de France (1970-1971)*, Madrid, Akal, 2015].

⁴⁶ Foucault, *Lectures on the Will to Know...*, pp. 127-28; A. French, «The Economic Background to Solon's Reforms», *Classical Quarterly*, núm. 6, 1986, pp. 11-25.

⁴⁷ Foucault, *Lectures on the Will to Know...*, p. 129.

Aristogeiton y Harmodius⁴⁸—, al igual que la superficial tendencia a las antigüedades de sus contemporáneos florentinos, que coleccionaban ruinas de estatuas en sus casas. No obstante, pensaba que la historicidad de la vida humana y de las costumbres solo podía emerger a través de la yuxtaposición de lo antiguo y lo nuevo, comparando los *hechos* de los antiguos y de los modernos. Esta yuxtaposición de hechos y pasiones se da en los pasajes sobre las conspiraciones contra los príncipes, donde se menciona la conspiración de Pazzi contra Lorenzo de Médici como algo parecido a un ejemplo homoerótico de la Antigüedad.

He citado estos ejemplos de forma tan extensa para mostrar que la libertad de Maquiavelo para disertar sobre las intrigas eróticas de los antiguos solo se compara con su relativo silencio sobre estos mismos temas en su propio tiempo. Hay una astuta ironía en su menosprecio de los contemporáneos por no alcanzar la masculinidad virtuosa de la Antigüedad; el propio discurso histórico de Maquiavelo permite un análisis de las controversias actuales, pero solo en un registro que no sea ofensivo.⁴⁹ Las verdades modernas se apreciaban mejor desde la distancia, ocultas bajo la pátina de la sabiduría antigua. El silencio de Maquiavelo sobre las intrigas sodomitas de su propio tiempo indica lo peligroso que podría haber sido escribir sobre ellas. «La persecución», como nos recuerda Leo Strauss pensando en Maquiavelo, «da lugar a una peculiar técnica de escritura y, por tanto, a un peculiar tipo de literatura, en la que la verdad sobre todas las cosas cruciales se presenta

⁴⁸ Véase *Discourses*, p. III.6.16, donde Maquiavelo cita la ofensa contra los célebres amantes atenienses Aristogeitón y Harmodio, celebrados en Atenas como los tiranicidas con un grupo de estatuas en el Ágora. La ofensa implicaba tanto la vergüenza de una mujer, la hermana de noble cuna de Harmodio, como la rabia celosa de Aristogeitón por los intentos de seducción de uno de los tiranicidas hacia su amante, Harmodio. El relato completo lo recoge Tucídides en *History of the Peloponnesian War*, trad. Thomas Hobbes, Londres, Bohn, 1843, p. 6.54 [ed. cast.: *Historia de la Guerra del Peloponeso, 2 vols*, Madrid, Gredos, 2019].

⁴⁹ Maquiavelo escribe que «como los hombres odian las cosas o por miedo o por envidia, estas dos causas muy poderosas del odio llegan a eliminarse en las cosas pasadas, ya que no pueden ofenderte y no te dan motivo para envidiarlas. Pero lo contrario sucede con las cosas que se gestionan y se ven. Como todo el conocimiento de ellas no se te oculta en parte alguna, y, junto con lo bueno, conoces en ellas otras muchas cosas que te desagradan, te ves obligado a juzgarlas muy inferiores a las cosas antiguas, aunque las presentes puedan en verdad servir para mucha más gloria y fama que aquellas». *Discourses*, II. Prefacio, I.

exclusivamente entre líneas. Esa literatura no está dirigida a todos los lectores, sino solo a lectores inteligentes y de confianza».⁵⁰

La discusión anterior del comentario de Maquiavelo sobre las intrigas políticas de su propia época, desde la lejana perspectiva de la Antigüedad, nos acerca a la racionalidad política que había detrás de la regulación de la sodomía en Florencia. Aunque el erotismo entre personas del mismo sexo rara vez figura en los comentarios sobre Maquiavelo o sobre la escena política de la Florencia renacentista, la importancia de esta cultura sexual en la vida cívica de Florencia sugiere que cualquier comentario que no incorpore erotismo entre personas del mismo sexo tiene un enfoque enormemente limitado. De hecho, la regulación pública de la sodomía en la Florencia renacentista mediante el establecimiento de una oficina especial para las acusaciones de sodomía ofreció a Maquiavelo una apertura a un conjunto más profundo de cuestiones relativas a la política de las pasiones de los hombres. No es necesario leer demasiado entre líneas para descubrir que los Oficiales de la Noche ocuparon un lugar preponderante en el pensamiento de Maquiavelo en el momento en que escribió los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*.

Amenazar de muerte a los sodomitas de la ciudad, como era costumbre en el resto de Europa durante este periodo, seguramente habría fracasado en Florencia. El sentimiento popular era esencial para la influencia de los Médici sobre otras élites gobernantes y la sodomía era una característica normal de la vida cívica. Esto explica por qué las campañas contra la sodomía en otras ciudades del mundo mediterráneo no lograron sus fines represivos. Demasiadas condenas, condenas aparentemente desproporcionadas de hombres pobres en lugar de ricos y castigos que podrían percibirse como excesivos amenazaron con poner a los estratos más bajos de la ciudad en contra del régimen. Las confesiones de sodomía proporcionaron ocasiones para que el régimen perdonara a sus ciudadanos más pobres por delitos aparentemente graves y deshonrara a sus rivales económicos y políticos para apaciguar a los pobres.

En lugar de adoptar políticas que Maquiavelo llama *liberalità*, Florencia adoptó un enfoque radicalmente nuevo sobre la sodomía,

⁵⁰ Leo Strauss, *Persecution and the Art of Writing*, Chicago, University of Chicago Press, 1988, p. 25.

poniendo a gremios, trabajadores y nobles unos contra otros para arbitrar pequeñas disputas amorosas mediante el establecimiento de una oficina especial, absorbiendo estas enemistades y facciones en el edificio del Estado y protegiendo a los informantes ocultando sus identidades y otorgándoles inmunidad legal.⁵¹ Ni indulgentes ni despiadados al extraer su impuesto de los sodomitas, los Médici perfeccionaron un enfoque mezquino y manipulador, que recababa el discurso sexual y las recriminaciones de los hombres florentinos.

El núcleo del problema político de la regulación del sexo entre hombres en Florencia giraba en torno al *omore*, o los sentimientos, en la raíz tanto de las relaciones sexuales pederastas como del gobierno republicano en general. Si el sexo pederasta a través de las jerarquías de clase y edad creaba oportunidades para el abuso de poder, privilegio y estatus, el Estado florentino proporcionaba una salida para desahogar estas frustraciones al castigar a los ricos. Si los poderosos se sentían menospreciados por los jóvenes guapos, podían entregarlos a los Oficiales de la Noche en lugar de buscar satisfacción por otros medios. Las acusaciones y condenas contra la nobleza de la élite de Florencia formaron una pequeña pero significativa parte de las actividades de los Oficiales. La acusación y la condena de los poderosos proporcionó una salida para la ira popular de la misma manera que, según Maquiavelo, la desunión de la plebe y del Senado en la República romana aseguró la libertad y el poder imperial para la ciudad.

Maquiavelo, al cuestionar los comentarios de Cicerón y de otros autores que consideraban que esta desunión era mala para la estabilidad de un sistema de gobierno libre, entendió el fenómeno como un indicador de la fuerza política de una república, ya que, como un sistema de regulación de la presión hidráulica, un foro público para los agravios equilibró los sentimientos y deseos de la nobleza contra los del pueblo

⁵¹ «No hay cosa que se consuma tanto a sí misma como la prodigalidad, pues, cuanto más se la practica más se pierde la facultad de practicarla; y se vuelve el príncipe pobre y despreciable o, si quiere escapar de la pobreza, expoliador y odioso. Y si hay algo que deba evitarse, es el ser despreciado y odioso, ambas consecuencias de una prodigalidad descontrolada. En conclusión, es de mayor prudencia contentarse con el tilde de tacaño que implica una vergüenza sin odio, que, por ganar fama de pródigo, incurrir en el tilde de expoliador, cuya infamia viene acompañada por el odio»; véase Niccolò Machiavelli, *The Prince*, trad. Harvey Claflin Mansfield, Chicago, University of Chicago Press, 1985, p. 65 [ed. cast.: *El príncipe*, Barcelona, Espasa, 2011].

e impidió que cualquiera de las dos fuerzas amenazara la continuidad del poder político. Escribe: «Si se considera la índole de nobles y plebeyos, se verá en aquellos grandes *deseos de dominación*; y en estos solo el *deseo de no ser dominados*; y, por tanto, mayor voluntad de vivir libres, porque en ellos cabe menos que en los grandes la esperanza de usurpar la libertad».⁵² Aunque cualquiera de los dos deseos podría identificarse como la fuente de la agitación política —y Maquiavelo aísla una compleja dialéctica entre los dos— el sentimiento noble, el «deseo de dominar», es mucho más amenazante ya que «los modales altivos e insolentes [de los nobles] excitan en el ánimo de los que nada tienen, no solo el deseo de tener algo, sino también el de vengarse de ellos».⁵³ Este anteproyecto del poder político republicano, en desacuerdo con los comentarios antiguos, proporciona una anatomía política de la función de las acusaciones de sodomía en Florencia.

El sexo entre hombres a través de todas las jerarquías de edad, estatus y poder materializó el «deseo de dominar» y el «deseo de no ser dominado» al proporcionar ocasiones para que estos apetitos se encontraran y se desarrollaran en una economía de placer y dolor, de ganancia y de castigo, de poder y de humillación, de transgresión y de vergüenza. La sodomía inscribió estos sentimientos políticos y sus ambiguos movimientos hidráulicos sobre y dentro de los cuerpos de aquellos comprometidos en su persecución. A través de un movimiento recíproco, el establecimiento de una oficina especial para acusaciones contra los sodomitas volvió a inscribir el juego de estas fuerzas, esta economía de la carne, en el edificio del poder estatal. El deseo de dominar y el deseo de no ser dominado se desarrollan a lo largo de toda una vida, ofreciendo la posibilidad de más transgresiones: del placer de asumir un rol sexualmente pasivo cuando aún se es joven y cuando ese placer todavía era socialmente aceptable, al placer de asumir el papel sexualmente activo en la virilidad propia, los implicados en estas relaciones intercambiaron poder y estatus por placer. La sodomía reflejaba así, en la forma más inmediata y encarnada de la sumisión a la penetración, la estructura misma del poder político-económico.

⁵² Machiavelli, *Discourses*, 1.5.2., la cursiva es nuestra.

⁵³ Machiavelli, *Discourses*, 1.5.4.

Antes de continuar con esta línea de investigación, es importante recordar de la discusión anterior que la única referencia explícita de Maquiavelo a Aristóteles se refería a casos de abuso sexual. Una referencia tan explícita indica que se sintió obligado a citar a una autoridad en la materia —y, por lo tanto, tal vez una preocupación en relación con su propia autoridad— cuando en todos los demás asuntos relacionados con las enseñanzas de Aristóteles optó por permanecer en silencio sobre su fuente. Su comentario sobre el incidente de Pausanias indica que, entre los hombres que se consideraban libres, la ira por el abuso sexual de alguien relacionado con el régimen se trasladaba fácilmente al odio hacia el propio régimen por no vengar la ofensa. Así, los Oficiales de la Noche fueron suprimidos en 1503, tras la ejecución de Savonarola y el ascenso de Piero Soderini a *gonfaloniere* de la República Florentina. El cargo fue abolido por muchas razones, algunas de las cuales se discutirán más adelante, pero dada la larga historia de la familia Médici de utilizar la oficina con fines políticos, es probable que fuera abolido, al menos en parte, por el nuevo espíritu del republicanismo. Como segundo canciller de la República, Maquiavelo habría estado muy cerca de tales deliberaciones, pero probablemente se sintió obligado a hablar de ellas directamente; tanto *El Príncipe* como los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* se publicaron después del saqueo de la República Florentina por las tropas españolas y la restauración de los Médici. Como es bien sabido, los textos fueron escritos después del encarcelamiento y tortura de Maquiavelo por conspiración; podemos entender que su lenguaje fuera muy sutil cuando se refería a temas como la caída de la República Florentina, con el fin de dar poca munición a sus enemigos.

La correspondencia de Maquiavelo con su amigo cercano Francesco Vettori, que incluye algunas de las cartas más leídas en lengua italiana, nos da muchas claves sobre el propio desarrollo político e intelectual de Maquiavelo después de la caída de la República y arroja luz sobre las diferencias ampliamente comentadas entre *El Príncipe* y los *Discursos*. Como ha demostrado John Najemy en su notable exégesis, *Between Friends*, de toda la correspondencia con Vettori, los escritos de Maquiavelo sobre las debilidades sentimentales del amor llegaron a influir en su relación con el lenguaje político, lo que le llevó a la adopción de una forma más poética de escribir sobre política que puede registrarse,

por primera vez, en los *Discursos*.⁵⁴ En una carta a Vettori, que estaba entonces en Roma, de 25 de febrero de 1513, Maquiavelo utiliza «una metamorfosis ridícula», pero, temiendo que alguien pueda «sentirse herido», cuenta la historia «escondida bajo alegorías». La carta debió de escribirse desde la celda de la prisión de sus torturadores o bien inmediatamente después de su liberación.

En la carta, Maquiavelo dibuja una elaborada alegoría entre la caza de un pájaro y el recorrido de Giuliano Brancaccio por Florencia en sus encuentros sexuales fortuitos con hermosos jóvenes:

Cruzó el Puente alla Carraia, y por el Canto de' Mozzi llegó a Santa Trinita, y tras entrar en Borgo Santo Apostolo, anduvo un rato deambulando por aquellas callejuelas que lo rodean; al no encontrar pájaros esperándole, se alejó de tu batidor de oro, y bajo la Parte Guelfa cruzó el Mercado y por Calimala Francesca llegó bajo el Tetto de' Pisani, donde, mirando con detenimiento todos aquellos escondites, encontró un pequeño zorzal, al que detuvo con un palo, una lámpara y una campanilla, y lo condujo hábilmente al fondo del barranco bajo la cueva donde vivía Panzano. Deteniendo allí a su pájaro, y viendo su disposición generosa,⁵⁵ y besándolo muchas veces, le enderezó dos plumas de la cola y por fin, como muchos dicen, lo metió en la cesta para pájaros⁵⁶ que colgaba detrás de él.⁵⁷

Abandonando la metáfora más allá de esta persecución, Maquiavelo le relata a Vettori que el chico perseguido era hijo de un hombre de buena posición, y que el cazador, Giuliano, le jugó una mala pasada al chico al darle el nombre y la dirección de un tendero como propios, pidiendo al chico que pasara por la tienda para que le pagara al día siguiente. El chico envía a un amigo a quien el tendero rechaza, negando cualquier conexión con el chico. Cuando este, audazmente, regresa en persona al día siguiente, exigiendo el pago y amenazando con hablar mal del

⁵⁴ Najemy, *Between Friends: Discourses of Power and Desire in the Machiavelli-Vettori Letters of 1513-1515*, Berkeley, University of California Press, 1993.

⁵⁵ El original en italiano es «*trovatogli la vena larga*», es decir, encontró su vena gruesa, una referencia mucho más sexual que la traducción inglesa. [N. del T.]

⁵⁶ El original en italiano es *carnaiuolo*, «en la carnicería (*carnaiuolo*) que estaba detrás de él». [N. del T.]

⁵⁷ Niccolò Machiavelli, *The Chief Works and Others*, vol. 2, trad. Allan Gilbert, Durham (NC), Duke University Press, 1989, p. 939.

tendero en la ciudad, el hombre se ve abocado a un dilema cuyo diálogo interno, tal y como relata Maquiavelo, revela una apreciación sensible del dilema político y ético de esta forma de engaño sexual:

Porque el tendero decía lo siguiente: «Si me quedo callado y satisfago a Michele con un florín, me convierto en su fuente de sustento, me hago deudor suyo, confieso el pecado, y en lugar de inocente me vuelvo culpable; si lo niego sin averiguar la verdad del asunto, tengo que confrontarme con un chico; tengo que justificarme ante él; tengo que justificarme ante los demás; todo el daño será para mí. Si trato de encontrar la verdad, debo culpar a alguien por ello; puedo equivocarme; haré que le traten mal, y aun así no me veré justificado».⁵⁸

Suponiendo correctamente que el hombre que le había engañado era Giuliano, el tendero hizo unas gestiones para que el chico fuera conducido a una plaza para identificarlo por el sonido de su voz:

Viniendo por detrás, habiendo visto a Brancaccio, que estaba sentado en medio de una gran multitud contando historias, logró que el chico se acercara tanto a él como para escucharlo hablar; y al volverse y verlo, Brancaccio, todo confundido, se alejó. Así que a todos el asunto les pareció claro, y por ello Filippo ahora está absuelto y se habla mal de Brancaccio. A tu carta no tengo nada que responder, salvo que debéis continuar viviendo vuestro amor con libertad, y el placer que recibís hoy no lo tendréis que disfrutar mañana; y si las cosas siguen como me has escrito, te envidio más que al rey de Inglaterra. Te ruego que sigas tu estrella, y que no renuncies a nada por las cosas mundanas. Es mejor actuar y arrepentirse que no actuar y arrepentirse.⁵⁹

En cuanto a los hechos reales que provocaron el relato alegórico velado de Maquiavelo, probablemente nunca lo sabremos, y que yo sepa, ningún comentarista se ha aventurado todavía a adivinar las identidades de las personas en cuestión. En la lectura que sigue, propongo que adoptemos la postura interpretativa de Maquiavelo, y veamos su puesta en escena del drama político de las acusaciones de sodomía como una alegoría de la caída de la República.

⁵⁸ Machiavelli, *Chief Works...*, p. 940.

⁵⁹ *Ibidem*, p. 941.

En los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Maquiavelo defiende la necesidad de una institución oficial para formular acusaciones en una república, de modo que «esos sentimientos variables que la agitan puedan resolverse de acuerdo a lo que ordenan las leyes». ⁶⁰ En apoyo de esta conclusión, además del ejemplo de Tito Livio de la antigua Esparta de Coriolano, en la que la cultura militar institucionalizó la pederastia y borró los signos externos de diferencia de estatus, y del ejemplo de la Venecia contemporánea que había efectuado una transición más suave hacia el capitalismo financiero, escribe:

Puede también alegarse como prueba de nuestro aserto lo ocurrido en Florencia bajo el mando de Pedro Soderini, a causa de no haber en aquella república procedimiento legal alguno para acusar a los ciudadanos poderosos y dominados por la ambición. Pues acusar a un ciudadano importante ante un tribunal de ocho jueces no es bastante en un régimen republicano, necesitándose que los jueces sean muchos más, para que en tales casos los pocos no se inclinen, cual sucede, a favor de la minoría. De haber habido allí un tribunal en estas condiciones, o ante él hubieran acusado los ciudadanos a Soderini, si gobernaba mal la república, satisfaciendo su animosidad sin hacer venir al ejército español, o de gobernarla bien, no se hubiesen atrevido a acusarle por temor de ser ellos a su vez acusados. Y así hubieran cesado por ambas partes los rencores que motivaron tan grande escándalo. ⁶¹

En otras palabras, Maquiavelo sugiere que la caída de su propio mecenas, Piero Soderini, y la consiguiente crisis política, fueron desencadenadas por la ausencia de instituciones oficiales a través de las cuales los ciudadanos podrían haberlo acusado de «vivir de mala manera».

Aunque estas alusiones están muy veladas, no podríamos esperar otra cosa que acusaciones contra el patrón de Maquiavelo. Este se niega a confirmar o negar cualquiera de los cargos contra Soderini, pero el tono de la discusión y la estrecha asociación que hace Maquiavelo de los delitos homosexuales con conspiraciones contra príncipes en otros lugares sugiere que el texto se refiere a los Oficiales de la Noche, que habían sido suprimidos en 1502. Una década de mezquinos desaires e injusticias amorosas se habría acumulado sin una válvula de escape

⁶⁰ Machiavelli, *Discourses...*, 1.7.

⁶¹ Machiavelli, *Discourses...*, 1.7.4.

para su liberación. Al declarar que los «ocho jueces», u *Otto di guardia*, cuya autoridad sobre asuntos penales generales continuó hasta bien entrado el siglo XVII, «no eran suficientes» para aplacar el ánimo contra Soderini, y argumentar que «los jueces sean muchos más, para que en tales casos los pocos no se inclinen, cual sucede, a favor de la minoría», Maquiavelo señala que la eliminación de ciertos cargos municipales contribuyó a la caída de Soderini. Tras la supresión de los Oficiales de la Noche, los «ocho jueces» fueron de hecho la única autoridad a la que los florentinos podían apelar para pedir justicia en relación con la sodomía.

El cronista florentino Filipepi escribe sobre una serie de denuncias difamatorias por sodomía en 1496, después de la guerra con Francia, en la que Piero Soderini fue señalado y denunciado por dicha práctica.⁶² Las penas más severas impuestas por los *Otto di guardia* bajo la nueva república fueron una preocupación central para los jóvenes pro Médici que derrocaron el régimen de Piero Soderini e invitaron a los soldados españoles a ocupar la ciudad.

El 31 de agosto [1512], con las tropas españolas y de los Médici a las puertas de la ciudad, una treintena de jóvenes partidarios de estos últimos, encabezados por Anton Francesco degli Albizzi, de veintitrés años, invadieron el palacio de gobierno y obligaron al *gonfaloniere* Piero Soderini a dimitir. Según Cambi, los jóvenes irrumpieron entonces en los aposentos de los desconcertados priores —que andaban «como pollos sin cabeza», como él mismo dijo— y exigieron que revocaran las sentencias de los que habían sido exiliados o privados de sus cargos por sodomía.⁶³

Bajo Giuliano de Médici, los exiliados o los que habían sido excluidos de sus cargos fueron readmitidos. El episodio demuestra el doble peligro de cómo las acusaciones de sodomía funcionaban políticamente, en tanto calumnia, y cómo los castigos por sodomía podían inflamar las pasiones de los hombres contra un régimen político. Lejos de ser un fenómeno «marginal» o «en el armario», la sodomía fue un eje crucial del poder político en Florencia. El deseo entre personas del mismo sexo fue tan central en el destino de la República que el comentario velado

⁶² Michael Jesse Rocke, *Forbidden Friendships: Homosexuality and Male Culture in Renaissance Florence*, Nueva York, Oxford University Press, 1998, p. 222.

⁶³ Rocke, *Forbidden Friendships...*, p. 229.

de Maquiavelo sobre su caída es completamente incomprensible sin un análisis de la historia de los intentos de regular dicha práctica.

*

Los registros indican que entre 2.500 y 3.000 hombres y chicos —en su mayoría sirvientes pobres, trabajadores no cualificados y artesanos cada vez más innecesarios de los gremios florentinos menores— fueron condenados en una ciudad donde la población, después de sucesivas epidemias de peste, nunca superó los 50.000 habitantes. El poder político para visibilizar la homosexualidad de la ciudad fue el resultado de un órgano gubernamental que absorbió pequeños (y también muy graves) desaires y luchas de poder en el edificio estatal. Al reducir las sentencias y ofrecer a los hombres una salida (la confesión garantizaba inmunidad individual frente a las acusaciones), los Oficiales de la Noche aseguraron un flujo constante de acusaciones, un mayor control social sobre la homosexualidad y un mejor conocimiento de sus ubicaciones, personas y prácticas. Además de su función principal de vigilancia de los pobres y los trabajadores, su regulación proporcionó una válvula de escape para la indignación ante los abusos de poder que incluían, entre otras cosas, el abuso sexual y la humillación de chicos y jóvenes por parte de los nobles. Tras la supresión de los «Oficiales de Sodomitas», el régimen se deshizo, ya que tales tensiones entre «nobles y plebeyos» no encontraron otra salida que las calumnias pronunciadas en plazas y logias. Al proporcionar una salida para ubicar la sodomía en el discurso y al multiplicar este discurso entre la población, el Estado florentino extendió el poder sobre la sexualidad de su población masculina. Fue capaz de regular la pederastia sin reprimirla, de neutralizar la amenaza generada por los volátiles encuentros sexuales entre hombres de diferentes estratos, de romper las solidaridades que se formaban entre hombres que tenían sexo con hombres —enfrentando a amigo contra amigo, a amante contra amante— y, lo que es más importante, de proporcionar incentivos para la traición de uno mismo al Estado.

El discurso sobre el sexo entre hombres fue, en otras palabras, un instrumento absolutamente esencial para extender la hegemonía política de las clases dominantes sobre las clases pobres y trabajadoras de Florencia.

Al abolir este cargo especial, asociado con las tiranías de la familia Médici y Savonarola por igual, la República perdió una herramienta central para gobernar las pasiones de los hombres. En ausencia de este órgano, las acusaciones contra su líder no encontraron salida y fomentaron una rebelión abierta. Dentro del flujo y reflujo de estos discursos y recriminaciones, la sodomía fue un arma que cambió de manos en una «guerra de posiciones» que se desató silenciosamente en la Florencia del siglo XV, siguiendo de cerca los pasos de la «guerra de maniobras» del siglo XIV.⁶⁴

El edificio de nuestra narrativa histórica heredada que asocia la «homosexualidad» con una modernidad singular —debido en gran parte a las tendencias historiográficas nominalistas y los supuestos epistemológicos de Michel Foucault, Paul Veyne y su mentor intelectual George Canguilhem— amenaza con derrumbarse bajo el peso acumulado de los ejemplos y análisis anteriores. Durante mucho tiempo se pensó que el sodomita medieval era producto de otro orden de las palabras y las cosas;⁶⁵ la figura moderna, se dice, fue determinada por esquemas científicos que separan lo normal de lo patológico. El cuerpo del sodomita acusado y confeso, a veces arrojado al fuego en las primeras ciudades modernas, era, según este punto de vista, solo una figura grotesca descrita por un discurso unitario que giraba en torno a la creencia en Dios; quizás fue una víctima ocasional de la teología moral de la carne y la concupiscencia, pero manifestó con más frecuencia un comportamiento que se revelaba y expiaba detrás de la celosía del confesonario. Se supone que una ruptura radical histórica y epistemológica separó al homosexual del siglo XIX de estos sodomitas del pasado. Se supone que el pensamiento medieval consideraba la sodomía un *pecado* del Oriente sensual, tal vez incluso un exceso lujoso de las mitopóeticas «ciudades de la llanura» que llevan en su nombre. Se suponía que la sodomía era «una especie de acto prohibido, cuyo autor era meramente un sujeto jurídico», los sodomitas habituales, meramente reincidentes o en recaída; el homosexual moderno, en cambio, era «un personaje: un pasado, una historia y una infancia, un carácter, una forma de vida».⁶⁶

⁶⁴ Antonio Gramsci, *Prison Notebooks*, vol. 1, ed. y trad. Joseph Buttigieg, Nueva York, Columbia University Press, 1992, p. 219.

⁶⁵ Referencia al famoso libro de Michel Foucault, *Las palabras y las cosas*. [N. del T.]

⁶⁶ Michel Foucault, *Histoire de la sexualité I: La volonté de savoir*, París, Gallimard, 1976, p. 59 [ed. cast.: *Historia de la sexualidad*, vol. 1. *La voluntad de saber*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1995].

Sin embargo, en la Florencia de los siglos XIV y XV, la sodomía estaba lejos de ser una categoría legal confusa. Jurídicamente, incluía únicamente a los hombres que tenían relaciones sexuales con otros hombres. La población de Florencia sabía muy bien cómo identificar a los hombres que estaban teniendo sexo con otros hombres; el mero número de acusaciones demuestra que la categoría no estaba vinculada a una pseudociencia excéntrica, como pudo haber sido para el homosexual del siglo XIX y su «quizá misteriosa fisiología»; de hecho, los sodomitas eran fácilmente identificables entre todas las clases de Florencia. Eran identificables no solo por su apariencia externa estereotipada, que en algunos casos mezclaba elementos masculinos y femeninos: cabello largo, ropa lujosa, joyas. Este prototipo coexistió con otros de género menos ambiguo. Sus aventuras sexuales a menudo eran descubiertas por los vecinos, ya que los sodomitas realizaban sus prácticas en tiendas, plazas, baños, tabernas, posadas, bares y en otros espacios públicos y semipúblicos de la vida urbana. Los sodomitas en Florencia eran personalidades con mala reputación, inmortalizada en sátiras y en poemas por los escritores.⁶⁷

La conducta homosexual habitual era, en su práctica real y en la forma en que se concebía, *una forma de vida*. Tenía una infancia, conforme a ciertos patrones esperados de pasividad sexual o de roles receptivos, y una edad adulta conforme a ciertas expectativas de un papel sexual más activo o de roles de penetración, siempre siguiendo las costumbres florentinas de un comportamiento masculino aceptable. Como todas las reglas y expectativas sociales, estas costumbres estaban hechas para romperse. Además, el conocimiento de la floreciente cultura del erotismo entre personas del mismo sexo del norte de Italia no se limitaba a los climas del sur. En el momento en que los Médici cerraban su último banco en Brujas, la ciudad de Florencia tipificaba el vicio: era común en el alemán del siglo XV equiparar el vicio con Florencia y su moneda, sodomizar era *florenzen*, el sodomita era un *Florenzer*.⁶⁸

⁶⁷ Rocke, *Forbidden Friendships...*, p. 4.

⁶⁸ Rocke, *Male Homosexuality...*, p. 8; las ciudades-Estado del norte de Italia eran famosas mucho antes del Renacimiento por albergar a herejes de todo tipo. Federico II dijo que Milán era una ciudad «omnium haereticorum, Paterinorum, Luciferanorum, Publicanorum, Albigenium, usurariorum refugium et receptaculum»; citado en John C. L. Gieseler, *A Text Book of Church History*, vol. 2: A.D. 720-1305, trad. Samuel Davidson y John Winstanley Hull, Nueva York, Harper and Brothers, 1871, p. 577.

Al igual que ocurrió con la asociación de esta práctica con las ciudades de Sodoma y Gomorra, su asociación con Florencia después de su espectacular declive económico a principios del siglo XVI refleja una equiparación político-moral del exceso y de la riqueza con la injusticia. Esta equiparación moral-política al final de la hegemonía del norte de Italia en el sistema económico mundial debería hacernos reflexionar, ya que el guión de esta obra de teatro moral —y su chivo expiatorio de financieros, judíos y homosexuales— permanecería sin cambios en cada momento de declive de una potencia hegemónica mundial, desde Italia hasta las Provincias Unidas de Países Bajos, desde Londres hasta Estados Unidos.

En la iconografía de Sodoma y Gomorra, representada en las pinturas de género italianas y flamencas de la época, es difícil no ver, a lo lejos, más allá de la desagradable escena del patriarca borracho y enloquecido Lot y sus hijas incestuosas, todas ellas vestidas con los adornos de la clase mercantil, el objeto que mira la madre muerta, convertida en estatua de sal, una mirada que está fijada para toda la eternidad (véanse las imágenes 2.1, 2.2 y 3.2). La composición del paisaje familiar crea una línea de visión que atrae, incluso a un observador casual, hacia el resplandor de las ciudades en un litoral ardiendo como faros que señalan los excesos y la desaparición final del mundo mediterráneo.

Los baños de Pozzuoli (1570; imagen 2.2) de Girolamo Macchietti, donde aparecen en primer plano los bañistas y los ayudantes de baño, ofrece al espectador una perspectiva local de esos vicios tan criticados, quizás incluso un retrato moral cínico o satírico. La esposa de Lot ha sido reemplazada por una estatua central de un hombre barbudo, vestido a la manera de la Roma imperial, inmóvil, que mira fijamente a una serpiente enroscada alrededor de su mano extendida. La perspectiva permanece, pero las lecciones morales se vuelven más ambiguas cuando el fuego y el azufre se reducen a una erupción volcánica, apenas visible más allá de los baños. Estas pinturas son modernas por la perspectiva en la que se implica al espectador, la perspectiva del testigo histórico. El punto de vista es el de la mirada retrospectiva: «Vio humo que subía del suelo, como humo de horno».⁶⁹ Compartimos la perspectiva de la estatua de sal que una vez fue la esposa de Lot, una mirada hacia atrás

⁶⁹ Gen., 19:28.

que se niega a prestar atención al mandato de Dios: «Ponte a salvo, por tu vida; no mires hacia atrás, ni te detengas en la vega; ponte a salvo en los montes, para no perecer». ⁷⁰ Esta perspectiva, de retrospectión histórica, es la de una transgresión; su peligro es el de ser consumido o inmovilizado por aquello que ve.

Tal vez también nosotros estemos inmovilizados por esta empatía horrorizada o, alternativamente, por una aversión a las ciudades humeantes, al olvido de las cosas. Cualesquiera que sean sus peligros, sigue siendo el punto de vista de la inocencia y de las ilusiones perdidas, el punto de partida de una conciencia histórica secular. Pero dentro de esta perspectiva hay quizás otro punto de vista, quizás una dialéctica entre este punto de vista desilusionado y algún otro. La otra perspectiva es la del materialista histórico, que presta atención a la «hora cero», o *Stillstellung*, una historia universal en la que «el pensar se para de pronto en una constelación saturada de tensiones, [y] le propina a esta un golpe por el cual cristaliza en mónada». La perspectiva del *Stillstellung* reconoce el signo de una «coyuntura revolucionaria en la lucha en favor del pasado oprimido. [El materialista histórico] la aprovecha para hacer que una determinada época salte fuera del curso homogéneo de la historia; y del mismo modo hace saltar a una determinada vida fuera de una época, o a una determinada obra fuera de la vida-obra». ⁷¹

Quizás esta otra perspectiva ve en la imagen de la destrucción y el derrocamiento de las ciudades precisamente la posibilidad de este estallido revolucionario o quizás su derrota. Los abusos de poder, la arrogancia del imperio, la visibilidad social de la gran desigualdad y la falta de amabilidad hacia los extranjeros se articulan en la mitopoética del Antiguo Testamento sobre la sodomía y la riqueza ostentosa en las ciudades de la llanura. Estas injusticias debieron de generar mucha indignación en los contemporáneos del Renacimiento, como la genera en nosotros en esta imagen familiar.

Ya fueran bellamente retratadas por grandes pintores para ricos mecenas, o descritas a grandes rasgos desde los púlpitos de Bernardino de Siena, Girolamo Savonarola, Martín Lutero o Juan Calvino, estas ciudades humeantes, estos barcos hundidos y estas ráfagas de fuego

⁷⁰ Gen., 19:17.

⁷¹ Benjamin, «On the Concept of History...», p. 396.

celestes proporcionan una ambivalente fábula político-moral: los pasajes del Génesis y las tradiciones que los acompañan de los comentarios rabínicos contienen una gran ambigüedad en cuanto a los pecados reales de Sodoma. La riqueza, la falta de hospitalidad, la injusticia social y la violencia sexual se han propuesto en varias interpretaciones alegóricas. A los pobres, las riquezas de las ciudades belicistas de la llanura debieron de parecerles sorprendentemente similares a la división de clases que se daba en su propio mundo social. El desastre mitopoético debió confirmar que el camino del exceso y de la injusticia conduce a la ruina. La iconografía probablemente se entendió de manera muy diferente entre la élite mercantil del norte de Europa: el declive de las ciudades italianas probablemente confirmó su propia visión de sus derechos y de la elección divina, la justicia de sus nuevas fortunas. Al unir las riquezas visibles, el abuso de poder y la pederastia del mundo mediterráneo con la justicia moral divina, la imagen probablemente se entendió de otra forma entre aquellas clases ligadas a sacerdotes, nobles y burgueses.

Esta imagen era popular en pinturas y sermones porque se entendía como una alegoría del auge y la caída de las civilizaciones; se entendía con intensidades y significados muy diferentes para las clases dominantes y para los oprimidos que recibían su mensaje. Para las tradiciones abrahámicas de la fe, Sodoma figura como la arqueo-mitología de la civilización, del excedente económico, de la corrupción, de la decadencia y del orgullo. A pesar de esta polisemia, la imagen se entiende como la primera postura crítica sobre el desarrollo económico, que fue inmediatamente reconocible para todos los que escucharon su historia. Su amplia circulación en toda Europa al final de la hegemonía de las ciudades-Estado italianas refleja una nueva conciencia histórica del olvido de los mercados y las civilizaciones. Y a diferencia de la caída de Roma, no había bárbaros invasores a los que culpar.

*

Es muy probable que los *Ufficiali di Notte* se disolvieran en 1502 por la irónica razón de que la propia magistratura, mucho más que la práctica real de la sodomía en la ciudad, había llegado a ser vista como una vergüenza por haber hecho un espectáculo tan público del vicio.

En 1497, en el apogeo del despertar espiritual de Piagnone (hogueras de vanidades, resurgimientos religiosos, procesiones y espectáculos de carnaval), el comerciante de seda Domenico Cecchi propuso una serie de reformas que incluían librar a la ciudad de los oficiales de sodomía. Escribió: «Ante todo, por el honor de la ciudad, abolir los Oficiales de la Noche para que no se pueda decir: “Florenia tiene una magistratura para los sodomitas”, porque los que odian la ciudad creen que aquí no hacemos otra cosa, y eso nos da mala reputación»⁷². Incluso Fray Savonarola evitó mencionar la oficina por su nombre en sus llamamientos a la «justicia» por sodomía, nombrando solo a los *Otto di guardia*. Quizás Maquiavelo simplemente estaba siguiendo las convenciones habituales de cortesía al evitar la mención de los *Ufficiali di Notte* por vergüenza, por la mala fama que Florenia había adquirido en toda Europa, ya que esta magistratura lavaba los trapos sucios de la ciudad de forma demasiado pública. Uno solo puede imaginar los hilarantes juegos de palabras sobre el nombre de Soderini que acompañaron el discurso calumnioso contra él en las tabernas y plazas de Florenia. Aunque la sodomía siguió siendo el blanco de las bromas en las plazas de Florenia y en los bancos de Brujas y Amberes, fue la oficina, mucho más que el pecado, el nombre que no se atrevieron a pronunciar.

Los nominalistas y otros autores podrían replicar que, a pesar de tales hechos y observaciones, estos siguen siendo solo anécdotas, y que los sodomitas florentinos no eran iguales en sus relaciones. Podrían llevar estos ejemplos más atrás a lo largo de la línea de tiempo sociohistórica hacia la pederastia de las civilizaciones antiguas en el mundo mediterráneo, más lejos de un homosexual «moderno». Estas maniobras temporales aparentemente inocentes, que sitúan los acontecimientos en el *continuum* de un tiempo homogéneo y vacío, podrían ser excusables si no fueran sintomáticas de graves desmentidos políticos.

Es cierto, por supuesto, que estas relaciones sexuales florentinas del siglo XV estaban salpicadas de relaciones de poder estructuradas por jerarquías de edad, clase y estatus, y que solo ocasionalmente tenían lugar entre hombres de la misma edad y estatus, o al menos esto llamó la atención de las autoridades en contadas ocasiones. Quizás fueron precisamente las relaciones entre clases sociales las que fueron política

⁷² Rocke, *Male Homosexuality...*, p. 524.

y moralmente problemáticas. Hay muchos indicios de que las relaciones sexuales entre hombres de igual estatus eran menos problemáticas socialmente y, por lo tanto, llamaron la atención de las autoridades con mucha menos frecuencia.

El argumento para llevar estas prácticas hacia atrás en el *continuum* del tiempo homogéneo y vacío hasta la Antigüedad se basa demasiado en el tópico de Sodoma, se implica demasiado en un historicismo infantil y especulativo de la Antigüedad, lo que Benjamin llamó «la prostituta “Érase una vez” en el burdel del historicismo».⁷³ No deja ver las falsas suposiciones sobre el pasado más cercano, como si las relaciones sexuales entre hombres y chicos en la Europa del siglo XIX estuvieran de alguna manera libres de poder, libres de jerarquías de clase, de estatus y de edad. Estos supuestos son políticamente ciegos a todas las formas de comportamiento homosexual en el mundo contemporáneo que no se ajustan al ideal progresista liberal de relaciones entre iguales: desde las escenas amo-esclavo o papi-chico, al sexo entre presos, al sexo no consentido, a la prostitución, al sexo entre personas con asistencia médica y personas sin ella, al sexo interracial, por no hablar de las complejas relaciones de dependencia y de dominio que se dan dentro de la pareja. Este supuesto moral y político del liberalismo no solo es evidentemente falso, sino que ha inscrito en nuestros discursos sobre la historicidad del sexo una triste caricatura del pensamiento social y de la crítica, una concepción de la libertad humana sin poder, lo que implica que la autorreflexión y la subjetividad, sexual o de otro tipo, solo podía comenzar cuando el psiquiatra o algún otro pseudocientífico lo declaraba así. ¿Cuán libre es esta perspectiva aparentemente crítica sobre los valores del saber científico ilustrado respecto de la creencia de la episteme anterior, centrada en torno a una creencia en Dios, en la que el mundo existe porque algún ente «dijo hágase» *x*, *y*, o *z*, «y así se hizo»?

Si no es la racionalidad científica, ¿a qué se debe entonces esta temprana entrada de la sexualidad en el discurso sobre los príncipes y el buen gobierno? Aunque el análisis histórico anterior ha sacado a la luz algunas de las motivaciones políticas contingentes para el establecimiento de una oficina especial para las acusaciones de sodomía en la Florencia del siglo XV y ha expuesto un ámbito mediterráneo quizás

⁷³ Benjamin, «On the Concept of History...», p. 396.

más amplio de condiciones previas geopolíticas para estas identificaciones y comportamientos homosexuales masculinos tan frecuentes, no ha hecho más que señalar la debilidad de nuestros modelos existentes para historizar este mundo y, hasta ahora, se ha abstenido de ofrecer una hipótesis alternativa.

Las evidencias presentadas hasta ahora, aunque sugerentes, probablemente no sean suficientes para acallar algunas de las objeciones que podrían hacerse desde la perspectiva histórica nominalista o desde su contraparte política liberal. Después de todo, las ciudades del norte de Italia fueron la excepción más que la regla de las sociedades europeas durante este periodo. Prescindir de estas objeciones de una vez por todas requeriría una reconstrucción cuidadosa de las condiciones de posibilidad de la homosexualidad aparentemente ubicua de los centros de producción y comercio de artesanías en el mundo mediterráneo y un análisis de cómo estas condiciones de posibilidad no encajaban en el patrón más amplio del feudalismo en toda la Europa continental. Hasta ahora, mi análisis de las razones políticas para la regulación de la homosexualidad solo ha planteado esta pregunta más amplia: ¿cómo explicar la homosexualidad, aparentemente tan extendida, del mundo mediterráneo?

Capítulo 3

La hegemonía sexual y el sistema mundo capitalista

Richard Burton, o las ciudades portuarias

La posición geofísica de las ciudades del norte de Italia, a lo largo de las rutas comerciales marítimas entre el Levante y los puertos del norte de Europa, y la capacidad naval temprana de estas ciudades las convirtió en centros hegemónicos de un sistema mundial emergente de ciudades, guerra y capitalismo mercantil.¹ La lana elaborada en Florencia era intercambiada por especias, tintes y otros productos asiáticos de Oriente; mientras, los barcos florentinos llevaban telas y obligaciones de deuda a puertos distantes del norte, vistiendo a la élite de forma elegante y financiando sus batallas por la soberanía territorial. Las extendidas culturas de la sodomía, conocidas en muchas sociedades mediterráneas, fueron el resultado de sus peculiaridades demográficas, de la extrema polarización de clases sociales y de una circulación muy temprana de hombres y de bienes de tierras lejanas.

Estudiar el Mediterráneo, definido por sus fronteras geográficas, climatológicas y culturales, y el mundo social mediterráneo nos permite entender cómo la producción de un tipo particular de espacio-mundo, que favorece a las ciudades portuarias a lo largo de las rutas comerciales costeras, creó una de las condiciones previas necesarias para un mundo de vida homosexual. En el Mediterráneo, el clima es homogéneo en toda la región, favoreciendo los mismos cultivos y estableciendo los mismos ritmos de vida: una estación invernal con lluvias y vientos, cuando la navegación se paralizaba en su mayor parte, haciendo temporalmente superflua la labor marítima, y una temporada de verano en la

¹ Arrighi, *The Long Twentieth Century...*, pp. 31-41.

que el calor y el tráfico creaban incomodidades y traían enfermedades.² Esta perspectiva nos permite tener una mirada retrospectiva sobre el pasado inmediato, el mundo circundante de la vida agraria bajo el feudalismo, y el pasado más lejano del mundo antiguo. Abre una perspectiva única sobre la sexualidad de la transición al capitalismo, sobre las continuidades y discontinuidades con la sexualidad del mundo antiguo.

Es esclarecedor considerar esta geografía a la luz de la controvertida idea de Richard Burton de una «zona sotádica», planteada por primera vez en el ensayo final de su traducción de *Las mil y una noches*.³ Inspirado por haber tenido la ocasión de «hacer preguntas e informar sobre» burdeles de chicos y eunucos en Karachi, y tras realizar «investigaciones en muchos y lejanos países», Burton concluye que el espacio geográfico de la cuenca del Mediterráneo, con sus complejas interacciones culturales en las rutas comerciales con las civilizaciones de Oriente y su tráfico con las islas de las especias, creó una práctica casi universal, que él llama «pederastia», diferente a las sexualidades del norte de Europa y del África subsahariana.

Aunque ha sido criticado por algunos académicos por tener una visión «racial» de la homosexualidad, esta crítica no se sostiene si se hace una investigación más profunda. Esta acusación no tiene en cuenta la profundidad y el alcance histórico mundial del ensayo de Burton y de los materiales que proporciona a cualquiera que busque un argumento geográfico que cuestione las distinciones culturales y políticas entre la *ars erótica* oriental y la *scientia sexualis* occidental —al menos uno de

² Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Phillip II*, vol. 1, trad. Siân Reynolds, Oakland, University of California Press, 1996, pp. 246-67 [ed. cast.: *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Ciudad de México, FCE, 1976].

³ «1. Existe lo que llamaré una “Zona Sotádica”, limitada hacia el oeste por las costas septentrionales del Mediterráneo (N. Lat. 43°) y por las meridionales (N. Lat. 30°). Así, su tamaño sería de 780 a 800 millas, incluyendo Francia meridional, la Península Ibérica, Italia y Grecia, con las regiones costeras de África desde Marruecos hasta Egipto... Dentro de la Zona Sotádica, el Vicio es popular y endémico, y es considerado en el peor de los casos como un mero pecadillo, mientras que las razas al norte y al sur de los límites aquí definidos solo lo practican esporádicamente en medio del oprobio de sus congéneres que, por regla general, son físicamente incapaces de realizar ese acto y la contemplan con la más viva repugnancia». Richard Burton, *Thousand and One Nights*, vol. 10, The Burton Club, 1886, pp. 206-207.

los objetivo del libro de Edward Said, *Orientalismo*⁴—. El ensayo de Burton plantea que las prácticas homosexuales entre las clases guerreras y las personas con un tercer género —a menudo asociadas con rituales sacerdotales o chamánicos— existían como algo característico de todas las civilizaciones, sugiriendo una base universal para la práctica y una perspectiva universal desde la cual cuestionar las costumbres sexuales y los binarismos de género tanto del norte de Europa como del África subsahariana como excepciones, en lugar de verlas como reglas históricas. Las investigaciones históricas recientes han coincidido con muchas de las hipótesis centrales de Burton sobre el mundo mediterráneo, el shogunato japonés y muchas culturas de América del Norte, Central y del Sur.

Richard Trexler, en su historia sobre el concepto y la función política del *berdache*, demuestra el significado social y simbólico de este personaje en el descubrimiento del Nuevo Mundo. La historia intelectual del concepto de berdache revela que una epistemología espacial de la homosexualidad basada en una persona de tercer género, que mezcla elementos de lo femenino con lo masculino, circuló desde al menos el siglo X hasta el siglo XVI en el mundo mediterráneo.⁵

Esta perspectiva geográfica sobre la distribución cultural de la sexualidad entre personas del mismo sexo es heredera de una visión imperial del espacio-mundo; es una epistemología que solo fue posible a finales del siglo XIX debido a las sangrientas conquistas y sometimientos de los subalternos colonizados bajo la hegemonía británica del capitalismo.⁶ También es cierto que Burton se basó en informes etnográficos que contenían numerosos esencialismos; argumenta, sin embargo, en contra de la base de estos textos, que la raza no puede entenderse como un factor determinante en la formación de la zona sotádica. Rechaza todas las teorías científicas populares del siglo XIX sobre las bases biológicas o fisiológicas de la sexualidad como los disparates pseudocientíficos que eran, dándoles poca importancia explicativa o de otro tipo y, en su lugar, apoya las explicaciones sociales y geográficas para las culturas de

⁴ Para una aportación reciente al debate sobre la obra de Richard Burton, véase Joseph A. Massad, *Desiring Arabs*, Chicago, University of Chicago Press, 2007, pp. 10-11.

⁵ Richard C. Trexler, *Sex and Conquest: Gendered Violence, Political Order, and the European Conquest of the Americas*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1997, pp. 39-47.

⁶ Arrighi, *The Long Twentieth Century...*, p. 55.

la pederastia. Burton sostiene que la particularidad geográfica del gran mundo del Mediterráneo y sus alrededores es la causa de su peculiar sexualidad y de su conciencia sexual. Aunque aporta breves resúmenes de la sexualidad de las civilizaciones indígenas de América del Norte y del Sur, y de algunos contactos en India, China y Japón, el mundo mediterráneo constituye la mayor parte de sus evidencias y argumentos a favor de una determinación geográfica de la pederastia.

¿Qué tenían la geografía del mundo mediterráneo y el mundo al que estaba conectado por rutas comerciales para favorecer la pederastia? Una respuesta a esta pregunta podría empezar por desentrañar la *longue durée* del comercio antiguo, de la guerra naval y de instituciones político-económicas como la producción artesanal y los mercados. La geografía del Mediterráneo favoreció un desarrollo muy temprano de las ciudades portuarias. Los escasos recursos naturales de los entornos montañoso y oceánico de la región requerían una interacción constante entre las montañas y el mar en el litoral. Fue necesaria una concentración del poder de clase y desembolsos masivos de inversión de capital para transformar la tierra, para limpiar los pantanos de malaria y establecer ciudades habitables junto al mar. Las grandes obras en la tierra —zanjas, canales, trincheras y bombas—, aunque nunca fueron tan avanzadas como las de los ingenieros holandeses del siglo XVII, siguieron siendo indicadores constantes del esfuerzo humano, y permitieron drenar los pantanos y dar protección contra inundaciones y enfermedades. Movimientos de tierra de esta escala requerían grandes cantidades de capital y solo podían financiarse con las ganancias del comercio o el botín de las guerras; en consecuencia, las extensiones de tierra ganada al mar en las llanuras pasaron a ser propiedad de patricios adinerados y se volvieron habitables gracias a un gran esfuerzo civilizatorio.⁷

En su ensayo pionero sobre el tema, Karl Polanyi escribió que los puertos comerciales se convirtieron en una de las instituciones económicas globales más duraderas. La institución se desarrolló como «una institución universal de comercio exterior que precede al establecimiento de los mercados internacionales»⁸. Las excavaciones arqueológicas, continúa Polanyi, han revelado que:

⁷ Braudel, *The Mediterranean*, vol. 1..., pp. 60-80.

⁸ Karl Polanyi, «Ports of Trade in Early Societies», *Journal of Economic History*, vol. 23, núm. 1, 1963, p. 31.

Se conoce la existencia de puertos comerciales en la costa norte de Siria desde el segundo milenio a. C., en algunas ciudades-Estado griegas de Asia Menor y del Mar Negro en el primer milenio; en los reinos negros de Whydah y, más tarde, de Dahomey en la costa de la Alta Guinea y de Angola en la costa de la Baja Guinea; en la región Azteca-Maya del Golfo de México; en el Océano Índico y en la Costa de Malabar, en Madrás, Calcuta, Rangún, Birmania, Colombo, Bavaria, y también en China.⁹

Geográficamente hablando, las ciudades portuarias son fenómenos fronterizos, que emergen al borde de los ecosistemas, pero no se limitan a los sitios donde la tierra se encuentra con el agua —costas de océanos y mares, ríos y lagunas—, incluso lugares que bordean el desierto, «ese *alter ego* del mar», podrían clasificarse según los criterios típico-ideales de Polanyi como puertos de comercio. «Se puede decir que las ciudades de caravanas de Palmira y Petra, Karakorum, Ispahan y Kandahar han entrado en la categoría de *cuasi* puertos de comercio».¹⁰

En otras palabras, en el Mediterráneo se produjo una muy temprana concentración del capital empleado en la transformación de la tierra cultivable, el desarrollo urbano y los aparatos estatales y bélicos. Su densa red comercial y la concentración de riqueza formaron en seguida un sumidero geográfico para los productos de la industria, las materias primas y los recursos de su hinterland directamente hacia el norte, el sur y el este.¹¹

El comercio y la comunicación entre las ciudades costeras unieron el Mediterráneo con una vasta red de carreteras y centros urbanos, conectando líneas de fuerza imperiales con puntos nodales estratégicos

⁹ *Ibidem*, pp. 30-31.

¹⁰ *Ibidem*, p. 31.

¹¹ Adam Smith también lo reconoce: «Es cierto que los habitantes de una ciudad siempre deben en última instancia obtener del campo su subsistencia y todos los materiales y medios para su trabajo. Pero los habitantes de una ciudad situada cerca del mar o de un río navegable no se ven necesariamente obligados a obtenerla en los campos vecinos. Sus posibilidades son mucho más amplias y pueden recurrir a los rincones más remotos del mundo, sea para conseguirla a cambio de sus productos manufacturados, sea actuando como transportistas entre países lejanos, e intercambiando sus productos. Una ciudad podía así alcanzar una gran riqueza y esplendor mientras que la pobreza y la miseria reinaban no solo en sus campos vecinos sino en todos aquellos países con los que comerciaba». Adam Smith, *The Wealth of Nations*, Chicago, University of Chicago Press, 1976, p. 427 [ed. cast.: *La riqueza de las naciones*, Alianza, Madrid, 2011].

para el comercio y las ofensivas militares. La rápida propagación geográfica de la Peste Negra por tripulaciones infectadas —desde la última estación comercial de los comerciantes italianos en Crimea hasta los puertos de Europa en octubre de 1347, su tránsito a través o alrededor de los Alpes, golpeando París en seis meses y el suroeste de Inglaterra en junio— refleja la vasta red interconectada de seres humanos. Estas redes formaron una «unidad humana» cohesionada, según Braudel:

En el siglo XVI ninguna otra región del mundo contaba con una red urbana tan desarrollada. París y Londres estaban justo en el umbral de sus carreras modernas. Las ciudades de los Países Bajos y del sur de Alemania (estas últimas bañadas en la gloria reflejada del Mediterráneo, las primeras estimuladas económicamente por los mercaderes y marineros del sur), y más al norte las activas —aunque pequeñas— ciudades de la Liga Hanseática, todas estas ciudades, por hermosas y prósperas que fueran, no componían una red tan tupida y compleja como la del Mediterráneo, donde un pueblo se unía al siguiente en cadenas interminables, marcadas por grandes ciudades: Venecia, Génova, Florencia, Milán, Barcelona, Sevilla, Argel, Nápoles, Constantinopla, El Cairo. Estas tres últimas estaban superpobladas: se decía que Constantinopla tenía una población de 700.000 habitantes, es decir, el doble del tamaño de París y cuatro veces el tamaño de Venecia. Y a esta lista habría que añadir la gran cantidad de pueblos menores que, sin embargo, participaban en los intercambios internacionales, jugando un papel más importante de lo que sugería el tamaño de su población.¹²

En esta franja más poblada de ciudades costeras, el poder político se concentraba en manos de nobles, funcionarios estatales y grandes comerciantes, patricios o de otro tipo. Los gremios o la producción artesanal estaban organizados en función de jerarquías de edad y predominaban las relaciones maestro-sirviente en la mayoría de los talleres; las calles bullían con la actividad del pequeño comercio y con los productos de los escaparates, los talleres, los tenderos y otros negocios.

La trashumancia y los movimientos de la población pusieron en contacto poblaciones lejanas y de extrañas costumbres con las ciudades portuarias de la cuenca mediterránea en ciclos estacionales para el pastoreo del ganado. Los pueblos y ciudades de montaña proporcionaron una fuente de población excedente para los ciclos urbanos de auge y

¹² Braudel, *The Mediterranean*, vol. 1..., p. 278.

crisis en el litoral. En los pueblos de montaña, «no había una densa red urbana, por lo que no había administración, ni centro comercial en el sentido estricto de la palabra, ni gendarmes», escribe Braudel. «Los montes eran el refugio de la libertad, la democracia y las “repúblicas” campesinas». ¹³ Humanos y animales vivían bajo el mismo techo en cabañas campesinas de adobe; las bocas sobrantes fueron expulsadas a las ciudades. Los excedentes de población del interior a menudo componían la mano de obra de los puertos y de los galeones utilizados para la circulación de mercancías y, cuando era necesario, eran reclutados para formar ejércitos mercenarios para los príncipes. Los montañeses recién llegados eran objeto de sospecha, de temor y de burla en las ciudades costeras por sus extrañas costumbres y su vestimenta. ¹⁴

En los puertos comerciales a lo largo de las rutas costeras, que conectaban las ciudades ortodoxas, católicas y moras de la cuenca con las ciudades del norte de Europa, la cultura era necesariamente sincrética. El trabajo marítimo era una especie de mezcla internacional; los marineros tenían una gran demanda y no eran leales a ninguna ciudad en particular. Braudel relata cómo funcionaba la densa red urbana del Mediterráneo para sustentar el mundo del tráfico marítimo; una ciudad grande, disciplinada e imperial era «indispensable con sus suministros de mástiles, telas para velas, aparejos, brea, cuerdas y capital; una ciudad con sus comerciantes, oficinas de transporte, agentes de seguros y todos los demás servicios que un centro urbano puede ofrecer». ¹⁵ Pero estas fuerzas de disciplina estaban limitadas, dado que la fuerza de trabajo especializada de los marineros tenía mucha movilidad, como comenta Braudel:

El atractivo de las grandes ciudades se entiende mejor cuando se observa que los marineros del Mediterráneo siempre han sido personas nómadas dispuestas a emigrar. En 1461, el Senado veneciano expresó su preocupación por la escasez de tripulantes y grumetes y pidió detalles: los marineros «van a Pisa [...] donde están bien pagados [...] para nuestra pérdida, y para ganancia de otros». Muchos de estos marineros se marcharon porque tenían deudas que pagar o fuertes multas impuestas

¹³ *Ibíd.*, p. 40.

¹⁴ *Ibíd.*, pp. 45-48.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 146.

por los *Cinque Savii* o el *Signor de nocte*, la policía nocturna de Venecia. Como resultado de una disputa judicial en 1526, se conservan las notas de la nave *Santa María de Begoña*, que navegó por el Atlántico, permaneció un tiempo en Cádiz, y recaló en Lisboa y la isla de Santo Tomé antes de llegar a Santo Domingo con su cargamento de esclavos negros. Esto nos lleva fuera de las aguas del Mediterráneo, pero entre los *marineros* y *grumetes*¹⁶ a bordo se encontraban marineros de Lipari, Sicilia, Mallorca, Génova, Savona, algunos griegos y un hombre de Toulon, una verdadera cita para aventureros. En La Haya en 1532 hubo quejas similares de que los marineros, «siempre listos para partir», estaban dejando Holanda y Zelanda para irse a Lübeck. En 1604, un grupo de marineros venecianos, «que ya no podían vivir en los barcos de la Signoria debido a los bajos salarios», huyó a Florencia y, sin dudar, a Livorno. Estos eran hechos cotidianos de menor importancia, pero cuando las circunstancias echaban una mano, podían convertirse en indicadores de un cambio a gran escala.¹⁷

Para nuestros propósitos, estos detalles de la vida cotidiana de los marineros del Mediterráneo son indicadores de una transformación a gran escala de la sexualidad humana provocada por una vida transitoria en el mar. Braudel encuentra un documento en los archivos del Senado veneciano que sugiere que la represión de la ciudad contra la sodomía y otros cargos morales podría haber ahuyentado a los marineros y grumetes más capacitados hacia ciudades más acogedoras.

Los marineros eran una población multiétnica, multicultural e itinerante capaz de trasladarse de un puerto a otro según las condiciones se volvieran más o menos favorables, y según se volvieran más o menos duras las represiones morales.

Las ciudades árabes musulmanas de los siglos XI al XV muestran patrones sociales y económicos similares a los de las ciudades del norte de Italia en las que nos hemos centrado hasta ahora. Hasta que los holandeses comenzaron a abrir la ruta del comercio de especias por el Cabo de Buena Esperanza a mediados del siglo XVII, las especias aún pasaban por El Cairo, la seda se traía por tierra a través de una red de ciudades que partían de Irán y, desde Yemen, El Cairo importaba café que luego se mercadeaba en todo el mundo mediterráneo; las ciudades

¹⁶ En castellano en el original. [N. del T.]

¹⁷ Braudel utiliza nombres coloquiales para los *Ufficiali di Notte* en *The Mediterranean*, vol. 1..., p. 146

del Magreb eran el punto central del comercio de oro, marfil y esclavos de más allá del Sahara. La riqueza de esta inmensa red comercial fluyó en parte hacia las arcas del ejército y la burocracia estatal y en parte hacia comerciantes, fabricantes y banqueros. Las ciudades se gobernaban a través de una asociación entre los grandes comerciantes y los ulemas superiores. Debajo del edificio estatal de los palacios, los cuarteles y la élite mercantil se encontraba un estrato medio de tenderos y de diversos comerciantes que producían bienes para el mercado local (textiles, cerámica, artículos de cuero, trabajos en metal) y bienes de mayor calidad como textiles de lujo para un mercado más amplio.



Imagen 3.1. Antonio Vassilacchi, *Conquista de Tiro*, c. 1590, óleo sobre lienzo. Palacio Ducal, Venecia.

Más allá de este estrato de ocupaciones fijas había un amplio mundo de trabajo informal, ocasional e itinerante.¹⁸ Al igual que en las ciudades del norte de Italia, las mujeres desempeñaban solo un papel limitado en la vida económica pública de los mercados y del comercio en las ciudades otomanas; para las mujeres, llevar una vida pública reflejaba la pertenencia a familias pobres.¹⁹ Mientras que el poder español y veneciano estaba en declive en el siglo XVIII, el crecimiento continuo de su población permitió al Imperio Otomano aumentar el tamaño de sus ejércitos y de su armada.²⁰

La esclavitud siguió existiendo mucho después de la Antigüedad en el mundo mediterráneo en general, y en las ciudades islámicas y moras en particular. Es bien conocida la preferencia de las élites mamelucas de Egipto y Siria por los chicos no musulmanes, los turcos y los cristianos. Los mamelucos compraban chicos como esclavos, con preferencia por los bellos y los fuertes, los convertían al Islam, los formaban como soldados y los incorporaban a la élite gobernante. Las relaciones sexuales entre hombres y chicos, y entre chicos, eran una parte normal e inevitable de esta maquinaria estatal basada en alojar a los sujetos en barracones separados por sexo, apartados de sus familias.²¹ La alabanza poética y la sátira del amor de los chicos de la élite entraba y salía de la moda cortesana y literaria, según los gustos, pero las inclinaciones políticas y sociales hacia la pederastia seguían más o menos inalteradas cuando los mamelucos fueron disueltos e incorporados al Imperio Otomano.²²

Aunque las prácticas sexuales de la mayoría de la población, es decir, de las clases pobres y trabajadoras, durante este periodo son difíciles de

¹⁸ Albert Habib Hourani, *A History of the Arab Peoples*, Cambridge (MA), Belknap Press of Harvard University Press, 2002, pp. 111-131.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 119-120.

²⁰ *Ibidem*, pp. 259-260.

²¹ Everett K. Rowson, «Homoerotic Liaisons among the Mamluk Elite in Late Medieval Egypt and Syria» en Kathryn Babayan y Afsaneh Najmabadi (eds.), *Islamicate Sexualities: Translations across Temporal Geographies of Desire*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2008, pp. 204-230.

²² Khaled El-Rouayheb, *Before Homosexuality in the Arab-Islamic World, 1500-1800*, Chicago, University of Chicago Press, 2005; Stephen O. Murray, «Homosexuality among Slave Elites in Ottoman Turkey» en Will Roscoe y Stephen O. Murray (eds.), *Islamic Homosexualities: Culture, History, and Literature*, Nueva York, New York University Press, 1997, pp. 174-186.

identificar, las anécdotas de los viajeros contemporáneos proporcionan evidencias de que las relaciones sexuales entre hombres estructuradas por jerarquías de edad y estatus eran tan familiares para la sociedad otomana como lo eran en otras partes del Mediterráneo.

Las investigaciones futuras en los archivos de estas ciudades quizá puedan descubrir nuevas evidencias significativas. Podemos ver el ejemplo del Imperio Otomano en su apogeo durante el reinado de Suleimán «el Magnífico», quien gobernó desde 1520 hasta 1566: como parte de sus muchas reformas legales, el código relacionado con el comportamiento sexual se modificó para permitir escalas móviles progresivas de sanciones y para eliminar el látigo, una transformación sorprendentemente similar a la adoptada en Florencia. Tal vez investigaciones futuras en los archivos de las ciudades árabes musulmanas del Mediterráneo aporten registros sobre las tasas reales o los detalles de las condenas bajo estas nuevas leyes. Debido a que el Corán no se refiere explícitamente a estos delitos como una forma de *zina* o fornicación, la jurisprudencia islámica contiene un marco poco claro sobre el castigo de las relaciones sexuales entre hombres y entre hombres y chicos, delitos denominados en árabe como *liwat* o *amal qaum lut* (los actos del pueblo de Lot); los castigos, sin embargo, parecen haber sido impuestos por costumbre por las autoridades locales. Aunque es considerado como algo abominable en los comentarios jurídicos, el sexo entre hombres fue objeto de acalorados debates en todas las facultades de derecho.²³

La famosa obra de reforma legal de Suleimán, el *Kanun-i Osmani*, publicada entre 1534 y 1545, comienza con un capítulo sobre la fornicación, proponiendo una escala móvil de multas como castigo para los hombres declarados culpables de zina homosexual o heterosexual, castigo para los menores que aceptaban a un pederasta, y una multa a los padres.²⁴ Los cabezas de familia (ministros, grandes visires, gobernadores provinciales, comandantes del ejército y funcionarios de alto nivel del palacio imperial) fueron en gran parte responsables de la promulgación del *kanun*. Teniendo en cuenta lo habitual que era la pederastia entre este grupo de élite, es probable que las reformas de Suleimán aportaran

²³ Dror Ze'evi, «Changes in Legal-Sexual Discourses: Sex Crimes in the Ottoman Empire», *Continuity and Change*, vol. 16, núm. 2, 2001, p. 226.

²⁴ *Ibíd.*, p. 228, cuadro 3.

un mayor poder regulador sobre la homosexualidad de las poblaciones más pobres del Imperio Otomano, tal y como sucedió en Florencia.²⁵

¿Qué indica la perspectiva anterior sobre los fundamentos geográficos y político-económicos de la sexualidad mediterránea acerca de una visión más amplia de las civilizaciones humanas en la región? Desde el redescubrimiento de la antigua Grecia por parte de Occidente, la modernidad se ha definido a sí misma como algo radicalmente diferente de la Antigüedad, pero las imágenes que tenemos de estas antiguas civilizaciones han ganado complejidad y profundidad con los grandes avances en arqueología y filología. El proyecto humanista inaugurado por el Renacimiento ha conducido a una visión histórica plural de las sociedades y las civilizaciones humanas. ¿De qué nos sirven los antiguos griegos ahora?

El redescubrimiento del amor entre personas del mismo sexo en los clásicos de la literatura griega desempeñó un papel central y muy influyente en la transformación de la visión cristiana de esta práctica. Durante la mayor parte de esta historia de «redescubrimiento», solo un estrecho substrato de las élites tenía acceso a estos textos en sus traducciones, y aún menos tenían capacidad de leer y acceder a ellos en su idioma original. No fue hasta mediados o finales del siglo XIX cuando el nivel general de la educación hizo que estos «clásicos» fueran accesibles a una audiencia popular más amplia de lectores de clase media. A pesar de esta circulación limitada, el comentario y la discusión de las diferentes costumbres sexuales de la Atenas de los siglos VII y VI y de la antigua Roma sirvieron entonces como el único indicador, además de los relatos antropológicos, de un mundo en el que la sexualidad entre personas del mismo sexo no solo era tolerada, sino que tal vez incluso se celebraba como la base de las ciudades y las repúblicas. Más recientemente, estos textos antiguos han servido como argumentos para las reivindicaciones del movimiento contemporáneo por los derechos LGTB por una igualdad política nominal y para el acceso a instituciones estatales particulares. Estas apropiaciones generalizadas de la antigua Grecia con fines políticos han eliminado gran parte de lo que es históricamente particular sobre la sexualidad entre personas del mismo sexo

²⁵ *Ibidem*, pp. 233-234; que yo sepa, no existe ningún estudio detallado de registros sobre persecuciones de una homosexualidad real bajo el Imperio Otomano.

en el mundo antiguo y han buscado silenciar la discusión sobre lo que es éticamente incómodo, como el amor de los adolescentes. Gran parte de la teoría queer y del feminismo han apoyado, al menos implícitamente, esta censura de la sexualidad entre personas del mismo sexo del mundo antiguo al adoptar la opinión de que la pederastia era, de forma universal, un abuso sexual para el chico.

Como indica el debate anterior, este es un tema política y éticamente difícil. No es necesario que nos detengamos aquí en estos dilemas, ya que a continuación planteo un argumento de por qué la sexualidad entre personas del mismo sexo de la Atenas de los siglos VII y VI está relacionada con una visión de *longue durée* sobre la sexualidad europea. Esto explica (1) el origen y la persistencia de una sexualidad entre personas del mismo sexo estructurada por relaciones socioeconómicas de dependencia, o relaciones maestro-sirviente; (2) el origen y la persistencia de una sexualidad entre personas del mismo sexo estructurada por instituciones marciales para hacer la guerra, primero entre una élite aristocrática y luego entre ejércitos semi-populares; y (3) las causas, los motivos y los efectos demográficos de la sexualidad entre personas del mismo sexo en un mundo mediterráneo con escasos recursos.

Las transformaciones que siguieron a las invasiones dorias analizadas en el capítulo anterior tuvieron profundos efectos en la sociedad griega. Grecia encontró una nueva función para el dinero, más allá de su papel previamente sagrado, en la recaudación de impuestos y deudas. Una vez integrado dentro de un régimen de donación, sacrificio y redistribución, el dinero se convirtió en un medio para separar los órdenes político y económico con una institución aparentemente neutral para la circulación de valores. Podría utilizarse para desactivar el conflicto de clases por medio de la deuda, para pagar salarios en la producción artesanal y para financiar la guerra y la expansión colonial.

Comenzando en los siglos VI y VII a. C., las relaciones de producción y la forma de la familia patriarcal de inicios del mundo mediterráneo moderno contribuyeron a la homosexualidad casi universal de sus hombres.²⁶ Aunque muchos arqueólogos datan ahora la producción artesanal especializada para el comercio en la Edad del Bronce media y

²⁶ Scanlon, «The Dispersion of Pederasty and the Athletic Revolution in Sixth-Century B.C. Greece...», pp. 62-84.

tardía, no cabe duda de que el descubrimiento del hierro transformó la producción artesanal. Esta forma de trabajo, basada en el aprendizaje y en las relaciones de dependencia, persistió durante mucho tiempo en el desarrollo del capitalismo industrial. Los artesanos y los sirvientes de diverso tipo formaban la mayoría de la población trabajadora de las ciudades durante el periodo moderno temprano. Los historiadores coinciden en que cerca del 20 por ciento de la población vivía en condiciones de extrema pobreza. Los gremios y los sistemas de aprendizaje crearon patrones demográficos de matrimonio tardío. El modo de producción era, de este modo, directamente responsable de la pederastia.²⁷ La segregación sexual de los espacios públicos y privados y la estrecha vigilancia de la virginidad de las mujeres hacían de la pederastia y de la prostitución la única salida sexual para los jóvenes trabajadores que no tenían propiedades y que ya no eran necesarios para la producción agrícola.

Las relaciones maestro-sirviente estaban, por así decir, integradas en la tecnología de los medios para hacer circular los bienes y para librar guerras. La arquitectura del buque mercante y del buque de guerra —esencialmente, una galera propulsada por remos, con una gran vela cuadrada montada en un solo mástil— se mantuvo sin cambios durante casi tres milenios en el Mediterráneo, desde los barcos mercantes del imperio fenicio del 1000 a. C. (que a su vez se inspiraron en las galeras de guerra egipcias) hasta los barcos mercantes de Venecia y Florencia del 1700. Esta tecnología se adaptó al cabotaje, o navegación costera, lo que explica en parte la necesidad de esclavos: el comercio mediterráneo fue impulsado por la fuerza de trabajo humana en lugar de por el viento. A nivel mundial, hacia el año 1000, la vela había desplazado al remo como principal medio de propulsión de los barcos en todas partes excepto en el Mediterráneo. La navegación colocó a hombres de todas las edades y de muchas culturas y tradiciones religiosas en procesos de trabajo cercanos, altamente cooperativos y en su mayoría segregados por sexo. Las relaciones sexuales entre personas del mismo sexo y los lazos de fraternidad y amor eran tan inevitables en esos entornos como lo son en las cárceles de hoy en día. En cuanto a la sexualidad entre personas del mismo sexo de las culturas guerreras mediterráneas y las

²⁷ Percy, «Reconsiderations about Greek Homosexualities...», pp. 13-61.

posibles motivaciones demográficas para la pederastia institucionalizada, es esclarecedor volver a leer la explicación que hace Aristóteles sobre este tema en *La Política*.

La explicación de Aristóteles sobre los orígenes micénicos de la homosexualidad institucionalizada, y su asociación con las relaciones de propiedad comunal en Esparta y Creta, llama la atención por ser un relato plausible, aunque en última instancia no verificable, de los orígenes del culto griego a la masculinidad y el homoerotismo. No obstante, Aristóteles y Platón consideraban la sexualidad de sus sociedades como algo central en el proyecto de evaluar la forma política adecuada para una forma de gobierno.

Hablando en términos generales, el desacuerdo de Aristóteles con el plan de Platón para el comunismo en *La República* gira en torno a una antinomia en la que «la casa y la ciudad deben ser unitarias en cierto sentido, pero no totalmente. Progresando en esta tendencia, en efecto, puede dejar de ser ciudad, o podrá serlo, pero una ciudad que casi no lo es, una ciudad de rango inferior, como si se hiciese de la sinfonía una homofonía, o del ritmo un solo pie».²⁸ Algo central para la fusión de una casa grande y el Estado en *La República* de Platón es el argumento de Sócrates a favor de una comunidad de esposas e hijos/as. Aristóteles no presenta ningún argumento moral propio, sino que simplemente indica que los lazos de amor entre una organización política así ordenada serían débiles, en tanto debilitarían los significados de los nombres propios. Aristóteles indica la contradicción central del esquema sexual de Platón: su ideal de una familia comunal está en desacuerdo con todas las costumbres del amor y la sexualidad, mientras asume que estas mismas costumbres de interacción humana y comunidad son la base de su ciudad:

Además, para los organizadores de esa comunidad no es fácil prevenir los inconvenientes, tales como agravios, homicidios involuntarios o voluntarios, peleas y ultrajes, faltas que son algo mucho más impío contra los padres y madres y los que son parientes próximos que contra los extraños. Incluso es forzoso que ocurran con más frecuencia si no se conocen que si se conocen; además entre quienes se conocen pueden darse las expiaciones acostumbradas, y entre los otros

²⁸ Aristóteles, *Politics*, 1263b.

no. Es también absurdo que, habiendo establecido la comunidad [κοινοὺς, *koinous*] de hijos [υἱοὺς, *huious*], suprima solo la cohabitación²⁹ [συνεῖναι, *suneinai*] de los amantes [ἐρώντων, *eronton*], y no prohíba el amor erótico [ἐρᾶν, *eran*] ni los demás tratos [χρήσεις, *chresis*] que, entre padres e hijos y entre hermanos, son el colmo de la indecencia, puesto que ya lo es el mismo hecho de su amor erótico [ἐρᾶν, *eran*]. Es también absurdo prohibir la cohabitación [συνεῖναι, *suneinai*] entre ellos por la única causa de que el placer [ἡδονῆς, *hedones*] resultante es excesivamente violento [ἰσχυρᾶς, *ischuras*], pues el que sea padre e hijo, o entre hermanos, no lo considera en nada importante.³⁰

El problema con *La República* de Platón, según Aristóteles, es que concibe la educación de manera demasiado estrecha, sin considerar la importancia pedagógica de las leyes y las costumbres; además de esta anarquía sexual, Platón imagina una unidad en el Estado que se basa en subdivisiones racistas de su población en castas:

Pues no se podrá hacer la ciudad [de Platón] sin dividir y separar a los ciudadanos, ya para las comidas en común, ya en fraternías y tribus. De modo que de lo legislado no resultará ninguna otra cosa excepto que los guardianes no cultiven la tierra. Lo cual intentan también ahora implantar los lacedemonios.³¹

Las relaciones de dominio, en otras palabras, producen políticas inestables, según Aristóteles, quien aparentemente rechaza la necesidad de Platón de que haya una mentira noble.³² A diferencia del perspicaz comentario de Marx en *El Capital*, vol. 1—Aristóteles no pudo encontrar una forma de equivalencia entre una casa y cinco camas porque el trabajo en su sociedad lo realizaban esclavos—, estos pasajes indican una conciencia de las monstruosidades político-económicas que genera una sociedad organizada en torno al trabajo esclavo.

²⁹ La versión inglesa que utiliza Chitty traduce συνεῖναι, *suneinai* como *sexual intercourse*, «relaciones sexuales»; la traducción española canónica de Gredos, de Manuela García Valdés, que utilizamos aquí, lo traduce por «cohabitación». [N. del T.]

³⁰ Aristóteles, *Politics*, 1262a1-39, traducción adaptada.

³¹ *Ibidem*, 1264a.

³² *Ibidem*, 1269a-b.

Aristóteles extrae las implicaciones político-económicas de la sexualidad de las culturas guerreras, argumentando que «todos los hombres de espíritu marcial parecen sentirse atraídos por la compañía de asociados masculinos o femeninos», tendiendo a producir acuerdos homosexuales institucionalizados o cultos a la familia no regulados por las leyes de la ciudad; aquellos que se sienten atraídos por las mujeres, argumenta, terminan estableciendo un estado en el que «la riqueza es un honor», ya que las mujeres permanecen más allá de las leyes de la ciudad y «viven sin restricciones con respecto a todo tipo de libertinaje, y lujosamente». ³³ Aunque Esparta a veces se asocia con la forma política anterior de homosexualidad institucionalizada, Aristóteles sostiene que el culto familiar no regulado en Esparta determinó su impulso hacia la guerra y produjo una política inestable. A pesar de su culto al erotismo entre personas del mismo sexo, Atenas también reflejaba una forma mixta de homosexualidad institucionalizada y cultos familiares no regulados. En todos los casos, la sanción oficial del culto a la familia, al excluir a las mujeres de la ciudadanía y de la participación en la vida cívica, terminó por producir sociedades clasistas, atravesadas por facciones políticas, organizadas para defender sus intereses frente a los demás. ³⁴

Aunque marginal en la economía política de la mayoría de las ciudades-Estado griegas, el erotismo entre personas del mismo sexo institucionalizado no estuvo libre de las distorsiones producidas por los extremos de riqueza y pobreza, virtud y vicio. Antes de analizar el papel que jugaron los delitos sexuales en la caída de las ciudades y las constituciones, ³⁵ Aristóteles analiza cómo la geografía, la clase y los ultrajes morales forman los mayores teatros para el juego de las facciones políticas, cuyas causas son a menudo «pequeños asuntos», y cita el ejemplo de Siracusa:

El régimen cambió a causa de dos jovencitos del cuerpo de magistrados, por una cuestión amorosa. Mientras uno estaba ausente, un compañero suyo conquistó al amado del primero, y este, irritado a su vez contra su compañero, persuadió a la mujer de este para que se fuera

³³ *Ibíd.*, 1269b.

³⁴ *Ibíd.*, 1269b21.

³⁵ Este debate fue abordado anteriormente en mi lectura de Maquiavelo.

con él. A partir de lo cual, granjeándose el apoyo de los que estaban en el gobierno, llevaron la lucha de todos contra todos.³⁶

En estos pasajes, Aristóteles vincula el impulso de acumular riqueza a través de la conquista a un culto guerrero de la familia en el que los caprichos y deseos femeninos no están restringidos por las leyes de la ciudad porque están apartadas de sus espacios y sujetas solo a las costumbres de los hogares, que dependían de la voluntad del amo. Como vemos en el pasaje anterior, la cultura griega del erotismo entre personas del mismo sexo dentro de la nobleza también fue responsable de iniciar guerras internas. Este no es un argumento misógino o esencializante sobre la naturaleza de la mujer, o un argumento fóbico sobre la pasión entre personas del mismo sexo, como puede parecer a primera vista; más bien, el argumento de Aristóteles es que la separación de las mujeres de la vida pública y de las instituciones públicas produce horribles distorsiones de los deseos masculinos y femeninos y que el culto familiar resultante consagra la riqueza como el valor supremo de las familias.

Aristóteles ubica los intentos de Esparta de fundar una forma de gobierno más comunista y de institucionalizar la pederastía en la cultura micénica de Creta y su cultura de comedores públicos. «En tiempos antiguos, los laconios los llamaban no *fidítia*, sino *ándria* [de hombres] como los cretenses, lo que prueba que esta institución vino de Creta».³⁷ Los comedores públicos cretenses eran superiores a los de Esparta, argumenta Aristóteles, porque Creta alimentaba a todos los ciudadanos con comida de las tierras comunales, mientras que Esparta excluía a los pobres de participar en la comida comunal con un impuesto:

Respecto de la moderación de la comida que consideraba beneficiosa, el legislador se dedicó a idear medios; y para la separación de las mujeres, para que no tengan muchos hijos, permitió las relaciones entre los varones [τὴν πρὸς τοῦς ἄρρενας ποιήσας ὁμιλίαν], acerca de las cuales, si son malas o no lo son, habrá otra oportunidad de examinarlo.³⁸

³⁶ Aristóteles, *Politics*, 1303b20-25.

³⁷ *Ibidem*, 1272a1-2.

³⁸ *Ibidem*, 1272a.

En cuanto a la bondad y la maldad de esto, Aristóteles nunca pronuncia un juicio en *La Política*; el Sócrates de Platón, por el contrario, permanece un tanto cauteloso y, a veces, aterrorizado por el sexo anal en *La República* y *El Banquete*, y respalda leyes contra la sodomía en *Las Leyes*. Sin embargo, el término de Aristóteles, «relaciones sexuales varoniles [ἄρρενας ὁμιλίαν]», a pesar de ser bastante extraño, puede ser el primer intento científico social de describir el fenómeno. A diferencia del término preferido de Aristóteles para tales «asociaciones»—*suneinai* (συνεῖναι), un término utilizado en *La Política*—, su elección de las palabras indica aquí parentesco, una forma de estar juntos, comunión, una relación privada y pública además del sentido de la relación sexual física. La palabra, que aparece con poca frecuencia en *La Política*, se usa en otros lugares para describir un modo habitual de conducta sexual.³⁹

Aunque verificar la afirmación de Aristóteles (ubicar la homosexualidad institucionalizada en Creta y en el intento de Esparta de replicarla) está más allá del alcance de este proyecto, vale la pena señalar, de paso, que la investigación arqueológica ha logrado cierto consenso con respecto de la organización político-económica comunal de la civilización micénica. Al igual que la civilización mesopotámica del segundo y tercer milenio a. C. y el imperio inca precolombino, la economía de los reinos micénicos de finales de la Edad del Bronce era principalmente una economía sin mercado ni dinero en la que los bienes se obtenían en gran medida a través de impuestos y tributos de las tierras circundantes por una élite gobernante, con una producción artesanal a gran escala organizada en talleres controlados por el Estado. De hecho, los excedentes se compartían con la población en fiestas comunales, lo que corrobora el argumento de Aristóteles sobre la función estabilizadora de las comidas comunales.⁴⁰ En las civilizaciones mesopotámica e inca, la producción de artesanía controlada por el Estado acostumbraba a

³⁹ El otro uso de la palabra en *La Política* hace referencia a las relaciones sexuales entre hombres y mujeres, en el sentido de un «modo de conducta» en las «relaciones sexuales» o un «modo de matarse mutuamente de forma sexual». *Ibidem*, 1260b10.

⁴⁰ J. T. Killen, «Thebes Sealings, Knossos Tablets, and Mycenaean State Banquets», *Bulletin of the Institute of Classical Studies*, vol. 39, núm. 1, 1994, pp. 67-84; William A. Parkinson, Dimitri Nakassis, y Michael Galaty, «Crafts, Specialists, and Markets in Mycenaean Greece: Introduction», *American Journal of Archaeology*, núm. 117, 2013, pp. 413-422.

emplear poblaciones excedentes: viudas, personas con discapacidad y personas sexualmente improductivas, entre otras. Esta evidencia ciertamente fragmentaria podría ser utilizada para apoyar la idea de que esta forma político-económica acostumbraba a favorecer las culturas de sexualidad no reproductiva, entre personas del mismo sexo. Desafortunadamente, el trabajo de una descripción histórica mundial comparada de la dinámica entre las culturas sexuales y las formas político-económicas está en una fase temprana.

*

El mundo mediterráneo bajo la hegemonía del norte de Italia era un mundo en transición cuya geografía, clima y ritmos de trabajo permitían cierto tipo de vida pública que tendía a ser abrumadoramente masculina. Estos factores se mantuvieron constantes durante la *longue durée* de la historia de la cuenca mediterránea y, al menos parcialmente, explican el erotismo entre personas del mismo sexo del mundo mediterráneo. Las calles estaban más concurridas durante el tiempo entre el final de la jornada laboral y la puesta del sol. La unidad del clima en una amplia región estableció patrones de trabajo estacional. Los largos y calurosos veranos requerían ropa que facilitaba los encuentros sexuales entre hombres en tierra y en el mar. Las calles, los mercados y las plazas eran espacios de libre asociación entre los hombres. Eran «libres» en un doble sentido, en el sentido de que tales espacios representaban tiempo fuera del trabajo, pero también tiempo libre tanto del control del maestro en el taller como de las estructuras familiares del hogar. En el norte de África, como en las ciudades del norte del Mediterráneo, los cafés y los baños eran los centros de la vida homosocial de los pueblos y ciudades. Las culturas mediterráneas de baños públicos proporcionaron no solo un espacio entre personas del mismo sexo que facilitaba los encuentros eróticos, sino también las condiciones higiénicas necesarias para un cuerpo sexualmente libre.

Por un lado, las libertades sexuales de esta forma de vida estaban restringidas por las relaciones de dominio esenciales para el funcionamiento de estas economías, que se basaban en la dominación directa en la producción artesanal y en la mayoría de los demás oficios

especializados, así como en la propiedad cuasi-feudal de la tierra. Por otro lado, se abrieron nuevas y amplias perspectivas de libertad sexual a medida que se disolvían las viejas relaciones basadas en la dominación y un modelo de producción campesina centrado en la familia. Estas limitaciones y libertades sexuales preburguesas y preindustriales son más claras en las ciudades mediterráneas de la Edad Moderna porque están más alejadas de nosotros en el tiempo y sus sociedades aparecen con mayor contraste que las del periodo en el que los avances en los modos de producción favorecieron a las grandes clases medias de las ciudades. Esta perspectiva de una sexualidad mediterránea «de comienzos de la era moderna» quizás ilumine algunas continuidades y discontinuidades con las civilizaciones antiguas de la región. ¿Cómo explicar el eclipse de este mundo mediterráneo?

Además de la historia político-económica de una reubicación a gran escala del capital y el poder hacia el norte y de un periodo de guerra que agotó la riqueza de la región, puede haber una explicación geográfica para su final en el siglo XV: el descubrimiento del Nuevo Mundo y el brote de la sífilis. Este evento geográfico humano amenaza con explotar fuera del *continuum* del tiempo homogéneo. Cuando señala que la sífilis «es ignorada por los Oficiales de la Noche», Burton evalúa la dificultad de analizar la temporalidad de la enfermedad epidémica:

Las enfermedades comienzan en los albores de la humanidad; y su historia, hasta donde sabemos, es bastante simple. Son al principio esporádicas y comparativamente no letales: en ciertas épocas que podemos determinar, y por razones que aún no conocemos, estallan en epidemias que se extienden con una violencia espantosa: luego entran en un estado endémico y finalmente regresan a una forma esporádica más leve. Por ejemplo, el «cólera inglés» era conocido desde hacía mucho tiempo: en 1831 (26 de octubre) la variante asiática ocupó su lugar y ahora, después de varias epidemias violentas, la enfermedad se ha hecho endémica en la costa norte del Mediterráneo, especialmente en España e Italia. Así la viruela (Al-judrí, vol. i. 254) pasó de África central a Arabia en el año del nacimiento de Mahoma (570 d. C.) y de allí se extendió por el mundo civilizado, como epidemia, endémica y esporádica sucesivamente. La «viruela mayor» ha aparecido en huesos humanos de tumbas prehistóricas y Moisés parece mencionar la gonorrea (Levítico XV: 12). Además de las alusiones en Juvenal y Marcial, encontramos a Eusebio, quien relata que Galerio murió (302 d. C.)

de úlceras en los genitales y en otras partes de su cuerpo; y, aproximadamente un siglo después, el obispo Paladio registra que un héroe, después de una relación con una prostituta, cayó víctima de un absceso en el pene (¿chancro fagedénico?). En 1347 la famosa Juana de Nápoles fundó (æt. 23), en su ciudad de Aviñón, un burdel cuyos visitantes debían ser examinados médicamente, medida a la que Inglaterra (¿qué raro!) todavía se oponía. En sus *Statuts du Lieu-publicque d'Avignon*, núm. IV, menciona expresamente el *Mal vengut de paillardise*. Estas casas, dice Ricord, que estudió el tema desde 1832, eran habituales en Francia a partir del siglo XIII; y allí se conocían esporádicas enfermedades venéreas. Pero en los años 1493 y 1494 se desató una epidemia con alarmante intensidad en Barcelona, como se desprende del «Tractado llamado fructo de todos los Sanctos contra el mal serpentino, venido de la Isla española», del especialista Rodrigo Ruiz Días. En Santo Domingo la enfermedad era habitual, con los nombres de Hipas, Guaynaras y Taynastizas: de ahí la opinión en Europa de que surgía de la mezcla de sangre europea e «india». Algunos lo atribuyen a los gitanos que emigraron a Europa occidental en el siglo XV: otros a los moriscos expulsados de España. Pero la plaga obtuvo su nombre popular después del violento brote en Nápoles en 1493-1494, cuando Carlos VIII de Anjou, con un gran ejército de mercenarios, franceses, españoles y alemanes, atacaron a Fernando II. De ahí que se conociera como Mal de Nápoles y *Morbus Gallicus* —una gallica sigue siendo el término popular en tierras neolatinas— y la «enfermedad francesa» en Inglaterra. Ya en julio de 1496 Marin Sanuto (Diario i. 171) describe con detalles el «Mal Franzoso». La «sífilis» científica data del poema de Fracastori (1521 d. C.) en el que el pastor Sífilis es maldecido como Job, por insultar al dios del sol. Después de paralizar a un Papa (Sixto IV) y de matar a un Rey (Francisco I), la Grosse Vérole comenzó a disminuir su violencia, bajo los efectos del mercurio, se dice; y se volvió endémica, una etapa que todavía se muestra en Scherlievo, cerca de Fiume, donde la leyenda dice que lo trajo el ejército napoleónico. El «botón» de Alepo y otras pápulas también pertenecen aparentemente al mismo fenómeno. En otros lugares se asentó como algo esporádico y ahora parece estar desapareciendo mientras que la gonorrea va en aumento.⁴¹

La historia geográfica y social de la sífilis que escribe Burton se adelantó sorprendentemente a su tiempo y está ahora confirmada por estudios genéticos y de historia social.⁴² Su visión del brote epidémico de la

⁴¹ Burton, *Thousand and One Nights*, vol. I..., pp. 88-90.

⁴² Claude Quérel, *History of Syphilis*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press, 1990; K. N. Harper, M. K. Zuckerman, M. L. Harper, J. D. Kingston y G. J. Armelagos,

sífilis en Europa, debido a la guerra y a la conquista del Nuevo Mundo, reflejó el final del periodo de aislamiento geográfico de la enfermedad, que a su vez marcó el comienzo de costumbres sexuales más restrictivas.

Guillermo de Orange, o las capas bajas

Alrededor de 1730, cuando la bolsa de valores de Ámsterdam cambió su capital, pasando de invertir en el comercio en el Báltico a financiar con deuda las guerras de los estados mercantilistas por la hegemonía sobre el Atlántico, el custodio de la catedral de Utrecht se indignó por el comportamiento escandaloso y antinatural de los hombres que había observado a su alrededor, cerca de la torre de iglesia más alta de Países Bajos y centro simbólico de Utrecht. El buen párroco acusó a dos soldados que las autoridades de la ciudad habían detenido, torturado y ejecutado en secreto por lo que Immanuel Kant llamaría, a finales del siglo XVIII, *crimina carnis contra naturam*, o *commercium sexuelle* «con una persona del mismo sexo». ⁴³ Los términos del decano de la Ilustración reflejan un momento decisivo tanto para la transformación epistemológica de las categorías sexuales como para la transformación radical de los individuos y las sociedades por la dependencia general del mercado. ⁴⁴ Aunque quedan restos del paradigma medieval en la

«The Origin and Antiquity of Syphilis Revisited: An Appraisal of Old World Pre-Columbian Evidence for Treponemal Infection», *American Journal of Physical Anthropology*, vol. 146, núm. 53, 2011, pp. 99-133; B. M. Rothschild, «History of Syphilis», *Clinical Infectious Diseases*, vol. 40, núm. 10, 2005, pp. 1454-1463.

⁴³ En la parte 1, sección 24 de *Metafísica de la moral*, Kant establece una clara distinción entre *commercium sexuelle* natural y no natural, siendo este último «el sexo con una persona del mismo sexo o un animal de una especie distinta a la humana [...] vicios contra natura [*crimina carnis contra naturam*] que también son innombrables». Immanuel Kant, *Grounding for the Metaphysics of Morals*, trad. James Ellington, Cambridge (MA), Hackett, 1993, p. 87 [ed. cast.: *Fundamentación de la metafísica de las costumbres*, Barcelona, Espasa, 2016].

⁴⁴ Como dice Lukács, la mercancía «imprime su estructura a toda la conciencia del hombre; las propiedades y las facultades de la conciencia no solo pertenecen a la unidad orgánica de la persona, sino que aparecen como “cosas” que el hombre “posee” y “exterioriza” lo mismo que los objetos del mundo exterior. No hay, de conformidad con la naturaleza, ninguna forma de relación de los hombres entre sí, ninguna posibilidad para el hombre de hacer valer sus “propiedades” físicas y psicológicas, que no se someta, en proporción creciente, a esa forma de objetividad. Pensemos, por ejemplo, en el matrimonio, pues ya Kant [...] por ejemplo, expresó esta situación claramente y con la franqueza ingenuamente cínica de los grandes pensadores: “la comunidad sexual”, dice,

conceptualización de Kant —por ejemplo, la asociación del sexo entre personas del mismo sexo con el bestialismo— la forma de la mercancía ha transformado las coordenadas esenciales de la sexualidad humana.

Las ejecuciones secretas de Utrecht provocaron un tumulto en la ciudad que llegó a los periódicos ingleses. El 13 de junio de 1730, el *London Journal* publicó que «siete jóvenes» que habían sido procesados por sodomía semanas antes «fueron, después de la condena, públicamente ejecutados aquí, aunque si el dinero les hubiera sido de alguna utilidad, (lamento decirlo) tal vez ninguno hubiera querido conmutar el castigo». Los siete fueron ahorcados y, según el informe, dos fueron quemados y «los otros cinco fueron llevados a Scheveling y arrojados al mar».⁴⁵

Una semana después, circularon rumores en Ámsterdam sobre las ejecuciones secretas. El 17 de junio de 1730, el *Daily Journal* de Londres publicó «que se transportaron 16 ataúdes desde el ayuntamiento [de Ámsterdam], o Guildhall; y que se suponía que los ataúdes contenían los cuerpos de hombres que habían sido ejecutados en privado por sodomía, personas de las clases más adineradas; y esa mañana 29 personas, de clase baja, debían haber sido ejecutadas públicamente por el mismo crimen», todo lo cual provocó un gran tumulto; cuando «el populacho se levantó en armas y exigió públicamente la ejecución de los ricos y de los pobres (habiendo entonces alrededor de 300 personas de todas las clases en prisión en esa ciudad, acusados de ese crimen, y algunos de ellos de gran notoriedad e importancia), los magistrados se vieron obligados a pedir ayuda a La Haya para sofocar esta turba, que estaba muy enfadada; tras lo cual se enviaron 1.000 soldados en su ayuda».⁴⁶ Mientras los sodomitas acusados, de clase comerciante, huían de la ciudad a sus residencias en el campo «para convencer a la gente de que estaban libres de cualquier miedo o aprensión», según el informe estallaron disturbios en otras ciudades de las Provincias Unidas. «La

“es el uso que hace un ser humano de los órganos y de las facultades sexuales de otro ser humano [...] El matrimonio [...] es la unión de dos personas de sexo diferente con fines de posesión recíproca de sus propiedades sexuales durante toda su vida». Véase Lukács, *History of Class Consciousness*, Cambridge (MA), MIT Press, 1972, p. 100.

⁴⁵ Rictor Norton (ed.), «The Dutch Purge of Homosexuals» en *Homosexuality in Eighteenth-Century England: A Sourcebook*, actualizado el 28 de julio de 2019, <http://rictornorton.co.uk/eighteen>

⁴⁶ *Ibidem*.

misma Causa había ocasionado tumultos similares en La Haya, Rotterdam, etc.». «Hemos oído», concluye el informe, «que, con la esperanza de apaciguar a la gente, los magistrados han prometido que varias personas distinguidas serán ejecutadas públicamente mañana mismo; ese día un párroco será quemado vivo en Rotterdam». ⁴⁷ Un mes más tarde, un anónimo agregado diplomático holandés en Londres exigió que el gobierno británico obligara a los periódicos a retractarse, a saber, el *London Journal* y el *Daily Journal*, los cuales publicaron posteriormente declaraciones casi idénticas, afirmando «que este asunto había sido muy tergiversado y exagerado» y que los detalles de estas historias habían sido «calculados y diseñados para dar una mala impresión de los magistrados y de los buenos ciudadanos de las principales ciudades de Holanda». ⁴⁸

Aunque el número de ejecuciones en estos informes podría haber sido exagerado, y a pesar de las negaciones oficiales y las retractaciones impresas en los periódicos británicos, el alcance y la escala del problema holandés de la sodomía y la controversia de la injusticia de clase en las ciudades no lo fueron. Las confesiones de dos sodomitas anónimos llevaron al arresto e interrogatorio de Zacharias Wilsma, un exsoldado y ayuda de cámara, cuyas escapadas sexuales, viajes y confesiones descubrieron una densa red de conexiones sodomíticas, con nodos centrales en Ámsterdam, La Haya, Haarlem, Delft, y Utrech. El descubrimiento e investigación del Estado holandés de la red sexual de Wilsma condujeron a una serie de arrestos coordinados y sin precedentes en las Provincias Unidas de los Países Bajos.

Aunque las anécdotas históricas y las tendencias demográficas indican que las subculturas homosexuales probablemente existieron durante la Edad de Oro holandesa, no existe una represión municipal comparable contra los sodomitas. Los «libros de confesiones» secretos escondidos en el gabinete de un concejal del ayuntamiento revelan la existencia de un amplio entorno subcultural de homosexualidad con conocidos lugares de encuentro, estilos de vestimenta y jerga, prostitución informal y clubes sociales de clase media. Entre la confesión de Wilsma en 1730 y el establecimiento del Código Napoleónico que

⁴⁷ *Ibidem*.

⁴⁸ *Daily Journal*, 8 de julio de 1730.

despenalizó la sodomía en 1811, algo más de 200 hombres fueron juzgados por sodomía y delitos relacionados con esta: 115 hombres fueron condenados en ausencia al exilio, 16 murieron en el patíbulo, y de 28 hombres confinados en prisión, 12 murieron en sus celdas. En el conjunto de las Provincias Unidas, 94 casos de sodomía fueron castigados con la pena de muerte entre 1730 y 1732, lo que sugiere que los informes de ejecuciones secretas estaban lejos de ser exagerados.⁴⁹ En comparación, solo se ejecutaron 8 sentencias de muerte en toda Francia durante el siglo XVIII. Aunque existan algunos precedentes históricos del recurso a la pena capital, la persecución holandesa de la sodomía en la metrópoli en el siglo XVIII nunca fue sistemática y no representó una proporción significativa de los procesos penales en general. Sin embargo, la ola de procesamientos demuestra tanto los prejuicios de clase de estas investigaciones y castigos en las Provincias Unidas como la ambivalencia en el uso de la horca o la tendencia de estas ejecuciones públicas a encender las pasiones de la ciudad contra sus élites gobernantes.

El pequeño pueblo de Faan en la provincia nortea de Frisia, bordeado al norte y al oeste por los estuarios del Mar del Norte, había experimentado un largo periodo de estancamiento económico tras la caída del comercio del Mar del Norte y el declive de las industrias de corte de turba. Faan fue el lugar de «la más notoria de estas persecuciones», según el historiador Theo van der Meer: «El 24 de septiembre de 1731, veintidós chicos y hombres de este y de otros pueblos cercanos fueron ejecutados por el juez del país, Rudolf de Mepsche».⁵⁰ Demuestra la presencia de una emergente concepción metropolitana de la homosexualidad en las Provincias Unidas el hecho de que una ola coordinada de persecuciones homosexuales en las grandes ciudades se hubiera convertido en la preocupación de un *grietman* de las provincias. Dado que el poder militar y las actividades económicas holandesas habían proletariado a una proporción significativa de la mano de obra rural, el campo no fue inmune a las ondas expansivas económicas y al pánico hacia la sodomía que venía de Ámsterdam.

⁴⁹ Gert Hekma, «Amsterdam» en David Higgs (ed.), *Queer Sites: Gay Urban Histories since 1600*, Nueva York, Routledge, 1999, p. 65.

⁵⁰ Theo van der Meer, «The Persecutions of Sodomites in Eighteenth-Century Amsterdam: Changing Perceptions of Sodomy», *Journal of Homosexuality*, vol. 16, núm. 1-2, 1989, p. 263.

El juicio de cuatro jóvenes en Ámsterdam en 1689 proporciona un ejemplo temprano, y quizás mucho más revelador, del «problema» holandés de la homosexualidad, que frecuentemente se castigaba con leyes sobre vagabundeo. Una pandilla de veinteañeros merodeaba por el barrio de los alrededores de la Bolsa, intentando ligar con los hijos ricos de los comerciantes; estos les seguían el juego, lo que indicaba que estaban interesados en un encuentro erótico. Cuando estos hombres manifestaban su interés, los chicos les agarraban el paquete, exigiendo dinero y profiriendo amenazas. «Pasara lo que pasara allí», escribe el historiador Dirk Jaap Noordam, «la pandilla siempre le sacaba dinero al hombre». Si consideraban que lo que les pagaba era una suma insuficiente, los muchachos «lo seguían hasta su casa o a otro lugar donde pudieran obtener más dinero. La pandilla estaba formada por un número variable de jóvenes, porque a veces algunos de sus miembros partían de Ámsterdam bajo la bandera de la Compañía de las Indias Orientales. El jefe de la pandilla fue ahorcado, y los otros tres [...] fueron sentenciados a quedar recluidos en un correccional».⁵¹ Durante la década de 1720, otras pandillas de chicos agresivos iban de ligue por los baños públicos de la ciudad —estructuras de madera construidas en el siglo XVIII debajo de los muchos puentes de Ámsterdam— abordando a hombres de clase alta, mostrando aún mayor desprecio por la riqueza y el estatus que sus predecesores. «En 1735 finalmente fueron llevados a juicio y recibieron las mismas sentencias que la pandilla de 1689: el líder fue ahorcado, sus cómplices encerrados». Aparentemente, bandas de jóvenes similares surgieron en La Haya, recorriendo el parque arbolado del centro de la ciudad donde un tal Gabriel Du Bergé fue arrestado y sentenciado a muerte.⁵²

Aunque ninguno de estos hombres fue acusado de sodomía, sus historias indican que la persecución de la sodomía se llevó a cabo por un interés de clase y no por sentimientos religiosos. Los sodomitas condenados eran de clase baja, casi sin excepción. Aunque los lacayos implicaron a aristócratas y a patricios, pocos fueron arrestados o acusados. Algunos miembros de la clase media fueron acusados, pero la mayoría

⁵¹ Dirk Jaap Noordam, «Sodomy in the Dutch Republic, 1600-1725», *Journal of Homosexuality*, vol. 16, núms. 1-2, 1989, pp. 207-228.

⁵² Noordam, «Sodomy in the Dutch Republic...», pp. 214-215.

escapó con la ayuda de un abogado o huyó del país.⁵³ Al igual que en las ciudades-Estado del norte de Italia, la ola de persecuciones reflejó una crisis económica secular del capitalismo: una masa flotante de fuerza de trabajo excedente apareció junto al capital excedente en búsqueda de inversiones especulativas en el extranjero y en el país. El castigo de los sodomitas por parte de las clases dominantes holandesas en la década de 1730 se parecía más a los crueles espectáculos de Venecia que a la operación de contabilidad de los Oficiales de la Noche de Florencia, aunque parece haber incluido elementos de ambos. Los *regenten* holandeses persiguieron la sodomía para castigar a los pobres y ofrecer espectáculos de crueldad durante un periodo de declive económico y político.⁵⁴ Los espectáculos indican que algo del poder mítico de la sodomía se había asentado en el imaginario burgués. La sodomía destacaba sobre otros delitos; su presencia en el espacio público representaba una especie de retorno de lo reprimido, algo profundamente inmundo, un *excrementum* que solo se podía purgar con agua.

Los comerciantes gobernantes de Ámsterdam ejecutaban a los sodomitas por practicar sexo anal activo y pasivo, junto con otros criminales convictos, en un cadalso construido para la ocasión dos o tres veces al año, siempre en sábado. El andamio se fijaba a la fachada del ayuntamiento. Las ejecuciones eran presenciadas por grandes multitudes y las ceremonias de la horca duraban varios días. La sodomía se castigaba con mayor frecuencia con el garrote (estrangulamiento con una ligadura manual de cuerda o una bufanda), algo que en el Ámsterdam del siglo XVIII era, según el historiador Theo van der Meer, «un castigo típico para las mujeres»: «Los rostros de dos sodomitas sometidos al garrote en 1730 fueron quemados después de sus ejecuciones». Otros dos fueron ahogados dentro de un barril sobre el cadalso, lo que, según un compilador de una lista de personas ejecutadas en Ámsterdam, «sorprendentemente era una muerte más dura que el garrote. Mientras que en la quema se puede encontrar un remanente de purificación simbólica, el ahogamiento estaba destinado a lavar los pecados».⁵⁵

⁵³ Hekma, «Amsterdam...», p. 65.

⁵⁴ Arrighi, *The Long Twentieth Century...*, p. 145.

⁵⁵ Van der Meer, «The Persecutions of Sodomites...», p. 269.



Imagen 3.2. Lucas van Leyden, *Lot y sus hijas*, c. 1525, óleo sobre madera. Museo del Louvre, París.

Como en el resto de Europa, en Ámsterdam los cuerpos de los criminales ejecutados normalmente se exhibían en público en un campo de horcas, como ornamentos putrefactos del poder del Estado y como advertencias para criminales potenciales y extranjeros, para mostrar la fuerza de la ley en la ciudad. Sin embargo, el Edicto holandés del 21 de julio de 1730 estipulaba que los cadáveres de los sodomitas ejecutados fueran quemados o arrojados al mar. En Ámsterdam, «los sodomitas

ejecutados fueron arrojados a la parte más profunda del río IJ». ⁵⁶ Después de la ejecución, un bautismo final pretendía purgar simbólicamente a la ciudad protestante de su *helsche boosheit*, ⁵⁷ y el cuerpo del sodomita condenado era entregado al abismo. ⁵⁸

El aparato penal «reformado» de Ámsterdam, que empleaba a vagabundos, prostitutas, ladrones y a otras personas en telares y tornos, se estableció a finales del siglo XVI como una solución al problema del vagabundeo. La preocupación por el progreso moral de estos desafortunados motivó una forma más suave de castigo a través del encarcelamiento y el trabajo forzado. Las espectaculares ejecuciones de sodomitas por ahogamiento fueron, por el contrario, un legado de la Reforma protestante: después de 1578, Ámsterdam castigó las ofensas contra la familia y el orden sexual natural purgando el mal con agua.

El ahogamiento ritual y la entrega al abismo de los cuerpos de los sodomitas formaba parte de una geografía moral que asociaba el poder político con el dominio del agua, la recuperación de la tierra y la inmoralidad; las pérdidas de poder figuraban en los relatos de ahogamientos, naufragios y el olvido en las profundidades. ⁵⁹ El ahogamiento del sodomita era un signo de su carácter extranjero, de su falta de control sobre sus propios apetitos, de su culpabilidad moral. Entregar su cuerpo a las profundidades era una forma de exilio físico y espiritual. «Lo holandés», escribe Simon Schama en *The Embarrassment of Riches*, «a menudo se equiparaba con la transformación, bajo la guía divina, de una catástrofe en buena fortuna, de la debilidad en fuerza, del agua en tierra desecada, del barro en oro». Cuando explica la racionalidad de estos castigos, Schama escribe: «La prueba del agua como determinante de la autenticidad moral podría, dentro del mismo marco cultural, invertirse para aislar al claramente extranjero. Si un crimen era tan abominable que el mero hecho de cometerlo indicaba la imposibilidad de ser holandés, el autor podía ser castigado con un ahogamiento del que

⁵⁶ *Ibidem*, p. 270.

⁵⁷ En neerlandés, maldad infernal. [N. del T.]

⁵⁸ O «lascivia infernal», como diría el ministro local de la aldea rural de Faan en su panfleto homónimo de 1731; L. J. Boon, «Those Damned Sodomites: Public Images of Sodomy in the Eighteenth-Century Netherlands», *Journal of Homosexuality*, vol. 16, núms. 1-2, 1989, p. 244.

⁵⁹ Simon Schama, *The Embarrassment of Riches*, Nueva York, Vintage, 1997, p. 25.

no hubiera posibilidad de escape». ⁶⁰ La espectacular ejecución de los sodomitas en la ciudad recordaba a un imaginario político que surgió entre mediados del siglo XVI y mediados del siglo XVII en las Provincias Unidas, cuando los holandeses establecieron su identidad política basada en la independencia del imperio español y de la Iglesia Católica.

Las autoridades holandesas concibieron la sodomía como una práctica y un hábito que circulaba —como las mercancías o los contagios— entre los hombres. El sodomita era «corrupto, pero solo porque alguien más lo había corrompido al iniciarlo en las técnicas que él había aceptado voluntariamente. A su vez, podía transmitir esas técnicas a otros». ⁶¹ Cuando la ola holandesa de persecuciones alcanzó su punto máximo en julio de 1730, la homosexualidad recibió una gran publicidad. La poesía barata, los tratados teológicos, los chismes, los panfletos y los periódicos de gran formato configuraron la imagen pública de los sodomitas como una raza libertina con posibles lealtades extranjeras. Fueron considerados responsables de causar todo tipo de catástrofes en la República, fueron los culpables del «declive comercial, el aumento del desempleo, la desaparición de la práctica estricta de ir a la iglesia, la creciente influencia del papismo y, relacionado con el papismo, de la abrumadora influencia de la cultura y de las costumbres italianas y francesas». ⁶²

La circulación del homoerotismo y de la criminalidad en el discurso popular, en octavillas y en panfletos (especialmente de tono condenatorio) es un indicador de la existencia de múltiples estructuras de sentimientos, además de los afectos de «miedo» y «pánico»; esta literatura generó identificaciones mucho más ambivalentes entre los hombres de las capas bajas, que eran los destinatarios de estos ejemplos didácticos. De hecho, existe una ambigüedad en torno a los relatos periodísticos que detallan las blasfemias durante la horca, una celebración proletaria de la anarquía y la rebeldía que circulaba como una estructura de sentimientos dentro del mismo ideograma de la narrativa de la advertencia y del castigo ejemplar. ⁶³

⁶⁰ *Ibíd.*, p. 25.

⁶¹ A. H. Huussen, «Prosecution of Sodomy in Eighteenth Century Frisia, Netherlands», *Journal of Homosexuality*, vol. 16, núms. 1-2, 1989, p. 238.

⁶² Huussen, «Prosecution of Sodomy...», p. 241.

⁶³ Sobre la ambivalencia de los castigos ejemplares, véase Marcus Rediker, *Villains of All Nations: Atlantic Pirates in the Golden Age*, Boston, Beacon Press, 2004, pp. 1-13 [ed. cast.: *Villanos de todas las naciones*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2023]; véase también

*

Aunque los cimientos de la expansión capitalista imperialista se fundaron en la apropiación de tierras en las Américas, Inglaterra, Irlanda y África, el poder territorial en expansión de los estados mercantilistas se mantuvo a través de la extensión del poder estatal sobre el mar. Los holandeses habían establecido durante mucho tiempo un sofisticado arte militar de la disciplina, perfeccionando el arte del entrenamiento a través de ejercicios, que mantenían a los soldados constantemente activos y que mejoraban su capacidad. Obtuvieron un «instrumento de política obediente y eficiente» en la década de 1630, que Estados Unidos solo lograría más tarde con la racionalización burocrática en el siglo XX.⁶⁴

La destreza militar y naval de los holandeses quedó demostrada en la crucial victoria estratégica sobre los españoles en la Guerra de los Ochenta Años, una victoria en la que el bloqueo naval holandés del río Escalda en 1585 impidió el comercio internacional con la ciudad de Amberes, ocupada por los españoles. El bloqueo terminó definitivamente con el papel económico de Amberes como centro de fabricación textil y depósito de mercancías de Oriente. La pérdida de Amberes benefició a Ámsterdam, ya que entre 60.000 y 120.000 refugiados holandeses del sur huyeron hacia el norte con capital y con habilidades industriales y comerciales.⁶⁵ En 1590, los Estados Generales holandeses declararon su soberanía y el Estado tomó forma como una coalición gobernante de mercaderes-regentes, quienes asumieron posiciones fiscales ventajosas y establecieron un poder naval autónomo bajo un sistema corporativo basado en las ciudades y en los *stadtholders* o nobleza terrateniente, cuya base de poder era el ejército.⁶⁶

Michel Foucault, *Discipline and Punish*, trad. Alan Sheridan, Nueva York, Vintage, 1995, pp. 53-69 [ed. cast.: *Vigilar y castigar*, Ciudad de México, Siglo XXI, 1976].

⁶⁴ W. H. McNeill, *The Pursuit of Power: Technology, Armed Force, and Society since a.d. 1000*, Chicago, University of Chicago Press, 1982, pp. 117-33.

⁶⁵ Julia Adams, *The Familial State: Ruling Families and Merchant Capitalism in Early Modern Europe*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 2005, pp. 40-41.

⁶⁶ Adams, *The Familial State...*, p. 44.

Cuando terminó la Guerra de los Ochenta Años con España, con la Paz de Münster en 1648, los holandeses habían ya establecido su hegemonía sobre el comercio marítimo con las Indias Orientales mediante la internalización de los costes de defensa y el establecimiento de monopolios comerciales en productos clave a través de la Compañía de las Indias Orientales Holandesas creada en 1602.⁶⁷ La Compañía de las Indias Orientales y la Compañía de las Indias Occidentales permitieron a la élite metropolitana holandesa crear un sistema colonial y comercial internacional con las ciudades de los Países Bajos como puntos de venta centrales de los productos más valiosos del sistema mundo. Los holandeses comisionaron a los corsarios para que saquearan las flotas mercantes rivales de los españoles. A medida que otros estados comenzaron a comisionar a estos corsarios con patentes de corso, los bancos concedieron las primeras notas de crédito en rutas comerciales marítimas peligrosas, titulizando el riesgo de este sistema.

Los holandeses también participaron en los movimientos de tierra que aumentaron drásticamente la productividad agrícola al ampliar el área de tierra cultivable mediante la recuperación de tierras al mar. El proceso de construcción del Estado y la lucha contra el agua se conjugaron. Entre 1590 y 1640 se recuperaron unas 90 mil hectáreas. Hacia 1640, el trabajo de tres mil hombres y mil caballos aumentó la superficie en un 40 por ciento en la región de Noorderkwartier al norte de Ámsterdam.⁶⁸ Estas ganancias agrícolas ampliaron significativamente el poder y la población de las ciudades holandesas, lo que en conjunto permitió una expansión de la burocracia municipal y de la actividad policial. La población de Ámsterdam aumentó de unos 11.000 habitantes a principios del siglo XVI a unos 60.000 un siglo después. En la segunda mitad del siglo XVII, Ámsterdam tenía más de 200.000 habitantes.⁶⁹

A medida que la ciudad crecía, la responsabilidad de mantener la seguridad pasó de ser una responsabilidad privada a ser una facultad pública. Hasta finales del siglo XVI, la única luz provenía de las velas

⁶⁷ Arrighi, *The Long Twentieth Century...*, p. 143.

⁶⁸ Schama, *The Embarrassment of Riches...*, p. 38.

⁶⁹ R. E. Kistemaker, «The Public and the Private: Public Space in Sixteenth- and Seventeenth-Century Amsterdam», trad. Wendy Shattes en A. W. Wheelock, A. K. Wheelock Jr., y A. F. Seeff (eds.), *The Public and the Private in the Dutch Culture of the Golden Age*, Newark, University of Delaware Press, 2000, p. 17.

que brillaban ante las estatuas de los santos en las esquinas de las calles después del «toque de queda de los delincuentes» que comenzaba a las 9 de la noche. En 1579, las tabernas estaban obligadas a tener iluminación en la calle hasta las 10 de la noche. En 1682, Ámsterdam adoptó el diseño de Jan van der Heyden para farolas que funcionaban con aceite de remolacha. Un total de 2.380 farolas, que eran gestionadas por 134 faroleros, se instalaron por toda la ciudad y se siguieron utilizando para iluminar Ámsterdam hasta bien entrado el siglo XIX. El invento de Van der Heyden también sería adoptado en Berlín, Leipzig y Dresde.⁷⁰

Con el final de la oscuridad y el aumento de la actividad callejera por la noche, el abismo entre la moralidad sexual de la clase media y la de las clases populares se hizo socialmente visible. Las medidas municipales para la seguridad pública hicieron que la sodomía de las ciudades holandesas fuera vulnerable a las intervenciones de las burocracias estatales, incluso cuando estas mismas burocracias proporcionaban infraestructuras, como los urinarios públicos instalados debajo de los puentes, que permitían la práctica de la sodomía. La iluminación hizo que las calles fueran más seguras para el movimiento nocturno. Tal vez los disturbios relacionados con la horca en Ámsterdam, La Haya, Rotterdam, Delft y Utrecht convencieron a las clases dominantes de estas ciudades de reducir sus juicios por sodomía. Los procesos penales por sodomía aparecieron en oleadas en las décadas de 1730, 1750 y 1780. El patrón refleja no solo los descubrimientos accidentales de redes de sodomía basadas en las confesiones de algunos individuos; también puede reflejar retrocesos. La horca era un riesgo en el mundo fuertemente polarizado por clases sociales en los Países Bajos al final de la Edad de Oro holandesa e indica el problema político de las ejecuciones espectaculares y violentas por «delitos contra la naturaleza» en una sociedad polarizada por clases sociales.

Los burgueses ricos habían tomado el control de un Estado con mala reputación, en crisis y fragmentado, fusionando familias patriarcales de la élite y el capital mercantil con un Estado patrimonial de base local cuyo ámbito eran las actividades bélicas. El poder se transmitía así a través del culto de la élite a la masculinidad, a través de descendientes masculinos cuya integridad sexual debía ser vigilada a fin de asegurar

⁷⁰ Kistemaker, «The Public and the Private...», pp. 19-20.

el mantenimiento del poder de una generación a la siguiente.⁷¹ La capacidad de engendrar hijos era el *sine qua non* de la masculinidad de la élite, extendiéndose, en el análisis de Julia Adams, «más allá de la reproducción lineal a un sentido más general de vigilancia y de dirección política».⁷² De hecho:

Las oficinas patrimoniales servían como fuente directa de recursos económicos; desde sus posiciones privilegiadas, el patriciado regente extraía rentas fijas y ganancias inesperadas intermitentes, como el porcentaje que se llevaba el sheriff (*schout*) de las multas que imponía y el porcentaje de las ganancias de los cargamentos que recibía el director [de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales]. Las cantidades legadas en los testamentos de los regentes (que aumentaron enormemente) indican que, con el tiempo, la élite de mercaderes-regentes se enriqueció considerablemente y ganó mucho poder.⁷³

Los cargos directivos en empresas autorizadas se convirtieron en propiedad exclusiva de estas familias. Dos tercios de los directores de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales en la cámara de Rotterdam estaban relacionados entre sí como hijo, padre o abuelo. Nueve de los primeros diecisiete alcaldes que sirvieron en el Ámsterdam independiente, de 1578 a 1590, fueron sucedidos por sus hijos o yernos.

Esta estructura de poder intensamente patrimonial convirtió a la élite holandesa en una clase rentista. La élite mercantil de Ámsterdam invertía muy pocos de sus ingresos en bonos estatales en 1600; un siglo más tarde, casi la mitad de su riqueza se invertía en estos instrumentos, en su mayoría emitidos sobre la deuda pública de las Provincias Unidas.⁷⁴ Adams escribe que la familia era esencial para este grupo patrimonial: «Para un hombre o su familia, la ficción social lograda con éxito de una línea ininterrumpida de descendencia honorable, preferiblemente patrilineal, era lo que contaba a la hora de establecer estados

⁷¹ Al menos, esta es la tesis de Julia Adams en *The Familial State...*

⁷² Adams, *The Familial State...*, p. 30.

⁷³ Adams, *The Familial State...*, p. 69.

⁷⁴ Un total del 32 por ciento se invirtió en acciones, el 12 por ciento en casas y el 6 por ciento en tierras; otras ciudades reflejan pautas similares; véase Adams, *The Familial State...*, p. 71.

duraderos de privilegio político-económico». ⁷⁵ Esta *huwelijkspolitiek*, o «política del matrimonio», fue expresada cínicamente por un regente holandés del siglo XVII: «Mi sobrinita lleva bajo la falda un lugar en el ayuntamiento». ⁷⁶

La guerra y el comercio fueron los motores de una demanda cada vez mayor de marineros. Entre 1688 y 1697, la población de hombres en el mar se triplicó con creces, pasando de 12.714 a 44.743. El número total de barcos en el mar aumentó de alrededor de 1.500 en las primeras décadas del siglo XVIII a alrededor de 2.500 en la década de 1730. Para 1770, más de 4.000 barcos se hacían a la mar.

[Estos barcos] proporcionaron un entorno en el que un gran número de trabajadores cooperaban en tareas complejas y sincronizadas, bajo una disciplina obediente, jerárquica, en la que la voluntad humana estaba subordinada al equipo mecánico, por un salario en dinero. El trabajo, la cooperación y la disciplina del barco lo convirtieron en un prototipo de la fábrica. De hecho, el mismo nombre de fábrica [*factory*] evolucionó etimológicamente de *factor*, «un representante comercial», específicamente asociado con África Occidental, donde se ubicaron originalmente las fábricas. ⁷⁷

Quienes gobernaban los barcos temían la desertión, la insubordinación, el motín y la rebelión abierta, y mantenían la disciplina mediante el uso de la violencia y el terror. Los hombres en el mar estaban sujetos a los deseos a menudo caprichosos de los capitanes, que tenían poder discrecional para disciplinar a sus marineros como mejor les pareciera. Los marineros, y especialmente los hombres más explotados de la armada, procedían de poblaciones pobres y étnicamente diversas, lo que hacía que la disciplina fuera aún más necesaria, ya que convertía al barco en «una casa forzosa de internacionalismo», o incluso en una olla a presión para el levantamiento revolucionario. ⁷⁸

⁷⁵ Adams, *The Familial State...*, p. 84.

⁷⁶ Citado en *ibidem*, p. 86.

⁷⁷ Peter Linebaugh y Marcus Rediker, *The Many-Headed Hydra: Slaves, Sailors, Commoners, and the Hidden History of the Revolutionary Atlantic*, Boston, Beacon Press, 2000, p. 150 [ed. cast.: *La hidra de la revolución. Esclavos, marineros, comuneros en la historia oculta del Atlántico revolucionario*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2022].

⁷⁸ Linebaugh y Rediker, *The Many-Headed Hydra...*, p. 151.

Este fue un periodo de crecimiento urbano explosivo impulsado en gran medida por dos fuerzas: las crecientes funciones y oficinas administrativas del Estado y la creciente importancia de las rutas comerciales marítimas nuevas y ampliadas. Entre 1600 y 1750, las capitales de Europa —Berlín, Copenhague, Londres, Madrid, París, Estocolmo, La Haya y Viena— se duplicaron en tamaño. Mientras los reyes y las cortes proporcionaban la fuente más estable de crecimiento urbano en las capitales, el comercio transatlántico trajo prosperidad a las ciudades portuarias de Europa occidental, atrayendo trabajadores no cualificados y nuevas inversiones.⁷⁹ El Atlántico superó al Mediterráneo como el camino más rápido hacia los mejores mercados, y las ciudades costeras con buenos puertos, desde Dinamarca hasta España, cobraron nueva importancia, experimentando un rápido crecimiento. Burdeos, Bristol y Liverpool participaron en el comercio basado en el azúcar y los esclavos. Desde estos puertos, los barcos transportaban productos manufacturados de regreso a la Costa del Oro de África, América del Norte y el Caribe, trayendo azúcar, ron, algodón y otros productos coloniales a los almacenes europeos ubicados a lo largo de los muelles y embarcaderos. Ámsterdam emergió como el principal centro de comercio mundial al centralizar «el almacenamiento y el intercambio de lo que resultaron ser los productos más estratégicos del comercio europeo y mundial en un momento dado».⁸⁰ Luis XIV desarrolló cuatro nuevas ciudades: Brest, Lorient, Rochefort y Toulon, como puertos, diques secos y bases navales bajo patrocinio estatal. La corona danesa creó Frederikssund y Frederikshavn.

⁷⁹ En la Viena de principios del siglo XVIII, los funcionarios representaban el 60 % de la población activa. Las familias de militares constituían alrededor de una cuarta parte de la población de Berlín hacia 1789. Los funcionarios reales superaban en número a los burgueses de Estocolmo; véase Andrew Lees y Lynn Hollenn Lees, *Cities and the Making of Modern Europe, 1750-1914*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 24.

⁸⁰ Las armas de Ámsterdam eran, como escribe Braudel «los grandes almacenes —grandes y más caros que un gran barco— que podían contener grano suficiente para alimentar a las Provincias Unidas durante diez o doce años (1670), así como arenques y especias, telas inglesas y vinos franceses, salpetre de Polonia o de las Indias Orientales, cobre sueco, tabaco de Maryland, cacao de Venezuela, pieles rusas y lana española, cáñamo del Báltico y seda de Levante». Citado en Arrighi, *The Long Twentieth Century...*, 141.

En tiempos de paz, cuando la mano de obra marítima era menos demandada, los marineros eran despedidos y formaban comunidades en tierra, al margen de la disciplina reglamentada de los barcos. Los patrones estacionales de empleo también se daban entre los cargadores mercantes costeros. Los meses de invierno eran temporadas de agitación y movimiento. La situación en la bulliciosa ciudad portuaria de Hull es representativa de otras ciudades costeras durante este periodo; las calles, en palabras de una persona de esa época, «se han llenado de muchachos, destinados al servicio marítimo, que pasan su tiempo en abierta violación de la decencia, del buen orden y de la moralidad; hay a menudo mil quinientos marineros y muchachos, que llegan de la pesca de la ballena, y a menudo el doble de ese número de marineros desempleados, que quedan libres para ejercitar sus modales disolutos con el pasajero inofensivo en la vía pública».⁸¹

Dentro de este mundo social nuevo y en expansión de las ciudades portuarias, los marineros formaban una población de mano de obra flexible, que resultaba esencial para la circulación de capital, mercancías y poder militar; sin embargo, estos no tenían la decencia de desaparecer simplemente cuando el capital o la guerra ya no necesitaban de su trabajo. Por el contrario, su carácter prescindible amenazó con generar agitación social y política en el núcleo metropolitano. El tiempo de ocio forzado y a menudo ingobernable del marinero en tierra a veces se enfrentaba a su tiempo de trabajo previamente empleado en lados opuestos de la barricada. Así, la sodomía y las amenazas de inestabilidad social llegaron a las ciudades portuarias de todo el sistema mundo bajo las hegemonías holandesa e inglesa del capitalismo mercantil.

Los registros de la Compañía Holandesa de las Indias Orientales muestran que las persecuciones por sodomía eran cinco veces más altas en Cape Colony, que fue fundada como una estación de suministro en 1652, que en cualquier ciudad holandesa durante esta época. Los marineros se implicaban en «pasiones sucias» entre diferentes clases sociales y razas, despertando el fantasma de esas formas de solidaridad que eran un completo anatema para el gobierno de los barcos, por no hablar de una trata de esclavos basada en la ficción de que algunos seres humanos

⁸¹ Citado en B. R. Burg, *Sodomy and the Pirate Tradition: English Sea Rovers in the Seventeenth-Century Caribbean*, Nueva York, New York University Press, 1995, p. 63.

no llegaban a ser humanos. La inquietud por la homosexualidad no puede deberse a esas famosas preocupaciones protestantes por la decencia moral y la rectitud, a pesar de las frases devotas que se pronunciaban cerca de la horca; la prostitución existía en el Cabo de Buena Esperanza y se organizaba a partir de la residencia de los esclavos de la Compañía; las autoridades parecen haber fomentado estas maldades para protegerse de otras posibles.⁸²

Aunque los barcos mercantes y de la armada no pueden entenderse como mundos utópicos para la homosexualidad, considerando las terribles realidades de la dura disciplina, las ejecuciones espectaculares, las provisiones deficientes, los frecuentes accidentes incapacitantes, las enfermedades epidémicas en ascenso y los largos retrasos en el pago de los salarios, la sodomía era posiblemente común entre los hombres de rangos inferiores. Estas prácticas se ajustaban probablemente a los patrones de jerarquía de edad, ya que los barcos empleaban tanto a hombres como a chicos. Si hubo situaciones de placer, se dieron en condiciones de trabajo duro y servil; si hubo experiencias de libertad sexual, fueron en el marco de vidas brutales y breves. Es mucho más probable que la sodomía llamara la atención de las autoridades y fuera castigada más en el mar que en tierra. Como dijo el contemporáneo Samuel Johnson, «estar en un barco es estar en la cárcel, con la posibilidad de ahogarse».⁸³ La misma proximidad física y los espacios mixtos de convivencia y trabajo que hacían posibles los encuentros sodomíticos en los barcos y en las cárceles también dieron una mayor visibilidad social a estos encuentros, haciendo que fueran un objeto más fácil de disciplina y de castigo. Los hombres jóvenes tenían mucha más libertad, sexual y de otro tipo, a bordo de los barcos de piratas, lo que explica por qué tantos marineros de este periodo se unieron voluntariamente a esos grupos de forajidos cada vez que sus barcos eran capturados.

El comercio a través del Atlántico y alrededor del Cabo de Buena Esperanza amplió el alcance del capital comercial y del comercio que se originaba en el mundo mediterráneo. Al hacerlo, también amplió el escenario de los enfrentamientos entre mercaderes y piratas. Las

⁸² Jan Oosterhoff, «Sodomy at Sea and the Cape of Good Hope during the Eighteenth Century,» *Journal of Homosexuality*, vol. 16, núms. 1-2, 1989, pp. 229-235.

⁸³ Citado en Linebaugh y Rediker, *The Many-Headed Hydra...*, p. 160.

Compañías Holandesa e Inglesa de las Indias Orientales consolidaron su poder militar y sus derechos económicos para comerciar con Occidente al internalizar los costes de defensa. Los barcos de las Indias Orientales crecieron en tamaño y finalmente superaron a los buques de guerra de la época. Muchos portaban armas y personal militar. La penetración europea en las principales capitales de Oriente (Beijing era la ciudad con mayor población de todo el mundo en 1750) era extremadamente limitada, y los puestos de avanzada coloniales estaban restringidos a las ciudades costeras (Cantón en el delta del río de las Perlas, Shanghái, Bombay y Goa) y las cadenas de islas ricas en recursos de Java y Batavia, así como las Molucas. Una expansión de la navegación transoceánica amplió el teatro de operaciones de la piratería, que se convirtió en un enorme problema para los comerciantes capitalistas en los siglos XVII y XVIII.

Como si fuera un polo opuesto de la vida altamente regulada y brutal a bordo de los buques mercantes y de la armada, la sociedad pirata era «un mundo al revés», como escriben Peter Linebaugh y Marcus Rediker, un mundo «hecho así por los artículos del acuerdo que establecían las reglas y costumbres del orden social de los piratas. Los piratas administraban justicia, elegían a los oficiales, dividían el botín en partes iguales y establecían una disciplina diferente. Limitaban la autoridad del capitán, se opusieron a muchas de las prácticas de la industria capitalista de la marina mercante y mantuvieron un orden social multicultural, multirracial y multinacional».⁸⁴ Habiéndose apoderado de los medios de producción y circulación, los piratas establecieron sociedades de acuerdo con sus propias reglas, sociedades en las que la homosexualidad no solo estaba permitida sino que era una forma importante de camaradería en estas comunidades mayoritariamente masculinas:

Estas mismas libertades, una vez reconocidas por la clase dominante, alimentarían una campaña de terror para eliminar la forma de vida alternativa, ya fuera en el mar o, lo que era más peligroso, en tierra. A algunas personas de las clases poderosas les preocupaba que los piratas pudieran «establecer una especie de Commonwealth» en áreas donde ningún poder podría «disputárselo». Los comerciantes y funcionarios coloniales y metropolitanos temían un incipiente separatismo en

⁸⁴ *Ibidem*, p. 162.

Madagascar, Sierra Leona, Bermudas, Carolina del Norte, la Bahía de Campeche y Honduras. El coronel Benjamin Bennet escribió acerca de los piratas al Consejo de Comercio y Plantaciones en 1718: «Me temo que pronto se multiplicarán porque muchos están dispuestos a unirse a ellos cuando los capten».⁸⁵

De hecho, los marineros fueron «captados» por los piratas. Después de la Guerra de Sucesión Española, las condiciones de trabajo se deterioraron rápidamente en la industria de la navegación mercante, y los marineros se unieron a los barcos piratas por miles, «multiplicándose» perversamente como una extraña y nueva especie social y política. El filibustero Bartholomew Roberts, cuyo convoy pirata asaltó barcos llenos de oro y suministros para ser canjeados por carne humana en los puertos de escala a lo largo de la Costa del Oro, «sembró el pánico entre los comerciantes», según el cirujano naval John Atkins. Roberts finalmente presionó a los comerciantes británicos, quienes solicitaron ayuda al Parlamento en 1722, que comisionó un escuadrón naval para derrotar a los hombres de Roberts.⁸⁶

Los piratas, sin embargo, no carecían de su propio tipo de disciplina. Esta agrupación no podría haber amenazado el orden mundial mercantilista sin su propia regulación de la sexualidad, pero este también era un «mundo al revés». El historiador B. R. Burg escribe:

El volumen de literatura sobre la piratería se ocupa principalmente de los asaltos marítimos, pero los pocos casos que sobreviven para revelar el lado más humano de los bucaneros demuestran una disposición por parte de al menos algunos saqueadores a sufrir torturas, privaciones e incluso la muerte, para proteger a sus amantes. Uno de esos incidentes ocurrió a bordo del barco comandado por Bartholomew Roberts cuando un tripulante, que había bebido demasiado, cometió el grave error de insultar al capitán. Roberts demostró que su reputación de temperamento irascible y de ser un adversario formidable en el combate individual era bien merecida. Sacó su espada y mató al tripulante allí mismo. Cuando el compañero del marinero muerto, un hombre llamado Jones, se enteró de lo ocurrido, buscó al capitán y lo vituperó gravemente. El capitán tampoco estaba dispuesto a aceptar insultos de Jones, como no lo estuvo de su compañero de comedor. Volvió a sacar

⁸⁵ *Ibidem*, p. 168.

⁸⁶ Citado en *ibidem*, p. 169.

su espada y se la clavó. El segundo golpe no estuvo tan bien dirigido como el primero, y Jones solo resultó herido. Ignorando su herida, el marinero enfurecido agarró a Roberts, lo arrojó sobre un cañón y lo golpeó con fuerza. Más tarde, Jones fue sentenciado a recibir dos latigazos por cada hombre a bordo por atreverse a atacar al comandante, un acto que ningún hombre habría intentado a menos que estuviera gravemente afectado.⁸⁷

Adoptando una sensibilidad notablemente reguladora, la tripulación de Roberts acordó prohibir el ingreso de chicos y mujeres a sus barcos, ya que presumiblemente causaban pequeñas disputas y discusiones entre el personal. El sexo a bordo solo se podía tener con un compatriota masculino del mismo nivel, siguiendo los artículos del acuerdo. Lejos de eliminar las disputas eróticas, esta política aumentó de forma efectiva el interés en la homosexualidad, produciendo un equipo disciplinado de guerreros apasionados en lugar de una banda enemistada de amantes encaprichados.

A partir de un análisis de las noticias de los periódicos durante ese periodo, el sociólogo Charles Tilly ha demostrado que los marineros jugaron un papel crucial en los debates populares y en las revueltas de la Inglaterra del siglo XVIII, desde la Guerra de los Siete Años de 1756-1763 hasta las guerras napoleónicas:

Motines de militares bajo presión que rompían las ventanas de casas sin iluminación; incautaciones colectivas de alimentos, a menudo acompañadas de saqueos de los locales del comerciante; agresiones verbales y físicas a malhechores vistos en la calle o exhibidos en la picota; tomar partido en las ejecuciones públicas; marchas de trabajadores ante las autoridades públicas por disputas comerciales; ridiculización y/o destrucción de símbolos, efigies y/o propiedades de figuras públicas o de transgresores morales; derribar y/o saquear casas peligrosas u ofensivas; poner orejas de burro o humillar de cualquier otro modo a los trabajadores que violaban los convenios colectivos; escándalos en teatros por actuaciones insatisfactorias; liberación de prisioneros; peleas entre cazadores y guardabosques; batallas entre contrabandistas y oficiales reales.⁸⁸

⁸⁷ Burg, *Sodomy and the Pirate Tradition...*, p. 130.

⁸⁸ Charles Tilly, *Popular Contention in Great Britain, 1758-1834*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1995, pp. 102-103.

Después de este periodo de intensa «contienda popular», que alcanzó su apogeo con el motín y el bloqueo de Londres después de los incidentes de los motines de Nore y Spithead, los movimientos sociales comenzaron a ajustarse a un modelo de construcción institucional (en lugar de estallidos esporádicos de protestas populares), con reuniones, manifestaciones y movilizaciones organizadas que se convirtieron en algo frecuente al final de las guerras napoleónicas.

Aunque los motines en Spithead y Nore en abril y mayo de 1797 fueron una respuesta directa a las preocupaciones inmediatas por mejores alimentos y salarios, así como por objeciones a las reglas disciplinarias, también hay evidencias de una influencia jacobina. Según el relato de E. P. Thompson en *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, el evento fue «de importancia mundial». Thompson escribe que «muestran cuán precaria era la dominación del Antiguo Régimen inglés»:

Para la flota británica —el instrumento más importante de la expansión europea, y el único escudo entre la Francia revolucionaria y su mayor rival— proclamar que «la Era de la Razón ha girado ampliamente», era amenazar con subvertir todo el edificio del poder mundial. Es absurdo argumentar que, debido a que la mayoría de los marineros tenían pocas nociones políticas, se trataba de un asunto provinciano sobre los panecillos marineros y los atrasos en el pago, y no de un movimiento revolucionario. Esto es confundir la naturaleza de las crisis revolucionarias populares, que surgen precisamente de este tipo de conjunción entre los agravios que sufre la mayoría y las aspiraciones que son expresadas por una minoría políticamente consciente.⁸⁹

Existen pruebas de que las guerras napoleónicas aumentaron la visibilidad social de la sodomía, ya que los castigos por este crimen se hicieron más severos en las armadas francesa y británica. El consejo de guerra a bordo del *Africaine* ilustra la dificultad de castigar la sodomía en un entorno donde era una práctica común. El 1 de febrero de 1816, el capitán Edward Rodney del *Africaine* ahorcó a cuatro miembros de la

⁸⁹ E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, Nueva York, Vintage, 1963, pp. 167-68 [ed. cast.: *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing, 2012]. Véase también G. E. Manwaring y Bonamy Dobree, *The Floating Republic: An Account of the Mutinies at Spithead and the Nore in 1797*, Barnsley (RU), Pen and Sword Books Limited, 2004, pp. 200, 245, 265-268; y Conrad Gill, *The Naval Mutinies of 1797*, Manchester, Manchester University Press, 1913, pp. 308-309.

tripulación del barco por sodomía. John Parsons recibió 200 latigazos por «suciedad». Un tal Jack Hubbard recibió 170 latigazos de su sentencia de 300 porque el médico decidió que no podría soportar más sin poner en peligro su vida.⁹⁰ Las pruebas sobre ese asunto se centraron en tres personas, Raphael Seraco, un marinero italiano; Frank Jean, procedente de Madeira; y Emanuel Cross, un moro de Santo Domingo. Los testimonios incluían insultos raciales contra los hombres y, de hecho, la voluntad de los hombres de cooperar con el enjuiciamiento puede haber implicado un prejuicio étnico. El historiador A. N. Gilbert escribe:

Dos de los marineros juzgados y ahorcados por sodomía eran italianos, y los ingleses habían creído durante mucho tiempo que esta era una afición popular en Italia. La sodomía se conocía comúnmente como *le vice Italien*, y un escritor inglés del siglo XVIII se refirió a Italia como «la madre y nodriza de la sodomía», mientras que eminentes autoridades legales como Edmund Coke afirmaron que «los lombardos habían traído al reino el vergonzoso pecado de la sodomía».⁹¹

Sin embargo, los testimonios de la tripulación descubrieron tantas acusaciones que no fue posible llevar a cabo un enjuiciamiento de todos los casos. Solo Seraco acusó a veintitrés miembros de la tripulación de sodomía y «la idea de tener de 15 a 20 hombres colgados de la verga del *Africaine* era demasiado, incluso para el moralista más estricto. La marina rara vez colgaba a tantos hombres por un motín, un delito que la mayoría de los oficiales admitía que era más peligroso para la vida cotidiana del servicio que la sodomía».⁹²

Los discursos sobre la supresión holandesa de la sodomía y la supresión inglesa de los motines y la piratería simplemente siguieron las convenciones del resto del mundo del norte de Europa, que consideraban estos comportamientos como contagios sociales enraizados en una cultura marginal de *hostis humani generis*,⁹³ como se los conocía en el marco legal internacional.⁹⁴ A principios del siglo XVIII, el pirata

⁹⁰ Arthur N. Gilbert, «The *Africaine* Courts-Martial: A Study of Buggery and the Royal Navy», *Journal of Homosexuality*, núm. 1, 1974, p. 111.

⁹¹ Gilbert, «The *Africaine* Courts-Martial...», p. 114.

⁹² Gilbert, «The *Africaine* Courts-Martial...», p. 113.

⁹³ Enemigos de la humanidad. [N. del T.]

⁹⁴ Jody Greene, «Hostis Humani Generis», *Critical Inquiry*, vol. 34, núm. 4, 2008. pp. 683-705.

y el sodomita eran gemelos ideológicos a través de los cuales las clases dominantes buscaban comprender y eliminar la inestabilidad social que acompañaba a otro cambio económico global en los equilibrios de poder. El motín, la piratería y la sodomía eran, según las visiones burguesas, prácticas que amenazaban con extenderse en las tripulaciones internacionales y en el amplio espacio geográfico abierto por el comercio centrado en el Atlántico. Eran prácticas que amenazaban con extenderse por imitación o mimesis, y con multiplicarse como una nueva especie o enfermedad entre toda una población de hombres que era necesaria para la acumulación de capital, la política y la guerra, pero que era innecesaria en tiempos de paz, de declive económico y de desempleo estacional.

Capítulo 4

Homosexualidad y hegemonía burguesa

Les enfants de Sodome

«Después de vagar al azar, de aquí para allá, absorto en la melancolía de los Campos Elíseos, entré en el jardín de las Tullerías por el puente giratorio y derramé lágrimas por la situación del Palacio», escribió el autor anónimo de un panorama del París revolucionario publicado en 1790. «No puedo evitar dejarme llevar por las amargas reflexiones que me provoca ese espectáculo lamentable»:

Ya no veo este jardín como era bajo el reinado del voluptuoso y desvergonzado Luis XV, que presentaba un espectáculo de disolución de la Nación sobre la que ejercía un poder tiránico: ahora contemplaba a las putas bajo los árboles del jardín, convirtiendo la residencia de nuestros reyes en un prostíbulo público, y en el lado contiguo, mi mirada se vio atraída en una docena de ocasiones por ese tráfico infame de los hijos de Sodoma [*enfants de Sodome*], cuya especie abunda en Francia y que han establecido una cita nocturna en la terraza de los Feuillants para realizar las orgías más abominables bajo el nombre de «avenida de los suspiros» [*allée des Soupirs*]. En esta terraza y los céspedes cercanos, uno podía así contemplar una parte de París, poniendo los ojos en blanco a imitación de los sátiros que Ovidio y Petronio describieron para nosotros con tanta fuerza e intensidad, introduciendo los actos licenciosos y la depravación de la moral, profanando la pureza y transformando el más ilustre lugar de la capital en un verdadero receptáculo de la infamia.¹

¹ *Le nouveau tableau de Paris, ou La capitale de France dans son vrai point de vue*, París, Imprimerie de la Vérité, 1790, pp. 13-15. Todas las traducciones del francés son del autor, salvo que se indique lo contrario.

Quizá el autor de *Le nouveau tableau de Paris* deseaba establecer un contraste entre la escena revolucionaria y esa relativa decencia desplegada por la «gran masa de prostitutas comunes» que Louis-Sébastien Mercier observó —solo una década antes, en su texto anterior, *Le tableau de Paris*— «apoyadas en los umbrales de las puertas, mirando de reojo desde las ventanas y desplegando sus encantos en lugares públicos», y quienes, afirmaba, «pueden ser alquiladas como carruajes a tanto la hora». ² La revolución había comenzado a colapsar estos anticuados límites entre los actos privados y el espacio público, a medida que una parte de París trasladaba sus actividades sexuales de las habitaciones alquiladas y de otros espacios privados a las calles y a los parques. Este movimiento inició una lucha entre los proletarios y la burguesía por el uso legítimo y el orden moral del tejido urbano y generó un tipo completamente nuevo de literatura libertina, que declaraba la solidaridad de todos los cuerpos que buscaban la libertad sexual fuera de las normas de la clase media.

Considerados en su conjunto y situados en el contexto de la Revolución francesa, la función política de estos manifiestos sexuales *no* era anunciar una nueva identidad sexual, aunque así podría interpretarse de forma retrospectiva. Si, según la astuta observación del historiador François Furet, «la Revolución permite a todos buscar filiaciones», ya sean jacobinas, monárquicas, anarquistas o liberales, «todas esas historias, que se han peleado encarnizadamente durante los últimos doscientos años en nombre de los orígenes de su oposición, comparten de hecho un terreno común: son historias en busca de una identidad». ³ Por un lado, la sexualidad politizada del periodo revolucionario puede entenderse como un campo político autónomo y unificado, a través del cual la burguesía, la aristocracia y los proletarios intentaron establecer y cuestionar la separación moral entre los actos sexuales privados y

² Louis-Sébastien Mercier, *Panorama of Paris: Selections from «Le Tableau de Paris»*, ed. por Jeremy D. Popkin, University Park, Pennsylvania State University Press, 1999, p. 144. El autor de *Le nouveau tableau* puso su obra bajo el signo de la de Mercier: en la página de la dedicatoria se puede leer «Una obra destinada a convertirse en suplemento de *Tableau de Paris*.

³ François Furet, *Interpreting the French Revolution*, trad. Elborg Forster, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 10 [ed. cast.: *La Revolución francesa en debate*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016].

el espacio público. Estas actividades y textos sexuales politizaron una forma de vida, mostrando cuerpos cuya búsqueda de la libertad y del placer sexuales permanecieron en los límites de lo que alguna vez se consideró «humano», el de los cuerpos expuestos a los estragos de las enfermedades venéreas que dos siglos de guerra y de conquista colonial habían extendido a toda Europa.

Al situar las «orgías abominables» de esa «populosa especie» de sodomitas en «el lugar más ilustre de la capital», el autor anónimo de *Le nouveau tableau de Paris* no se entregaba a un moralismo sentimental. Esta descripción era eminentemente política, incluso alarmista. Aunque luego fue admirado por románticos como Baudelaire y Hugo, el panorama de Mercier fue criticado por sus contemporáneos por proporcionar una guía para el trabajo policial. Aunque esta referencia apenas fue suprimida en el *Tableau* de Mercier, se expresa abiertamente en *Le nouveau tableau*. Como se describe en el texto, esta reunión de sodomitas se producía en el extremo norte de las Tullerías. En su mayor parte protegida de la vista desde el jardín, era la ruta por la cual se ingresaba a la Salle du Manège. Al ser el espacio interior más grande de París, el Manège había sido el lugar de reunión de la Asamblea Nacional desde el 9 de noviembre de 1789. Se entraba a este desde las Tullerías por el estrecho callejón del monasterio de los Feuillants a lo largo de la parte sur de la rue de Castiglione, que daba al jardín después de bordear el monasterio en la rue Saint-Honoré.

El autor de *Le nouveau tableau* denuncia como «partidarios leales de esta cita de sodomía» a algunos miembros destacados de la Asamblea Nacional, entre ellos l'Abbé de Montesquiou, diputado (y anterior presidente) de la Asamblea, el infame sodomita Marqués de Villette y Bazard, *prévôt-général des Monnaies*.⁴ La función política explícita de este discurso sobre la sodomía, como denuncia o calumnia, es típica de la época, aunque pudiera resultar mortal para quienes eran nombrados. Otros panfletos denunciaron a miembros del clero y de la realeza, incluida María Antonieta, por sus inclinaciones hacia personas de su mismo sexo.⁵ Este

⁴ *Le nouveau tableau...*, p. 15.

⁵ Elizabeth Colwill, «Pass as a Woman, Act Like a Man: Marie-Antoinette as Tribade in the Pornography of the French Revolution» en Jeffrey Merrick y Bryant T. Ragan Jr. (eds.), *Homosexuality in Modern France*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, pp. 54-79.

tipo de calumnias sigue, históricamente, en continuidad con las denuncias de la Florencia renacentista, en el sentido de que las acusaciones de sodomía podían humillar a los rivales políticos y fomentar el rechazo popular contra los miembros de la clase dominante. Sin embargo, lo que alguna vez se consideró un comportamiento sexual normal entre los hombres florentinos, aunque tal vez asociado en el discurso político con la injusticia y el abuso de poder, en la época de la Revolución francesa se vinculó a un nuevo discurso cuasi-científico sobre la monstruosa anormalidad sexual. El cambio es un indicio de hasta qué punto la burguesía había empezado a convertir la epistemología ilustrada del sexo en un arma en la lucha contra las clases populares y la nobleza, y de hasta qué punto los discursos pseudocientíficos de la raza estaban influyendo en el pensamiento de la Ilustración.

Los registros policiales de la época demuestran que la importancia espacial del sexo público entre hombres y de la prostitución en los jardines del campamento real no era la floritura estilística de un folletinista deprimido. Estos jardines fueron el centro de una cultura pública del sexo entre hombres y del tráfico de mujeres.⁶ Los parques de los castillos hicieron su primera aparición a mediados del siglo XVII en Francia, extendiéndose rápidamente por toda Europa junto con otras modas, arquitecturas y gustos de la corte francesa. Tal y como lo describe Jürgen Habermas:

El parque del castillo permitía una vida cortesana aislada del mundo exterior. Sin embargo, el patrón básico de lo público no solo sobrevivió sino que se hizo más visible. Mademoiselle de Scudéry relataba en sus *Conversations* la importancia de las grandes fiestas; estas se daban no tanto para el placer de los participantes como por el deseo de mostrar la grandeza del anfitrión y de los invitados. La gente común, que se contentaba con mirar, se divertía mucho. Así, incluso aquí, la gente no estaba completamente excluida; estaban siempre presentes en las calles.⁷

⁶ Jeffrey Merrick, «Commissioner Foucault, Inspector Noël, and the “Pederasts” of Paris, 1780-1783», *Journal of Social History*, vol. 32, núm. 2, invierno de 1998, pp. 287-307.

⁷ Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere*, trad. Thomas Burger, Cambridge (MA), MIT Press, 1991, p. 10 [ed. cast.: *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gilli, 1981].

Tras los conocidos acontecimientos del primer año de la Revolución —la toma de la Bastilla, el Juramento del Juego de Pelota y la marcha de las mujeres a Versalles exigiendo pan—, las prostitutas y los pederastas se apropiaron de las Tullerías, del jardín de Luxemburgo y del Palais-Royal para sus exhibiciones y actividades eróticas. Estos espacios estaban abiertos al público, eran frecuentados por todas las clases sociales, y formaban el centro de la vida cívica de París; durante la Revolución, se convirtieron en teatros de la sexualidad y de todo tipo de alianzas políticas.

Al apropiarse de la propiedad de las clases nobles para sus encuentros sexuales y políticos subversivos, los pederastas y las prostitutas de París mancillaron el premio de la victoria de la burguesía sobre los derechos y privilegios del Antiguo Régimen. Estos fragmentos de espacio verde eran simbólicamente importantes. De manera similar, un siglo más tarde, el desarrollo de la Ringstrasse en el antiguo glacis militar que rodeaba el centro de la ciudad de Viena proporcionaría el indicador socialmente más visible y culturalmente significativo del triunfo del liberalismo sobre las instituciones y estructuras políticas del Imperio de los Habsburgo.⁸ La transformación de París que hicieron Georges-Eugène Haussmann y otras personas anunciaron, en una escala igualmente monumental, el triunfo de la cultura burguesa del Segundo Imperio.⁹ La apertura de los parques del castillo a los ciudadanos de París durante la Revolución francesa constituyó así un importante preludio a las transformaciones posteriores del espacio urbano derivadas de las revoluciones de 1848.

El poema de la dedicatoria de *Le nouveau tableau de Paris* afirma que este «espantoso panorama» del París revolucionario había revelado «una nación criminal y salvaje».¹⁰ Estas breves líneas expresan una nueva racionalidad política para la vigilancia de la sodomía, una racionalidad que se desarrollaría a lo largo del siglo siguiente, impulsando todos los intentos posteriores de establecer la hegemonía

⁸ Carl E. Schorske, *Fin-de-Siècle Vienna: Politics and Culture*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1980, pp. 24-45.

⁹ David Harvey, *Paris, Capital of Modernity*, Nueva York, Routledge, 2003, pp. 95-97 [ed. cast.: *París. Capital de la Modernidad*, Madrid, Akal, 2008].

¹⁰ «La vérité dirigea mon pinceau; / De mon Pays, voila la triste image. / Paris n'est plus qu'un effrayant tableau, / Une Nation criminelle & sauvage»; *Le nouveau tableau*, portada.

burguesa sobre el espacio urbano a través de la intervención policial. El sobrenombre de «nación criminal y salvaje» señala una transformación de gran alcance del discurso histórico. En sus conferencias en el Collège de France en 1976, Foucault caracterizó esta transformación como el momento en que el discurso histórico de las naciones y las guerras, que antes era el ámbito de la reacción nobiliaria, se volvió algo dialéctico en manos de la burguesía. La guerra ya no juega el papel constitutivo de la historia, legitimando el derecho público, sino que en adelante se concibe con un papel:

Protector y conservador de la sociedad; la guerra, ya no como condición de existencia de la sociedad y las relaciones políticas sino de su supervivencia en sus relaciones políticas. En ese momento surgirá la idea de una guerra interna como defensa de la sociedad contra los peligros que nacen en su propio cuerpo y de su propio cuerpo; es, si me permiten decirlo así, el gran trastocamiento de lo histórico a lo biológico, de lo constituyente a lo médico en el pensamiento de la guerra social.¹¹

Dentro del edificio del Estado absolutista francés, la sexualidad monstruosa de la sangre noble —particularmente la de su clase militar, o *noblesse d'épée*— era entendida por la clase jurídica, o *noblesse de robe*, y por las clases medias, como un indicador de su tiranía. Publicitar esta sexualidad monstruosa fue, por lo tanto, un arma de la lucha de clases tanto dentro de la clase dominante del Antiguo Régimen como entre el Antiguo Régimen y una burguesía emergente. La unión del poder tiránico con la sexualidad monstruosa en *Le nouveau tableau de Paris* disfrutó de una amplia circulación en la literatura panfletaria del París revolucionario, particularmente entre los jacobinos.¹² El aparato institucional para manejar las acusaciones de sodomía no estaba tan desarrollado como el de Florencia; las operaciones policiales cotidianas de París se dirigían principalmente, como en Florencia, al desenfreno sexual de las clases populares más que a las escapadas sexuales de los

¹¹ Michel Foucault, «*Society Must Be Defended*»: *Lectures at the Collège de France, 1975-76*, trad. David Macey, Nueva York, Picador, 2003, p. 216 [ed. cast.: *Hay que defender la sociedad. Curso del Collège de France (1975-1976)*, Madrid, Akal, 2003].

¹² Michel Foucault, *Abnormal: Lectures at the Collège de France, 1974-1975*, trad. Graham Burchell, Nueva York, Picador, 2004, pp. 97-99 [ed. cast.: *Los anormales. Curso del Collège de France (1974-1975)*, Madrid, Akal, 2001].

nobles. Las enfermedades de transmisión sexual como la sífilis, o *le mal de Naples*, y una virulenta pero rara cepa de gonorrea, o *cristaline* — ambas denominadas «enfermedades antisociales»— llegaron a utilizarse como justificación médica para vigilar y regular la prostitución y la pederastia por el interés nacional. La influencia de la nobleza en la legislación temprana del periodo revolucionario, incluida la eliminación silenciosa de las leyes sobre sodomía del código penal, probablemente contribuyó al grado de indulgencia que hubo hacia las sexualidades «antisociales» de las prostitutas y los pederastas de las clases bajas.

Le nouveau tableau de Paris destaca por considerar a los sodomitas como una «especie», una amenaza biológica al orden social, y por inscribir la homosexualidad en el centro de una amplia reelaboración del concepto político de la nación. La Revolución politizó el sexo, y la homosexualidad formó un campo unificado para promover las demandas burguesas de representar el núcleo o el estado moralmente legítimo de la nación. En contra de las normas de formación de la familia y de intimidad de la clase media, necesarias para la transmisión estable de la propiedad y el estatus de clase de una generación a la siguiente, las sexualidades alternativas de las clases populares y de la nobleza parecían anormales, y se pensaba que tenían consecuencias monstruosas para la salud de la nación. Esta transformación marcó una nueva función política del discurso sobre la sexualidad entre personas del mismo sexo: la práctica proporcionó una base moral importante para la lucha de la burguesía contra el libertinaje del Antiguo Régimen y la sexualidad pública de las clases bajas. A partir de los panfletos que sobrevivieron al periodo revolucionario, es posible identificar este gran cambio en la politización del sexo —de ser una denuncia calumniosa y tal vez humorística de nobles y *lumières* a ser una impugnación de la sexualidad pública de las clases bajas, de ser un arma utilizada inicialmente contra la aristocracia a ser un arma movilizada contra las prostitutas y los pederastas— a lo largo del siglo XIX.

Otro texto anónimo de 1790, *Les enfants de Sodome*, y toda una serie de panfletos que le responden, forman una especie de antídoto cómico contra el espíritu de reacción burguesa anunciado por *Le nouveau tableau de Paris*. Proporciona una descripción notablemente similar de las orgías de la *allée des Soupirs*, reinventando la reunión de sodomitas como una asamblea política y declarando las Tullerías como el «jardin

de l'Amitié.¹³ El folleto es un manifiesto irónico sobre la sexualidad anormal. Burlándose tanto de las solemnes invocaciones jacobinas de las antiguas virtudes de Roma y Grecia como de las asambleas políticas de camareras y aprendices de sastre que se reunían en las plazas y puentes de la capital, el texto declara su solidaridad con las nuevas libertades sexuales de París y se maravilla de la valentía de quienes participan en tales orgías, teniendo en cuenta los riesgos. *Les enfants de Sodome* se apropia e invierte así la jerarquía jacobina de la virtud masculina al valorizar el coito anal receptivo como el colmo de la valentía. Además, valora la práctica tanto para hombres como para mujeres. El llamamiento a la Antigüedad griega y romana era una mera costumbre; en realidad, las economías y las sexualidades de estas culturas se basaban en el sometimiento de un ser humano a otro. Sus poetas rara vez valorizaron el papel sexual receptivo o pasivo.

Los panfletos en respuesta a *Les enfants de Sodome* añaden la causa de los hombres y mujeres homosexuales de todas las edades y clases a la creciente lista de agravios contra el Antiguo Régimen —organizando una asamblea especial de los «más celosos partidarios de la sodomía» en las Tullerías sobre la terraza de los Feuillants para aprobar una lista de demandas¹⁴—, presentan una queja en nombre de las prostitutas y de otras mujeres contra las actividades de los hombres homosexuales¹⁵ y aportan una declaración de solidaridad tríbada, o lesbiana, con los pederastas contra la denuncia de las mujeres heterosexuales.¹⁶ Los panfletos imaginan que los reaccionarios movilizarán a la Asamblea Nacional para intensificar los operativos policiales contra los hombres homosexuales a fin de proteger los intereses morales de las mujeres heterosexuales y los intereses económicos de las prostitutas heterosexuales.

¹³ O «Jardín de la amistad»; *Les enfans de sodomie à l'assemblée nationale* [1790], ed. Patrick Cardon, Lille, Gai Kitsch Camp, 2005, p. 53. Resulta difícil hacerse una idea de la magnitud de las acusaciones de escándalo sexual en París, teniendo en cuenta que muchos de los panfletos de este tipo se han perdido para la historia.

¹⁴ El texto menciona «sodomitas», «antifísicos», «tríbadas», «Berdache» etc. *Les enfants de sodomie...*, p. 46.

¹⁵ «Requête et Décret en Faveur des Putains, des Fouteuses, des Macquerelles et des Branleuses contre les Bougres, les Bardaches et les Brûleurs de Paillasse», *Les enfans de sodomie...*

¹⁶ «La Liberté, ou Mademoiselle Raucourt. À toute la sect anandrine, assemblée au foyer de la Comédie-Française,» *Les enfans de sodomie...*, p. 117.

En el escenario de la Comédie-Française en el Palais-Royal, se escenifica un discurso en boca de Mademoiselle Raucourt, una conocida actriz famosa por sus salones libertinos, declarando la solidaridad trífada con la causa de los sodomitas contra las demandas de las mujeres heterosexuales de un mayor control policial y abogando por una especie de solidaridad representada por aquellos que han «renunciado a follar de la forma ordinaria».¹⁷

El primero de este cómico grupo de panfletos, *Les enfants de Sodome*, describe la formación de una facción política especial —la *Ordre de la Manchette*, u «Orden del Brazalete»— para hacer demandas en el pleno de la Asamblea Nacional, que se reunía a solo unos cientos de metros de distancia. El discurso de un participante anuncia la plataforma revolucionaria: «En el futuro, la antifísica [*l'anti-physique*], burlonamente llamada sodomía por sus detractores, considerada, hasta el día de hoy, un juego ilícito de lujuria debido a siglos de ignorancia, y llamada bestialismo por los hombres de leyes, será una ciencia conocida y enseñada en todas las clases de la sociedad».¹⁸ *Les enfants de Sodome* propone un manifiesto de siete puntos para esta nueva coalición partidista, formulando el derecho de cada uno de sus miembros «a hacer uso de su persona, para dar o recibir, como crea conveniente», en los espacios públicos de las Tullerías, el Panteón y los jardines de Luxemburgo «sin que nadie ponga obstáculo a tales actividades».¹⁹ Exige el tratamiento de las «enfermedades antisociales» y la investigación de una cura, culpando a las prostitutas por la propagación de estas enfermedades entre los antifísicos. Una lista de miembros adjunta a las demandas señala a más de 150 personas por tener inclinaciones y comportamientos sexuales antinaturales, muchas de las cuales serían guillotinas por diversas razones al final de la Revolución.

Estos folletos libertinos —el término «pornografía» no les hace exactamente justicia— señalan un cambio en el discurso sexual, de las sátiras sobre las escapadas sexuales de la vida cortesana, o tal vez incluso de anatomías de sus placeres, a la sátira política sobre la preocupación de la clase burguesa por la sexualidad de las clases populares durante la

¹⁷ «La Liberté», *Les enfans de sodome...*, p. 117.

¹⁸ *Les enfans de sodome...*, p. 54.

¹⁹ *Ibidem*, pp. 53-54.

Revolución.²⁰ En otras palabras, hay un cambio en las alianzas políticas. Indica una transformación de gran alcance del concepto y la función política de la nación, en la que la burguesía comienza a apelar al Estado para vigilar y regular la sexualidad de las clases populares, para neutralizar políticamente el antagonismo de un orden moral alternativo en las calles y los espacios públicos de París. Las razones materiales de esta alianza de clase entre el libertinaje noble y la sexualidad proletaria no son difíciles de imaginar. Vale la pena recordar que Bicêtre y otras prisiones albergaban tanto a libertinos como a vagabundos, a menudo por los mismos delitos contra la decencia pública. Las prácticas policiales se justificaron en términos de preocupación por la higiene y la seguridad, así como por la protección de la decencia y la moralidad de las mujeres. Cada aspecto de esta emergente racionalidad política burguesa es humorísticamente caricaturizado y brutalmente atacado a la vez. Los textos sugieren que junto al proyecto jacobino de promover austeras virtudes republicanas, había una posición desde la cual apreciar las nuevas libertades sexuales desatadas por la Revolución.

***L'amour antiphysique* y el pensamiento de la Ilustración**

Aunque la distinción médica entre la sodomía «como un acto» y la pederastia «como un deseo criminal» aparecería en 1819 con la publicación del *Dictionnaire des sciences médicales*, de sesenta volúmenes, el expediente policial y los filósofos de la Ilustración dejan claro que esta distinción en el pensamiento francés, entre la pederastia como deseo y la sodomía como acto, había estado en funcionamiento y circulación durante más de medio siglo, si no más.²¹

En el lenguaje de los filósofos de la Ilustración, la homosexualidad era el *gôût* o *amour antiphysique*, el gusto o amor contra natura. Los

²⁰ Elizabeth Colwill analiza *Les enfans de sodome* y *Le nouveau Dom Bougre à l'assemblée nationale* en relación con la tradición de la pornografía libertina, de la que considera al Marqués de Sade su cumbre. Sin embargo, esta lectura parece haberse basado en un archivo incompleto, y no hay pruebas de que Colwill conociera algunos de los textos que voy comentar, lo que explica que se centre más en la figura de María Antonieta que en la lucha social más amplia y en el cambio de discurso que expondré en el apartado siguiente; véase Colwill, «Pass as a Woman...», pp. 54-78.

²¹ Thierry Pastorello, *Sodome à Paris, fin XVIII^e-milieu XIX^e siècle: L'homosexualité masculine en construction*, París, Créaphis Éditions, 2011, p. 152

términos estuvieron en circulación desde al menos mediados del siglo XVIII; «antiphysique» se publicó por primera vez en un epigrama obsceno atribuido al infame *littéraire* Jean-Baptiste Rousseau en 1741.²² El concepto aparece en la obra de Diderot y Voltaire. Mientras que Diderot parece admitir que el «gusto antifísico» quizás podría resultar de causas naturales, o de alguna combinación de naturaleza y cultura, tanto Voltaire como Montaigne siguen, más o menos, a Jean-Jacques Rousseau al concebir el crimen contra la naturaleza como producto de una civilización corrupta y de una mala educación, algo que debe ser corregido por leyes y por una pedagogía más acorde con «la Razón». Los internados ocupan un lugar destacado en el relato de ambos filósofos como ejemplos de la forma en que la civilización distorsiona de forma terrible el estado original natural del hombre en la educación moral de los jóvenes. A grandes rasgos, este desencuentro ilustrado representa la manifestación más temprana de la antinomia entre la aparente naturalidad o la construcción cultural de la sexualidad humana.

Entre los comentarios sobre la barbarie de la conquista española del Nuevo Mundo y el descubrimiento del gusto antifísico entre los americanos, Diderot formuló una teoría típicamente excéntrica de su prevalencia en un texto publicado por primera vez en 1772. Descartando la idea de que la práctica fuera el resultado de alguna debilidad física congénita de las razas americanas, Diderot escribe:

Creo que la causa debe ubicarse en el clima cálido, el desprecio por el sexo débil, la insensibilidad del placer en los abrazos de una mujer agotada por el duro trabajo, la variabilidad del gusto —esa peculiaridad que empuja a todos hacia goces insólitos—, la búsqueda de deleites más fácilmente percibidos que honestamente explicados. La causa está quizás en la disposición natural de los órganos [*conformation d'organes*] que puede haber establecido una mayor armonía entre los hombres americanos que entre un hombre americano y una mujer americana. Tal falta de armonía podría haber desarrollado el rechazo de los americanos hacia sus mujeres, así como su gusto por las europeas. Además,

²² «Un vieux paillard, qu'à Rome on accusoit / De pratiquer l'amour antiphysique, / Vit à Paris un Prêtre qu'on cuisoit / Pour même cas dans la place publique. / Hélas, dit-il, le pauvre Catholique, / Que n'est-il né Romain ou Ferrarois? / Pour un écu la Tax Apostolique / L'auroit absous du moins quatre ou cinq fois». *Épigrammes de Jean-Baptiste Rousseau: Publiés sur les recueils manuscrits et les éditions du XVII^e siècle e précédées d'un avant-propos par un bibliophile parisien*, Paris, E. Sansot and Cie, 1911, pp. 55-56.

estas cacerías, que en ocasiones separaban a los hombres de las mujeres durante meses, ¿no deberían acentuar la tendencia de acercar el hombre al hombre? Todo lo demás no es más que la consecuencia de una pasión general y violenta [*d'une passion générale et violente*] que se encuentra también en las historias civilizadas, para las cuales nada es sagrado, ni el honor ni la virtud, ni la decencia ni la integridad, ni las leyes de la sangre ni el sentimiento patriótico. Porque la Naturaleza, que ha ordenado todo para la supervivencia de la especie, poco tiene que ver con la perpetuación de los individuos; preserva la especie sin dar cuenta del sentido de aquellas actividades a las que los pueblos civilizados han atribuido, con razón, ideas de moralidad completamente ajenas a los salvajes.²³

Queda claro por la condena que Diderot hace de «la estúpida barbarie» del gobierno español —«que aprobaba horrores tales» como la matanza sistemática de nativos americanos y «que empleaba perros entrenados para cazar y devorar hombres»— que su fuente sobre la vida y costumbres de los «berdaches» y de las atrocidades españolas cometidas contra ellos es *De rebus oceanicis et orbe novo decades tres* (1533) de Pietro Martire d'Anghiera, en el que se dice que Balboa asesinó a unos cuarenta hombres afeminados miembros del harén del rey panameño Quaraca utilizando perros mastines. El imaginario europeo había llegado a asociar el *goût antiphysique* del Nuevo Mundo con su otro gusto, el de la carne humana, desde estos primeros relatos de la conquista española.²⁴

La visión de Diderot de un mundo natural polimorfo postulaba una praxis filosófica experimental que podía hacer inteligibles para el pensamiento humano procesos naturales tan diversos: «No hay nada en la naturaleza que vaya contra la naturaleza, ni que esté fuera de ella, no excluyo ni la castidad ni la abstinencia voluntaria».²⁵ Esta visión podría, como indica lo anterior, admitir un gusto sexual fuera de las normas europeas con multitud de factores causales, una especie de sexualidad antípoda, si no exactamente antinatural. La perspectiva comparada de esta antropología especulativa no lleva a Diderot a cuestionar las normas sexuales europeas desde la perspectiva de algún estado de naturaleza

²³ Denis Diderot, *Œuvres complètes*, vol. 6, ed. Jules Assézat y Maurice Tourneux, París, Garnier Frères, 1875, pp. 252-253.

²⁴ Trexler, *Sex and Conquest...*, p. 82.

²⁵ Citado en Pastorello, *Sodome à Paris...*, p. 34.

más perfecto o noble, pues considera que la moral ajena a los «salvajes» es producto de una razón superior. La división sexual del trabajo en las sociedades de cazadores-recolectores ocupa un lugar tan importante en su antropología del sexo como la posible incompatibilidad anatómica de los hombres y mujeres indoamericanos. Sin embargo, aunque el gusto sexual mutuo de estos hombres es «contra natura», para Diderot lo es en el sentido estrictamente limitado de ser una variación individual, aunque ampliamente compartida, del gusto que no altera ni contribuye al proceso natural global de reproducción de las especies.

La tesis del artículo de Voltaire sobre el *amour dit socratique* en el *Dictionnaire philosophique portatif* trata la misma antinomia desde un ángulo diferente: «El amor socrático nunca fue un amor infame», escribe. Era una institución militar en algunas ciudades griegas y una institución pedagógica respetada. No fue infame, ya que estaba en conformidad con las leyes, y cita a Layo y a Sexto Empírico como sus autoridades en esta materia. Argumenta, como Diderot, que la raza se destruiría si la conducta exclusivamente pederasta fuera universal, y plantea la siguiente antinomia: si el amor socrático es por tanto «contra natura», ¿cómo pudo haber sido «tan natural» entre los antiguos?²⁶ Responde que aparentemente es un «trastorno» desde la infancia. Voltaire escribe:

Si los jóvenes de nuestra especie se crían juntos, sintiendo esta fuerza que la naturaleza comienza a desarrollar en ellos, y nunca encuentran el objeto natural de su instinto, se abandonan en lo que se asemeja a este objeto. A menudo, un joven de complexión suave, de carácter radiante y de dulces ojos se parece, durante dos o tres años, a una hermosa muchacha; si se le ama es porque la naturaleza se equivoca, se rinde homenaje al sexo al ser atraído por lo que en él hay de bello, y cuando la edad ha disuelto estas semejanzas se acaba el error.²⁷

La pederastia sería, según Voltaire, una fijación homoerótica primitiva o residual de la infancia, en la que los entornos de personas del mismo sexo obligan a sustituir «*l'objet naturel*» por «muchachos hermosos»; no va exactamente contra la naturaleza, ya que los pederastas se sienten atraídos por algo que es de naturaleza semejante. La civilización,

²⁶ Voltaire, *Dictionnaire philosophique, portatif*, Londres, 1764, p. 18.

²⁷ *Ibíd.*, pp. 18-19.

argumenta Voltaire, ha distorsionado la naturaleza al producir situaciones en las que las apariencias de la naturaleza engañan a los chicos para que sustituyan a las mujeres por hombres jóvenes en cumplimiento de las inclinaciones sexuales naturales.

Montesquieu y Cesare Beccaria, por otro lado, estaban de acuerdo en lo relativo a los peligros políticos de las leyes que criminalizaban la pederastia. Argumentan que el ejemplo de los antiguos prueba que las leyes contra la práctica eran fácilmente objeto de tiranía, abriendo la puerta a la calumnia. El «crimen contra natura», afirma Montesquieu en *El espíritu de las leyes* (1748), «no progresará mucho en una sociedad a menos que el pueblo también se incline a él por alguna costumbre».²⁸ «Évitese por tanto la preparación de este crimen», escribe Montesquieu, pensando en instituciones como los ejercicios desnudos de los griegos o los internados de su tiempo; «persígasele por medio de la policía más exacta como todas las violaciones de las costumbres, y se verá muy luego que la naturaleza defiende sus derechos, o los recobra». La naturaleza, argumenta, «ha derramado los placeres con profusión, y colmándonos de delicias, nos prepara con nuestros hijos, que nos hacen, por decirlo así, renacer satisfacciones mayores todavía que sus delicias mismas».²⁹

Como reflejo de su proximidad a la vida social y sexual del mundo mediterráneo, Cesare Beccaria culpa a la institución de las relaciones amo-sirviente de haber producido una forma pederasta de sexualidad entre personas del mismo sexo. Por lo tanto, modifica la crítica popular de la Ilustración a la civilización para atacar la institución socioeconómica del dominio, estableciendo un *continuum* sexual-político entre la esclavitud y las formas sexuales de los antiguos y las relaciones de dependencia que sustentan la sexualidad y la economía de su propia época. «La pederastia», escribe Beccaria:

Se basa menos en las necesidades del hombre libre y aislado que en las pasiones del hombre sociable y esclavizado. Saca su fuerza no tanto de un exceso de placeres como del tipo de educación que comienza por hacer a los hombres inútiles para sí mismos para hacerlos útiles a los

²⁸ Montesquieu, *The Spirit of the Laws*, ed. y trad. Anne M. Cohler, Basia Carolyn Miller y Harold Samuel Stone, Nueva York, Cambridge University Press, 1989, pp. 193-194 [ed. cast.: *El espíritu de las leyes*, Barcelona, Istmo, 2002].

²⁹ *Ibidem*, pp. 193-194.

demás. Es el resultado de aquellas instituciones donde se encierra a la juventud apasionada y donde existe una barrera infranqueable para cualquier otro tipo de relación; todo el vigor natural en desarrollo se desperdicia de una manera que es inútil para la humanidad y que provoca una vejez prematura.³⁰

Beccaria argumenta que los castigos por pederastia deben considerarse injustos mientras una nación no haya intentado «prevenir ese crimen» mediante la liquidación de estas relaciones de dominio que confinan a la juventud y distorsionan sus conductas sexuales. Además, dice, la pederastia y el adulterio «son delitos difíciles de probar, son los que, según los principios aceptados, admiten presunciones tiránicas, de cuasi-pruebas y de semi-pruebas». Son delitos «en los que la tortura ejerce su cruel dominio sobre la persona del imputado, sobre los testigos y hasta sobre toda la familia de un pobre desgraciado».³¹ Lejos de abordar la raíz del problema en la falta de leyes que garanticen la libertad, lejos de liquidar las relaciones de dominio, las leyes contra la pederastia, argumenta, contribuyen activamente a la tiranía.

La ejecución de dos sodomitas infames, Jacques Chausson, llamado «des Étangs», y Jacques-Saunié, llamado «Fabri», en diciembre de 1661, es un ejemplo de la tiranía de esta racionalidad tan antigua. En el relato del abogado Mathieu Marais, los dos fueron «condenados a hacer propósito de enmienda ante Notre-Dame, los llevaron a la Grève para atarlos en el poste de la hoguera, les arrancaron la lengua y ambos fueron quemados vivos junto con las actas del juicio». Con cuerpo y texto «reducido a cenizas, arrojadas al viento», el castigo estipulaba que «[se pagarían] mil seiscientas libras en concepto de daños, una parte a l'Hôpital-Général, la otra al Hôtel-Dieu más ochocientas libras en daños al Châtelet. El resto de sus bienes [debía] ser embargado por el Rey; esto fue así declarado ante varias personas de estatus y otras personas».³²

³⁰ Cesare Beccaria, *On Crimes and Punishments*, trad. David Young, Nueva York, Hackett, 1986 [1764], p. 60 [ed. cast.: *De los delitos y las penas*, Madrid, Tecnos, 2008].

³¹ *Ibidem*, p. 58.

³² Esta sentencia fue descubierta por el abogado Mathieu Marais en 1723 en una revisión de los expedientes penales del Preboste de París; Chausson Mathieu Marais, *Journal et mémoires de Mathieu Marais, avocat au parlement de Paris: Sur la régence et le règne de Louis XV, 1715-1737*, París, Dido Frères, Fils, and Co., 1864, p. 65.

El castigo se ajusta en gran medida al patrón establecido por Foucault, como una cruda confrontación entre el poder del crimen y el poder del rey, del crimen como ofensa contra los derechos del rey.³³ Sin embargo, en la descripción de Marais ya podemos ver los destellos de una racionalidad ilustrada operando en las dispensas para las instituciones del sistema de justicia penal. Como se ha descrito, la ejecución pública todavía estaba investida de una cosmología medieval del castigo: el poder soberano se enfrentaba al cuerpo del condenado con una abrumadora demostración de fuerza. En el hecho de arrancar las lenguas queda un residuo del paradigma medieval que asociaba la sodomía con la herejía.

La palabra *bugger* [sodomita], derivada del latín *bulgarus*, o «Bulgaria» —fue originalmente un nombre dado a una secta de herejes de la región en el siglo XI, y posteriormente a todos los «herejes» asociados con «prácticas abominables»—. Este paradigma medieval, presente solo de forma fantasmagórica en la espectacular ejecución de Chausson y Jacques-Saunié, estaba reñido con los principios rectores del trabajo policial en el París del siglo XVIII. El Estado absolutista casi nunca ejecutó a sodomitas por sodomía como tal. Solo siete hombres fueron declarados culpables de sodomía y condenados a ser quemados en la hoguera en el París del siglo XVIII; los registros existentes de las ejecuciones finales por el crimen demuestran que la mayoría de estos hombres fueron castigados por monstruosos abusos de poder: clérigos que agredieron sexualmente a niños, nobles que secuestraron y asesinaron niños o los vendieron como esclavos sexuales a otros aristócratas. La sodomía tenía que ser agravada por otros crímenes más monstruosos para ser castigada con la hoguera.³⁴

El paradigma de estas ejecuciones finales era un residuo de la episteme medieval: nunca podría haber servido al propósito de aterrorizar a los sodomitas parisinos, ya que las ejecuciones eran raras y las que se produjeron solían ser casos especialmente corruptos. El paradigma, que asociaba la sexualidad monstruosa con un abuso de poder tiránico, dio su último suspiro a fines del siglo XVIII; en su encarnación final, había perdido sus dientes: lo que una vez fue considerado un crimen capital cuando se asoció con el abuso de poder se había convertido en un tema de rumores y de difamación.

³³ Foucault, *Discipline and Punish...*, p. 48; Foucault, *Abnormal...*, pp. 93-94.

³⁴ Crompton, *Homosexuality and Civilization...*, pp. 448-449.

Hay una notable excepción al patrón anterior, si se puede decir que un número tan pequeño de ejecuciones proporciona la base para cualquier tipo de patrón: el castigo de dos trabajadores muy jóvenes, Bruno Lenoir y Jean Diot, un aprendiz de carpintero y un carnicero de oficio, de dieciocho y de veinte años. Los dos fueron detenidos una noche mientras estaban borrachos y practicando un acto de sodomía en la rue Montorgueil y fueron quemados públicamente en la place de Grève el 6 de julio de 1750. Según un contemporáneo, el abogado Edmond Jean-François Barbier, su sentencia fue excepcional, «ya que estos dos trabajadores no tenían relaciones con personas distinguidas, ni en la corte ni en la ciudad, y no hicieron acusaciones contra nadie más».³⁵ No habían calumniado a nadie. A pesar de afirmar que su ejecución «fue hecha para dar ejemplo, sobre todo porque se dice que el crimen se está volviendo muy común, y que hay muchos hombres en la Bicêtre por ese hecho», Barbier indica que su sentencia no fue anunciada públicamente por un pregonero, «aparentemente para ahorrarles a todos el nombre y la naturaleza del crimen».³⁶

Solo queda un rastro de la cosmología medieval en el castigo. Lejos de ser un anacronismo, la ejecución de Lenoir y Diot en 1750 ilustra el surgimiento de un nuevo paradigma que opera dentro del antiguo aparato punitivo de las ejecuciones públicas. La preocupación por la infamia del crimen había provocado un cortocircuito en el patíbulo. La descripción de Barbier expresa una contradicción política entre el viejo imperativo de dar un ejemplo con estos trabajadores que tuvieron relaciones sexuales entre ellos tan públicamente y una preocupación nueva y predominante de que publicitar su crimen simplemente haría que se repitiera. La revuelta del crimen fue respondida por un mudo ejercicio de fuerza. Aparentemente, la recitación ritual del crimen se abandonó por razones de decencia pública, pero probablemente hubo otras razones. Lejos de servir como elemento disuasorio del delito, se temía que su publicidad pudiera multiplicarlo. El hecho de que estos hombres fueran trabajadores y no aristócratas corruptos sin duda hizo que la ejecución resultara problemática; el hecho de que el crimen, como Barbier

³⁵ Edmond Jean-François Barbier, *Chronique de la régence et du règne de Louis XV, 1718-1765: ou Journal de Barbier, avocat au parlement de Paris*, vol. 4, París, Charpentier, 1857, p. 447.

³⁶ Barbier, *Chronique de la régence...*, pp. 447-448.

se cuida de mencionar, se estuviera «volviendo muy común» implica que anunciar el crimen podría haber corrido el riesgo de desencadenar la ira popular de las multitudes que asistían al espectáculo.³⁷

En cualquier caso, el ejemplo de estas dos ejecuciones, separadas por poco más de un siglo, señala un giro político. El castigo de 1750 anunciaba una nueva lucha por el orden moral y sexual de los espacios públicos que duraría más de un siglo. La burguesía, en el proceso de esta lucha, llamaría a las instituciones de la medicina y del derecho a constituir un poder de conocimiento y regulación sobre las relaciones sexuales públicas entre hombres y prostitutas. Estos hombres y mujeres de clase trabajadora anunciaban una libertad para expresar y disfrutar públicamente de sus deseos que reflejaba el libertinaje de las clases nobles, pero con una diferencia. Si los libertinos habían alterado las distinciones burguesas entre actos privados y espacios públicos, lo hicieron solo de palabra o como gesto; los proletarios alteraron esta frontera con actos. Si los libertinos disfrutaban de esta libertad sobre la base de su estatus privilegiado en el Estado absolutista y a la relativa reclusión de palacios, jardines privados y estancias interiores, los proletarios la disfrutaban como fruto de una lucha por el uso del espacio público.³⁸ A diferencia de los textos libertinos, cuya circulación, en cualquier caso, estuvo siempre muy limitada a las élites literarias, esta nueva figura del sexo en público no podía ser censurada ni suprimida. Esta nueva especie de libertad sexual requería la intervención de cuerpos armados de hombres.

Los textos mencionados anteriormente se destacan por ubicarse en el cruce de un discurso más antiguo, que denuncia el libertinaje de los nobles, y una lucha por el poder en la vida cívica absolutamente nueva, una lucha lanzada por la burguesía y dirigida a reprimir la sexualidad de las clases populares durante el periodo revolucionario. Con *Le nouveau tableau de Paris*, observamos al burgués interpretando su legitimidad política al margen del mundo externo de las relaciones sociales, planteando su derecho moral a gobernar por encima y en contra de estos espectáculos públicos de sexo, que son en sí mismos, según esta

³⁷ Foucault, *Discipline and Punish...*, p. 285.

³⁸ Para esta puesta en escena, véase la hermosa novela *No Tomorrow*. Vivant Denon, *No Tomorrow*, trad. Lydia Davis, Nueva York, New York Review Books Classics, 2009.

perspectiva, síntomas de la decadencia del Antiguo Régimen al que una generación posterior de científicos de la raza se referiría como la «sociedad de los hombres enfermos». ³⁹ De hecho, esta perspectiva es solo la falsa conciencia de la burguesía revolucionaria, ya que, como demostrarían las campañas para suprimir la sexualidad de las clases populares durante el largo siglo XIX, el fenómeno social en cuestión era históricamente nuevo.

Aunque los textos obscenos que publicitaban las travesuras sexuales de la corte bajo Luis XV y Luis XVI habían reducido ese límite entre el acto privado y el espacio público, esto tuvo lugar solo en panfletos y chismes limitados a un pequeño círculo, dentro de una estrecha — aunque no menos significativa simbólicamente— economía de representaciones y gestos conectados con la función política de lo público bajo el Antiguo Régimen. ⁴⁰ Estas libertades y gestos sexuales todavía estaban atrapados dentro de esa vieja forma social, restringida por lo que Jürgen Habermas ha identificado en *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*, como el orden de «la publicidad representativa». De la vida cortesana del siglo XVIII, que alcanzó su apogeo en la etiqueta ceremonial de Versalles bajo Luis XIV, Habermas escribe:

La capa señorial de la nobleza cortesana ofrece la base de una sociabilidad —altamente individualizada en todos los ceremoniales—, a aquella esfera propiamente libre, pero claramente demarcada, de la «buena sociedad» formada en el siglo XVIII, después de que, sobre la base de la economía mercantil precapitalista, los poderes estatales nacionales y territoriales hubieran surgido y hubieran sido minados los fundamentos feudales de la dominación señorial. La última forma de la publicidad representativa, contraída y retirada en la corte del monarca y, al mismo tiempo, agudizada, es ya una reserva en medio de una sociedad que se está separando del Estado. Solo ahora comienzan a escindirse las esferas pública y privada en un sentido específicamente moderno. ⁴¹

³⁹ Julien-Joseph Virey, *De la femme: Sous ses rapports physiologique, moral et littéraire*, París, Chez Crochard, 1825, p. 369.

⁴⁰ Jeffrey Merrick, «The Marquis de Villette and Mademoiselle de Raucourt: Representations of Male and Female Sexual Deviance in Late Eighteenth-Century France» en Merrick y Ragan, *Homosexuality in Modern France...*, pp. 30-53.

⁴¹ Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere...*, pp. 10-11.

Esta separación histórica entre el Estado y la sociedad, entre lo privado y lo público, fue la condición previa necesaria para una politización del sexo más allá de la difamación y la calumnia. Sin duda, estos viejos modos de politizar el sexo encontrarían un nuevo impulso en las primeras democracias modernas. La sexualidad pública de la vida cortesana, por muy sociable o educada que fuera, era vulnerable a los ataques morales y políticos debido a su discontinuidad con la vida social centrada en la familia, las relaciones de propiedad y las costumbres de la sociedad burguesa emergente.⁴² Esta publicidad sexual estaba estrechamente vinculada a la percepción burguesa de la corrupción real y nobiliaria durante la Revolución francesa; el libertinaje era uno de los muchos agravios que animaban la lucha burguesa. La libertad sexual de la nobleza fue sin duda tomada como un ejemplo de la publicidad representativa en su forma final en las sociedades occidentales.

La blasfemia humorística del discurso erótico sobre los cuerpos reales y nobles es un indicador del abismo que separa esta última duplicación del cuerpo real de las procesiones fúnebres medievales que Ernst Kantorowicz ha explicado tan memorablemente con la doctrina jurídica de «los dos cuerpos del rey». Esas procesiones, escribe Kantorowicz, presentaban «la siniestra yuxtaposición de un cadáver en descomposición y de una dignidad inmortal, como muestran los monumentos sepulcrales, o la fuerte dicotomía del lúgubre cortejo fúnebre que rodea el cadáver y la carroza triunfal de una efigie-maniquí envuelta como un regalo», una duplicidad que reflejaba el mismo mundo intelectual que el discurso solemne de los juristas sobre el derecho divino de los reyes.⁴³ Mientras que la efigie y el cadáver del cortejo fúnebre representaban la contradicción entre un cuerpo mortal creado por Dios y un cargo inmortal creado por el hombre, los textos libertinos exhibían un cuerpo erótico —igualmente sujeto al placer exquisito y a la decadencia, un sujeto esclavizado a sus apetitos sexuales— como el doble del poder gubernamental. La yuxtaposición no es menos siniestra; donde el cadáver real una vez provocó reflexiones solemnes sobre el cuerpo político, el cuerpo erótico solo provocó risas. Esta carcajada sobre la sexualidad de

⁴² *Ibidem*, p. 50.

⁴³ Ernst Kantorowicz, *The King's Two Bodies: A Study in Mediaeval Political Theology*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 1997, p. 436.

los de sangre azul también surgió del mismo mundo intelectual de sentimientos y pensamientos que llevaba a los hombres a cortar la cabeza de su rey.⁴⁴ El cuerpo noble exhibido en flagrante delito aparecía junto con la indignidad mortal del cargo.

Tanto con respecto del libertinaje aristocrático como de la familia burguesa, los pederastas representaban una nueva especie de acto ejemplar y de personalidad sexual. Su rango procedía de las mismas clases populares que los *sans culottes*: artesanos, operarios de servicios, aprendices, personal doméstico y otros trabajadores más informales. Según el análisis de un historiador de los registros policiales de 1770 a 1780, los oficiales arrestaron principalmente a trabajadores de los sectores económicos formales e informales, de entre quince y treinta y cinco años, por sodomía; casi todos los arrestados eran personas de la calle de mala fama. El problema no era simplemente ofrecer sexo abiertamente en la calle, algo que había sido una característica más o menos constante de la vida en París y una preocupación para la autoridad policial desde su establecimiento a mediados del siglo XVII. Además, los sodomitas y las prostitutas habían comenzado a participar en actos sexuales al aire libre, con flagrante desprecio por las nociones burguesas de decencia pública, en los centros de la vida cívica de París. Los pederastas eran antisociales en este sentido limitado. Crearon y mostraron una serie de personajes como en un teatro sexual callejero, adoptando sobrenombres como La Baronne, La Comtesse, La Tante y Le Môme, cultivando una sensibilidad camp y atrayendo a una audiencia continua de admiradores y de espectadores. Fue esta cultura del sexo, teatral y públicamente visible, la que fue objeto de una amplia literatura de panfletos en contra y a favor de estos hombres y mujeres en el primer año de la Revolución.

⁴⁴ Foucault escribe que en el siglo XVIII «una trasposición, en otras formas, de los procedimientos utilizados por la nobleza para señalar y mantener su distinción de casta; pues la aristocracia nobiliaria también había afirmado la especificidad de su cuerpo, pero por medio de *la sangre*, es decir, por la antigüedad de las ascendencias y el valor de las alianzas; la burguesía, para darse un cuerpo, miró en cambio hacia la descendencia y la salud de su organismo. El sexo fue la “sangre” de la burguesía. Y no es un juego de palabras: muchos de los temas propios de las maneras de casta de la nobleza reaparecen en la burguesía del siglo XIX, pero en forma de preceptos biológicos, médicos, o eugenésicos». Foucault, *History of Sexuality*, vol. 1..., p. 123.

El Campo de Marte

La procesión de la Fête de la Fédération comenzó al amanecer del primer aniversario de la toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1790. Cerca de medio millón de soldados y ciudadanos se reunieron en el Campo de Marte para jurar públicamente la unidad nacional. Ciento cincuenta mil soldados, marineros, jinetes, granaderos y veteranos fueron seleccionados como delegados oficiales de los distritos locales de todos los departamentos de Francia. Se organizaron festivales locales en las provincias para prestar el mismo juramento que los reunidos en París al mediodía. El marqués de Lafayette, general de la guardia nacional, se colocó sobre un altar construido para la ocasión y se dirigió a los reunidos en el Campo de Marte con el juramento de «permanecer unidos con todos los franceses por los lazos indisolubles de la fraternidad».

Los cañones dispararon una salva mientras las miles de personas reunidas declaraban: «Lo juro». ⁴⁵ «Después del juramento», según el relato de la periodista Camille Desmoulins, «hubo un espectáculo conmovedor de soldados-ciudadanos abrazándose unos a otros». ⁴⁶ Así, el ejército revolucionario fue instaurado con un exuberante juramento de fraternidad, ese grito de guerra de los jacobinos y de otros grupos, y la tradición caballeresca de una hermandad de armas fue adaptada al nuevo ejército de ciudadanos democráticos como un símbolo del fin del Antiguo Régimen. ⁴⁷

Bajo el Antiguo Régimen, el ejército real se componía de unos 280.000 hombres; el cuerpo de oficiales era competencia exclusiva de la aristocracia. El tamaño del ejército casi se duplicó cuando 100.000 hombres se alistaron en 1791 y otros 150.000 se unieron en 1793. Tras la toma de las Tullerías y la caída de la monarquía el 10 de agosto de 1792, la mayoría de los líderes aristocráticos de la guardia nacional habían huido o habían sido expulsados. Muchos de los mercenarios contratados habían dejado el ejército, ya que los salarios fueron

⁴⁵ Brian Joseph Martin, *Napoleonic Friendship: Military Fraternity, Intimacy, and Sexuality in Nineteenth-Century France*, Durham, University of New Hampshire Press, 2011, p. 19.

⁴⁶ Citado en Martin, *Napoleonic Friendship...*, p. 25.

⁴⁷ Michel Vovelle, *La chute de la monarchie, 1787-1792: Nouvelle histoire de la France contemporaine*, París, Éditions du Seuil, 1972, pp. 1:144-145.

irregulares durante la Revolución. Las reformas de 1793 establecieron una escala salarial común, uniforme y nivelada. Los oficiales eran promovidos según el mérito, el talento y la experiencia desde un cuerpo de suboficiales, con un tercio completo de estos cargos elegido por voto popular.⁴⁸ Con la *levée en masse* de 1793, el servicio militar se restringió a los solteros con edades de entre dieciocho y veinticinco años, y más de 300.000 campesinos, trabajadores, artesanos, clérigos y pequeños burgueses fueron reclutados para el servicio militar. Este crecimiento explosivo de un ejército de ciudadanos solteros no estuvo exento de ciertas consecuencias sexuales. «Con la noticia del juramento de la federación», se quejan las mujeres de provincias en un panfleto obsceno de 1791, «teníamos alguna esperanza de tranquilidad. Nos dijimos internamente: “La promesa que permitirá a nuestros maridos no tener nada que ver con el ejército de Francia intimidará a la aristocracia; desistirán de sus maniobras, la felicidad y la alegría renacerán para nosotras”. Pero, ¡ay, qué equivocadas estábamos!».⁴⁹ El folleto continúa:

Usan otra estratagema; pagan para enviar a los sinvergüenzas a los burdeles de París, donde se follan a las mujeres que están en el vil oficio de cortesanas. Les han pegado todo tipo de enfermedades, y estas niñas mimadas andan por todos los espacios públicos, por todos los paseos y lugares que han sido preparados para agasajarlas.⁵⁰

Mademoiselle Sophie, «presidenta de los burdeles», responde a la queja de estas mujeres de provincias, diciendo: «Es verdad, y ese es nuestro problema, como buenos patriotas, todos nos sentimos atraídos con demasiada facilidad por los defensores de la patria. Desde la Revolución, los vencedores de la Bastilla, los viejos guardas franceses y los amigos de la libertad que dejaron sus regimientos para unirse a nosotros, nos han inspirado tal entusiasmo que cada una de nosotras desea recompensar su valentía, como las mujeres lacedemonias, compartiendo los encantos que la naturaleza nos ha dado con ellos y con la burguesía». ⁵¹ El análisis

⁴⁸ Martin, *Napoleonic Friendship...*, pp. 34-35.

⁴⁹ *Les confédérés vérolés et les plaints de leurs femmes aux putains de Paris*, Neuchatel, Les Presses de la Société, 1873, pp. 3-4.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 4.

⁵¹ *Ibidem*, p. 6.

de las guerras revolucionarias francesas abre una perspectiva comparada sobre cómo la guerra transformó el ejercicio de la hegemonía sexual de las sociedades francesa e inglesa. Si París fue la sede de un nuevo tipo de modernidad política, una ruptura con el Antiguo Régimen, Londres fue la sede de un nuevo orden económico centrado en los avances en el modo de producción. En tanto el Estado revolucionario creó una nueva cultura democrática de hacer la guerra, también necesitó una nueva politización de la sexualidad. El libertinaje representa la encarnación final de una forma más antigua de publicidad representativa ligada a una clase guerrera. La democratización de la guerra amplió el alcance y la escala de una cultura libertina y también amplió el impacto de las enfermedades de transmisión sexual. De hecho, estos tres procesos — la movilización para la guerra seguida de la politización del sexo y la propagación de la sífilis y la gonorrea— irían de la mano durante los siguientes doscientos años.

Richard Jennings o la epistemología del armario de los monos⁵²

En 1841, París hizo historia al instalar los primeros urinarios públicos estandarizados a lo largo de sus concurridas calles. Con un sobrenombre en honor al conde de Rambuteau,⁵³ el pionero ingeniero civil e higienista que comenzó muchos de los proyectos de modernización por los que Haussmann a menudo recibe el crédito, los urinarios eran estructuras increíblemente fálicas, que se elevaban más de tres metros sobre la calle, rematadas con un glande redondo. Un cuartito ubicado dentro la columna cilíndrica proporcionaba un espacio discreto para el cumplimiento de la función corporal en cuestión.

⁵² Referencia al libro clásico de Eve Kosofsky Sedgwick, *Epistemología del armario*, uno de los libros fundadores de la teoría queer [N. del T.]

⁵³ La oposición al gobierno se burlaba de estos urinarios llamándolos «columnas Rambuteau», porque fue él quien instaló los primeros urinarios en 1834 (aunque aquí el autor lo data en 1841). El propio Rambuteau, prefecto del Sena, los renombró como «columnas vespasianas», para hacer frente a esa expresión que utilizaba su nombre, sin mucho éxito, ya que se siguió utilizando incluso en el siglo XX. Por ejemplo, Marcel Proust los menciona —«édicules Rambuteau»— en *Le Temps retrouvé*. [N. del T.]

Sin embargo, esta aportación municipal de servicios sanitarios no pudo acabar con la costumbre de los hombres parisinos de hacer sus necesidades donde les pareciera conveniente; el número de columnas erigidas nunca pudo satisfacer la demanda. En abril de 1843, la *Gazette Municipale* informó que los hombres continuaban orinando al aire libre en las calles; las mujeres y los niños burgueses ya no podían asomarse a sus ventanas ni salir de sus casas sin sufrir «ultrajes contra la moral», pues «la decencia pública se daña demasiado profundamente y con demasiada frecuencia por estos espectáculos innobles que las autoridades no vigilan ni reprimen gravemente».⁵⁴ Incluso cuando los hombres usaban las columnas Rambuteau, las mujeres aún podían vislumbrar un pene desde la calle, y exigieron que se erigieran tabiques alrededor de las columnas para bloquear todas las líneas de visión.

Estas eran estructuras primitivas de tipo sanitario —básicamente, losas de hierro sin desagüe—. Se erigieron estructuras en toda Europa a mediados del siglo XIX a partir, más o menos, del mismo principio arquitectónico, en el exterior de los bares, en callejones y parques. El texto pionero de James Wright de 1891 para ingenieros sanitarios, titulado *Plumbing Practice*, describe el sentimiento burgués de rechazo hacia estos urinarios en Londres:

Al entrar en uno de estos lugares, los ojos de la persona comienzan a llenarse de lágrimas, y el dolor de las fosas nasales es similar al que se siente justo antes de un ataque de estornudos, tan fuertes son los vapores amoniacaes. Aunque estos lugares son de uso público, gran parte de ellos son de propiedad privada. Cuando su estado es tan malo que puede suponer un problema público, a veces se lavan, y se les puede aplicar una capa de cal blanca en las paredes. A los pocos días, estas paredes blancas se encuentran invariablemente cubiertas con textos repugnantes y con folletos de médicos charlatanes. Cuanto antes las autoridades sanitarias localicen y cierren estos lugares, mejor será para aquellas personas desdichadas que residen cerca de ellos, y para quienes, por pura necesidad, deben utilizarlos.⁵⁵

⁵⁴ Citado en Claude Maillard, *Les vespasiennes de Paris ou les précieux édicules*, París, La Jeune Parque, 1967, p. 31.

⁵⁵ James Wright, *Plumbing Practice*, Londres, Engineering and Building Record, 1891, p. 246.

Estas dos fuentes primarias bastante típicas expresan el tipo de indignación que estos servicios municipales provocaron en el público del siglo XIX. Hubo una riada virtual, por así decir, de discursos de la clase media, predominantemente femenina, sobre la colocación de urinarios en las grandes ciudades de Gran Bretaña y el norte de Europa. Mientras que orinar en la calle aparentemente causaba un «ultraje contra la moral», la colocación de urinarios podría causar una «molestia pública», que abarcaba desde los panfletos, el hedor y los grafitis sexuales detallados por Wright, hasta el merodeo, el ligue callejero, la masturbación y el sexo entre hombres, algo que preocupaba a la policía de las principales ciudades de Europa en ese momento.

Para expresar el problema político al que se enfrentaban estos reformadores sanitarios de mediados del siglo XIX con la mayor claridad posible: las mujeres de clase media consideraban que ver los penes y las funciones uretrales de los hombres era un «atentado contra la decencia» y exigían que las autoridades municipales contuvieran o encerraran estas actividades dentro de una arquitectura que los protegiera de la vista; sin embargo, la nueva arquitectura de encierro concentró el ejercicio de estas funciones corporales alrededor de unos pocos puntos centrales a lo largo de vías transitadas e intensificó eróticamente la experiencia de orinar en público, al proporcionar un espacio urbano semiprivado para personas del mismo sexo. Eran, por decirlo en sentido figurado, templos del erotismo uretral. Las respuestas subjetivas de las mujeres burguesas y de los hombres de clase obrera que acudían al recinto arquitectónico de la micción pública fueron parte de una nueva lucha política por la presencia del falo en el espacio público, y dicen mucho sobre la gran división de la subjetividad psicosexual entre la burguesía y la clase trabajadora, entre hombres y mujeres, y sobre las diferentes nociones de libertad sexual, que eran mutuamente excluyentes y competían entre sí.

Esta lucha sexual del siglo XIX por el falo se puede esbozar a grandes rasgos así: la entrada y la influencia de las mujeres de clase media en la esfera pública es el factor decisivo en el cambio de las normas de la vigilancia urbana en torno a las manifestaciones públicas de la sexualidad, es decir, la prostitución y la homosexualidad. Las mujeres de clase media ampliaron las normas domésticas de consentimiento sexual (consentimiento a presenciar actos sexuales) de sus propios hogares a los espacios públicos en los que se movían. Durante el siglo XIX y gran

parte del siglo XX, los hombres y mujeres de clase trabajadora no disfrutaban de ningún tipo de «intimidad» en sus propios hogares, ya que cinco o más personas vivían hacinadas en una habitación en pensiones o con familiares. La única privacidad que tenía la clase trabajadora era, paradójicamente, en público. A medida que las mujeres de clase media ampliaron estas normas domésticas a los espacios públicos, la esfera pública anteriormente dominada por los hombres fue, a lo largo del siglo XIX, convertida en algo doméstico. La historia material de los urinarios y la historia social de su ubicación en el espacio urbano demuestra la creciente influencia de las preocupadas mujeres de clase media. Como indica el ejemplo de Manchester, las mujeres pidieron la construcción de urinarios para prevenir la «indecencia pública» y luego los expulsaron de los vecindarios cuando se convirtieron en centros de actividad homosexual.

Durante el siglo XIX, el diseño de los urinarios pasó de una especie de comunismo primitivo de artesa abierta o losa sin desagüe a una arquitectura individualizada de espacios compartimentados, cubetas esmaltadas y desagües para hacer que la orina, junto con sus ofensivos vapores amoniacales, desaparecieran. El diseño de George Jennings para lo que llamó «armarios del mono» popularizó esta nueva arquitectura. Sus urinarios se instalaron por primera vez en el Crystal Palace en la Exposición Universal de 1851, y fueron lo más destacado de la feria para muchos de sus contemporáneos. Sus diseños se instalaron por toda Europa y fueron imitados por las autoridades municipales y otras empresas de fontanería de todo el mundo.

Este cambio en la práctica de la fontanería coincide con el cambio a mediados del siglo XIX hacia una esfera pública feminizada, así como con la definición psicológica de la homosexualidad por parte de la medicina forense en Francia y Alemania. El cambio arquitectónico, hacia tabiques y urinarios individualizados, asignó a cada hombre su propio sexo, así como la disposición ansiosa por el sexo del hombre que no podía ver. Sus fluidos corporales ya no se mezclaban con los de otros hombres y ahora desaparecían por un desagüe. El diseño de los urinarios durante este periodo refleja nuevos tipos de preocupaciones sobre la actividad homosexual en los *pissoirs*. El ejemplo del diseño popular de George Jennings podría considerarse una expresión arquitectónica

de las normas sexuales contradictorias y de los nuevos placeres sexuales engendrados por los sentidos burgueses de la propiedad.

Sería interesante considerar esta tecnología patentada como un precursor de las arquitecturas comerciales posteriores del sexo homosexual como las saunas, las salas de videojuegos y las aplicaciones móviles actuales como Grindr y Scruff. Pero una mirada a los grabados del libro de patentes de George Jennings, analizados en relación con el concepto de «epistemología visual» de Johanna Drucker, pone de relieve las preocupaciones de los contemporáneos de Jennings. Drucker argumenta que los grabados y las impresiones influyeron en la producción del conocimiento científico al servir «como un espacio para intercambios intersubjetivos entre profesionales, contribuyendo a la creación de una comunidad científica». ⁵⁶ El estatus científico de estas imágenes no logra enmascarar los impulsos contradictorios que motivan a los reformadores burgueses del espacio público. Teniendo en cuenta cómo se utilizaron estas imágenes para comercializar urinarios, ¿debería considerarse inconsciente el contenido homoerótico de estas imágenes? ¿O es el homoerotismo del armario del mono precisamente uno de los atractivos para los reformadores urbanos? La yuxtaposición del texto —que detalla algunos de los debates entre reformadores, comerciantes y otras personas preocupadas por los delitos contra la decencia, por la colocación de un urinario en Tottenham Court Road en el área de St. Pancras— con una imagen que muestra a un caballero llamando a una diligencia mientras familias con mujeres y niños pasean sin prestar atención a la estructura en la acera al lado, plantea una serie de preguntas.

¿Qué pretendía comunicar esta imagen? ¿Es la presencia inofensiva del urinario en el espacio público? ¿Por qué hay hombres mero-deando fuera? ¿Y qué está pasando dentro de este espacio? El grabado nos permite vislumbrar una figura masculina en el lado derecho de la estructura, justo dentro de la entrada, de espaldas a nosotros, con los codos hacia afuera, como si estuviera sosteniéndose el miembro o desabrochándose los pantalones; sin embargo, el plano arquitectónico de la estructura muestra que el urinario más cercano está en la dirección opuesta, a unos tres metros de distancia. ¿Estamos interpretando

⁵⁶ Johanna Drucker, *Graphesis: Visual Knowledge Production and Representation*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2014, p. 2.

homoerotismo en estas imágenes, o es precisamente así como se percibían en su momento? Si el contenido de estas imágenes es inconsciente, ¿se sumó esto al atractivo del diseño?

La sexualidad europea en la *longue durée*

Estas imágenes aparecen en el nexo entre una sexualidad parcialmente obsoleta, característica de la transición a las relaciones salariales capitalistas en las metrópolis del imperio mundial, y otra sexualidad más moderna, que hoy nos es familiar. Pero arrojan luz sobre un proceso contradictorio, cuya forma hemos comenzado a esbozar en los capítulos anteriores. Aun así, quedan muchas preguntas sobre el mecanismo de este proceso. ¿Cómo disolvió y reconstruyó el desarrollo capitalista las estructuras familiares orgánicas de la Europa feudal? ¿Qué papel juega esta disolución / reconstrucción de la familia en la reproducción de las relaciones sociales capitalistas? ¿Este desarrollo favoreció las culturas de la homosexualidad durante el periodo moderno y, de ser así, por qué y cómo?

El valor de estos enfoques históricos se analiza con más detalle en el capítulo siguiente, pero baste decir que un enfoque verdaderamente comparativo del desarrollo económico y de la sexualidad solo es posible con un enfoque teórico que ponga en primer plano el desarrollo desigual y combinado del sistema mundo capitalista. Los desarrollos en un sector del sistema económico mundial, tales como el desarrollo temprano de la manufactura a gran escala y la maquinofactura en las ciudades textiles inglesas de mediados del siglo XVIII, junto con las formas sexuales correspondientes, no son generalizables a otros contextos de desarrollo.

Es importante señalar que la mayoría de los análisis no explican los orígenes agrarios del sistema capitalista. En mi enfoque, las relaciones de propiedad se entienden, tal y como las define Robert Brenner, como «las relaciones de los productores directos con los medios de producción, y entre sí, que *les permiten reproducirse tal como eran*. Según esta explicación, lo que distingue a las relaciones de propiedad precapitalistas —asiáticas, antiguas, feudales— es que proporcionaban a los productores directos todos los medios de reproducción».⁵⁷ Los

⁵⁷ Robert Brenner, «Bourgeois Revolution and Transition to Capitalism» en A. L. Beier, David Cannadine y James M. Rosenheim (eds.), *The First Modern Society: Essays in English History in Honour of Lawrence Stone*, Cambridge, Cambridge University Press, 1989, p. 286.

campesinos como «comunidades de agricultores» podían mantenerse como propietarios de los medios de producción, pero no podían invertir en el desarrollo ulterior de sus fuerzas productivas más allá de un cierto límite. Las sociedades caracterizadas por este tipo de relaciones de propiedad están determinadas por ciclos de escasez y abundancia. La temprana transición de Inglaterra a las relaciones de propiedad capitalista tuvo que ver con su estructura de clases, en la que los señores cooperaban con el Estado absolutista para liquidar los antiguos derechos de los campesinos, logrando invertir en medios de producción de sus latifundios.

La situación era diferente en el continente, donde las poblaciones urbanas (sobre todo, en París) respondieron a la escasez enfrentándose directamente al Estado como fuerza política. En Francia, la monarquía absolutista trabajó para socavar los poderes de la «nobleza obliga», nombrando a miembros de la burguesía para puestos administrativos, ampliando el personal de la burocracia y gravando directamente al campesinado para pagar este enorme edificio estatal. Este interés económico explica por qué la Corona francesa apoyó durante tanto tiempo los derechos y privilegios tradicionales de los pequeños propietarios campesinos contra la intrusión señorial: los campesinos representaban una importante fuente de ingresos. Este modelo combinado de propiedad evitó durante mucho tiempo la transformación del campesinado francés en un proletariado urbano asalariado en Francia, al tiempo que intensificó la confrontación política entre el Tercer Estado y el rey.

Aunque lo anterior no es una descripción completa ni indiscutible de la transición del feudalismo al capitalismo, sí explica en parte por qué las experiencias británica y francesa son excepcionales. Lo esencial que hay que comprender acerca de las relaciones de propiedad feudal es que los campesinos no tenían que «alquilar la tierra o buscar empleo asalariado para sobrevivir» porque podían reproducirse directamente como comunidades de agricultores.⁵⁸ Hay dos cosas más que vale la pena señalar sobre esta relación social: primero, la propiedad de los medios de producción solo podía reproducirse dentro de las unidades familiares. Así, la propiedad se reproducía directamente a través de la procreación biológica, y esto se producía en condiciones de altas tasas

⁵⁸ Brenner, «Bourgeois Revolution...», p. 286.

de mortalidad infantil, al menos en comparación con las de las sociedades capitalistas avanzadas de principios del siglo XX. En segundo lugar, los gobernantes solo podían mantenerse apropiándose de un excedente a través de la coerción extraeconómica, por la fuerza. La política era una confrontación extraeconómica entre comunidades señoriales de fuerza y comunidades campesinas de agricultores que se mantenían a través de la producción artesanal y la agricultura a pequeña escala, implicando a todos los miembros de la familia.

Como señala Wally Seccombe en *A Millennium of Family Change*, la sexualidad humana estaba limitada por las relaciones de propiedad feudales ya que los aumentos de población implicaban necesariamente una subdivisión de las tierras por debajo del nivel de subsistencia. En la transición al capitalismo, un poder político extraeconómico extractivo basado en la propiedad campesina fue lentamente reemplazado por un poder político-económico productivo que, al limitar los derechos tradicionales de los campesinos, instauró un nuevo sistema de relaciones sociales asalariadas, que eran la condición previa necesaria para la inversión de capital en la tierra. Antes de la llegada de estas relaciones sociales capitalistas, la pertenencia de la persona a una comunidad centrada en la familia influía en sus opciones vitales. Así, el poder señorial para extraer un excedente se basa a su vez en una especie de parasitismo de la unidad familiar sobre las facultades productivas de sus miembros individuales, una versión feudal de la antigua *patria potestas*. La familia influía en el poder político. De la misma manera que el desarrollo de las fuerzas productivas se vio frenado por la propiedad campesina a pequeña escala, el desarrollo del individuo libre se vio frenado por la rigidez de las estructuras de parentesco. El capitalismo, por otro lado, se basa en la separación de las familias de sus medios de reproducción; reproduce la humanidad a través de interacciones impersonales socialmente influidas por el mercado. Este sistema intervino donde la comunidad (y la familia) retrocedieron. La descripción anterior de las relaciones de propiedad modifica el enfoque de la descripción determinista, en la que una creciente división del trabajo impulsaba los avances tecnológicos y la urbanización, al sacar a la luz algunas de las características contingentes de la transición al capitalismo. Explica la coherencia funcional y las limitaciones últimas de la propiedad basada en la familia y reproducida por la comunidad. La expansión del mercado y la creciente división del

trabajo no podían entonces, según este punto de vista, ser el principal impulsor de una historia de la sexualidad porque la producción campesina nunca se centró principalmente en el intercambio. En cualquier caso, era necesaria una transformación de las relaciones de propiedad antes de que pudiera tener lugar una expansión de las economías de mercado nacionales según un modelo mercantilista.

Las sexualidades alternativas o queer —principalmente la homosexualidad y la prostitución— surgieron en los intersticios de relaciones de propiedad transformadas, a través de los desplazamientos de población del campo y de la subsiguiente concentración de aquellos trabajadores que eran innecesarios para la producción agraria en los centros urbanos, así como dentro de las instituciones que intentaron manejar o capturar estas poblaciones excedentes: fábricas, asilos, ejércitos permanentes, aparatos policiales y punitivos, flotas armadas y mercantes, y territorios coloniales.

Las comunidades campesinas de Europa reprodujeron normas sexuales conservadoras de generación en generación durante casi mil años, pero las reprodujeron de manera desigual, con muchas prácticas (incesto, sodomía, bestialismo, bastardía) que permanecen fuera de la norma y con muy poco poder para prohibir tales prácticas, excepto por la denuncia y el ostracismo de la comunidad. Las comunidades de agricultores probablemente toleraron estas aberraciones dentro de patrones casi universales de formación familiar, que eran económicamente necesarios para la mayoría de las personas.

Aunque la ética protestante probablemente tuvo mucho que ver con el nacimiento de una nueva moralidad sexual, centrada en el romance familiar, entre las clases medias y dominantes del norte de Europa, puede que sea necesaria una perspectiva de *longue durée* sobre esta división norte-sur en las prácticas sexuales. Los esclavos en el Imperio Romano eran abrumadoramente hombres, el doble o quizá el triple que las mujeres, y el trabajo agrario estaba estrictamente segregado por sexo, con esclavos varones que trabajaban en cuadrillas bajo una intensa supervisión y eran alojados en barracones. El sistema esclavista era incapaz de reproducirse sexualmente a sí mismo, requería de guerras constantes para mantenerse.⁵⁹ Mientras la *patria potestas* prevalecía en el sur, el poder de

⁵⁹ Seccombe, *A Millennium of Family Change...*, pp. 43-46.

las mujeres parece haber sido más determinante entre las tribus germánicas semipastoriles del norte. Estas tribus germanas mantuvieron para ciertos propósitos sus relaciones a través de la línea femenina, valoraron la castidad femenina en el matrimonio, castigaron duramente el adulterio de las esposas, mantuvieron normas poligínicas y otorgaron a las mujeres un estatus más alto dentro de la economía familiar.⁶⁰

Las mujeres campesinas se casaban mucho más tarde en el norte, probablemente a los veinte años, que en el sur romano, el cual ponía a las adolescentes bajo el poder de maridos adultos. En *Germania*, Tácito escribe que las mujeres germanas desempeñaron un papel crucial en el campo de batalla:

Estos son los fieles testigos de sus hechos y los que más los alaban y engrandecen. Cuando se ven heridos, van a enseñar las heridas a sus madres y a sus mujeres, y ellas no tienen pavor de contarlas ni de examinarlas con cuidado [...] Según ellos cuentan, han restaurado las mujeres batallas ya casi perdidas, haciendo volver los escuadrones que se inclinaban a huir, con la constancia de sus ruegos, con ponerles delante los pechos y representarles el cercano cautiverio que de esto se seguiría, el cual temen con mayor vehemencia por causa de ellas; tanto que puedes asegurar un control más seguro sobre estas naciones si las obligas a incluir entre sus rehenes algunas doncellas nobles. Porque aún se persuaden de que hay en ellas un no sé qué de santidad y prudencia, y por esto no menosprecian sus consejos ni estiman en poco sus respuestas.⁶¹

La combinación de estos dos mundos es responsable de la estructura familiar campesina feudal resultante que prevaleció durante casi un milenio entre la clase de campesinos agricultores dependientes. A través de esta forma de familia, sus miembros aseguraron el acceso a los medios de producción y de subsistencia. La herencia de los campesinos normalmente no se extendía más allá del pariente más cercano, y se tenía que producir un heredero elegible en cada propiedad; si no, existía el riesgo de que volviera al señor. El modo de producción feudal se caracterizó así por un fuerte vínculo entre la tenencia de la tierra y el matrimonio, y entre el matrimonio y la procreación. Los que no tenían

⁶⁰ *Ibíd.*, pp. 55-56.

⁶¹ Tacitus, *Germania*, Londres, Penguin, pp. 107-108 [ed. cast.: *Germania*, Madrid, Gredos, 1998].

tierra no podían casarse fácilmente, y los que tenían tierra tenían que casarse y tener descendencia para mantener la propiedad productiva en la familia. Solo los descendientes legítimos (es decir, los santificados por el matrimonio) podían heredar una propiedad, y el matrimonio era el principal regulador social de la fertilidad. Por lo tanto, los pobres en tierras tendían a casarse más tarde que los campesinos bien establecidos, y tenían menos hijos. El estrato más pobre no reprodujo sus propios números en la mayoría de los periodos. La población creció por medio de un proceso molecular de movilidad descendente engendrado dentro de las familias campesinas. Esos adultos jóvenes, que no fueron favorecidos por la herencia y que perdieron en la lucha por las propiedades establecidas en las aldeas, se convirtieron en la fuerza laboral masiva del crecimiento extensivo del sistema, desplazándose hacia la periferia y roturando nuevas tierras.⁶²

Dada esta estructura, algunos de los primeros intentos malthusianos de frenar el crecimiento de la población restringiendo el matrimonio en el campo —un fenómeno observado en toda Europa continental en la década de 1830 y antes en Inglaterra— probablemente representan cómo la regulación del matrimonio fue utilizada para destruir la propiedad campesina.

La sexualidad es, como he explicado anteriormente, una dimensión absolutamente crucial de la acumulación primitiva de capital, ya que la proletarianización desvincula la reproducción biológica de la reproducción de la propiedad de los medios de producción. Esta separación se produjo muy pronto en el mundo mediterráneo como una condición previa directa de los excedentes de capital generados por el tráfico mercantil primitivo.

El crecimiento de los mercados y una creciente división del trabajo y de la racionalidad burocrática solo pueden explicar parcialmente las condiciones de posibilidad de la homosexualidad o de cualquier otra «libertad sexual». La producción de una condición sin propiedad es el factor decisivo en la transición de la producción económica centrada en el dominio, el matrimonio reproductivo y la comunidad agrícola a una basada en relaciones impersonales mediadas por el mercado en pueblos y ciudades. La obligación de producir para un empleador o para el

⁶² Seccombe, *A Millennium of Family Change...*, pp. 83-89.



Imagen 4.1. Francisco Goya, *La era o el Verano*, 1786, óleo sobre lienzo. Museo del Prado, Madrid.

mercado es una forma de vida que produce excedentes, lo que conduce al desarrollo ulterior de las fuerzas productivas. Es una forma de vida que surgió en la periferia de la propiedad campesina, una población superflua en cuanto a herencia y tierra. Este tipo de población y estas relaciones sociales surgieron junto con las primeras industrias textiles a gran escala, por las razones que se han expuesto anteriormente, y específicamente en el mundo mediterráneo, que permaneció como algo diferente al patrón sociodemográfico más amplio de formación familiar en el resto de Europa.

La sexualidad mediterránea fue una forma de transición entre el feudalismo y el capitalismo, combinando elementos de lo antiguo y de lo nuevo, y esta sexualidad realmente era diferente a los patrones demográficos de formación familiar dentro de las sociedades agrarias del campesinado de Europa occidental. El marcado contraste demuestra cómo la forma social de este mundo —comercio marítimo y relaciones de maestría y de dominación directa— formó una de las condiciones previas necesarias para una forma de vida homosexual. La *longue durée* nos ha permitido ver cómo una combinación de factores —una forma de vida pastoril basada en la trashumancia, un tipo de actividad político-económica pirata en el mar, un clima específico, el dominio urbano sobre las poblaciones circundantes y una estricta jerarquía social basada en las relaciones de sangre— forman las condiciones previas necesarias para esta forma anterior de homosexualidad. El eclipse de

la homosexualidad mediterránea o, más bien, su transformación en el contexto de un nuevo sistema mundo centrado en el eje Atlántico está, en su límite exterior, marcado por el declive geopolítico de su hegemonía e influencia cultural, la exposición a la sífilis, el declive demográfico y la emigración.

Una forma residual de esta formación social y sexual mediterránea persiste en la hegemonía capitalista holandesa e inglesa posterior e incluso bien entrado el siglo XX en las comunidades inmigrantes de América del Norte y del Sur. Los marineros del Mediterráneo todavía tenían una gran demanda en el mundo marítimo, y los protestantes del norte consideraban ambigua y sospechosa la sexualidad de los hombres emigrantes del Mediterráneo. Esto se debe no solo a la emigración de las poblaciones mediterráneas; también merece la pena considerar este factor. El norte protestante entendía la homosexualidad según un modelo de contagio, como una influencia extranjera que se extendía desde el sur mediterráneo. Dentro de esta nueva formación social se daba la combinación simbólica de una nueva enfermedad, la sífilis, con apetitos sexuales «antinaturales». El pánico por el descubrimiento de redes homosexuales en las ciudades del norte refleja sin duda una creciente preocupación por la transformación de la moral y la sexualidad de las poblaciones urbanas como resultado de los ciclos económicos de auge y de crisis, y la desigualdad del desarrollo económico.

El residuo más sorprendente de la antigua forma mediterránea fue la institución del servicio doméstico bajo la hegemonía holandesa y británica. La servidumbre era mucho más común como base para las sexualidades no normativas en el norte de Europa. Aunque este trabajo estaba completamente feminizado y aunque los trabajadores masculinos solo representaban una pequeña fracción de la población total de empleados domésticos, la preocupación por los sirvientes reflejaba una creciente inquietud por el carácter homosexual de la institución. Los sirvientes, y especialmente los ayudas de cámara, se asocian con el lujo, ya que el trabajo de los hombres era más caro que el de las mujeres y la institución y el papel del sirviente tenían una calidad arcaica y aristocrática. Fueron muy gravados con impuestos en Londres a principios del siglo XIX y aparecen en las diatribas populares contra los ricos. Las sirvientas domésticas son, en comparación, una enorme fuerza laboral

y una importante institución de las clases medias tanto de las Provincias Unidas como de Gran Bretaña.

El desarrollo de la modernidad sexual

La homosexualidad masculina urbana era una cultura de contacto sexual entre clases sociales, y dentro de la misma clase. Antes de la industrialización de este mundo urbano, los procesos de cualificación de la mano de obra se organizaban de acuerdo con un modelo gremial o de aprendizaje, y las normas de matrimonio tardío, soltería y sexo casual con otros hombres eran comunes, especialmente durante periodos de crisis política, económica y de agitación social. Los hombres que ingresaban en oficios artesanales cualificados dejaban a sus familias para vivir y trabajar en la casa y en el taller de un hombre mayor. Por lo tanto, las grandes ciudades del periodo moderno temprano tendían a favorecer la homosexualidad, ya que combinaban el trabajo artesanal urbano con el comercio marítimo, y el trabajo de esclavos y sirvientes con el capital mercantil. Los mundos militar y marítimo reflejaban patrones sociodemográficos similares a los del empleo urbano en la producción de artesanías: jerarquías estructuradas por edad y clase, entornos exclusivamente masculinos y relaciones maestro-aprendiz. Las ciudades de este periodo siguieron sosteniendo un modo de producción centrado en la familia para la producción artesana menos cualificada y con mano de obra feminizada, produciendo bienes para comerciantes según el sistema de taller doméstico.

Aunque esta estructura, que favorecía el sexo entre hombres en relaciones de pederastia, prevaleció durante el periodo moderno temprano en las populosas ciudades portuarias del Mediterráneo y del norte de Europa, la gran mayoría de las poblaciones humanas de Europa todavía estaban inmersas en relaciones de propiedad feudal. Existían socialmente dentro de un modo de producción agrario centrado en la familia en lo que se refiere a las necesidades diarias, al tiempo que producían pequeños excedentes más allá de estas necesidades. La población que ya no era necesaria para la subsistencia —campesinos desheredados, por ejemplo— se convirtieron en sirvientes en las tierras de otras familias y en otras economías domésticas. Incluso allí donde la propiedad campesina tradicional de la tierra fue liquidada por un modelo capitalista,

el trabajo agrícola de los agricultores arrendatarios todavía requería un modo de producción centrado en la familia. Entre los agricultores arrendatarios, las temporadas de siembra y cosecha, que exigían mucha mano de obra, requerían el trabajo de cada miembro de la familia que pudiera plantar semillas, usar una guadaña o manejar un arado.

El rápido crecimiento de poblaciones y ciudades, la expansión e intensificación de la actividad agrícola, la creación de grandes ejércitos y armadas permanentes, y el desarrollo de la manufactura a gran escala en Europa occidental, desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX, fueron dinámicas que se reforzaron mutuamente y transformaron profundamente la sexualidad humana, a medida que la forma social capitalista liquidaba las comunidades precapitalistas de campesinos productores primarios y que una producción agrícola más eficiente desplazaba a los agricultores arrendatarios, reduciendo la proporción de población necesaria para la producción de alimentos.

Los patrones de matrimonio tardío, soltería, nacimientos fuera del matrimonio, sexo ocasional entre hombres y prostitución ocasional prevalecieron en las ciudades durante los periodos de recesión económica, cuando los salarios eran demasiado bajos para mantener a una familia, el trabajo era demasiado escaso o itinerante y el alquiler demasiado alto para cualquier tipo de intimidad o estructura familiar nuclear. Solo cuando se produjeron los grandes desembolsos de capital para la reforma del saneamiento, la remodelación de viviendas y los aumentos salariales de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, las clases pobres y trabajadoras comenzaron a desarrollar patrones familiares estables y costumbres sexuales como las de las clases medias. Este proceso de normalización familiar se produjo primero en el centro del sistema capitalista, en la Inglaterra victoriana, donde los reformadores burgueses y la movilización de la clase obrera lograron niveles de vida más altos para la clase obrera, lo que apoyó la vigilancia de la prostitución y la homosexualidad para ganar respeto moral. Una disminución en las tasas de mortalidad y de enfermedades epidémicas, otra condición previa de la sexualidad libre, se produjo en toda Europa y en Estados Unidos a principios de siglo.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el fordismo extendió el conjunto de bienes de la clase media —como automóviles,

electrodomésticos, viviendas— y sus formas de vida correspondientes a sectores más amplios de la población en Estados Unidos, Europa, Japón y Australia. La producción en masa de penicilina, desarrollada por primera vez para los soldados, liberó a la humanidad de una gran cantidad de patógenos bacterianos, sexuales o de otro tipo. La producción en masa en la posguerra de tecnologías de control de la natalidad transformó la relación básica de las mujeres con su capacidad biológica para reproducir la vida humana. Estas fuerzas coyunturales y estructurales llevaron al desarrollo de la norma casi universal de los tipos de familia nuclear y el matrimonio en igualdad a los países capitalistas avanzados, así como el establecimiento de normas de libertad sexual para la clase media a través del consentimiento sexual. Estas mismas fuerzas también allanaron el camino para toda una variedad de estilos de vida sexuales fuera de esta norma, incluida la homosexualidad. Los enclaves homosexuales de la era de la posguerra tendían a coincidir con patrones de asentamiento de soldados y marineros desmovilizados en las ciudades portuarias que fueron importantes en las dos guerras mundiales.

En paralelo a la transición al capitalismo industrial, el «desarrollo de la sexualidad moderna» no es lineal: los saltos repentinos hacia adelante, hacia atrás o lateralmente, entre normas sexuales completamente diferentes, parecen ser la regla. Aunque no hay un camino recto / hetero⁶³ hacia la modernidad sexual capitalista, se pueden discernir algunas fuerzas estructurales y coyunturales cruciales. Estructuralmente, la trayectoria combinada y desigual del desarrollo socioeconómico ha tendido a magnificar la visibilidad social de la homosexualidad y la prostitución en los sectores «atrasados» del sistema económico mundial; este «atraso» también se ha magnificado en dichos sectores durante periodos de «crisis» política, económica y de salud pública. Los puntos de inflexión clave aquí para la politización de la sexualidad serían el estallido de guerras civiles a gran escala, comenzando aproximadamente con las guerras revolucionarias francesas, la guerra civil estadounidense y la guerra franco-prusiana, y continuando con la Primera y la Segunda Guerras Mundiales y las siguientes guerras en Asia. Los periodos posteriores a tales guerras, en los que los gobiernos buscaron volver a

⁶³ El autor hace un juego de palabras con la palabra *straight*, recto, y también heterosexual. Es un juego ingenioso, porque expresa que ese progreso no es lineal, y además tampoco es heterosexual. [N. del T.]

normalizar las sociedades, se caracterizan a veces por una sexualidad más libre, como ocurre al final de las guerras napoleónicas y en el periodo entre las guerras mundiales; y a veces se caracterizan por una profunda preocupación por la inestabilidad social y la histeria de masas relacionada con los desviados sexuales, como en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial, durante el Terror Rojo. Estas vacilaciones se ajustan menos a un patrón predecible que a circunstancias contingentes. Las relaciones homosexuales ambiguas y la prostitución se percibían como una amenaza para los gobiernos municipales y el ejército, la armada y la marina mercante durante los periodos de agitación social y política, así como durante los de movilización bélica, y justo tras ellos.

Hacia finales del siglo XIX, la homosexualidad masculina y el trabajo sexual femenino se volvieron problemáticos allí donde las sexualidades proletarias previamente anárquicas fueron subsumidas a través de la extensión de las normas burguesas a sectores más amplios de la población de clase trabajadora. En tales lugares y épocas, las élites urbanas entendieron este comportamiento sexual como desviado, al tiempo que movilizaron fuerzas de control social, si bien nunca totalmente eficaces, para su represión. Estas campañas de represión tendieron a apuntalar el apoyo político de las clases medias urbanas. En este sentido, el progreso socioeconómico es directamente responsable de una base más amplia para la represión sexual. El auge económico masivo de la sociedad de consumo estadounidense que siguió a la Segunda Guerra Mundial amplió así las normas sexuales de la clase media a más estadounidenses y condujo a la vigilancia policial de la homosexualidad más generalizada de cualquier periodo de la historia.

Un movimiento social de homosexuales, entendido como una agrupación política definida que busca derechos del Estado, no fue lo que forzó el reconocimiento público de la homosexualidad. Los movimientos que se produjeron a finales del siglo XIX buscaron reformas modestas del código penal, como la derogación de las leyes de sodomía, al tiempo que promovieron la comprensión científica de la sexualidad. La homosexualidad realmente existente rara vez fue criminalizada por tales leyes, que a menudo requerían la confirmación del acto. La homosexualidad fue criminalizada con mayor frecuencia por las leyes sobre vagabundeo, lo que muestra claramente el componente de clase social de este tipo de persecución.

Aunque hubo otras candidatas para la figura principal de la sexualidad «antinatural» en el tránsito del siglo XIX al XX, ninguna de ellas jugó un papel tan central en la delimitación del campo de las categorías e identificaciones sexuales como la homosexualidad. En lo que se refiere al poder social, disciplinar y regular la sexualidad femenina, así como vigilar los límites morales de la expresión sexual femenina aceptable, fue no obstante mucho más importante para la regulación de la sexualidad humana que vigilar los límites de cierta categoría emergente de homosexualidad. Nuestra explicación epistemológica de la homosexualidad masculina no solo resulta incompleta, sino que es esencialmente deficiente, en la medida en que no analiza cómo la entrada de las mujeres en los espacios públicos y en las instituciones ha transformado las coordenadas básicas de la homosexualidad masculina y la homosocialidad. La homosexualidad solo puede considerarse central para la epistemología de la sexualidad antinatural o anormal; la regulación de la sexualidad de las mujeres, por el contrario, y también los movimientos de emancipación de las mujeres, desempeñaron un papel mucho más central en el despliegue histórico del poder social sobre la sexualidad como tal. Existe una dialéctica histórica entre la emancipación de la mujer y la homosexualidad que queda por explorar.

A pesar del énfasis de Foucault en *Historia de la sexualidad, vol. 1*, la ciencia sexual *no* fue la fuerza decisiva en la formación del poder social sobre la homosexualidad o la sexualidad como tal, como hemos visto. Existía una epistemología de la homosexualidad mucho antes de que los fenómenos en cuestión recibieran ese nombre. Surgió y circuló en buques mercantes y capitales, en jerarquías militares y cuarteles, en armadas y ciudades portuarias. Como espejo de los príncipes del Renacimiento, la homosexualidad reflejaba si funcionaban o no las normas de dominación y subyugación, indicaba dónde las jerarquías de edad y estatus aseguraban la continuidad de la vida social o dónde las afinidades de los estratos inferiores de los hombres amenazaban con estallar en una lucha desenfrenada. Como característica aparentemente normal de la vida cotidiana de hombres de todas las clases sociales, la homosexualidad proporcionó un escenario para un juego de moralidad entre clases. Se puedan explicar o no las discrepancias entre las sexualidades del norte y del sur por el surgimiento de una ética protestante, las clases dominantes de los mundos capitalistas holandeses e ingleses hegemónicos

no fueron menos decadentes que sus predecesoras del sur. Quizá lo que explica la extraña frialdad moral de los discursos sobre el vicio, y la voluntad de estas clases dominantes de mirar hacia otro lado, sea menos un sentimiento religioso que un desarrollo económico secular. Quizá el coro de clases medias que entraron en el escenario de esta obra de moralidad sexual hacia mediados del siglo XVIII en el norte de Europa explique el aparente silencio sobre el tema de la homosexualidad. Estas clases preservaron la forma familiar como un bien espiritual, por encima y en contra de la rapacidad de las clases nobles y de la sexualidad anárquica de las clases pobres y trabajadoras, y el desarrollo económico, la cultura impresa y los experimentos políticos republicanos favorecieron su perspectiva. En la lenta liquidación del Antiguo Régimen, las costumbres sexuales alternativas se convirtieron en un significante central de la división de clase entre burgueses y proletarios.

A lo largo del siglo XX, el desarrollo económico estableció la normalidad de la vida familiar y el matrimonio en igualdad al llevar la hegemonía moral de la burguesía a las clases trabajadoras. La ciencia sexual simplemente codificó las tipologías sexuales anteriores de la ciencia forense más antigua de Francia e Italia. De hecho, los primeros conocimientos científicos sobre la homosexualidad en el París del siglo XIX o en el Nueva York o el Chicago de principios del siglo XX no tenían nada que ver con los tipos psicológicos o los deseos subjetivos. Estos primeros «descubrimientos» científicos de la homosexualidad fueron el resultado de investigaciones sobre la prostitución femenina y las enfermedades de transmisión sexual en estas ciudades. El descubrimiento de subculturas de homosexualidad masculina derivó por tanto de una preocupación por la sexualidad femenina, de la preocupación de las mujeres burguesas por la moralidad y la decencia públicas, y de la preocupación de los hombres por la decencia de las mujeres en la esfera pública. Esta maraña de identidades de clase media e intereses morales impulsó la vigilancia de la homosexualidad masculina en las ciudades en los siglos XIX y XX.

Al igual que la tradicional y estrecha vigilancia de la castidad y la virginidad de las mujeres, las relaciones de dependencia socioeconómica en el trabajo y la vida, la reclusión de los cuerpos femeninos de la vista pública y las culturas de violencia masculina llevaron a muchos hombres a tener relaciones intensamente afectivas y sexuales con chicos y

con otros hombres; así, la entrada espectacular de las mujeres burguesas en la esfera pública comenzó a transformar y a ejercer una influencia civilizadora sobre los violentos excesos sexuales de un mundo dominado por hombres, impulsando esta cultura hacia los espacios limítrofes de los barrios de inmigrantes y de clase trabajadora y hacia las fronteras que se habían abierto en el Nuevo Mundo y Australia. El siglo XIX está en el centro de esta transformación.

Segunda parte
La homosexualidad y el deseo
de historia

Capítulo 5

Historizar la historia de la sexualidad

Probablemente se pensará que esto es suficiente: si se necesitaran más pruebas, sería fácil recopilar suficientes materiales como para llenar un libro enorme, tedioso y muy repugnante.

Jeremy Bentham sobre la historia de la pederastia en
«Offences against One's Self», 1785.

La homosexualidad como libertad humana

¿Existió alguna vez un homosexual? Y si existió en el pasado algo así como un homosexual, ¿existe aún? Tal vez sea demasiado pronto para plantear la pregunta que hace Jean-Paul Sartre en su obra *Saint Genet* en tiempo pasado; después de todo, todavía hay algunos hombres que se identifican con la palabra, sin importar lo pasada de moda que esté, o lo camp que sea. Por otra parte, la pregunta de Sartre puede resultar más profunda para los lectores actuales, especialmente para una generación más joven y queer, que para el público de los años sesenta: «¿Existe el homosexual? ¿Piensa? ¿Juzga, nos juzga, nos ve?». ¿Qué se entendería como su ser entonces o ahora? ¿Desde qué punto de vista podría determinarse esto?

Esta forma de plantear la cuestión de la homosexualidad, que durante mucho tiempo ha sido un tropo familiar de la literatura modernista, cuestiona estos significados y asociaciones acumuladas. Elimina la pregunta de un registro epistemológico del binarismo homo / hetero, que aparentemente se originó en la ciencia sexual del siglo XIX, y lo reformula como un problema de ontología histórica. El modo en que un sujeto homosexual cuestiona una forma particular de sociedad

burguesa podría ser lo que da cuenta de su existencia, en lugar de serlo cómo la sociedad burguesa y sus instituciones reaccionaron a este cuestionamiento o cómo trataron de clasificar científicamente su comportamiento y su deseo. Este cambio es significativo, y tiene amplias consecuencias sobre cómo se define el tema de investigación, desde las consideraciones políticas en las que se enfatiza la perspectiva de clase hasta las consideraciones empíricas de las condiciones de posibilidad de una presunta comunidad de homosexualidad en el sistema mundo capitalista. Significativamente, requiere separarse de una preciada parte de la enseñanza foucaultiana: a saber, que la homosexualidad fue producida discursivamente por la ciencia sexual. De hecho, los antagonismos sociales y las concepciones intelectuales existían ya antes de la ciencia sexual; existía ya aquello que la ciencia sexual y otras instituciones buscaban subsumir bajo el término «homosexual». Las epistemologías científicas sexuales, que circulaban inicialmente entre las clases profesionales de élite, requerirían un inmenso aparato militar-burocrático, mayores tasas de ganancia, niveles de vida más altos, alfabetización general y el establecimiento de unidades familiares normalizadas entre las clases trabajadoras para lograr cualquier tipo de hegemonía fuera de la comunidad letrada históricamente burguesa. Las interpretaciones psicológicas de la homosexualidad alcanzaron la hegemonía intelectual fuera de Europa y entre las clases populares de Europa solo después de la Primera y la Segunda Guerra Mundial.

La pregunta de Sartre —¿existe un homosexual?— no es tan paradójica o irónica como puede parecer en un libro sobre Jean Genet. Tampoco preguntaba por la existencia de un homosexual desde algún punto de vista fóbico, negando el hecho de los deseos, comportamientos o subculturas sexuales del sexo entre hombres. Nada más lejos. No se trata de una cuestión de «sexualidad» *per se*, ya que hemos llegado a entender este fenómeno en términos de una expresión o identificación con la elección de objetos sexuales, sentimientos o comportamientos eróticos, o de tropos familiares de belleza.

Para Sartre, se trataba de establecer si algún sujeto homosexual presentaba o no un punto de vista de la libertad humana. Estaba profundamente insatisfecho con la opinión alimentada por los prominentes literatos homosexuales Marcel Proust y André Gide, quienes sostenían que los homosexuales son como son como resultado de una compulsión

natural, patológica o de otro tipo. Que se piense que esta compulsión es innata, o construida culturalmente, no habría supuesto ninguna diferencia para Sartre. Según ambos paradigmas, el ser del homosexual se concibe como una identidad propia inerte y pasiva. Tampoco puede explicar la homosexualidad como un ser-para-sí, una conciencia que se aprueba y se elige transformándose activamente. «¿Existe un homosexual?»: esto es preguntar si una vida homosexual es diferente de otras formas de vida en el sentido de que podría elegirse libremente como una negación consciente de lo que viene dado social y culturalmente, en lugar de ser una expresión o identificación con alguna compulsión, independientemente de su construcción natural o cultural. «Si existe», escribe Sartre, «todo cambia: si la homosexualidad es la elección de una mente, se convierte en una posibilidad humana».

Consideremos el monólogo interno del antihéroe de Genet, Querelle, como una descripción ejemplar de la libertad homosexual que Sartre atribuyó a Genet. Esta escena esencial, de *Querelle de Brest*, escenifica problemas historiográficos que son el centro del análisis que sigue. Antes de la escena en cuestión, el apuesto marinero Querelle es conducido de regreso a las dependencias de su oficial superior, el teniente Seblon, para recuperar un pañuelo prestado y manchado de grasa, invirtiendo la dinámica de poder de un encuentro anterior en la cubierta del barco en el que el teniente Seblon reprendió y amenazó con castigar a Querelle por inclinar su boina roja reglamentaria «para parecer un matón [*d'avoir l'air voyou*]»:

«¿Marica?» —pensó [Querelle]—, ¿qué es eso? ¿Qué es un marica [*pédé*]?. Y lentamente, la comisura de sus labios iba dibujando una mueca de desprecio. Un pensamiento suavizó la expresión haciéndola más vaga y relajada: «Yo también soy un marica enculado [*enculé*]». Eso probablemente lo hacía quedar mal, o incluso lo indignaba, pero luego se sintió triste y notó que estaba apretando tanto su culo —o eso le pareció— que sus nalgas ya no tocaban la tela del pantalón.¹

Esta escena de reconocimiento y de personificación plantea problemas de traducción e interpretación que no se limitan a la dificultad de

¹ Jean Genet, *Querelle de Brest*, París, Gallimard, 1953, pp. 72, 77. Las traducciones son del autor, salvo que se indique lo contrario [ed. cast.: *Querelle de Brest*, Barcelona, Debate, 1983].

traducir los dos insultos, *pédé* y *enculé*, de un idioma a otro. Sin duda, tales insultos interpelan a los dos hombres de diferentes clases sociales en una presunta comunidad sexual, donde códigos que solo entienden los iniciados (o los paranoicos) gobiernan lo que se conoce acerca de la posibilidad erótica entre los hombres y su represión. La idea de cómo este conocimiento implica a los individuos, manteniendo relaciones de poder, son tropos familiares de la literatura homosexual del siglo XX y de su reconstrucción por parte de la crítica literaria queer, tal y como analiza el libro *Epistemology of the Closet* de Eve Kosofsky Sedgwick.

Esa tradición de la crítica literaria se dividió en última instancia entre la idea de que la subjetividad sexual en cuestión se producía principalmente por una identificación con la abyección —lo que abre ciertas posibilidades de autotransformación, inversión y alteración de los valores—, y la idea que esa subjetividad se produjo principalmente por medio de un retorno a la ciencia y a la psicología sexuales, haciendo que su sensibilidad, aunque subversiva, sea esencialmente reaccionaria. Aunque las obras individuales se destacan como exploraciones temáticas de uno u otro paradigma interpretativo, la formación ha oscilado en gran medida entre los dos polos de la abyección y la patologización con una indecidibilidad característica. La tradición ha desarrollado profusamente esta oposición tropológica: la dialéctica de la abyección entre ley y transgresión, por un lado, y la dialéctica de la patologización entre norma y subversión, por otro. Si es filosóficamente útil mantener estas dos dialécticas analíticamente separadas, o unir las en una dinámica común —quizás recordando el caso análogo de la antigua oposición sofística entre *nomos* y *physis*, los órdenes natural y consuetudinario de las cosas—, está más allá del alcance de la presente investigación.

Mi propia opinión, expresada brevemente, es que esta ambivalencia interpretativa con respecto de la literatura homosexual refleja una tergiversación ontológica más profunda sobre la naturalidad y la construcción de la homosexualidad en el momento preciso en que tales problemas se consideraban resueltos por la teoría queer y, por lo tanto, más allá de los límites de la investigación crítica. En un retorno verdaderamente perverso de lo reprimido, la oposición histórica de Foucault entre el individuo normal y el anormal —o, de forma más abstracta, entre el «normativo» y el «queer»— se convirtió en una clave que permitió que la teoría queer reintrodujera un naturalismo o esencialismo en lo

referente a la sexualidad a través de su crítica a la «hipótesis represiva». De este modo, algunos de los escritos más abiertamente antiesencialistas de esa corriente intelectual —por ejemplo, *El género en disputa* de Judith Butler— aún deben plantear algo extra-citacional en las performances de género subversivamente autorreflexivas, un excedente que siempre se escapa de las garras del poder.

La teoría queer ha dado, por lo general, poca importancia a las relaciones de clase que aparecen en el núcleo de las escenas literarias del encuentro sexual, del reconocimiento y de la interpelación ideológica, como la descrita anteriormente entre Querelle y el teniente Seblon. Esto se debe en parte al evidente sesgo de clase de las fuentes literarias; sin embargo, también se debe a una reducción teórica de la ideología y de los efectos ideológicos a discursos o textos —más que a luchas sociales— y a una suposición espontánea de que los homosexuales han existido más o menos entre todas las clases sociales durante todos los periodos de tiempo.

Por supuesto, el discurso en sí mismo es material y tiene efectos materiales, pero cuando la interpelación se reduce a una función del lenguaje, o a una expresión performativa, nuestro análisis de la ideología no puede explicar cómo la posición particular de Querelle en una división del trabajo podría haberlo convertido en un sujeto o en un objeto sexual, ni qué condiciones requerían castigo por infracciones tan pequeñas como una inclinación coqueta de una gorra, ni cómo su conciencia sexual podría diferir de la de su oficial superior. Estas consideraciones intertextuales requieren alguna teoría social o discurso histórico suplementario para hacerse inteligibles. Dado que la teoría queer nunca fue «simplemente» una lectura de fuentes literarias y, de hecho, produjo un marco teórico sofisticado para taxonomizar la producción cultural de los determinantes sexuales de manera más general, tal vez sea mejor interpretarla como una metahistoria, es decir, como una teorización de la historia gay en su registro genérico o en su forma de aparición. Uno de los modos subjetivos en que apareció esta historia fue la novela homosexual, que la formación intelectual de la teoría queer ha teorizado rigurosamente. El otro modo subjetivo, y el que se considera extensamente en este capítulo, es la experiencia de los historiadores gays sobre el archivo de las burocracias estatales. Tal vez debido a la fuerza de la capacidad de la teoría queer para realizar un análisis de los artefactos de

una cultura burguesa ahora muerta, la esfera pública plebeya descubierta por los historiadores gais no pudo aparecer en su metahistoria como el escenario dramático de la homosexualidad moderna.

No es necesario compartir la filosofía existencialista de Sartre —o su preferencia por el pronombre personal masculino— para apreciar la importancia del enfoque de su pregunta. El problema evita la gran disputa entre los posmodernistas sobre el esencialismo o la construcción cultural de los binarismos sexuales, ya que tanto las respuestas nominalistas como las esencialistas a la pregunta resultarían totalmente insuficientes. Enfocar la pregunta de esta manera es alejarse de una historia de conductas e identidades sexuales desviadas, de su relación puramente negativa con alguna ley o norma, y preguntarse en cambio sobre las posibilidades transformadoras y emancipatorias del amor y de la intimidad al margen de las instituciones de la familia, del Estado y de la pareja. Estas posibilidades creativas podrían ser universales, dadas ciertas condiciones, y no estar estrictamente limitadas a la elección de objeto del mismo sexo. Didier Eribon encuentra una relación particular de esta visión sartreana de la libertad en el movimiento gay posterior a la Segunda Guerra Mundial: «Aunque las estructuras mentales de la vergüenza y la dominación no pueden comprenderse completamente dentro de los términos de una filosofía de la conciencia, debemos dejar abierto un espacio para una decisión individual en la base de la libertad y la emancipación, aunque sea evidente que esta elección individual solo es posible (salvo en algunos casos muy excepcionales) por la existencia de [...] una “cultura gay” y por la posibilidad de una especie de contrasocialización que permite esa cultura».²

Esta concepción más amplia de la subjetividad sexual contrahegemónica, que deja abierto un espacio para la decisión individual, podría abordarse desde otro ángulo si tenemos en cuenta lo que Adrienne Rich llama «el continuo lesbiano» en su ensayo clásico «Heterosexualidad obligatoria y existencia lesbiana». Rich amplía la categoría de existencia lesbiana más allá de una atracción sexual organizada genitualmente y orientada hacia las mujeres para que «comprenda muchas más formas de intensidad primaria entre mujeres, inclusive compartir una vida

² Didier Eribon, *Insult and the Making of the Gay Self*, trad. Michael Lucy, Durham (NC), Duke University Press, 2004, p. 108.

interior rica, unirse contra la tiranía masculina, dar y recibir apoyo práctico y político»;³ dado que la heterosexualidad marcaba una experiencia obligatoria de intimidad y de posibilidades vitales, alguna alternativa lésbica tenía que aportar un espacio para otros tipos de elección. Buscar otros aspectos de la experiencia de la mujer identificada como mujer proporcionó un principio de inteligibilidad para comprender formas tan diversas como la de las beguinas en las ciudades medievales de los siglos XII al XV, las mujeres chinas que se oponían al matrimonio y que organizaban huelgas de mujeres en las fábricas de seda durante la Revolución Cultural, las sufragistas, Emily Dickinson, Safo y otras mujeres. Sigue siendo un paradigma importante para los estudios feministas de la historia lesbiana y de la historia de las mujeres.

Esta táctica analítica proporciona a las lesbianas y a otras mujeres identificadas como mujeres una existencia cultural y política que no se limita a una sexualidad organizada genitalmente ni está incluida en la epistemología científica sexual como una variante femenina de la homosexualidad masculina. Rich escribe:

Considero que la experiencia lesbiana es, como la maternidad, una experiencia profundamente de mujeres, con opresiones, significados y potencialidades particulares, que no podemos comprender mientras sigamos agrupándola con otras existencias sexualmente estigmatizadas. Así como el ser padres sirve para ocultar la particular y significativa realidad del padre que en verdad es una madre, la palabra «gay» sirve para borrar los contornos precisos que necesitamos discernir, que son de un valor clave para el feminismo y para la libertad de las mujeres como grupo.⁴

Rich nos confronta con otra paradoja de la hegemonía sexual: la extensión, por analogía, de una epistemología de la homosexualidad masculina a las mujeres identificadas como mujeres borra su existencia política y su historia de carácter único. Políticamente, sin embargo, esta omisión ha posibilitado nuevas formas de solidaridad entre gays y lesbianas para el logro de la igualdad formal, el matrimonio entre personas del mismo sexo y la politización radical del sida. La movilización política

³ Adrienne Rich, «Compulsory Heterosexuality and Lesbian Existence», *Signs*, vol. 5, núm. 4, verano de 1980, pp. 648-649.

⁴ Rich, «Compulsory Heterosexuality...», p. 650.

en torno al sida se basó en la experiencia crucial de las feministas a la hora de hacer que los problemas de salud de las mujeres fueran visibles para las burocracias médicas. La afinidad feminista con la homosexualidad masculina implicaba a menudo la solidaridad con personas de género diverso y con los ejes oprimidos de identidad de clase social, racial y sexual de los que el movimiento principal por los derechos de los homosexuales buscaba distanciarse. Aunque la tradición feminista continúa enfatizando la importancia vital de lo particular a la hora de entender las experiencias y las historias de la opresión, el precio del reconocimiento legal para gais y lesbianas como clase implicó pasar por alto tales particularidades.

Cómo se define la subjetividad homosexual y sus formas particulares de pertenencia grupal no es un asunto neutro o libre de problemas. Incluso los marcos históricos y teóricos más sofisticados de este problema están llenos de interpretaciones conflictivas y contradictorias. Una explicación teórica crítica podría reconceptualizar la «homosexualidad» como una categoría de pensamiento puramente social, que define un conjunto de contradicciones que son inherentes a los procesos históricos en los que las relaciones más antiguas y parcialmente socializadas para la reproducción aparentemente orgánica de la vida familiar se disolvieron total o parcialmente para permitir la expansión de las relaciones sociales capitalistas. Tales contradicciones específicas, según lo que marca la categoría de «homosexualidad», tienen que ver con la persistencia de concepciones «arcaicas» de los actos sexuales entre hombres estructuradas por la jerarquía social, junto con concepciones «modernas» de estos actos como expresiones libres de un deseo subjetivamente interior. Las contradicciones están aún más marcadas por los sentidos conflictivos de propiedad entre las sensibilidades morales masculinas y femeninas y las experiencias de género del espacio social, por la lucha entre una esfera pública plebeya y burguesa, y por interpretaciones antagónicas de la integridad del cuerpo y del sentido de su violación. Cada una de las contradicciones anteriores aporta un enfoque diferente a una contradicción central relacionada con la homosexualidad y, por extensión, con la categoría de heterosexualidad y de poder social en general, que es la del consentimiento. Una presentación histórica comparativa de la categoría de homosexualidad proporciona un análisis para comprender la forma en que varias sociedades han entendido

el consentimiento como la base del ejercicio del poder de manera más general. Al rechazar la calificación de la sexualidad de los prisioneros y soldados como «situacional», en oposición a cierta homosexualidad «verdadera» que se encuentra en otros lugares, el historiador socialista Jonathan Ned Katz radicaliza la afirmación del constructivista social y la convierte en una contradicción social: «Toda homosexualidad es situacional: viene influida, y está dotada de significado y de carácter, por su ubicación en el tiempo y en el espacio social».⁵ De hecho, el problema de la situacionalidad y del consentimiento, especialmente tal y como se dan en culturas a veces violentas del sexo entre hombres, ha supuesto históricamente el punto de inflexión ideológico en torno al cual ha girado toda la política de la homosexualidad. En la medida en que el deseo entre personas del mismo sexo en el pasado hizo que los hombres burgueses fueran vulnerables ante los matones proletarios, ya sea mediante el chantaje o el robo, en la medida en que hizo que los chicos de las clases populares fueran presa de hombres de estatus y poder, en la medida en que generó espectáculos de vergüenza o, alternativamente, de infamia, y en la medida en que finalmente generó una forma de regular relaciones entre hombres desconocidos, sometiéndolas a una mayor vigilancia y control, rompiendo solidaridades y generando conflictos entre hombres de la misma clase social, o de clases diferentes, a través del establecimiento de unidades familiares normales, ha sido un eje de cambio para las relaciones de fuerza y un teatro para la lucha por las coordenadas básicas de la vida pública y privada.

Mi enfoque en las crisis coyunturales no intenta resolver la tensión historiográfica entre la ruptura y la continuidad de la cultura homosexual, a favor de una u otra. Más bien, el análisis de las relaciones de fuerza que están en juego durante los periodos de crisis indica un proceso histórico realmente contradictorio en el que los resultados de los conflictos entre las fuerzas sociales podrían haber sido diferentes. Si la «homosexualidad» representa una contradicción realmente existente, ninguna historia de «así fue» a favor de un modelo de continuidad o de discontinuidad podría hacer justicia a esta historia. Solo un tratamiento dialéctico de los materiales históricos puede restablecer su especificidad, al sacar la cuestión de la homosexualidad del ámbito de

⁵ Jonathan Katz, *Gay American History*, Nueva York, Avon, 1976, p. 11.

los paradigmas teóricos prefabricados para el estudio de las fobias o pánicos sexuales episódicos, paradigmas que con demasiada facilidad asumen la dimensión de fuerzas naturales atemporales que esperan el momento y las condiciones adecuadas para emerger.

La historia gay y/como discurso de derechos

Las revoluciones que se produjeron en toda Europa en 1848 generaron una formación intelectual de profesionales, reformadores y funcionarios que dialogaban libremente entre sí, y que se preocupaban por fenómenos que aparecieron a finales de siglo para ser agrupados bajo la etiqueta de «homosexualidad». Las diferencias nacionales y las tendencias progresistas y conservadoras dentro de estas formaciones intelectuales son importantes. Aunque ambas tendencias estaban preocupadas por establecer el carácter natural de la homosexualidad, la formación alemana entendía la homosexualidad como una patología médica o psicológica, mientras que la formación francesa produjo lo que era esencialmente una ciencia médica forense de la desviación y la degeneración racial, que se ocupaba de manera más efectiva de monitorear lugares de comportamiento homosexual manifiesto, de prostitución y de robo. Obras como *La Pédérastie* (1857) de Auguste Ambroise Tardieu, *Mémoires* (1862) de Louis Canler y *La Prostitution antiphysique* (1887) de François Carlier reflejan los esfuerzos de las clases dominantes francesas —tras los levantamientos de 1848 y la derrota de la Comuna de París— por consolidar el control sobre el espacio urbano de París y por imponer un orden moral que amortiguara cualquier otra onda de choque que emanara de las clases trabajadoras. Estos tratados médico-forenses vinculan explícitamente la cultura callejera de la clase trabajadora, abiertamente pública, de la prostitución y la pederastia, con la amenaza de rebelión de aquellas clases involucradas en la lucha de las barricadas.

La relativa ausencia de cualquier subjetividad revolucionaria análoga a la clase obrera o a un Estado centralizado en el contexto alemán produjo una ciencia médica que estuvo en gran parte aislada de estas consideraciones sociales. Mientras que *Praktisches Handbuch der gerichtlichen Medizin: nach eigenen Erfahrungen* (1858) de Johann Ludwig Casper apenas se refiere a la afirmación de Tardieu sobre el carácter natural de

la homosexualidad, la formación más amplia de Karl-Heinrich Ulrichs, Carl Westphal y Richard von Krafft-Ebing hizo que se preocuparan por establecer la patología natural del deseo entre personas del mismo sexo como base para las reformas del código penal, en previsión de que un Estado alemán unificado convertiría en la ley de toda la Confederación Alemana la ley contra la sodomía de Prusia.⁶ Las apasionadas referencias a la antigüedad de la homosexualidad que hizo Ulrich en la década de 1860, al igual que las opiniones expresadas por Oscar Wilde en su juicio a finales de siglo, no reflejan una conciencia de la historicidad de las costumbres y culturas sexuales. Estas visiones nunca fueron más allá de un reconocimiento afirmativo de la existencia de actos sexuales y de amor entre personas del mismo sexo en el pasado; por lo tanto, reflejaban una conciencia limitada del pasado, en el que las citas de la Antigüedad autorizaban la homosexualidad moderna como su precedente. De acuerdo con la tradición liberal progresista, esta conciencia histórica oponía la costumbre civilizatoria a leyes percibidas como injustas. Los liberales alemanes entendieron que la eliminación de las leyes sobre sodomía del Código Napoleónico era una marca del sistema legal ilustrado y civilizado de Francia. Sin embargo, los homosexuales en ambos países todavía eran criminalizados en gran medida por medio de las leyes contra el vagabundeo y la indecencia pública, un resultado que reflejaba la falsa conciencia, o el idealismo burgués, de estos primeros reformadores liberales.

Cuando los valores liberales entraron en crisis a finales del siglo XIX y principios del XX debido a la movilización política de las clases trabajadoras y las inestabilidades sociales de la guerra, cristalizó una nueva formación intelectual en torno a la sexualidad. En la última década del siglo XIX, la ley sobre la sodomía aparentemente «atrasada» de Alemania —la sección 175 del código penal alemán, un producto legal de la unificación— dio a luz un movimiento socialista democrático para su abolición. La historia de la homosexualidad en sus diversos contextos culturales comenzó a desempeñar un papel más determinante en la influencia de la opinión pública entre las clases medias.⁷ Los comienzos

⁶ Florence Tamagne, *History of Homosexuality in Europe: Berlin, London, Paris 1919-1939*, vol. 1, Nueva York, Algora, 2007, pp. 152-154.

⁷ *Ibidem*, p. 59.

de una comprensión histórica de la homosexualidad se originaron en la ciencia sexual de Magnus Hirschfeld y Havelock Ellis, en tanto historias comparativas que establecieron la universalidad de las prácticas homosexuales en diferentes culturas y épocas. Este trabajo historiográfico comparado, basado en la expansión del Imperio británico de la esfera de la hegemonía europea a espacios geográficos cada vez más grandes, se fundó en gran medida en la observación etnográfica de culturas no europeas.⁸ Así, a finales del siglo XIX, la «homosexualidad» proporcionó una categoría unificadora para un campo de comportamientos enormemente heterogéneo, que subsumía prácticas y autopercepciones de las poblaciones de clase trabajadora de Europa y de los subalternos coloniales dentro de un marco científico único. La legitimidad política de la categoría de homosexualidad descansaba sobre sus pretensiones de universalidad, un concepto que había entrado en la primera de sus muchas crisis de legitimidad.⁹

El deseo homosexual por la historia es en sí mismo histórico, el producto de una valorización social específica del conocimiento histórico en el siglo XIX, el surgimiento de una clase burguesa dominante que presenta sus demandas como universales y una supuesta oposición entre las culturas sexuales «atemporales» de los pueblos tradicionales y las culturas «históricas» de las metrópolis y de las sociedades de colonos. La presencia de conductas sexuales entre personas del mismo sexo en las primeras sirvió como prueba de la legitimidad, naturalidad y universalidad de las segundas. Una ciencia racial burguesa reaccionaria de la degeneración equiparaba a los súbditos colonizados y a las poblaciones de la clase obrera europea por igual como primitivos sexuales,

⁸ Bleys, *The Geography of Perversion...*; Matthew C. Gutmann, «Trafficking in Men: The Anthropology of Masculinity», *Annual Review of Anthropology*, vol. 26, 1997, pp. 385-409.

⁹ Marx escribe que «cada nueva clase que pasa a ocupar el puesto de la que dominó antes de ella se ve obligada, para poder lograr los fines que persigue, a presentar su propio interés como el interés común de todos los miembros de la sociedad, es decir, a expresar esto mismo en términos ideales: debe imprimir a sus ideas la forma de lo universal, y presentar estas ideas como las únicas racionales y universalmente válidas». Karl Marx, *The German Ideology*, Nueva York, International Publishers, 1970, p. 66 [ed. cast.: *La ideología alemana*, Madrid, Akal, 2020]. Sobre la crisis más amplia de la historiografía liberal y el desafío planteado a esa tradición por Nietzsche y Marx, véase Hayden White, *Metahistory: The Historical Imagination in 19th-Century Europe*, Baltimore (MD), Johns Hopkins University Press, 1973, pp. 267-280.

elementos residuales de una época anterior a la civilización. *Traité des dégénérescences* (1857) de Bénédicte Morel, *L'uomo delinquente* (1878) de Cesare Lombroso y *Entartung* (1892) de Max Nordau fueron intentos de establecer la naturalidad de distintos fenómenos sociales y psicológicos desviados, incluida la homosexualidad.¹⁰ Sigmund Freud fue en gran medida un hombre de su tiempo al asumir esta jerarquía civilizatoria de los deseos en su noción de una represión primaria de la homosexualidad y su recurso a los materiales etnográficos. La cita que hacían los reformistas liberales de la antigua homosexualidad griega y romana en el siglo XIX y a principios del XX fue un intento ideológico de contrarrestar la pseudociencia racista, al presentarla como una costumbre tradicional de la civilización occidental.

Aunque las ciencias sociales y las historias de este tipo continuaron escribiéndose en el siglo XX después de la derrota del fascismo, que a su vez fusionó perversamente los tropos homoeróticos universales y clásicos con el racismo científico, la historia de la homosexualidad se transformó por el giro intelectual hacia nuevas formas sociales después de la década de 1960.¹¹ Este giro en la historia homosexual se ha asociado intensamente con Foucault y con el constructivismo social, pero la nueva historia social de la homosexualidad, incluida la obra de Foucault, fusionó un énfasis posestructuralista en el lenguaje con un paradigma sociológico de larga tradición para estudiar pánicos morales periódicos, donde se plantea que esta o aquella figura de desviación social, o «diablo popular», representa una amenaza para el orden social y cataliza las fuerzas de la represión. Crisis sociales con causas oscuras generan una política de búsqueda de chivos expiatorios en la esfera pública, movilizándolo el miedo irracional y la ira en una fuerza moralmente reguladora y dando como resultado la elaboración de nuevas técnicas de disciplina y de represión social.¹²

Los paradigmas de la desviación y del pánico moral plantean una problemática de lo permitido y lo prohibido que, desde Émile Durkheim

¹⁰ Mike Hawkins, *Social Darwinism in European and American Thought, 1860-1945: Nature as Model and Nature as Threat*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997, pp. 75-76, 219-220.

¹¹ Freedman y D'Emilio, «Problems Encountered...».

¹² Herdt, «Introduction...»; Cohen, *Folk Devils...»; Douglas, Purity and Danger...*

hasta Lévi-Strauss y desde Freud hasta Jacques Lacan, ha sido una marca familiar para la investigación científica social. La distinción entre actos permitidos y prohibidos permite una especie de análisis transcultural relativista en el que se destacan las características diacrónicas y sincrónicas de la cultura y de la subjetividad. Si la ley crea el deseo, la transgresión no sería más que el cumplimiento de la ley, lo que justifica la autoridad de la regla, como trató de probar *Le suicide* (1897) de Durkheim. Quizás por la influencia de la ética deontológica de Kant en las ciencias sociales alemanas y francesas o quizás por otras razones, la distinción entre lo permitido y lo prohibido ha proporcionado el paradigma por defecto para considerar cómo se problematizó la homosexualidad en diversos momentos de su historia. La reacción moral a la homosexualidad durante la epidemia del sida invistió a esta teoría con el poder explicativo para describir politizaciones pasadas y presentes de la homosexualidad y para establecer una aparente continuidad histórica y una inteligibilidad entre pánicos históricamente episódicos. Este paradigma, sin embargo, es histórico en sí mismo y, en última instancia, tiene como resultado elevar una teoría burguesa liberal del Estado a principio constitutivo del deseo humano y de todas las demás formaciones culturales.

La contradicción de Foucault

Michel Foucault cuestionó la objetividad del conocimiento histórico con un argumento filosófico históricamente fundamentado sobre cómo un paradigma legal del siglo XVIII de lo permitido y lo prohibido continuó determinando el pensamiento político de su época. Lo explica así:

La burguesía y la monarquía lograron instalar, poco a poco, desde el fin de la Edad Media hasta el siglo XVIII, una forma de poder que se representaba y que se presentaba como discurso, como lenguaje, el vocabulario del derecho. Y cuando la burguesía se desembarazó finalmente del poder monárquico, lo hizo precisamente utilizando ese discurso jurídico que había sido hasta entonces el de la monarquía, el cual fue usado en contra de la propia monarquía [...] En efecto, me parece, que si analizamos el poder dando prioridad al aparato estatal, si analizamos el poder considerándolo como un mecanismo de conservación, si lo consideramos como una superestructura jurídica, en el fondo no

hacemos sino retomar el tema clásico del pensamiento burgués, cuando trata esencialmente el poder como un hecho jurídico.¹³

La crítica de Foucault a la llamada hipótesis represiva no fue solo un intento de liberar la sexualidad del viejo paradigma estructuralista de lo permitido y lo prohibido; fue también un intento de liberar al poder de ciertas formas de pensamiento surgidas de la lucha revolucionaria de la burguesía contra el Antiguo Régimen. Aunque Foucault historizó la sexualidad según un nominalismo estricto, historizó el poder con la metanarrativa de la lucha de clases, el único paradigma histórico que se historiza a sí mismo.

Ambos lados de esta aparente contradicción se articulan en su crítica a la hipótesis represiva. Foucault dedica la mayor parte del primer volumen de *La historia de la sexualidad* a detallar cómo la ciencia sexual produjo los puntos cardinales de la sexualidad moderna: el niño, la mujer, la familia y el pervertido sexual. Luego intenta demostrar cómo estos puntos cardinales de la identidad sexual funcionaron como objetivos para una ampliación históricamente sin precedentes del poder sobre el sexo, un poder cuya función era estimular el sexo y transformarlo en discurso en lugar de reprimirlo. Había pánicos periódicos en torno a los niños masturbadores, los efectos de la frigidez o la histeria en la unidad familiar, etc. La historia ahora es tan familiar, a través de tantas disciplinas y tantos volúmenes de microhistoria, que su repetición se ha convertido en un lugar común. Dos de sus figuras paradigmáticas —el pervertido y el niño que se masturba— se producen por una distinción entre lo permitido y lo prohibido, el «no» del padre y la superestructura jurídica; sin embargo, la relativa ausencia de una conciencia de clase en estos ejemplos indica un regreso al mismo modelo de teoría social que critica Foucault.

La conocida narrativa de Foucault oculta otra contradicción importante. El libro comienza adoptando una postura crítica sobre la «hipótesis represiva» de la liberación sexual, afirmando que el discurso sobre el sexo de los contemporáneos de Foucault era sorprendentemente similar a la de esos victorianos tan criticados que les servían

¹³ Michel Foucault, «The Mesh of Power», trad. Christopher Chitty, *Viewpoint Magazine*, núm. 2, 12 de septiembre de 2012, disponible en <http://viewpointmag.com/2012/09/12/the-mesh-of-power/>.

de referencia.¹⁴ Foucault señala que ambas posiciones tienen una compulsión generalizada a poner el sexo en el discurso y creen que el sexo contiene una verdad secreta de la identidad del individuo que es común a las sexualidades de ambos periodos. Para los victorianos y para nosotros, argumenta Foucault, el sexo se ha convertido en una medida del hombre, ofreciendo promesas más o menos ilusorias de libertad y salud.¹⁵ Además, del mismo modo que los herederos del proyecto de la Ilustración del siglo XIX historizaron *la homosexualidad* basándose en su universalidad, los críticos posmodernos de ese proyecto aprendieron a historizar *las homosexualidades* basándose en su particularidad.

Quizás la homosexualidad proporcione el punto de vista no expresado de esta crítica de la política de la liberación sexual: el pesimismo de Foucault sobre el aparente potencial revolucionario de su «liberación», o al menos cierta ambivalencia dialéctica al respecto, está en el corazón de su fórmula más profética en *La volonté de savoir*. La posición generacional de Foucault dentro de esta subcultura en desarrollo (tenía cincuenta años en el momento de la publicación de este trabajo) y su experiencia de un periodo en el que la homosexualidad no era expresada de forma tan abierta o libre, le dieron una perspectiva más crítica sobre esta nueva subcultura obsesionada con la juventud y su voluntad de saber. La duda sobre el potencial emancipatorio de una creciente aceptación social de la homosexualidad, la comprensión de cómo la homosexualidad había comenzado a incorporarse en circuitos altamente productivos de la sociedad de consumo y una perspectiva crítica sobre su reproducción irreflexiva de cánones predecibles y tradicionales de belleza masculina, son ideas que puede que le llevaran a cuestionar ese potencial liberador con respecto de cualquier otra sexualidad.

¹⁴ «No digo que la prohibición del sexo sea una engañifa, sino que lo es trocarla en el elemento fundamental y constituyente a partir del cual se podría escribir la historia de lo que ha sido dicho a propósito del sexo en la época moderna»; Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1..., p. 12.

¹⁵ «Allí está lo esencial. Que el hombre occidental se haya visto desde hace tres siglos apagado a la tarea de decirlo todo sobre su sexo; que desde la edad clásica haya habido un aumento constante y una valoración siempre mayor del discurso sobre el sexo; y que se haya esperado de tal discurso —cuidadosamente analítico— efectos múltiples de desplazamiento, de intensificación, de reorientación y de modificación sobre el deseo mismo». Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1..., p. 23.

Paradójicamente, en la parte final del libro argumenta que todas esas investigaciones científicas aparentemente absurdas sobre el sexo no estaban tan desencaminadas después de todo, porque el sexo contenía la verdad de una nueva subjetividad humana, lo que los contemporáneos llamaban «población», que formaba el sustrato material del poder político-económico moderno, desde la fuerza de trabajo hasta la bomba atómica.¹⁶ Foucault creó su teoría general del poder a partir de Bentham y Marx, tal y como admitió ante una audiencia de estudiantes en la Universidad Federal de Bahía en 1976, a la vez que con su concepto de «biopoder» ontologizó la tesis más controvertida de *El Capital* de Marx: la tendencia del capitalismo a producir una población excedente respecto de la capacidad industrial para emplear a esta masa humana, o la llamada ley general absoluta de la acumulación de capital.¹⁷ La tesis fue descartada por generaciones de marxistas como la «tesis de la miseria».¹⁸ Sin embargo, a finales de la década de 1970, cuando la crisis estructural del capitalismo tardío había sido asumida por parte de la Nueva Izquierda, Foucault se distanció de las tendencias weberianas de la Escuela de Frankfurt haciendo de la lógica contradictoria de la acumulación de capital, más que de sus diversas formas institucionales, el centro de su explicación del surgimiento del capitalismo a partir de la disolución del campesinado, y su posible final en la disolución del Estado del bienestar.¹⁹ Aunque es una pena que este

¹⁶ Foucault, *The History of Sexuality, vol. 1...*, p. 137.

¹⁷ «Por un proceso circular, el desarrollo económico y principalmente agrícola del siglo XVIII, el aumento de la productividad y los recursos más rápido aún que el crecimiento demográfico al que favorecía, permitieron que se aflojaran un poco esas amenazas profundas: la era de los grandes estragos del hambre y la peste —salvo algunas resurgencias— se cerró antes de la Revolución francesa; la muerte dejó, o comenzó a dejar, de hostigar directamente a la vida. Pero al mismo tiempo [...] el hombre occidental aprende poco a poco en qué consiste ser una especie viviente en un mundo viviente, tener un cuerpo, condiciones de existencia, probabilidades de vida, salud individual o colectiva, fuerzas que es posible modificar y un espacio donde repartirlas de manera óptima». Foucault, *The History of Sexuality, vol. 1...*, p. 142.

¹⁸ Compárese la cita anterior con el argumento de Marx en *El Capital*: «Cuanto mayor sea la riqueza social, el funcionamiento del capital, la extensión y la energía de su crecimiento, y por tanto también cuanto mayor sea la masa absoluta del proletariado y la productividad de su trabajo, mayor será el ejército de reserva. Las mismas causas que desarrollan el poder expansivo del capital, desarrollan también la fuerza de trabajo a su disposición». Karl Marx, *El Capital, vol. 1*, trad. Ben Fowkes Nueva York, Penguin, p. 798 [ed. cast.: *El Capital. Crítica de la economía política, 3 vols*, Madrid, Siglo XXI, 2020].

¹⁹ Michel Foucault, *Security Territory Population: Lectures at the Collège de France, 1977-*

pensamiento quedara aprisionado en un lenguaje tan fácilmente sujeto al abuso demagógico, hecho que Foucault reconoció al final de sus conferencias sobre «El nacimiento de la biopolítica», fue él quien presenta la contradicción del Estado de bienestar en términos histórico-mundiales tan brillantes: el sexo no es la fuente de verdad que sostenemos que es; el sexo es la última fuente de verdad para nosotros los modernos. El discurso sexual es a la vez una actividad frívola y superficial, y también el eje de una «anatomopolítica del cuerpo humano» y de una «biopolítica de la población» totalizadoras.²⁰ Las intervenciones biológicas constituyen «el “umbral de modernidad biológica” de una sociedad» en la que el poder de la exacción, simbolizado por la espada o el recaudador de impuestos, ya no es la base del derecho soberano. En cambio, la base del poder productivo moderno es el poder de garantizar la vida o de rechazarla.²¹ Aunque históricamente el sexo desempeñó ese papel en la constitución de este poder arrollador sobre la vida, queda por ver si seguirá siendo tan central para el funcionamiento del poder, a medida que los Estados del bienestar reducen sus redes de seguridad, y que las familias y los allegados vuelven a ser necesarios para garantizar un nivel mínimo de supervivencia.

Se ha generado una gran producción intelectual a partir de la visión histórica de este pequeño libro. La de Foucault sigue siendo la genealogía más influyente del poder moderno sobre la sexualidad, a pesar de las dudas que han planteado algunos académicos sobre sus datos empíricos y su alcance narrativo. Su explicación del biopoder ganó popularidad mucho más allá de la especialidad de los estudios sobre la sexualidad. Estas valoraciones tan entusiastas nos dan una razón suficiente para ser prudentes sobre la inteligente crítica de Foucault a la «hipótesis represiva».

A pesar de nuestra afinidad con su crítica a uno de los mitos más preciados de la sociedad capitalista avanzada —que somos sexualmente reprimidos y que liberar la sexualidad contiene las semillas de alguna

1978, ed. Michel Senellart, trad. Graham Burchell, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2007, pp. 23-79 [ed. cast.: *Seguridad, territorio y población. Curso del Collège de France (1977-1978)*, Madrid, Akal, 2008]; Michel Foucault, *The Birth of Biopolitics: Lectures at the Collège de France, 1978-1979*, ed. Michel Senellart, trad. Graham Burchell, Nueva York, Palgrave Macmillan, 2008, pp. 160-165, 203-207 [ed. cast.: *El nacimiento de la biopolítica, Curso del Collège de France (1978-1979)*, Madrid, Akal, 2009].

²⁰ Foucault, *The History of Sexuality, vol. 1...*, p. 139.

²¹ *Ibidem*, p. 143.

forma de libertad humana— y a pesar del respeto que podamos tener por el hombre que tuvo el coraje para hacerlo en el apogeo del movimiento de liberación sexual, hay algo claramente irónico al respecto. Si hablar sobre el sexo es la forma en que somos dominados, ¿por qué seguir participando en ello? ¿No es nuestro continuo interés intelectual en su pasado, presente y futuro lo que alimenta el dispositivo biopolítico? ¿Qué hace que todos esos estudios aparentemente sofisticados sobre la construcción social de la sexualidad sean diferentes de los tomos cuyos títulos nos guían el ojo lascivamente desde las estanterías de al lado? Siguiendo la metáfora de Foucault, ¿nuestra formación intelectual actual es menos lasciva que los manuales sexuales y los estudios pseudocientíficos de los victorianos?

Al no utilizar un enfoque histórico comparado sobre el problema de la libertad sexual, el paradigma foucaultiano da lugar a falacias lógicas e históricas. La tendencia a atribuir un papel demasiado poderoso a las formas de conocimiento, como la ciencia sexual, es un problema grave. Quizás debido a sus profesadas inclinaciones kantianas, Foucault cultivó cierta indiferencia hacia la separación entre lo ontológico y lo epistémico, reduciendo el ser a los límites y formas históricas del conocimiento. Evita las cuestiones ontológicas por medio del nominalismo cuando le conviene (como con la homosexualidad y la locura) y plantea ontologías con vagas metáforas (como con el concepto de una «tecnología de poder») también cuando le conviene. Si este ir y venir filosófico indica un sentido heterodoxo de lo práctico o un pensamiento débil es algo que no nos corresponde decidir.

Foucault plantea una visión científica sexual hegemónica de la sexualidad en Occidente sin explicar cómo se logró dicha hegemonía.²² Da la impresión de que una formación discursiva generó espontáneamente sujetos sexuales «por medio de una red de mecanismos encadenados, la proliferación de placeres específicos y la multiplicación de sexualidades dispares».²³ En los escasos lugares en los que habla de su propia inspiración, más allá de estas referencias tecnológicas y ocasionales deslices

²² De ahí el comentario irónico de James Clifford de que Foucault era «escrupulosamente etnocéntrico»; véase James Clifford, *The Predicament of Culture*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1988, p. 265.

²³ Foucault, *The History of Sexuality*, vol. 1..., p. 49.

hacia el paradigma de lo permitido y lo prohibido, Foucault historizó el poder en términos de una metanarrativa de lucha de clases. Sin embargo, el desarrollo narrativo de una epistemología científica sexual en el primer volumen de *La historia de la sexualidad* no explica la entrada de mujeres y niños en las líneas industriales de producción a mediados y finales del siglo XIX; las subsiguientes luchas obreras por la jornada laboral definieron a estos «otros victorianos» según categorías de edad y sexo. Estas consideraciones se limitan a una nota a pie de página de capítulos relevantes en *El capital*, vol. 1 de Marx. Este ocultamiento de los orígenes de su propio pensamiento y una escasa atención a la historia de la clase trabajadora son responsables de una desmaterialización de lo que Foucault entendía por el término «discurso» en las teorías posteriores y en las historias de la sexualidad fundamentadas teóricamente.

Foucault señala, casi como un detalle retórico, que la sexualidad fue en sus inicios una ciencia burguesa, una preocupación por los cuerpos burgueses, y que solo más tarde (y con gran dificultad) se amplió al proletariado. Apenas se refiere a los mecanismos de esta ampliación en *La historia de la sexualidad*, vol. I, y esboza esta historia con cuatro pinceladas en solo un párrafo sobre la periodización:

Sin duda hay que admitir que una de las formas primordiales de la conciencia de clase es la afirmación del cuerpo; al menos ese fue el caso de la burguesía durante el siglo XVIII; convirtió la sangre azul de los nobles en un organismo con buena salud y una sexualidad sana; se comprende por qué empleó tanto tiempo y opuso tantas reticencias para reconocer un cuerpo y un sexo a las demás clases, precisamente a las que explotaba. Las condiciones de vida del proletariado, sobre todo en la primera mitad del siglo XIX, muestran que se estaba lejos de tomar en cuenta su cuerpo y su sexo: poco importaba que aquella gente viviera o muriera; de todos modos se reproducían. Para que el proletariado apareciera dotado de un cuerpo y una sexualidad, para que su salud, su sexo y su reproducción se convirtiesen en problema, se necesitaron conflictos (en particular a propósito del espacio urbano: cohabitación, proximidad, contaminación, epidemias —como el cólera en 1832— o aun prostitución y enfermedades venéreas); fueron necesarias urgencias económicas (desarrollo de la industria pesada con la necesidad de una mano de obra estable y competente, obligación de controlar el flujo de población y de lograr regulaciones demográficas); fue finalmente necesaria la erección de toda una tecnología de control que permitiese mantener bajo vigilancia ese cuerpo y esa sexualidad

que al fin se le reconocía (la escuela, la política habitacional, la higiene pública, las instituciones de socorro y seguro, la medicalización general de las poblaciones; en suma, todo un aparato administrativo y técnico permitió llevar a la clase explotada, sin peligro, al dispositivo de sexualidad; ya no se corría el riesgo de que el mismo desempeñara un papel de afirmación de clase frente a la burguesía; seguía siendo el instrumento de la hegemonía de esta última). De ahí, sin duda, las reticencias del proletariado a aceptar ese dispositivo; de ahí su tendencia a decir que toda esa sexualidad es un asunto burgués que no le concierne.²⁴

Foucault está de acuerdo con Gramsci en considerar la sexualidad como algo absolutamente esencial para lograr la hegemonía burguesa sobre la clase obrera. Sin embargo, su descripción de la «sexualidad moderna» está completamente sesgada, en la medida en que pone el énfasis en un periodo tardío del desarrollo de la sexualidad moderna y no tiene en cuenta el otro lado, proletario, de la formación sexual victoriana en ningún aspecto, salvo en la frase entre paréntesis citada anteriormente. Rastrear esa historia habría sido un proyecto mucho más difícil y hubiera exigido utilizar archivos y materiales de origen muy diferente. La teoría que ofrece del surgimiento de las categorías sexuales modernas parte del supuesto de que la sexualidad burguesa es hegemónica, en lugar de explicar de forma rigurosa cómo llegó a serlo.

La declaración programática de David Halperin sobre la construcción social de la homosexualidad en *One Hundred Years of Homosexuality* es un ejemplo de la formación constructivista social más amplia inspirada por Foucault. Según Halperin, la hipótesis constructivista social plantea «una pluralidad de territorios sociales y conceptuales que solo se superponen parcialmente, una serie de formaciones culturales que cambian a medida que cambian sus elementos constituyentes, y que se combinan en diferentes secuencias y patrones». Es menos una historia de las personas gays que «una historia escrita desde la perspectiva de los intereses gays contemporáneos». ²⁵ Así, la convicción posmoderna de que las categorías construyen sus objetos lleva a Halperin a la hipótesis

²⁴ Véase *The History of Sexuality*, vol. 1..., pp. 126-27; esta traducción la ha hecho el propio autor, a partir del libro Michel Foucault, *Histoire de la sexualité 1*, París, Gallimard, 1976, pp. 166-168.

²⁵ David M. Halperin, *One Hundred Years of Homosexuality: And Other Essays on Greek Love*, Nueva York, Routledge, 1990, p. 29.

de que solo en los últimos cien años las personas que buscaban sexo con otras personas del mismo sexo «han sido homosexuales». El confuso discurso de Halperin sobre «el cambio» de la formación cultural tectónica y las recombinaciones culturales de «diferentes secuencias y patrones», como el lenguaje foucaultiano que hereda, demuestra ser un modelo conceptual de la historia con un débil poder explicativo.

La homosexualidad y la heterosexualidad, tal y como las entendemos actualmente, son producciones modernas, occidentales, burguesas. Nada parecido a ellas se puede encontrar en la Antigüedad clásica. Una cierta identificación del yo con el yo sexual comenzó en la Antigüedad tardía; esta fue fortalecida por el dispositivo de confesión cristiano. Solo en la Alta Edad Media ciertos tipos de actos sexuales comenzaron a identificarse con ciertos tipos de personas específicamente sexuales: el término «sodomita» comienza a nombrar no solo a la persona que comete un acto de sodomía, sino a una persona que se distingue por un cierto tipo de subjetividad específicamente sexual que le lleva a cometer esos actos; la sodomía sigue siendo, sin embargo, un acto pecaminoso que cualquier persona, si se la tienta lo suficiente, puede llegar a cometer. En Londres y París, en los siglos XVII y XVIII, aparecen —evidentemente por primera vez, y junto con el auge del matrimonio no interesado— lugares de reunión social para personas del mismo sexo, con las mismas actitudes socialmente desviadas hacia el sexo y el género, que desean socializar y tener sexo entre ellas. En Londres, estas son las llamadas casas de maricas, donde los hombres se visten como mujeres y asumen nombres de mujeres. Este fenómeno contribuye a lo que Halperin llama la gran experiencia del siglo XIX de la «inversión sexual» o de la inversión de los roles sexuales, en la que algunas formas de desviación sexual se interpretan como desviación de género, o se combinan con ella. El surgimiento de la homosexualidad a partir de la inversión, o la formación de una orientación sexual independiente de los grados relativos de masculinidad y feminidad, tiene lugar durante la última parte del siglo XIX y solo se consolida en el siglo XX. Su punto final es el «varón gay que se comporta como un heterosexual y que parece heterosexual», un hombre que no se distingue de los demás hombres en ningún otro aspecto más que en el de su «sexualidad».²⁶

²⁶ Halperin, *One Hundred Years of Homosexuality...*, pp. 8-9.

Tanto el lenguaje de Foucault como el de Halperin sugieren complejidad e historicidad; sin embargo, como ha señalado Eve Kosofsky Sedgwick, «cada una es una narrativa unidireccional de sustitución».²⁷ El modelo unidireccional de evolución cultural de Halperin toma a Patroclo y a Aquiles como su punto cero y al hombre gay que se comporta como heterosexual, o clon, como su «expresión más alta» —con un problemático interludio de transición de género en el medio—. Los cambios culturales que señala Halperin quedan aislados de los desarrollos históricos que los han generado. Se invocan ciertas épocas junto con recortes unidimensionales de ciertos periodos y lugares. Los pseudoeventos, como «la gran experiencia del siglo XIX de la “inversión sexual”», marcan cambios aparentemente importantes en el desarrollo secuencial de una formación cultural.

No hay nada superpuesto o plural en los territorios conceptuales que mapea Halperin. Su respuesta en *How to Do the History of Homosexuality* a las críticas a este modelo simplemente espacializó la contradicción temporal con una metáfora del tiempo geológico. En sus palabras, la homosexualidad moderna es el «efecto acumulativo de un largo proceso de superposición y crecimiento histórico», pero no explica si los sujetos se mueven a través de estas capas sedimentadas de espacio-tiempo comprimido, o cómo lo hacen.²⁸ Presumiblemente, el peso acumulado de formaciones sociales más nuevas comprime las capas inferiores de formaciones anteriores, según la metáfora: una gruesa capa social de musculocas hipermasculinas descansaría entonces por encima de las formaciones sexuales de los Guyakí de la cuenca del río Amazonas y de las costumbres de las tierras altas de las montañas de Papúa Nueva Guinea. El problema tanto con una línea de tiempo simplista como con una metáfora geológica de la subjetividad sexual es que ninguna puede explicar por qué algunas subjetividades pasadas se parecen a las actuales, por qué algunas se terminan, o por qué continúan coexistiendo con otras. La una presenta la historia como una sucesión no dinámica de herencia gay, y la otra congela esta sucesión narrativa en forma de capas estáticas.

²⁷ Sedgwick, *Epistemology of the Closet...*, p. 47.

²⁸ David Halperin, *How to Do the History of Homosexuality*, Chicago, University of Chicago Press, 2004, p. 109.

No comparto la sospecha de Sedgwick sobre la historia narrativa, pero su crítica de la narrativa unidireccional de Foucault y Halperin señala la importancia crucial de una visión dialéctica de la contradicción para el pensamiento histórico. Una visión materialista histórica de los artefactos culturales requiere formas dialécticas de pensar la relación y la simultaneidad de formas sociales y sexuales residuales y emergentes cuyos fenómenos no pueden ser explicados ni por un modelo que se base en rupturas y discontinuidades radicales, ni por modelos simplistas de sucesión y acumulación.²⁹ La contradicción, según esta concepción, es una estrategia narrativa para representar eventos, instituciones y formaciones culturales sobre las cuales múltiples fuerzas han luchado para lograr ciertos resultados; reconocer esta contingencia, a menudo visible solo en eventos disruptivos del *statu quo* o en bruscos reveses de la fortuna, como cuando los ganadores pierden y los perdedores ganan, abre una perspectiva sobre cómo las luchas y las disputas impulsan un proceso histórico que de otro modo parecería unidireccional, o geológicamente estático.³⁰

El énfasis narrativo de Halperin (al igual que la crítica de la historia narrativa de Sedgwick) dice mucho sobre los «intereses gais» de principios de la década de 1990 y sobre la distancia de estos intereses respecto de los de una generación anterior de intelectuales cuya experiencia política formativa fue en los movimientos radicales feministas, socialistas y de derechos civiles de la década de 1960 y para quienes el marxismo era todavía una tradición viva. Aunque la historia desempeñó el papel de legitimar moral y políticamente la cultura gay en una coyuntura de crisis, las batallas de representación políticamente decisivas —establecer la actualidad de las leyes discriminatorias contra los homosexuales— ya se habían librado. El binarismo homo / hetero, que el constructivismo social buscaba historizar y que la teoría queer esperaba trascender, resultó ser crucial para el reconocimiento estatal de las personas homosexuales como un grupo que sufría formas históricas de discriminación.³¹ Mientras Halperin aún estaba buscando una legitimidad en las civilizaciones

²⁹ Williams, *Writing in Society...*, pp. 152-153.

³⁰ Jameson, *Valences of the Dialectic...*, pp. 546-565.

³¹ John D'Emilio, «Making and Unmaking Minorities: The Tensions between Gay Politics and History», *Review of Law and Social Change*, núm. 14, 1986, pp. 915-922.

para el amor entre personas del mismo sexo en la antigua Grecia (o avalando la hipótesis nominalista de Foucault), la teoría semiótica restaba importancia al conocimiento histórico y a la narrativa para la formación de la teoría queer representada por Sedgwick. Lo que más importaba a estos últimos era cómo se transmitían e intercambiaban los afectos de pánico y terror a lo largo de los circuitos culturales semióticos para reproducir la homofobia como una respuesta legítima al sida, así como la posibilidad de revertir esas dinámicas o de oponerse a ellas. La hagiografía de Foucault que hace Halperin ilustra ambas tendencias.

La explicación constructivista de la homosexualidad y del capitalismo

Los historiadores de la homosexualidad han tendido a narrar las transformaciones capitalistas de la sexualidad con una historia progresista de la creciente división y racionalización del trabajo, que favoreció formas de vida cada vez más diversas. El deseo homosexual sería uno de los muchos nuevos deseos que la expansión general de la producción hace posible más allá de una base de subsistencia —en otras palabras, la producción para el mercado—. La producción para el mercado crea una dependencia salarial para franjas más amplias de la población, desbancando a la familia como unidad económica primaria de autorreproducción, y abre opciones sexuales y de vida al margen de su forma restrictiva. Esta narrativa del capitalismo como una sucesión institucional de modos de producción es compartida por muchos marxistas y sociólogos.

En sus evaluaciones históricas de la sexualidad propia de las sociedades basadas en el mercado, los constructivistas sociales han tendido a enfatizar las libertades que acompañan a una mayor división del trabajo mientras analizan cómo una ética protestante del trabajo acompaña tales divisiones, devaluando la búsqueda del placer y estigmatizando a grupos organizados para esta búsqueda. Según la tesis de David Greenberg y Marcia Bystryn:

La homosexualidad fue muy estigmatizada en la Francia del siglo XIX, así como en Inglaterra y Estados Unidos, donde la ley se mantuvo más rigurosa. El nuevo orden capitalista contribuyó a esta estigmatización intensificando la competencia entre los hombres, fomentando un ethos de autocontrol antagónico a la expresión sexual, agudizando la división

sexual del trabajo y fortaleciendo la ideología de la familia, y dando lugar a una ideología que reinterpretó la desviación en términos médicos.³²

Así, Greenberg y Bystryn invocan el ethos del trabajo duro y de la «competencia entre hombres» para explicar por qué el capitalismo de finales del siglo XIX «estigmatizó» la homosexualidad, que se equipara con una especie de autoexpresión.

Haciendo hincapié en la transición separada de la economía familiar, en la universalización del trabajo asalariado y en las crecientes burocracias estatales de mediados del siglo XIX en Europa y América del Norte, John D'Emilio plantea:

A medida que el trabajo asalariado se difundió y la producción se socializó, se hizo posible liberar la sexualidad del «imperativo» de procrear. Ideológicamente, la expresión heterosexual llegó a ser un medio para establecer intimidad, promover la felicidad y experimentar placer. Al despojar al hogar de su independencia económica y fomentar la separación entre sexualidad y procreación, el capitalismo ha creado condiciones que permiten a algunos hombres y mujeres organizar una vida personal en torno a su atracción erótica / emocional hacia personas de su propio sexo. Ha hecho posible la formación de comunidades urbanas de lesbianas y gays y, más recientemente, de una política basada en una identidad sexual.³³

Ni D'Emilio ni Greenberg y Bystryn analizan las consecuencias sociales de la feminización sin precedentes del trabajo provocada por la llegada de la maquinaria a gran escala en la industria textil durante el siglo XIX. Sabemos por el trabajo histórico posterior, en gran parte realizado por historiadoras feministas, que el ascenso y la caída de las fortunas en las industrias textiles impactaron directamente en las vidas y sexualidades de las muchas mujeres que trabajaban en estas.³⁴ Politizada por numerosos inspectores de fábricas y viviendas de finales de la época victoriana, y

³² David F. Greenberg y Marcia H. Bystryn, «Capitalism, Bureaucracy, and Male Homosexuality», *Crime, Law, and Social Change*, vol. 8, núm. 1, 1984, p. 35.

³³ D'Emilio, «Capitalism and Gay Identity» en Henry Abelove, Michèle Aina Barale y David M. Halperin (eds.), *The Lesbian and Gay Studies Reader*, Nueva York, Routledge, 1993, p. 470.

³⁴ Kathleen Canning, *Languages of Labor and Gender: Female Factory Work in Germany, 1850-1914*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2002, pp. 103-107.

difundida por el libro de August Bebel *Woman under Socialism* (1878), la prostitución casual y ocasional era a menudo la única opción para las mujeres que vivían en los distritos de la confección cuando las fábricas cerraban o despedían a las trabajadoras.³⁵ Del mismo modo que el modelo de acumulación flexible de nuestro propio periodo ha relativizado la moral sexual, el nacimiento del capitalismo industrial y la adopción de la maquinofactura abolió y reconstruyó las familias agrarias y las familias obreras urbanas, lo que condujo a irregularidades en el trabajo, la vivienda y la sexualidad que tuvieron efectos profundos en la vida de las personas que vivían tales transformaciones. El argumento de D'Emilio y la conocida tesis de Jonathan Ned Katz en «La invención de la heterosexualidad», publicada por primera vez en *Socialist Review* en 1990, fueron citados por la opinión mayoritaria de la Corte Suprema de EEUU en la decisión de 2003 de revocar las leyes estatales contra la sodomía en el caso *Lawrence contra Texas*. Según el argumento de Katz, el término «heterosexual» es una invención de finales del siglo XIX, que aparece después del término «homosexual»; la experiencia psicológica y social marcada por el término «heterosexualidad» solo podría aparecer como problemática o histórica en un mundo en el que la homosexualidad se planteara como problemática o histórica. La tesis de Katz, aunque políticamente útil para la argumentación legal, simplemente plantea la pregunta: ¿cómo se inventó la homosexualidad si no es a partir de alguna categoría estable, no marcada, de la vida familiar heterosexual normal? ¿Cómo podían diferenciarla personas que no tenían ese concepto? La homosexualidad solo podía aparecer como problemática en el contexto de una consolidación y normalización histórica de las familias de clase trabajadora, lo que implica que la «invención» previa de una heterosexualidad casi universal era la condición previa necesaria para una percepción de la homosexualidad como anormal. No es posible que esta distinción haya sido inventada de la nada por la ciencia sexual. Estos dilemas comienzan a mostrar las limitaciones de un enfoque nominalista.

Ni Katz, ni D'Emilio, ni Greenberg y Bystryn tienen en cuenta cómo la industria, las condiciones laborales industriales, la contaminación, la toxicidad, las enfermedades, la falta de higiene y las condiciones de hacinamiento en las viviendas urbanas destruyeron los cuerpos

³⁵ August Bebel, *Woman under Socialism*, trad. Daniel De Leon, Nueva York, New York Labor News Company, 1923.

de los trabajadores y contribuyeron a una pérdida neta de poblaciones humanas en Gran Bretaña y en la Europa continental durante el siglo XIX.³⁶ Seguramente estos factores tuvieron algo que ver con las posibilidades de la experiencia de un cuerpo sexualmente «libre» entre las clases trabajadoras de la Europa industrializada. Ni D'Emilio ni Greenberg analizan el caso especial de Estados Unidos, donde el tráfico fronterizo durante el transcurso del siglo XIX generó una sorprendente diversidad de formas de vida. Un análisis de las formas de vida que se daban al margen de las restricciones de la moralidad de la clase media en el tráfico entre fronteras en América del Norte, América del Sur y Australia (ganadería, navegación, comercio de pieles, minería, tala de árboles y otras extracciones de recursos) abre una perspectiva sobre la sexualidad y las costumbres sexuales producidas por el trabajo itinerante en general.³⁷

Estas omisiones y puntos ciegos en los únicos intentos sistemáticos de proporcionar una descripción sintética de la preocupación por la homosexualidad en las sociedades capitalistas se deben en gran parte a la adopción por parte de estos historiadores de un análisis típico-ideal que nunca se utiliza en modelos más complejos del desarrollo. La tesis de Greenberg está claramente influida por las perspectivas de Adam Smith y Max Weber, en las que una ética protestante de auto-control, la división competitiva del trabajo y las instituciones del matrimonio y la medicina juegan papeles cruciales en la «estigmatización» de la homosexualidad masculina. Esta tesis no puede dar cuenta de las formas en que el capitalismo destruyó y reconstruyó la estructura familiar de las clases trabajadoras, y su énfasis en un estigma universal (moderno) asociado a la homosexualidad no está fundamentado históricamente.

D'Emilio resulta más acertado cuando considera el papel crucial que desempeñó el abandono de un modo de producción centrado en la familia a mediados del siglo XIX, durante la fase intensiva de la primera Revolución Industrial, y tiene sentido su énfasis en la Segunda Guerra Mundial como el momento de una gran transformación de la

³⁶ Wally Secombe, *Weathering the Storm: Working-Class Families from the Industrial Revolution to the Fertility Decline*, Nueva York, Verso, 1995, pp. 71-80.

³⁷ Shah, *Stranger Intimacy...*; B. R. Burg, *An American Seafarer in the Age of the Sail: The Erotic Diaries of Philip C. Van Buskirk, 1851-1870*, New Haven (CT), Yale University Press, 1994; William Benemann, *Men in Eden: William Drummond Stewart and Same-Sex Desire in the Rocky Mountain Fur Trade*, Lincoln, University of Nebraska Press, 2012.

sexualidad en las sociedades afectadas por la guerra. Parece suponer que la producción centrada en la familia impedía cualquier tipo de sexualidad no procreativa. También es difícil encontrar una coherencia entre el retrato que hace de los hogares de los trabajadores de mediados del siglo XIX, como espacios felices e íntimos de placer, y los informes de los inspectores de viviendas y fábricas de Londres en el mismo periodo.³⁸ Quizás muchos de los informes que señalan las irregularidades sexuales de las clases trabajadoras eran exagerados, pero está lejos de ser cierto que la moralidad sexual de la clase media fuera ampliamente apoyada por las clases pobres y trabajadoras de la Europa del siglo XIX.

Las explicaciones anteriores de los historiadores del constructivismo social fueron inmensamente productivas, a pesar de ciertas limitaciones y omisiones. Son las explicaciones más citadas sobre el vínculo entre la homosexualidad y el capitalismo. La formación social constructivista ha sido criticada por proponer modelos que, a pesar de su potencial aparentemente radical, son víctimas de cierta antinomia, endémica en el pensamiento social liberal, entre el voluntarismo individual y el determinismo social.³⁹ Dentro de esta vacilación liberal hay una tendencia, por un lado, a promover un marco explicativo multi-axial más expansivo a través de una lógica aditiva; y, por el otro, a promover un marco que deje más espacio para la agencia subjetiva, donde las personas sean menos títeres de fuerzas sociales concebidas mecánicamente, y más la compleja intersección de fuerzas y deseos que se supone que son. «Si bien [el constructivismo] afirma que las personas son productos sociales», escribe Steven Epstein, «no tiene forma de explicar cómo los significados sociales llegan a afectar el núcleo de lo que son las personas».⁴⁰ De ahí la profunda separación entre una formación intelectual carente de estrategias políticas concretas y un movimiento popular por los derechos de los homosexuales que asume el mismo binarismo sexual que es, según los constructivistas sociales, la fuente de su opresión.

³⁸ Véase el capítulo 15, «Machinery and Large-Scale Industry» y el capítulo 25, «The General Law of Capitalist Accumulation» en Marx, *Capital*, vol. 1, y en especial las páginas 592-610, 808-28.

³⁹ Steven Epstein, «Gay Politics, Ethnic Identity: The Limits of Social Constructivism», *Socialist Review*, núm. 93-94, mayo-agosto de 1987, pp. 23-25.

⁴⁰ Epstein, «Gay Politics...», p. 25.

Aunque la ola inicial de nuevas historias sociales tendió a proyectar un concepto históricamente específico de la homosexualidad como una minoría perseguida durante una vasta extensión de tiempo histórico, este enfoque demostró la historicidad de las costumbres sexuales, llenó vacíos cruciales en nuestro conocimiento de las culturas sexuales del pasado, y señaló brechas aún más amplias de preguntas sin respuesta, tal vez imposibles de responder, relativas a las sexualidades subalternas. Al enfatizar una distinción entre actos sexuales e identidades sexuales como el umbral histórico para la homosexualidad moderna, la formación social constructivista tendió a restar importancia a las formas de homosexualidad menos compatibles con una identidad gay de posguerra.⁴¹ La distinción ha resultado ser, sin embargo, políticamente crucial para los argumentos históricos a favor de los derechos de gays y lesbianas, ya que refutó la suposición habitual de que los sentimientos antihomosexuales eran un prejuicio atemporal de las sociedades occidentales. La afirmación de que una identidad grupal de gays y lesbianas altamente politizada, similar a una etnia, se formó en respuesta a fuerzas represivas sin precedentes a mediados del siglo XX cuestionó con éxito los argumentos habituales sobre la incompatibilidad de la homosexualidad con los valores estadounidenses, al demostrar la historicidad de esa misma perspectiva. Pero aunque fue capaz de historizar la homofobia, este enfoque fue menos hábil a la hora de historizar la homosexualidad, lo que habría requerido explicar cómo su propio concepto de identidad gay y su peculiar deseo de una historia del prejuicio fueron en sí mismos resultados de una lucha histórica por parte de gays y lesbianas de clase media sobre la definición esencial y la comprensión de la sexualidad. El conocimiento histórico no solo fue clave para un sentido de pertenencia grupal; también dio legitimidad a una formación política que luchaba por el reconocimiento.

⁴¹ Carla Freccero analiza el modo en que este debate de «actos frente a identidades» también ha producido un paradigma que ignora las fuentes literarias cuyos relatos subjetivos están en desacuerdo con los discursos y textos institucionales oficiales. Su lectura de Halperin demuestra que el énfasis se basa en una lectura errónea, aunque productiva, de un único pasaje de *The History of Sexuality*, vol. 1, de Foucault; véase Freccero, *Queer/Early/Modern...*, pp. 32-38.

El deseo homosexual por la historia

Las proposiciones más audaces han tendido a presentarse en los márgenes de la historia gay, enterradas en notas finales o en escritos no publicados en vida del historiador.

A saber: «La suposición de que existe algo así como una “historia homosexual” o una “historia de la intimidad entre personas del mismo sexo” debería examinarse detenidamente», reflexionaba un historiador gay en unas notas inéditas de alrededor de 1978. «La suposición de que el tiempo y el cambio son aspectos esenciales de las relaciones “íntimas entre personas del mismo sexo” u “homosexuales”, y el trabajo de investigación empírica diseñado para demostrar esta historicidad, son en sí mismos históricos, parte de una reconceptualización en proceso, básica, actual, de la “homosexualidad” y de la “intimidad entre personas del mismo sexo” que se está realizando bajo la presión de “homosexuales” y de mujeres feministas políticamente organizadas».⁴²

Otro historiador de cierto renombre escribió de forma humorística, con un nombre falso, que la politización de la homosexualidad en Francia y Estados Unidos había tomado la forma de un renacimiento religioso anglosajón: «Según la lógica inherente a todo movimiento religioso disidente, era necesario establecer buenas relaciones con las autoridades para poder practicar el culto. Pero era igualmente necesario recibir la tolerancia de la sociedad. De ahí la voluntad inquebrantable —que es la antítesis misma del movimiento actual— de ganar la tolerancia hacia la homosexualidad por parte de las familias. En consecuencia, tal vez sería ingenuo acusarles de conservadurismo, ya que está en la naturaleza misma de ese movimiento buscar la tolerancia de los poderes fácticos hacia la homosexualidad y la entrada en el sistema establecido».⁴³ Un proyecto político presionó a los intelectuales para dar una historia a la homosexualidad, generando tipos particulares de identificaciones con el pasado; por ello, las reservas del historiador a la hora de apoyar ese proyecto político quedaron confinadas a los márgenes de su actividad intelectual por razones políticas.

⁴² Jonathan Katz, «Jonathan Ned Katz Papers, 1947-2004», Series V. Research Notes and Papers, c. 1978, Box 41.6, Jonathan Ned Katz Papers, New York Public Library, p. 15.

⁴³ Michel Foucault, citado en Didier Eribon, *Michel Foucault et ses contemporains*, París, Fayard, 1994, p. 280.

Quizás ahora que la urgencia de este proyecto ha comenzado a suavizarse y que la presión se ha debilitado, podamos por fin someter a la crítica este deseo homosexual por la historia. Las notas son de Jonathan Ned Katz, cuyas monografías y ensayos sobre la historia de la homosexualidad fueron, junto con los de Jeffrey Weeks, George Chauncey, John D'Emilio, Allan Bérubé y otros autores, innovadores por el gran volumen de materiales históricos que desenterraron, la sofisticación del análisis y la importancia política de sus respectivos proyectos. A pesar de su originalidad, estos proyectos estaban todos en deuda, de una forma u otra, con Foucault. Él hizo posible plantear nuevas preguntas y prestó a la sexualidad el halo intelectual de los *trente glorieuses*⁴⁴ de la filosofía francesa. Mientras que la teoría queer siguió en gran medida a Guy Hocquenghem en el desarrollo de una filosofía y una ética de los deseos no normativos y de la antihomofobia,⁴⁵ la historia gay evitó las preocupaciones ético-políticas de Hocquenghem (con notables excepciones) o las descartó con el agnosticismo peculiar de su disciplina. En ninguna de las dos formaciones intelectuales se historizó el deseo homosexual por la historia misma. No obstante, estas incursiones generaron un rico campo de estudios que hace posible una nueva síntesis histórico-teórica.

Aunque la obra de George Chauncey rompió el mito del armario al historizar la identidad gay de posguerra y descubrir un rico «mundo gay» en el Nueva York de principios del siglo XX, su trabajo y el de otros autores parecían confirmar la existencia de un armario de otro tipo.⁴⁶ El armario se erige, en otras palabras, como una metáfora espacial de la propia epistemología sexual burguesa, que marca las limitaciones representacionales de un archivo literario o de una práctica de lectura: «una mirada novedosa/novelesca», como diría el juego de palabras de Sedgwick. Los homosexuales de clase trabajadora existían al margen de las estructuras familiares que transmitían orgánicamente tradiciones

⁴⁴ Se conoce por *les trente glorieuses* (los treinta gloriosos) el periodo de 30 años entre 1945 y 1975, de fuerte crecimiento económico y aumento del nivel de vida en muchos países desarrollados, entre ellos Francia, país que además generó una influyente producción intelectual en ese periodo. [N. del T.]

⁴⁵ Guy Hocquenghem, *Homosexual Desire*, trad. Daniella Dangoor, Durham (NC), Duke University Press, 1993.

⁴⁶ Chauncey, *Gay New York...*, pp. 355-356; Aldrich, «Homosexuality and the City...», pp. 1719-1737.

y memorias de una generación a otra, ya fuera a través de la tradición oral o a través de discursos históricos y literarios que construyeron una identidad histórica nacional. El olvido al que se enfrentaron los homosexuales de clase trabajadora fue un olvido de la memoria histórica; por el contrario, sus homólogos de la élite dejaron atrás un guardarropa laberíntico de interioridad torturada, de implicación personal y de referencias codificadas en el que han deambulado las siguientes generaciones de lectores queer. Ese archivo literario elitista alcanzó la hegemonía dentro de una supuesta comunidad de homosexuales precisamente en su momento de mayor politización, en las décadas de 1960 y 1970.

Pero esto no es una simple cuestión de metáforas. Cuando la epidemia del sida se cobraba un enorme número de víctimas en las décadas de 1980 y 1990, algunos de los papeles, pertenencias y recuerdos de los muertos fueron recogidos y conservados en archivos, pero la mayoría se perdieron irremediamente. Vidas extraordinarias exhumadas de cajas enterradas profundamente en armarios y en espacios de almacenamiento, como la historia de vida del tatuador y *salonière* Samuel Seward, destacan como restos visibles de una masa inmensa y profundamente sumergida de historias de vida que se han hundido en un sombrío olvido histórico.⁴⁷ En lugar de preservar y presentar instantáneas científicas y sin interés del pasado homosexual para toda la eternidad, estas historias relatan una experiencia subjetiva particular de ese pasado homosexual en un momento de peligro. Del mismo modo que la existencia continuada de la cultura homosexual parecía amenazada, su memoria histórica se veía amenazaba, una vez más, con quedar «fuera de la historia», bajo el amasijo de escombros dejados por la plaga gay. La conciencia histórica homosexual explotó como un relámpago, ensamblando y conectando una constelación diversa de lugares, tiempos y prácticas hasta ahora ajenas a la reflexión histórica, fortaleciendo la convicción de que la historia homosexual no solo era vital para las luchas políticas actuales y para dotarse de sentido, sino que corría el riesgo de hundirse en un olvido aún mayor.

A pesar de los fuertes compromisos con cierto nominalismo histórico, la formación intelectual acabó produciendo una historia social

⁴⁷ Justin Spring, *Secret Historian: The Life and Times of Samuel Steward, Professor, Tattoo Artist, and Sexual Renegade*, Nueva York, Macmillan, 2010.

importante y completamente inédita de culturas homosexuales cuyo principio mismo de unidad e inteligibilidad histórica eran los comportamientos sexuales colectivos y los encuentros sexuales altamente socializados entre hombres, más que algún sentido compartido de interioridad psicológica o identidad sexual marcada con un término particular. Las muertes por sida no solo dieron a estas historias un ímpetu político y una urgencia; la muerte hizo socialmente explícita la base material de la homosexualidad masculina en un conjunto compartido de conductas, comportamientos y entornos sexuales. Cualesquiera que fueran las continuidades culturales que pudieran establecerse entre épocas, no fueron tanto el resultado de una reproducción orgánica de la memoria y la tradición de una generación a la siguiente, ni el producto de una identidad de consumo estable mediada por los mercados o la cultura impresa, sino la consecuencia de códigos, comportamientos y afectos transmitidos de un cuerpo a otro dentro de una población, al igual que el propio virus.

Una gramática compartida de la posibilidad sexual y de la disponibilidad producida por las prácticas de ligue en los espacios públicos dio a estos códigos particulares su continuidad o inteligibilidad a través del tiempo y el espacio. La homosexualidad fue reconceptualizada como una apropiación activa y contrahegemónica del espacio urbano que genera formas únicas de sociabilidad y de cultura centradas en las relaciones íntimas con desconocidos. Los mismos comportamientos, estructuras de sentimiento y tipos de reconocimiento a través de los cuales se compartía y moldeaba una cultura homosexual, y en torno a los cuales se consolidaba su sentido de pertenencia, se habían convertido en vectores de la infección por el VIH. Entonces, perversamente, la identificación cultural de la homosexualidad con el virus generó una nueva forma de autoconciencia homosexual retrospectiva: el sida no solo catalizó un nuevo tipo de conciencia histórica gay; parecía manifestar la misma estructuración semiótica de la subjetividad planteada por el pensamiento posestructuralista.⁴⁸

⁴⁸ Paula A. Treichler, «AIDS, Homophobia, and Biomedical Discourse: An Epidemic of Signification» en Treichler, *How to Have Theory in an Epidemic: Cultural Chronicles of AIDS*, Durham (NC), Duke University Press, 2004, pp. 1-41; Lee Edelman, «The Plague of Discourse: Politics, Literary Theory, and “AIDS”», en Edelman, *Homographesis*, Nueva York, Routledge, 1994, pp. 79-92.

Las reflexiones anteriores sitúan la producción de la historia homosexual de las décadas de 1980 y 1990 dentro de una crisis coyuntural en la que se hizo posible un nuevo tipo de reflexión histórica. Por supuesto, eran necesarias otras condiciones previas: entre otras cosas, legitimidad profesional para plantear tales preguntas, apoyo institucional para la investigación y las bases ya establecidas por el feminismo y la historia de las mujeres. Sin embargo, una visión no identitaria de la actividad sexual fue fundamental tanto para las intervenciones de salud pública en la epidemia de VIH / sida como para las reconstrucciones de las comunidades sexuales anteriores de hombres por parte de la nueva historia social. Esta relación mutuamente constitutiva, entre nuevos tipos de reflexión histórica y la subjetividad política y la visibilidad social de los hombres que tienen sexo con hombres —«HSH» en la burocracia de las autoridades de epidemiología y salud pública— tuvo importantes precedentes en el siglo XIX. Las crisis biológicas, económicas y políticas han desempeñado papeles determinantes a la hora de configurar y remodelar las categorías sexuales de las formaciones intelectuales anteriores (con mayor o menor influencia hegemónica) de cara a las respuestas de las burocracias estatales al «problema» de la homosexualidad.

Capítulo 6

La homosexualidad como categoría de la sociedad burguesa

Ha habido muchas crisis del libertinaje: cada época histórica tiene una. Para conseguir una nueva adaptación al nuevo modo de trabajo, se ejerce presión sobre todo el ámbito social, se desarrolla una ideología puritana que da a la coerción brutal intrínseca la forma externa de la persuasión y del consentimiento. Una vez que el resultado se ha logrado hasta cierto punto, la presión se rompe... y es seguida por la crisis del libertinaje.

Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*.

La industrialización y la burguesía dominante

Dos problemas planteados en la introducción requieren una mayor explicación con respecto de la anómala persecución y politización de la homosexualidad en el siglo XX. Plantear estos problemas en toda su complejidad nos permite resolver preliminarmente cuestiones de metodología e historiografía que se han abordado en el capítulo anterior y en la introducción. En primer lugar, ¿cómo una nación en apariencia tan moralmente retrógrada como Estados Unidos, cuya historia se ha visto salpicada por periódicos resurgimientos religiosos de ideología puritana, ha generado formas homosexuales de vida y libertad con un amplio atractivo internacional? En segundo lugar, ¿hasta qué punto la disolución normativa de los órdenes social y económico del capitalismo de posguerra ha sentado las bases para una moral sexual más permisiva y la consecución de los derechos LGTB? Para ambas preguntas, resulta esclarecedora una comparación con las transformaciones sexuales del periodo de entreguerras.

Dado que hegemonía es un concepto bastante resbaladizo, es importante especificar lo que está en juego en estos dos problemas. En el momento de la Segunda Guerra Mundial, las condiciones sociales tanto para una identidad gay como para la persecución de la homosexualidad en las ciudades eran compartidas por los principales contendientes, los cuales habían alcanzado niveles similares de desarrollo económico y burocrático. Preguntar cómo la formación gay estadounidense logró la hegemonía cultural dentro de esta esfera de influencia internacional supone determinar si una concepción singularmente estadounidense de expresión de la liberación sexual —una lucha por la publicidad, por la exhibición pública y por la legitimidad social de las perversiones sexuales— llegó a definir las coordenadas esenciales de la identidad sexual en otros contextos nacionales y culturales. Esta función pedagógica de la formación gay estadounidense generó un movimiento político internacional con metas y expectativas unificadas en lo que se refiere a ciertos derechos y formas de reconocimiento estatal.

En las grandes ciudades estadounidenses, el movimiento Christian Temperance y el primer florecimiento del «mundo gay», tal y como lo conocemos ahora, en cierta medida coexistieron. De hecho, la YMCA (Asociación Cristiana de Jóvenes) fue un punto crucial tanto para las redes de actividad homosexual como para la difusión de los valores cristianos en estas ciudades a principios del siglo XX.¹ ¿Cómo una organización cristiana moralmente conservadora generó un espacio para la homosexualidad en las ciudades estadounidenses? De manera similar, uno podría preguntarse a finales del siglo XX si el renacimiento cristiano fundamentalista aparentemente conservador y la contracultura radical del amor libre no fueron quizás dos caras del mismo despertar espiritual, cada una de las cuales intensificó el estatus discursivo del sexo al dotarlo de unos poderes profundamente transformadores. En cualquier caso, ¿cómo respondieron las creencias y los sentimientos morales o religiosos a las condiciones de posibilidad de una coyuntura particular, y qué efectos políticos tuvieron? ¿Cómo diferenciar los fenómenos transitorios de pánico moral o de moda sexual y las profundas

¹ Chauncey, *Gay New York...*, pp. 155-163; George Chauncey, «Christian Brotherhood or Sexual Perversion? Homosexual Identities and the Construction of Sexual Boundaries in the World-War-One Era», *Journal of Social History*, vol. 19, núm. 2, invierno de 1985, pp. 189-211.

transformaciones estructurales de una determinada sociedad? ¿Qué está en juego en la diferencia entre estos dos enfoques?

Desde una perspectiva comparada, la aparente contradicción entre la ideología cristiana de la YMCA y su tendencia a fomentar las amistades íntimas y los vínculos eróticos entre los hombres no es una contradicción en absoluto. Desde finales del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial, la sociabilidad homoerótica surgió en espacios donde los hombres jóvenes fueron apartados de sus familias y concentrados en entornos más o menos jerárquicos entre personas del mismo sexo. Esta tendencia estaba en consonancia con una propensión general de los movimientos juveniles de principios del siglo XX —movimientos esenciales para una variedad de formas nacionales y políticas, desde proyectos nacionalistas hasta proyectos sionistas, socialistas, comunistas y fascistas— de fomentar la amistad erótica y los vínculos entre chicos y jóvenes en entornos segregados por sexo.²

El archiconservador y antisemita Hans Blüher, uno de los primeros alemanes defensores de las teorías de Freud, provocó un escándalo en 1910 cuando en el segundo volumen de su estudio del *Wandervogel*³ analizó el movimiento juvenil alemán como un fenómeno erótico, enfatizando las virtudes de las asociaciones eróticas entre chicos y hombres, o *Männerbund*. Blüher oponía estas asociaciones positivas, creativas y libres de hombres a la familia, a la que consideraba una fuerza socialmente destructiva.⁴ Como el movimiento juvenil alemán era

² S. N. Eisenstadt, «Archetypal Patterns of Youth», *Daedalus*, vol. 91, núm. 1, invierno de 1962, pp. 28-46; Kenny Cupers, «Governing through Nature: Camps and Youth Movements in Interwar Germany and the United States», *Cultural Geographies*, vol. 15, núm. 2, abril de 2008, pp. 173-205; Klaus H. Pringsheim, «The Functions of the Communist Youth Leagues (1920-1949)», *China Quarterly*, núm. 12, diciembre de 1962, pp. 75-91; Mathias Neumann, «Revolutionizing Mind and Soul? Soviet Youth and Cultural Campaigns during the New Economic Policy (1921-1928)», *Social History*, vol. 33, núm. 3, 2008, pp. 243-67.

³ El *Wandervogel* fue un movimiento juvenil alemán que se originó a fines del siglo XIX y principios del XX, como una respuesta al aumento de la industrialización y urbanización en Alemania. El nombre *Wandervogel* significa «pájaro errante» y se refiere a los jóvenes que se reunían para explorar y disfrutar de la naturaleza, haciendo caminatas y acampando. El movimiento se basaba en valores como la libertad individual, la autodeterminación, la comunidad y la conexión con la naturaleza. [N. del T.]

⁴ Walter Laqueur, *Young Germany: A History of the German Youth Movement*, New Brunswick (NJ), Transaction Books, 1984, pp. 50-52.

principalmente un asunto burgués, que se entendía como algo crucial para formar a la futura clase dominante, el libro de Blüher planteó la cuestión de la homosexualidad en una formación nacional que se había vuelto sensible al tema tras el caso Eulenburg. El escándalo en torno al estudio de Blüher sobre el *Wandervogel* hizo que los jóvenes y los líderes juveniles fueran conscientes de la naturaleza erótica de la amistad masculina de una forma nueva. Solo unos años antes, el periodista Maximilian Harden había acusado a varios miembros prominentes del gabinete del Káiser Guillermo II de relaciones homosexuales, un evento que precipitó más acusaciones, juicios por difamación y contraacusaciones. El caso Eulenburg fue, según algunos historiadores, directamente responsable de la disminución de la influencia de las voces moderadas en el círculo de la política exterior del Káiser y —tras la vergonzosa muerte de un jefe del gabinete militar, Dietrich von Hülsen-Haeseler, quien sufrió un ataque al corazón mientras bailaba para el Káiser vestido con un tutú en un retiro de caza en noviembre de 1908, de un aumento de las voces que defendían una masculinidad nacional alemana más belicosa.⁵ Desde las organizaciones juveniles más inocentes hasta las altas jerarquías del imperio alemán, la homosexualidad marcó una crisis del ego liberal (masculino). En los internados ingleses de élite, se formó un culto a la homosexualidad notablemente similar, dando forma a las experiencias de los hombres de la clase dominante que ocuparon posiciones prominentes en la burocracia imperial y que sufrieron vejaciones similares.⁶

La movilización masiva de la élite y de la juventud popular en todo el mundo industrializado sexualizó la cultura juvenil de nuevas maneras, no como la expresión, según alguna teoría hidráulica freudiana de las pulsiones, de un impulso erótico subyacente y atemporal, sino intensificando los lazos de intimidad al margen de la familia y utilizando estos vínculos en los diversos proyectos políticos que dieron forma

⁵ Isabel V. Hull, *The Entourage of Kaiser Wilhelm II, 1888-1918*, Nueva York, Cambridge University Press, 1982, pp. 133-145; James D. Steakley, «Iconography of a Scandal: Political Cartoons and the Eulenburg Affair», *Studies in Visual Communication*, vol. 9, núm. 2, primavera de 1983, pp. 20-51.

⁶ Tamagne, *History of Homosexuality in Europe...*, pp. 106-125; Ronald Hyam, *Empire and Sexuality: The British Experience*, Nueva York, Manchester University Press, 1990, pp. 34-37, 66-74.

al siglo XX. La sexualidad juvenil se hizo socialmente visible ante los intereses estatales y nacionales de una forma nueva debido a su concentración y organización institucional. En términos generales, las movilizaciones nacionalistas de la cultura juvenil crearon nuevas posibilidades para la intimidad y la atracción erótica entre personas del mismo sexo y al mismo tiempo generaron nuevos marcos epistemológicos a través de los cuales esto sería entendido como una amenaza para los proyectos nacionales. En el fermento ideológico que brotaba de las crisis políticas y económicas que pusieron fin a la hegemonía británica, la homosexualidad figuraba como un síntoma de la decadencia política. Esta minaba la vitalidad nacional en el marco de los discursos de la degeneración y de las diversas campañas de pureza moral que tenían como objetivo combatir el vicio.

Gramsci entendió las campañas morales de Estados Unidos contra el alcohol, la prostitución y el juego como el complemento necesario de nuevas técnicas de producción que requerían mayor concentración y habilidad. Una ideología moral de restricción prestó la forma externa del consentimiento y la persuasión al proceso coercitivo de adaptación forzada a un nuevo proceso de trabajo. Esta combinación de taylorismo y «puritanismo» fue, según Gramsci, «el mayor esfuerzo colectivo [jamás realizado] para crear, con una velocidad sin precedentes y con una conciencia de propósito única en la historia, un nuevo tipo de trabajador y de hombre».⁷ Vale la pena considerar, por un momento, por qué el «hombre» fue el objetivo de este gran esfuerzo colectivo y por qué organizaciones como la YMCA buscaron disminuir las malas influencias de las ciudades fomentando el atletismo y facilitando albergues para hombres jóvenes. Estas no eran simplemente empresas caritativas.

A medida que cada vez más mujeres ingresaron en el mercado laboral durante la Gran Guerra y después, asumiendo trabajos que antes habían sido realizados por hombres, el problema de controlar los comportamientos masculinos socialmente irresponsables apareció con mayor relieve. Las mujeres, en lugar de los ideólogos religiosos, prestaron a la prohibición su fuerza moral y política, en tanto soportaron las

⁷ Antonio Gramsci, *Prison Notebooks*, vol. 2, ed. Joseph Buttigieg, Nueva York, Columbia University Press, 2011, p. 215 [ed. cast.: *Cuadernos de la cárcel*, 3 vols., Madrid, Akal, 2023].

consecuencias de los excesos masculinos y demostraron ser una fuerza laboral altamente capaz y fiable durante la guerra; la entrada masiva de mujeres en el mercado laboral demostró a las empresas industriales las ganancias en productividad que se obtienen de una fuerza laboral sobria y disciplinada. Movilizaron este poder para reformar la sociedad buscando mejorar las condiciones de las clases trabajadoras. Además de los temas centrales de combatir el consumo de alcohol y el tabaco, el movimiento de Mujeres Cristianas por la Templanza abogó por la reforma penal, una jornada laboral de ocho horas y salarios más altos.⁸ La presión para formar unidades familiares estables y frenar los excesos masculinos también se ejerció a través del mercado laboral, donde las prácticas laborales cada vez más racionalizadas y orientadas al detalle requerían una mayor concentración y precisión. Estos trabajos tenían salarios más altos, lo que corría el riesgo de permitir el consumo masculino irresponsable, pero incentivaban la templanza en el uso del salario como sostén de la familia. La Gran Guerra había demostrado los peligros de los excesos sexuales masculinos para la salud de la nación; médicos de Alemania y Francia informaron sobre tasas crecientes de gonorrea y clamidia, enfermedades que se propagaron a través de los burdeles en los depósitos de suministros de trenes durante los viajes de los hombres de vuelta a casa desde el frente. Los casos entre las mujeres rurales de áreas geográficamente remotas fueron en aumento, mientras los médicos después de tantas pérdidas de vidas humanas en las trincheras, se preocupaban cada vez más por los efectos degenerativos de las enfermedades venéreas en las capacidades reproductivas de sus naciones.⁹ En Estados Unidos, el entonces secretario de Marina, Franklin D. Roosevelt, descubrió una red de actividad homosexual tras una redada en los burdeles de la base naval de Newport, Rhode Island.¹⁰ En septiembre de 1913, el magnate de los periódicos de California, William Randolph Hearst, dirigió una campaña en las portadas del

⁸ Janet Zollinger Giele, *Two Paths to Women's Equality: Temperance, Suffrage, and the Origins of Modern Feminism*, Nueva York, Twayne, 1995; Joseph Gusfield, «Social Structure and Moral Reform: A Study of the Woman's Christian Temperance Union», *American Journal of Sociology*, vol. 61, núm. 3, noviembre de 1955, pp. 221-232.

⁹ Magnus Hirschfeld, *The Sexual History of the World War*, ed. Victor Robinson, Nueva York, Cadillac, 1941, p. 109.

¹⁰ Chauncey, «Christian Brotherhood...»; Canaday, *The Straight State...*, pp. 71-77.

San Francisco Examiner contra el infame distrito Barbary Coast de San Francisco y sus burdeles.¹¹ La prostitución y la homosexualidad, ambos productos de la movilización socialmente disruptiva para la guerra, figuraron como amenazas centrales al proyecto burgués de asegurar la vitalidad nacional para el trabajo y la guerra. No se trataba simplemente de consideraciones morales, las ITS se encontraban entre las causas principales de las bajas médicas de los soldados, cuando la mayoría de las otras lesiones en el campo de batalla eran mortales. La tasa de transmisión de enfermedades venéreas alcanzó su punto máximo en las fuerzas armadas británicas en 1895 con un 52,2 % entre los que estaban destinados en la India y un 21,2 % entre los que estaban en su país o en Europa. La Ley de Enfermedades Contagiosas de 1864 no logró reducir las tasas de incidencia, que finalmente se controlaron elevando la moral de las tropas con instalaciones recreativas, entrenamientos y otras distracciones.¹² La amplia escala social de la movilización en las dos guerras mundiales difundió estas plagas entre la población hasta niveles sin precedentes desde las guerras napoleónicas, aunque las cifras de este periodo anterior son en gran parte anecdóticas. Donde fallaron las presiones del mercado y la moralización, el Estado y las fuerzas extrajurídicas intervinieron con fuerza para frenar los excesos masculinos, cerrando burdeles, arrasando distritos urbanos enteros que abastecían ciertas formas populares de ocio y aumentando la regulación y vigilancia de las mujeres.

La necesidad de racionalizar el proceso de producción exigió una normalización de la vida familiar tras las convulsiones de la Primera Guerra Mundial. Las preocupaciones por el bienestar de los trabajadores eran indistinguibles de los intentos de crear una fuerza laboral disciplinada para las nuevas líneas de producción que prometían ser inmensamente más rentables y eficientes. La familia proporcionó un poderoso instrumento regulador a fin de reproducir una población

¹¹ Josh Sides, *Erotic City: Sexual Revolutions and the Making of Modern San Francisco*, Nueva York, Oxford University Press, 2009, pp. 22-24.

¹² Hirschfeld, *Sexual History of the World War...*, pp. 92-108. A modo de comparación, las tropas británicas destinadas en la India también tuvieron enormes pérdidas de hombres debido a las ITS; véase D. Arnold, «Sexually Transmitted Diseases in Nineteenth-and Twentieth-Century India», *Genitourinary Medicine*, vol. 69, núm. 1, febrero de 1993, pp. 3-4.

trabajadora reglamentada y fiable. Era, como escribe Gramsci, «de interés para la industria reunir una mano de obra estable y cualificada, un conjunto industrial en sintonía permanente, porque el conjunto humano es también una máquina que no puede ser desmantelada con demasiada frecuencia ni renovada pieza a pieza sin graves pérdidas».¹³ Por lo tanto, lo que podría parecer—desde, digamos, una perspectiva liberal o libertaria— como el atraso moral de Estados Unidos frente a la apertura mental y la tolerancia sexual de Europa durante el periodo de entreguerras no es más que un transformación del proceso productivo que requiere una transformación recíproca de la sexualidad y los apetitos del trabajador, ya que «la excitación de las pasiones no sigue el movimiento cronometrado de las máquinas y de los gestos humanos productivos».¹⁴

Los historiadores del trabajo con acceso a los archivos han corroborado las especulaciones que hizo Gramsci desde los confines de su celda. El programa «Cinco dólares al día» de Ford se propuso inicialmente para contrarrestar la alta rotación de mano de obra en las fábricas de Ford. Las dificultades con el complicado proceso de producción plantearon inicialmente enormes obstáculos a la hora de asegurar una fuerza laboral regular. El uso de capataces para presionar a los trabajadores en un intento de extraer más plusvalía de sus cuerpos resultó ser del todo inadecuado en el marco de un proceso laboral más exigente y en relación con las expectativas de los trabajadores. Solo la promoción de una vida familiar estable y un nivel de vida en aumento podrían transformar a los inmigrantes étnicos de Detroit en verdaderos «hombres Ford».¹⁵ De este modo, se creó el Departamento de Sociología de la Ford dirigido a investigar las condiciones de vida de los hogares de los trabajadores, observando la presencia de inquilinos; los solteros quedaron excluidos del plan de participación en los beneficios; se comprobaron las cuentas bancarias en busca de depósitos regulares; se asesoró a las esposas de los trabajadores sobre el mantenimiento y la higiene adecuados, y se supervisó la asistencia de los niños y las niñas a la escuela. Las fábricas de Ford innovaron creando un régimen disciplinario dirigido a las áreas de

¹³ Gramsci, *Prison Notebooks*, vol. 2..., p. 216.

¹⁴ *Ibidem*, p. 217.

¹⁵ Hooker, «Ford's Sociology Department...».

la vivienda y de la vida familiar que históricamente habían sido fuentes de problemas e irregularidades para la mano de obra. Lo que antes había sido algo indiferente para el proceso de producción concreto, pasó a ser cada vez más importante a lo largo del siglo XX a medida que aumentaban la complejidad y la capitalización del proceso de trabajo, y a medida que estos avances racionales y tecnológicos se adoptaban en multitud de líneas de producción.

En resumen, la sexualidad humana no es solo maleable e histórica; de hecho, en ciertos momentos de la historia, tales transformaciones de la naturaleza humana fueron fundamentales para las fuerzas productivas y para ciertos objetivos de la política. El problema de la hegemonía sexual es tanto una cuestión de saber si la atracción hacia el mismo sexo, la solidaridad y los vínculos eróticos como tales presentaban relaciones particulares de fuerza con un antagonismo que requería su neutralización, como una cuestión de entender qué relaciones de fuerza en una coyuntura particular permitieron la represión de la atracción, la solidaridad y los vínculos eróticos entre personas del mismo sexo o, por el contrario, permitieron que estos existieran sin verse afectados. Estas consideraciones tienen menos que ver con casos de «fobia» o «pánico», tomados sin tener en cuenta el contexto político e institucional, y más con procesos desiguales de desarrollo en los que los grupos dominantes, que consideraban la regulación y la represión sexual como lo mejor para sus intereses, intervinieron en estas relaciones de fuerza a fin de provocar dichas transformaciones. En el caso paradigmático del Departamento de Sociología de Ford, la adaptación forzada a un proceso de trabajo más exigente y a la vida familiar normativa se sumó a recompensas materiales que garantizaban el consentimiento de los trabajadores.

La promoción de unidades familiares regulares como base para generar patrones predecibles de producción y consumo fue esencial para el establecimiento de esta forma claramente estadounidense de hegemonía burguesa en el periodo posterior a la Segunda Guerra Mundial. La inversión de capital en un cuerpo de trabajo altamente disciplinado y racionalizado normalizó la reproducción de la fuerza de trabajo dentro de las unidades familiares, lo que permitió la adopción de tecnologías que hicieron que el proceso de producción fuera mucho más eficiente. Esta transformación del hombre formó la base material de un nuevo ciclo global de acumulación de capital. Hoy, la actual descomposición

de este nexo que vincula el capital con el trabajo, la derrota de las luchas antisistémicas y la transición estructural hacia un incierto nuevo orden del sistema mundo permiten revisar la dinámica de liberación parcial que ha generado tanto prometedoras tendencias contrahegemónicas como temibles fuerzas de reacción.

Formas mórbidas de disolución normativa

Los gays y las lesbianas tuvieron una oportunidad de soñar con una buena vida precisamente en el momento de su liquidación político-económica. La desintegración de lo normal fue una condición crucial de posibilidad para la lucha del movimiento de los derechos de gays y lesbianas por el reconocimiento y por los avances en la igualdad formal. Antes de las crisis del precio del petróleo y de la recesión de mediados de la década de 1970, el tratado clásico de Dennis Altman, *Homosexual: Oppression and Liberation* (1971), planteaba que la liberación gay surgió en Estados Unidos debido a condiciones previas sociales y tecnológicas particulares, y que luego se extendió a otros países con una base sociopolítica similar. En Estados Unidos, la creciente militancia de las poblaciones negras y de otras poblaciones no blancas, además de la oposición juvenil a la guerra de Vietnam, estalló en una oposición contracultural masiva al *statu quo* que erosionó los supuestos culturales compartidos en los que se había basado la hegemonía de la élite. Altman escribe lo siguiente:

En los últimos diez años, la hegemonía cultural que domina Estados Unidos ha comenzado a erosionarse a medida que diferentes segmentos de la población se dan cuenta de que este país ha sido definido exclusivamente de acuerdo con las necesidades y los deseos de la élite gobernante, los hombres heterosexuales blancos de mediana edad. A su vez, los negros, los jóvenes, las mujeres y los homosexuales han desafiado esta hegemonía y como resultado Estados Unidos está hoy más fragmentado, más dividido y, sin embargo, es más libre que nunca antes en su historia. La hegemonía cultural de la élite ha comenzado a colapsar, y de esta disolución de la identidad estadounidense emergen tanto algunas de sus características más esperanzadoras como un grado creciente de violencia y represión.¹⁶

¹⁶ Dennis Altman, *Homosexual: Oppression and Liberation*, St. Lucia (Australia), University of Queensland Press, 2012, pp. 165-166.

Reflexionando sobre el ensayo de Hannah Arendt, *Sobre la violencia*, Altman concluye: «Cuando la autoridad, basada en supuestos culturales comunes, comienza a desmoronarse, las autoridades necesitan recurrir aún más a la fuerza y a la represión».¹⁷ Dado que esta disolución de lo normal dentro de la posmodernidad y sus causas socioeconómicas fueron, en diversos grados, compartidas por naciones con niveles de desarrollo sociales y tecnológicos similares, las ganancias de este movimiento contrahegemónico han sido globales, un indicador de la hegemonía de la cultura estadounidense. El avance de los derechos homosexuales en estos lugares resultó tanto de una despolitización del sexo, que depende de una igualación de las estructuras de clase verticales, como de una politización exitosa de la homosexualidad. Una repolitización contingente de la homosexualidad durante las dos primeras décadas de la crisis del sida afectó a esta transformación estructural de una manera que tomó por sorpresa incluso a los activistas políticos más radicales. Un colapso mucho más amplio de la hegemonía de lo normal permitió una intensa redefinición cultural del matrimonio y de la sexualidad en el espacio de unas pocas décadas, a pesar de producirse una importante reacción moral.

Es fascinante ver hasta qué punto los intelectuales están dispuestos a atribuir poderes ideológicos transformadores muy radicales a los programas de televisión —como *Will and Grace* o *Queer Eye for the Straight Guy*—, en tanto momentos «innovadores» de «visibilidad cultural», sin ninguna evidencia de que tales programas muestren una homosexualidad desmitificada o generen puntos de vista más tolerantes. En comparación, la distribución masiva de vídeos que muestran sexo anal gay duro recibe poca atención o no se menciona en absoluto, al lado de estos productos culturales descafeinados que, después de todo, nunca representan la cosa en sí misma.¹⁸ Se podría construir un argumento similar sobre el culto a la homosexualidad en la novela inglesa, que algunos han tomado como emblema de una formación epistemológica

¹⁷ Altman, *Homosexual...*, p. 166.

¹⁸ Chauncey, *Why Marriage?...*, p. 5; véase también Kathleen Battles y Wendy Hilton-Morrow, «Gay Characters in Conventional Spaces: *Will and Grace* and the Situation Comedy Genre», *Critical Studies in Media Communication*, vol. 19, núm. 1, 2002, pp. 87-105; y Karin Quimby, «*Will and Grace*: Negotiating (Gay) Marriage on Prime Time Television», *Journal of Popular Culture*, vol. 38, núm. 4, 2005, pp. 713-731.

más amplia. La clave sería demostrar cómo estas formas de visibilidad cultural podrían tener el poder de transformar las respuestas afectivas a la homosexualidad —y la respuesta afectiva de quién—, y cómo podrían hacerlo a tal escala; para validar este argumento serían necesarios análisis empíricos de la distribución, una clara demostración de que la cultura refleja los desarrollos sociales y de cómo los impulsa, y una historia material de la censura y de sus efectos. Incluso un análisis riguroso e históricamente informado —que diera cuenta de cómo la homosexualidad se ha hecho culturalmente explícita y de los estilos cambiantes de esta exposición pública— debería tener en cuenta las transformaciones estructurales que han hecho posible los avances políticos.

La disminución del interés por lo sexual —la desaparición de la sensación de excitación, conmoción e intolerancia hacia las diferencias de gusto sexual— no se limita de ninguna manera a la experiencia estadounidense; no se trata simplemente de lo que se llama «visibilidad cultural». Esta disminución del interés por lo sexual es un rasgo distintivo de la posmodernidad, cualesquiera que sean las causas a las que uno desee atribuirlo: la ubicuidad de la pornografía dura, el fin de la alta cultura burguesa, las culturas digitales de la sobreexposición en redes, el declive de la familia nuclear, la menor separación entre lo público y lo privado, etc. La desaparición de la conmoción y la excitación ante actos sexuales y perversiones previamente subversivos o desviados tiene menos que ver con las representaciones culturales del comportamiento «marica» en la televisión que con la disponibilidad históricamente sin precedentes de pornografía, la intensidad en las culturas juveniles del contacto sexual, la creciente feminización de la cultura, la prolongación de la sexualidad hasta la vejez con terapias hormonales y productos farmacéuticos para la disfunción eréctil, y las formas en que la tecnología cibernética está reemplazando a la familia en la transmisión de normas e información sexual a las generaciones más jóvenes. Psicodélicos contraculturales conocidos y drogas de diseño cada vez más novedosas, que aumentan los estados de empatía y felicidad, han ayudado a destruir el viejo ego burgués de antaño y han facilitado nuevos tipos de sintonía con un paisaje emocional impredecible. Comportamientos que hasta hace muy poco indicaban una perversión extravagante o la abyección del trabajo sexual (movimientos de baile originados en clubes de striptease, compartir videos e imágenes de uno mismo desnudo o teniendo relaciones sexuales) ahora son tan

culturalmente habituales que los niños y niñas estadounidenses están participando de ellos con sus propios móviles, todo lo cual está generando muchos espavientos e incomodidad en lo relativo a la pornografía adolescente. En todos los niveles de la sociedad, las antiguas normas y expectativas sexuales están desapareciendo. Como dijo Andrew Sullivan: «De hecho, no puede existir lo queer sin la hegemonía de lo normal».¹⁹ Esta aguda frase es un arma de doble filo.

Aunque Sullivan pensaba que la alineación de la política queer con una lucha por el reconocimiento y la aceptación implicaba la autoabolição de la política queer a través de su subsunción en lo normal, no logró imaginar un mundo en el que el proceso inverso también ocurriera en paralelo. Intelectuales y activistas se reapropiaron inicialmente del epíteto «queer», al más puro estilo etnográfico, para designar las formas de radicalismo sexual y los vínculos emocionales que pensaban que estaban en peligro de extinción. La palabra y el punto de vista han sido adoptados ahora por muchas personas que reivindican cierto estatus marginal (un estatus que no se limita a la sexualidad). Los nuevos avatares de la cultura popular de lo queer han universalizado el discurso típicamente homosexual de salir del armario, así como su demanda por el reconocimiento y la aceptación de la legitimidad de un espectro de diversas diferencias.²⁰ La proyección de lo normal en una visión cada vez más nebulosa y flotante de la «normatividad» y el uso generalizado de los conceptos «lo queer» y «el armario» son en sí mismos antinomias producidas por el colapso de la hegemonía de lo normal. Aunque esta crisis actual de las categorías sexuales modernas puede haber producido inicialmente una sensación utópica de que las sociedades se estaban moviendo más allá de los sistemas binarios rígidos, estas celebraciones de la diversidad han pasado por alto las formas en que el género y la flexibilidad sexual también se han impuesto a los sujetos como consecuencia de la precariedad. La valorización intelectual de la fluidez también ha pasado por alto, de manera crucial, las formas históricas en las que los binarismos sexuales «fijos» proporcionaron al movimiento político gay y lésbico su terreno de lucha. Las condiciones previas estructurales para

¹⁹ Sullivan, *Virtually Normal...*, p. 89.

²⁰ Jack Halberstam, *Gaga Feminism: Sex, Gender, and the End of Normal*, Boston, Beacon Press, 2012.

el final de la normalidad sexual y los avances subyacentes en la política de la homosexualidad requieren un mayor análisis. En su ensayo sobre la descripción teórica del posmodernismo de Fredric Jameson, Perry Anderson ha escrito sobre una homogeneización del orden social provocada por la reducción de las diferencias morales y culturales entre las clases sociales; en otras palabras, el fin de la hegemonía moral burguesa. Plantea que «los indicadores culturales y psicológicos de posición se han erosionado cada vez más entre aquellos que disfrutaban de la riqueza o el poder».²¹ Esta homogeneización del orden social explica la eficacia de los llamamientos políticos neoliberales a las «clases medias amenazadas», llamamientos que encontraron su razón de ser en la desintegración de las vidas y de las perspectivas vitales tras la desindustrialización, las sucesivas burbujas y colapsos financieros, los recortes en el sector público y la propagación de nuevas formas de precariedad que, en conjunto, marcan la era posterior a la crisis económica de la década de 1970.²² El capitalismo tardío ha socavado la base sociopolítica de una hegemonía sexual de lo normal al reemplazar los cimientos económicos del orden de la posguerra con patrones de consumo especulativos y financiados con deuda. El crédito fácil ha reemplazado a los empleos y salarios estables como base de la economía familiar. Como escribe Anderson: «Todavía no ha cristalizado ninguna estructura de clases estable, comparable a la del capitalismo previo. Los de arriba se ven cohesionados por el privilegio; los de abajo carecen de unidad y solidaridad. Aún no ha surgido un nuevo “trabajador colectivo”. Estas todavía son las condiciones de una cierta indefinición vertical».²³

En otra época, las diferencias de moralidad y de normas sexuales fueron la forma en que se reafirmó un orden social vertical de clases, la forma en que las clases tomaron conciencia de sí mismas en las alianzas matrimoniales, las herencias patrimoniales y su posición en relación con la vigilancia urbana, el saneamiento y el trabajo de salud pública. Una relativización posmoderna de la moral sexual en los países de altos ingresos y el crecimiento de los barrios marginales urbanos periféricos en

²¹ Anderson, *The Origins of Postmodernity...*, pp. 85-86.

²² David Harvey, *A Brief History of Neoliberalism*, Nueva York, Oxford University Press, 2005, pp. 75-78 [ed. cast.: *Breve historia del neoliberalismo*, Madrid, Akal, 2007].

²³ Anderson, *The Origins of Postmodernity...*, p. 62.

los países de bajos ingresos señalan la desaparición de este mediador de una estructura de clases vertical. Formas graves de desigualdad económica se distribuyen ahora horizontalmente dentro de un espacio global urbanizado, masificando la pobreza, la enfermedad y la precariedad existencial en escalas nunca vistas en el periodo moderno, ya que los últimos remanentes de la agricultura de subsistencia han sido eliminados y las poblaciones humanas se han concentrado en formas irregulares de expansión urbana.²⁴ Dentro de este espacio mundial cada vez más urbano y desigualmente desarrollado, la ética sexual liberal de las sociedades de altos ingresos —que los homosexuales y las personas de género no normativo sean tolerados, que el sexo sea consensuado, que los jóvenes y los niños estén prohibidos, y que el tráfico sexual siga siendo socialmente invisible— se han convertido en la base para las intervenciones de una sociedad civil global de ONG análogas a las organizaciones caritativas del periodo alto victoriano en Gran Bretaña. Mientras que estos fenómenos llevaron a los reformadores victorianos a criticar las relaciones sociales del capitalismo y a ver estos problemas como consecuencias de un impulso despiadado del capital hacia la extracción de ganancias cada vez mayores, esta conexión es menos evidente para las Ladies Bountiful²⁵ que cuidan del nuevo pobre mundial, que ha sido relegado al infierno de diversas modalidades informales de subsistencia y de trabajo duro. Al carecer de un fuerte antagonismo social, el neoliberalismo ha recurrido con frecuencia a una combinación de periodismo alarmista y de políticas de orden público en la que la policía, la austeridad y las microfinanzas son las soluciones universales a los problemas de explotación, sexual o de otro tipo. La desinhibición de las costumbres sexuales refleja de hecho este predominio urbano posburgués, una explosión de formas populares de prensa amarilla en las que el escándalo sexual y la humillación tienen el poder de invertir un orden más antiguo de jerarquía social, exaltando a los de abajo y derribando a los de arriba.²⁶

²⁴ Edward W. Soja, *Postmodern Geographies: The Reassertion of Space in Critical Social Theory*, Nueva York, Verso, 1998, pp. 190-220; Mike Davis, *Planet of Slums*, Nueva York, Verso, 2006 [ed. cast.: *Planeta de ciudades miserias*, Madrid, Akal, 2008].

²⁵ Expresión inglesa para referirse a mujeres ricas que hacen ostentación de sus actos de caridad y de ayuda a los pobres. Lady Bountiful es el personaje de la novela de George Faquhar *The Beaux' Stratagem*, que se comporta de esa manera. [N. del T.]

²⁶ En este sentido, los fundadores de ¡Pánico al sexo! se equivocaron al diagnosticar la histeria del sida como prueba de alguna fiebre cultural general de homofobia o pánico

Lauren Berlant describe esta coyuntura actual como un proceso de «disolución normativa» en el que las ilusiones de una vida mejor que una vez vincularon a las personas con las promesas de «movilidad ascendente, seguridad laboral, igualdad política y social y relaciones íntimas dinámicas y duraderas» se dañan de forma irreparable.²⁷ Plantea que el aumento de la precariedad social, económica y medioambiental ha transformado «las convenciones de subordinación racial, de género, sexual, económica y de base nacional» y ha «aumentado la probabilidad de que la contingencia estructural cree situaciones de crisis visibles en la existencia ordinaria de un mayor número de tipos de personas».²⁸ La obra de Berlant, *El optimismo cruel*,²⁹ teje un doloroso tapiz de normas y expectativas en decadencia que en una época gobernaron una vida de posguerra más próspera —expectativas de meritocracia, relaciones duraderas y salud—, así como las diversas estrategias adoptadas por quienes intentan mantenerse a flote en medio de estas contingencias estructurales. La atención de Berlant a los artefactos culturales de esta disolución de lo normal indica una transformación profunda de la estructura sociopolítica, una disminución de la hegemonía burguesa sobre las autopercepciones más íntimas de las personas.

Como sugieren estas evaluaciones críticas del presente, la crisis actual de una burguesía dominante sustenta las fantasías aspiracionales de la vida de la clase media dentro de una forma político-cultural mórbida, en la que la demanda de un retorno a la normalidad o la preservación del orden actual parecen estrategias radicales en un contexto con consecuencias socioeconómicas estructurales generalizadas. Esta tesis sobre la cultura del capitalismo tardío se formuló, sin embargo, antes de que

con respecto a la homosexualidad. Estaban utilizando categorías sociológicas modernas para comprender una forma cultural posmoderna en la que el antiguo sentido de «shock» o «pánico» ya no era operativo. Las muertes por sida y las revelaciones de infecciones por el VIH desempeñaron precisamente este papel sensacionalista de derribar lo elevado (recordemos el escándalo de Andrew Sullivan, Rock Hudson, Magic Johnson, etc.) y elevar lo bajo (recordemos el ambiente de los Salones de Baile de Harlem tal y como se recoge en *Paris Is Burning*, los funerales políticos, David Wojnarowicz, Keith Haring, Félix González-Torres, etc.

²⁷ Lauren Berlant, *Cruel Optimism*, Durham (NC), Duke University Press, 2011, p. 3 [ed. cast.: *El optimismo cruel*, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2020].

²⁸ *Ibidem*, p. 11.

²⁹ *Ibidem*.

se produjeran acontecimientos políticos que pueden haber abierto un horizonte político más allá de los puntos muertos identificados anteriormente. Aunque no fueron exactamente antisistémicos en el sentido que los movimientos antiimperialistas y socialistas alguna vez afirmaron ser, el movimiento de ocupación de las plazas, desde la Primavera Árabe hasta el movimiento Occupy, ha politizado de forma militante esta movilidad descendente y esta disolución normativa. Mike Davis establece la conexión entre la movilidad descendente y la extraña composición socioeconómica de Occupy, que incluía a sindicalistas tradicionales, anarquistas, hippies, personas sin hogar y a otras personas.³⁰ El habitus afectivo —o, como lo describe Paul Mason, «la incapacidad de seguir viviendo con el estilo de vida anterior a la crisis»— todavía tiene que asumir una forma duradera más allá de estas movilizaciones masivas.³¹ Sin embargo, las causas estructurales y los agravios de esa politización coyuntural de una condición global de privación de derechos sociales y económicos persisten, y es difícil predecir cómo las movilizaciones futuras en una parte del mundo, una vez más, encontrarán eco en otras partes. En cualquier caso, el estallido de nuevos movimientos de este tipo sugiere posibilidades más allá de las formas mórbidas de la muerte lenta³² o de las exigencias de una vuelta a la normalidad. A partir de estas valoraciones de la coyuntura actual, es posible plantear la siguiente pregunta histórica: ¿hasta qué punto las politizaciones y neutralizaciones de la homosexualidad son características contingentes o estructurales de los periodos de crisis en las hegemonías históricas del sistema mundo capitalista? ¿Surge un patrón a partir de un análisis comparativo de las sucesivas politizaciones de la homosexualidad por

³⁰ «Desde 1987, los afroamericanos han perdido más de la mitad de su patrimonio neto; los latinos, la increíble cifra de dos tercios. Desde 2000 se han perdido en Estados Unidos cinco millones y medio de puestos de trabajo en el sector manufacturero, han cerrado más de 42.000 fábricas y toda una generación de licenciados universitarios se enfrenta ahora a la mayor tasa de movilidad descendente de la historia de Estados Unidos». Mike Davis, «No More Bubblegum», *Los Angeles Review of Books*, 21 de octubre de 2011.

³¹ Paul Mason, *Why It's Still Kicking Off Everywhere: The New Global Revolutions*, Nueva York, Verso, 2013, p. 261.

³² Referencia al concepto de «muerte lenta», acuñado por Berlant en su artículo «Slow Death (Sovereignty, Obesity and Lateral Agency)», *Critical Inquiry*, vol. 33, núm. 4, University of Chicago Press, 2007 [ed. cast.: cap. 3 de *El optimismo cruel*, Buenos Aires, Caja Negra Editora, 2020, pp. 177-230].

parte de las ciudades-Estado del norte de Italia, de los patricios de la República Holandesa, de la burguesía francesa e inglesa de la era revolucionaria y, finalmente, del sistema mundo estadounidense? ¿Cómo podrían mejorar nuestros análisis de la forma en la que la sexualidad se politiza y se neutraliza con un enfoque sociohistórico comparativo?

Para decirlo de manera esquemática, las sexualidades alternativas o queer —principalmente la homosexualidad, las identificaciones de género no normativas, la prostitución y otros tipos de trabajo sexual— surgieron históricamente a lo largo de las grietas de relaciones de propiedad transformadas en un proceso de desarrollo combinado y desigual. Este desarrollo implicó el desplazamiento desde el campo de poblaciones innecesarias para la producción agraria, la concentración de esas poblaciones en los centros urbanos y en instituciones que intentaban administrar o capturar este excedente dentro de un aparato productivo con el fin de valorizar el capital o de aparatos estatales para administrar el impacto social del desarrollo económico; y estas sexualidades aparecieron como problemáticas ante una separación moral burguesa entre actos privados y espacios públicos. Las condiciones irregulares de trabajo y vivienda llevaron a patrones irregulares de sexo e intimidad, prostitución informal, nacimientos ilegítimos y sexo informal entre hombres.³³ El papel geográfico e histórico de partes de Australia y América del Norte y del Sur como recursos externos generó patrones de asentamiento anómalos, atrayendo trabajadores predominantemente masculinos a formas de empleo estacional, ocasional y precario. La sexualidad de las colonias era a menudo irregular, y el honor, más que un binarismo homo / hetero, desempeñaba un papel regulador en la vigilancia de los límites de las relaciones legítimas entre hombres.³⁴

Del mismo modo que el desarrollo del capitalismo fue, según la formulación de la teoría de los sistemas mundo, un proceso combinado y desigual, también lo fueron sus formas culturales. Lo que con demasiada frecuencia queda por explicar históricamente es cómo y por qué una visión burguesa de la homosexualidad masculina, como fuente de

³³ Secombe, *Weathering the Storm...*, pp. 40-43, 50-53; George Chauncey, «Privacy Could Only Be Had in Public: Gay Uses of the Streets» en Joel Sanders (ed.), *Stud: Architectures of Masculinity*, Nueva York, Princeton Architectural Press, pp. 223-267.

³⁴ Shah, *Stranger Intimacy...*, pp. 54-61; Kristen McKenzie, *Scandal in the Colonies: Sydney and Cape Town, 1820-1850*, Carlton (Australia), Melbourne University Press, 2004.

humillación, vergüenza e identidad, penetró en estos entornos diferentes (especialmente en el de la clase trabajadora) y, finalmente, cómo se impuso sobre una actitud informal, quizás «no identitaria», de prácticas sexuales y comportamientos sexuales entre personas del mismo sexo. Mi argumento es que el péndulo de la formación intelectual gay ha oscilado demasiado, por distintas razones que consideraré más adelante, en la dirección de restar importancia al papel de la clase social en la historia de la sexualidad. La razón principal es que el discurso histórico ha desempeñado un papel clave en la autorización de la apuesta por la respetabilidad de gays y lesbianas, por lo que restar importancia a los roles de las incómodas culturas de la clase trabajadora, no blanca y queer dentro de esa historia se volvió crucial para un tipo particular de lucha por el reconocimiento. La historia y el discurso histórico proporcionaron coartadas para el proyecto de visualizar una comunidad imaginada compatible con el valor liberal del respeto público por la vida privada.

Una comunidad imaginada de homosexualidad

La ruptura de la hegemonía sexual burguesa implica la exclusión de ciertos horizontes emancipatorios de autotransformación, que en cierto momento estuvieron conectados con la homosexualidad. Aunque esta disolución liberó inicialmente energías contraculturales inmensamente creativas en las décadas de 1960 y 1970, estas potencialidades radicales se han visto mermadas por una política neoliberal multicultural de reconocimiento, preservando la hegemonía de este enfoque a través de la fuerza y la restricción, donde la aceptación se ha convertido en una especie de gobierno sin liderazgo. La homosexualidad estuvo en cierta época más allá de los límites de la respetabilidad, ya que seguía siendo moralmente incompatible con los ideales de la familia, la pertenencia nacional y la legitimidad de la pareja. Este estatus marginal criminalizado generó una distancia crítica entre esas instituciones y formas de autotransformación que no eran posibles dentro de las mismas. Ese horizonte que en su momento fue emancipador ha ido disminuyendo con el logro simultáneo de la igualdad legal formal y con una crisis general de las normas y expectativas sociales asociadas con un periodo anterior de cultura burguesa y con el auge económico de posguerra.

La posibilidad emancipatoria de una «reinscripción transgresora» de la homosexualidad dentro de estas instituciones —como si el matrimonio igualitario pudiera comenzar a ejercer alguna fuerza subversiva sobre la institución o como si el soldado abiertamente gay pudiera queerizar el acto de matar enemigos en el extranjero— parece inverosímil.³⁵ Una aceptación social más amplia de los homosexuales, la igualdad legal formal y el visto bueno de las relaciones legalmente reconocidas casi con seguridad implican la pérdida de una experiencia compartida de exclusión social y de hostilidad que en el pasado creó un sentido de pertenencia y de solidaridad contra la iglesia, el Estado y la buena sociedad. Parece probable que a medida que la elección del objeto sexual se vuelva cada vez menos determinante de las posibilidades de vida en los países de altos ingresos, seguirá debilitándose como marcador de identidad, degradándose en un conjunto de preferencias y elecciones de los consumidores ejercidas en un mercado cuyo acceso está determinado por otros factores.³⁶ Este desarrollo crea una nueva función política para las normas sexuales flexibles dentro de una hegemonía cultural burguesa cada vez más moribunda: a medida que los principios de pertenencia grupal se debilitan y las identidades sexuales se fracturan en particularidades cada vez más queer, ya no existe ninguna posición

³⁵ Jonathan Dollimore, *Sexual Dissidence: Augustine to Wilde, Freud to Foucault*, Nueva York, Oxford University Press, 1991, pp. 318-325.

³⁶ Aunque el juicio de Nancy Fraser de que la sexualidad no está determinada por la economía política es extraño y completamente ahistórico, ya que no reconoce los beneficios materiales de las relaciones legalmente reconocidas, sus observaciones sobre el sentimiento de exclusión que impulsó el movimiento de posguerra por los derechos de gays y lesbianas son acertadas: «La sexualidad en esta concepción es un modo de diferenciación social cuyas raíces no se encuentran en la economía política, ya que los homosexuales están distribuidos por toda la estructura de clases de la sociedad capitalista, no ocupan una posición distintiva en la división del trabajo y no constituyen una clase explotada. Más bien, su modo de colectividad es el de una sexualidad despreciada, arraigada en la estructura valorativa cultural de la sociedad. Desde esta perspectiva, la injusticia que sufren es esencialmente una cuestión de reconocimiento». Nancy Fraser, «From Redistribution to Recognition? Dilemmas of Justice in a "Post-Socialist" Age», *New Left Review*, núm. 212 (julio-agosto de 1995, p. 77) [ed. cast.: *¿Reconocimiento o redistribución?*, Madrid, Traficantes de Sueños, 2019]. Iris Marion Young ha criticado esta postura complicando la tajante división que Fraser establece entre cultura y economía política; véase Iris Marion Young, «Unruly Categories: A Critique of Nancy Fraser's Dual Systems Theory», *New Left Review*, núm. 222, marzo-abril de 1997, pp. 147-160.

contrahegemónica desde la cual impugnar este sistema infinitamente más permisivo. El terreno político de la disidencia sexual y de la oposición contracultural se ha hundido bajo nuestros pies.

A finales de la década de 1990, Michael Warner se opuso —de forma polémica— a la política homosexual de respetabilidad, ejemplificada con el argumento a favor de la normalidad de Andrew Sullivan, identificándose con «contrapúblicos queer»—un giro de la frase de Nancy Fraser³⁷—, algo que él definió como «escenas de intimidad criminal».³⁸ Según Warner, estas escenas han sido históricamente «váteres públicos, calles, clubes de sexo y parques»; juntas fomentaron «un lenguaje común de autocultivo, conocimiento compartido e intercambio de intimidad».³⁹ El libro de Warner *The Trouble with Normal* intentó demostrar cómo la apuesta por el matrimonio igualitario y la normalidad amenazan una próspera contracultura queer, al reinscribir a esta comunidad con un mismo lenguaje dentro de una cultura dominante «heteronormativa». Al optar por abandonar la cultura queer y adoptar formas normativas de relación, las personas homosexuales no solo asumen una especie de falsa conciencia con respecto de sus propios deseos e intereses, sino que también corren el riesgo de dejar de ser solidarias con la comunidad imaginada de desviados sexuales, dejando a l*s miembros más queer de su comunidad expuest*s a un estigma mayor, así como a mayores dificultades. El estigma sexual, planteaba Warner, perpetuó la dinámica de la vergüenza y la negación que alimenta la epidemia de VIH / sida entre los hombres gays.⁴⁰

Aunque la definición de «queer» de Warner es expresamente no identitaria, destacando arquitecturas sociales alternativas para las relaciones íntimas en lugar de sentidos psicológicos del yo, su argumento

³⁷ Se refiere a la expresión «subalternos contrapúblicos», que acuña Nancy Fraser a partir del concepto de «subalterno» de Gayatri Spikak y del concepto de «contrapúblico» de Rita Felski en «Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy», *Social Text*, núm. 25/26, 1990. [N. del T.]

³⁸ Nancy Fraser, «Rethinking the Public Sphere: A Contribution to the Critique of Actually Existing Democracy» en *Habermas and the Public Sphere*, ed. Craig Calhoun, Cambridge (MA), MIT Press, 1992, pp. 109-42.

³⁹ Michael Warner, *Publics and Counterpublics*, Nueva York, Zone Books, 2005, pp. 42, 201-2 [ed. cast.: *Público, públicos y contrapúblicos*, Ciudad de México, FCE, 2012].

⁴⁰ Michael Warner, *The Trouble with Normal: Sex, Politics, and the Ethics of Queer Life*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 2000.

sigue apelando a cierta esencia queer vital que estaría en juego existencialmente con la política de la respetabilidad. Al identificar la pertenencia queer como una comunidad con un lenguaje común, vinculada a formas culturales históricas, a estructuras de sentimiento y a arquitecturas de interacción, *The Trouble with Normal* parece, a veces, tener nostalgia de las formas debilitadas del poder burgués que formaron la contraparte de una cultura queer de resistencia. Si bien es cierto que algunas fuentes de la contracultura queer fueron desecadas sin piedad en la larga marcha hacia la constitución de una imagen agradable y mediática para el logro de los derechos LGTB, la lógica de suma cero de las luchas de representación planteada por Warner resulta algo forzada. No está claro que la apuesta de algunos gays y lesbianas por la normalidad deba realizarse necesariamente a expensas de culturas queer más subalternas, por mucho que esta apuesta represente un intento de establecer distancia con estas culturas. Las explicaciones de Warner sobre las luchas para superar la estigmatización del VIH / sida, así como la gentrificación y la vigilancia de barrios históricamente gays, hacen que algunas de estas preocupaciones sean más concretas; sin embargo, los fenómenos en cuestión no son directamente atribuibles a la homofobia. La especulación inmobiliaria financiada con deuda, la preponderancia de la mano de obra del sector servicios con salarios bajos y una política general de muerte lenta han producido fenómenos socioeconómicos y formas de subjetividad política sin poder que no se limitan a lo que Warner define como cultura queer. Como escribe Lauren Berlant, «la temporalidad de la jornada laboral, el ciclo de la deuda y la práctica y la fantasía del consumidor» son cruciales a la hora de comprender los «apetitos obsesivos —junto con la comida, están el sexo, el tabaco, las compras y la bebida como espacios de desaprobación moral, de control social y de automedicación—». ⁴¹

El ataque de Warner al liberalismo desde el punto de vista de los «contrapúblicos queer» está en realidad impulsado por una preocupación más filosófica (deudora de Arendt) de que las capacidades humanas están en peligro por las formas modernas de individualismo privado. La política del matrimonio, según este punto de vista, abandona

⁴¹ Berlant, *Cruel Optimism...*, p. 105.

una *vita activa*⁴² queer de «construcción del mundo» por un modelo familiar de pareja y de pertenencia nacional.⁴³ Así, el argumento de Warner sobre esas comunidades queer de finales del siglo XX recurría a los ideales republicanos que formaron la base de la defensa que hacía Hans Blüher de la cultura erótica del periodo guillermino —*Männerbund*— de principios de siglo. Se acepten o no los términos de Warner o la exclusión mutua de la creación de mundos y el emparejamiento privado —se podría argumentar convincentemente que las mismas prácticas culturales que él cita son formaciones de parentesco queer, o semipúblicas, y no tanto los modelos de vida republicana activa que Arendt y Blüher tenían en mente—, esta concepción romántica de la subjetividad humana no puede explicar que la homosexualidad ya había sido capturada por el individualismo privado alienado, especialmente durante la liberación gay.⁴⁴ No puede enfrentarse seriamente a la falta de separación entre lo público y lo privado que inspiraban tanto a Habermas como a Arendt en sus análisis de la cultura contemporánea. La captura de la homosexualidad por parte del individualismo privado alienado y la confusión de las esferas pública y privada que esto implicaba formaron las condiciones previas necesarias para un movimiento que politizó la sexualidad.⁴⁵ El establecimiento histórico y la descomposición de la esfera pública burguesa fueron ambos acontecimientos cruciales para el desarrollo social de la categoría de la homosexualidad.

⁴² Referencia al libro de Hannah Arendt, *Vita activa oder Vom tätigen Leben*, Múnich, Piper, 2008 [N. del T.]

⁴³ Warner, *Publics and Counterpublics...*, p. 60.

⁴⁴ Aquí es difícil no pensar en el lenguaje queer de las «casas» de travestis, «madres travestis», «papis», «música house», «hermandad queer», «familia gay», etc. La performatividad transitoria y encarnada de este parentesco sugiere un punto intermedio entre la intimidad rara y el parentesco de tipo más tradicional; Brian Currid, «“We Are Family”: House Music and Queer Performativity» en Sue-Ellen Case, Philip Brett y Susan Leigh Foster (eds.) *Cruising the Performative: Interventions into the Representation of Ethnicity, Nationality, and Sexuality*, Indianápolis, Indiana University Press, 1995, pp. 165-196.

⁴⁵ Durante la posguerra, las luchas de gays y lesbianas contra la censura de las revistas de estilo de vida, la pornografía, las películas y las novelas baratas, así como las luchas contra las redadas policiales en bares y otros espacios públicos de socialización, generaron una conciencia política como no se ha conocido en ningún otro periodo de la existencia de tales instituciones; D’Emilio, *Sexual Politics, Sexual Communities...*, pp. 31-33, 49-53, 146-150, 182-195.

En sus inicios, en la Ilustración, los reformadores jurídicos propusieron la noción de individuo o persona privada como un límite al poder estatal en la lucha revolucionaria de la burguesía contra el Antiguo Régimen. Así, el pensamiento liberal convirtió a los individuos privados en el lugar, por ficticio que fuera, de una humanidad genérica y en la base de derechos naturales que representaban, al menos teóricamente, demandas universales que podían hacerse al Estado. Una creciente división del trabajo permitió a los individuos de ciertas clases sociales desarrollar una vida privada que a su vez se convirtió en la base para ejercer una identidad en una esfera pública más amplia.⁴⁶ Esta expansión histórica de la individualidad a finales del siglo XVIII y principios del XIX, y su desplazamiento de una forma más antigua de publicidad representativa, formó las condiciones previas necesarias para el tipo de relaciones e instituciones asociadas con la vida familiar burguesa normativa *así como* las de una identidad homosexual.

El disfrute del tiempo al margen del trabajo y el libre desarrollo de la personalidad humana eran privilegios resultantes de la propia posición en la división del trabajo. Las mujeres burguesas fueron, por ello, el principal público lector de la novela francesa.⁴⁷ Esta libertad subjetiva para unos individuos descansaba en la explotación de otros en condiciones de trabajo brutales que mantenían a los trabajadores justo por encima del nivel de la miseria e impedían el libre desarrollo de su potencial humano. La autopercepción homosexual masculina burguesa era algo inseparable del miedo a perder este estatus privilegiado en la división del trabajo. Estos hombres subjetivizaron la incompatibilidad de sus deseos con las normas e instituciones de respetabilidad vigentes. En algún momento esto condujo a escándalos y formas indecorosas de solidaridad con las clases criminales, o a preocupaciones socialmente

⁴⁶ Como escribe Jürgen Habermas, «la esfera pública se origina en las capas más amplias de la burguesía, como aplicación y, al mismo tiempo, consumación de la esfera de la intimidad de la familia conyugal. Sala de estar y salón se encuentran bajo el mismo techo, y como la privacidad de una necesita de la publicidad de la otra, como la subjetividad del individuo privado desde el comienzo en la publicidad, también en la literatura convertida en “ficción” están ambas conectadas». Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere...*, p. 50.

⁴⁷ Aquí, las limitaciones de la concepción masculinista de Habermas de la esfera pública como un discurso racional-crítico son claras; véase Rachel Bowlby, *Just Looking: Consumer Culture in Dreiser, Gissing, and Zola*, Nueva York, Routledge, 2009.

más aceptables por el bienestar público de los chicos de clase trabajadora (o de las chicas, en el caso de las mujeres burguesas identificadas como mujeres en el movimiento de las casas de acogida).⁴⁸

La derrota de las leyes contra la sodomía en todo el mundo capitalista avanzado se produce como un desarrollo liberal tardío de la idea de la persona privada como una limitación del poder del Estado; se plantean ciertas actividades sexuales, que alguna vez se consideraron repugnantes para la sociedad burguesa, como potencialmente universales, como algo que requiere protección contra las incursiones del Estado, y que quizás es digno del estatus del matrimonio sancionado oficialmente. Es sumamente apropiado que el filósofo utilitarista Jeremy Bentham le diera a esta demanda liberal su certificado de nacimiento. El texto «Ofensas contra uno mismo», escrito por Bentham alrededor de 1785 pero nunca publicado, plantea la paradoja del reconocimiento legal formal de la homosexualidad casi dos siglos antes del debate entre Sullivan y Warner:

La persecución que [los pederastas] reciben de todas partes, merecidamente o no, tiene, en este caso, el efecto que la persecución tiene y debe tener más o menos en todos los casos, el efecto de hacer que las personas que son objeto de ella se vinculen aún más a la práctica que se proscribe. Se vinculan más entre sí, y esta misma empatía es una poderosa tendencia, independiente de los otros motivos, que hace que un hombre se vincule a los compañeros de su misma desgracia. Esta empatía, al mismo tiempo, tiene una poderosa tendencia a engendrar una antipatía proporcional hacia todas aquellas personas que parecen ser, involuntariamente, autoras de esta desgracia, más incluso que hacia aquellas que son responsables de ella. Cuando se hace sufrir a un hombre, en todas las demás ocasiones basta con engendrar en él un prejuicio contra aquellos por cuyos medios o incluso por cuya causa se le hace sufrir. Cuando la mano de todo hombre está contra una persona, su mano, o al menos su corazón, estará naturalmente contra todo hombre.⁴⁹

Las estructuras de sentimiento que en una época unieron a los hombres con deseos homosexuales y los llevaron a sentir cierta antipatía por el Estado y por los signos de la vida burguesa fueron en gran medida

⁴⁸ Seth Koven, *Slumming: Sexual and Social Politics in Victorian London*, Princeton (NJ), Princeton University Press, 2004.

⁴⁹ Bentham, «Offenses against One's Self», p. 403.

productos del sufrimiento compartido y de su estatus marginal. Se establecieron espacios homosexuales en capitales y ciudades portuarias centrales para las movilizaciones de la Primera Guerra Mundial, y las medidas represivas aumentaron en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial para controlar esta desviación sexual socialmente visible. Los sentidos de pertenencia se intensificaron de este modo en una identidad sexual y en una conciencia política que buscaban reparación contra tales daños. El logro de la igualdad legal formal y la aceptación social general pueden debilitar estas estructuras de pertenencia y solidaridad entre clases, ya que pueden socavar la base histórica de un agravio homosexual compartido.

Una profunda transformación estructural ha acompañado la creciente aceptación social de la homosexualidad, constituyendo una condición esencial de su posibilidad. La propia lectura que hace Warner de Habermas reconoce esta transformación, pero plantea qué posibilidades, si las hay, puede ofrecer a las culturas queer, reduciendo el asunto a la cuestión de si las tecnologías descentralizadas pueden contrarrestar la fuerza de una creciente capitalización de los medios de comunicación.⁵⁰ Habermas identificó la falta de diferenciación actual entre las esferas pública y privada como una «refeudalización», en la que las instituciones de Estado del bienestar sirven cada vez más a las necesidades que antes eran satisfechas por las unidades familiares privadas, y en la que la sociedad asume nuevas y extrañas dimensiones de cercanía privada, abandonando el debate racional-crítico desinteresado en favor de una cultura pública de sentimientos, de encuestas de opinión, de grupos de discusión y del ahora ubicuo concurso de personalidades de las redes sociales.⁵¹ Las unidades familiares debilitadas, junto con la aparición de una zona gris semipública y semiprivada, constituyeron, como escribe Warner, «el contexto de los movimientos sociales modernos, incluidas las políticas de la identidad», precisamente porque «los movimientos en torno al género y la sexualidad no siempre se ajustan al modelo de “debate racional-crítico”».⁵² Además de la capacidad de las políticas de la identidad para moverse por las nuevas culturas de sentimiento público,

⁵⁰ Warner, *Publics and Counterpublics*, pp. 49-53.

⁵¹ Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere...*, pp. 156-158.

⁵² Warner, *Publics and Counterpublics...*, pp. 50-51.

la falta de diferenciación entre lo público y lo privado eliminó la base misma de la hegemonía moral burguesa.

El catastrofismo de Warner respecto de las instituciones amenazadas de la cultura queer se basa en una visión hipertrofiada de la «heteronormatividad» en un momento en que todos los signos apuntan hacia un declive histórico en el poder de la familia para influir en la subjetividad humana, tal y como lo hizo en el apogeo de la cultura burguesa o durante la generalización de la familia nuclear fordista. La relación de esta tendencia con la cultura queer y con las historias de vida se debilita por el hecho de que, a medida que la familia se diluye en una estructura más difusa, las tecnologías de los medios interpelan a los niños y a las niñas como sujetos sexuales a edades cada vez más tempranas. La importancia social de la familia existe así en una proporción inversa a su función narrativa como telón de fondo de las historias sobre el despertar del sexo. Aquí, también, la situación es muy confusa. La falta de oportunidades económicas ha prolongado distintos tipos de dependencia familiar, lo que indica tanto un fracaso de las relaciones sociales capitalistas para reproducir las estructuras familiares normativas de una generación a la siguiente como una existencia continuada y espectral de familias formadas en mejores tiempos económicos.

Esta «refeudalización» de las sociedades posmodernas explica la relación del periodo moderno temprano con la teoría queer, incluido el coqueteo de Warner con una base republicana para oponerse al neoliberalismo. Las primeras formas modernas de subjetividad sexual eran tanto protocapitalistas como no burguesas, y producían visiones de sí mismas que aún no estaban influidas por los conceptos burgueses pero que, sin embargo, dependían de los mercados y de las nuevas formas de trabajo asalariado. Captar estos fenómenos históricos requiere cuestionar el pensamiento histórico basado en modelos de desarrollo progresivo o de rupturas discontinuas, modelos que fueron en sí mismos producto de sociedades burguesas, así como explorar relaciones temporales más conectadas con los ciclos históricos de auge y de crisis económica en el litoral mediterráneo.⁵³ Los modelos desarrollistas y discontinuos de

⁵³ Freccero, *Queer/Early/Modern...*; Carolyn Dinshaw, *Getting Medieval: Sexualities and Communities, Pre- and Postmodern*, Durham (NC), Duke University Press, 1999; Jonathan Dollimore, *Sexual Dissidence...*, pp. 279-328.

la historia estaban conectados con experiencias burguesas particulares de un yo interior y de un proceso de vida, experiencias que inciden directamente en cómo uno puede concebir la sexualidad y su historia.

La identificación de Warner de «los contrapúblicos queer» con «escenas de criminalidad» que producen «un lenguaje común de autocultivo, conocimiento compartido e intercambio de intimidad» podría enriquecerse haciendo una conexión entre actividades o sentidos queer contrahegemónicos de pertenencia y una esfera pública históricamente proletaria. Warner sigue la visión de Habermas y «deja de lado la esfera pública plebeya como una variante que en cierto sentido fue suprimida en el proceso histórico».⁵⁴ Sin embargo, la supresión de un contrapúblico plebeyo queer es precisamente el problema que Warner identifica en su polémica contra la política de la homosexualidad de Sullivan. La conexión histórica de los contrapúblicos queer con la esfera pública proletaria o plebeya no podía articularse ni en el contexto polémico de *The Trouble with Normal* ni en el marco teórico abstracto de los ensayos reunidos en *Publico, públicos y contrapúblicos*. Un análisis de este tema hubiera requerido vincular estas reflexiones teóricas con la historia de la participación contrahegemónica queer en una esfera pública plebeya o las incursiones en la esfera pública burguesa.⁵⁵ Tener en cuenta el carácter «plebeyo» de la escena de la homosexualidad masculina —un público sexual compuesto por trabajadores y clases bajas urbanas heterogéneas, que incluye elementos de la burguesía— también explicaría la historia más larga de cómo este público plebeyo fue reprimido y eclipsado por una formación homosexual de clase media que se volvió hegemónica.

La respuesta crítica de Oskar Negt y Alexander Kluge a Habermas buscó reelaborar su conceptualización para incorporar un análisis de cómo la esfera pública burguesa clásica era de hecho un «producto» contingente que ocultaba activamente sus propias condiciones de

⁵⁴ Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere*, p. xvii.

⁵⁵ El proyecto sería entonces análogo a lo que Joan B. Landes hace para la historia de la participación de las mujeres en la esfera pública francesa en *Women and the Public Sphere in the Age of the French Revolution*, Ithaca (NY), Cornell University Press, 1988. El notable estudio de Robert Darnton sobre la Ilustración clandestina reflejado en la esfera pública plebeya de los cafés, los museos y los liceos conecta explícitamente este contrapúblico con el sensacionalismo sexual y la oposición política; véase Robert Darnton, *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge (MA), Harvard University Press, 1982, pp. 23-24.

producción. Analizan cómo la experiencia proletaria estaba bloqueada temporal y espacialmente por las condiciones de trabajo. En el proceso de producción concreto, los trabajadores interactuaban con los objetos parciales de las máquinas sin ninguna visión del conjunto, del mismo modo que el ciclo de vida de la experiencia proletaria atenuó cualquier identidad coherente al compartimentarla en ciclos de infancia, adolescencia y una edad adulta cercada por las dos fuerzas del trabajo y de «la estructura aterradora de la familia nuclear moderna».⁵⁶ Por el contrario, las comodidades de la formación del sujeto burgués —formas estables de subjetividad sexual generadas por el espacio interior de las habitaciones, una subjetividad epistolar producida por la escritura de cartas, patrones predecibles de intimidad doméstica y de camas y dormitorios separados para las criaturas y para las parejas— eran completamente ajenas a las experiencias proletarias: pensiones abarrotadas, camas compartidas, instituciones de confinamiento como casas de trabajo, prisiones, burdeles, campos de trabajo, barcos y cuarteles, y patrones irregulares de trabajo e intimidad. Además, lo que la subjetividad sexual proletaria tenía que ganar al darse a conocer —una comida o algún otro intercambio material, opciones de vida por muy precarias que fueran, un mínimo de placer en una existencia de otro modo brutalizada— la subjetividad sexual burguesa lo podía perder: propiedad, estatus y la posibilidad de casarse.

Históricamente, la homosexualidad ha sido una comunidad imaginada cuyos principios de pertenencia se basaban en autopercepciones diferentes, tal vez fundamentalmente incompatibles. Aquí es necesario separarse del concepto de Warner, ya que la suposición foucaultiana de que «un lenguaje común» implica «conocimiento compartido» o «intercambios de intimidad» se basa en una historia que atribuía amplios poderes de transformación subjetiva a una formación intelectual de la ciencia sexual que nunca tuvo los medios para ejercer dicha influencia sobre la autopercepción del proletariado. En lugar de convertir el modelo burgués de sentidos compartidos de intimidad en el principio de pertenencia grupal, es crucial preguntarse cómo las intimidades criminales y los encuentros entre clases sociales dieron forma a múltiples

⁵⁶ Alexander Kluge y Oskar Negt, *Public Sphere and Experience: Toward an Analysis of the Bourgeois and Proletarian Public Sphere*, trad. Peter Labanyi, Jamie Owen Daniel y Assenka Oksiloff, Mineápolis, University of Minnesota Press, 1993, pp. 29-31.

subjetividades sexuales y principios de cohesión y reconocimiento grupal, al apropiarse del espacio urbano en una lucha con fuerzas que buscaban imponer un orden moral hegemónico sobre tales espacios. En lugar de ver al individuo privado como alguien con una subjetividad que mira hacia su interior, un enfoque crítico busca comprender cómo el espacio social generó deseos entre personas del mismo sexo y subjetividades sexuales que se dieron a conocer al mundo.

La asociación de las personas queer proletarias con la autopresentación de personas de género diverso —y la represión estatal de estas actividades en la esfera pública— ha sido históricamente documentada en tabernas, bares y vías públicas desde principios del siglo XVIII en Francia e Inglaterra.⁵⁷ Como dice Chauncey, cuando escribe sobre la cultura sexual entre personas del mismo sexo de principios del siglo XX en Nueva York, «la prominencia» de las «locas», mayoritariamente de clase trabajadora, del tipo homosexual extravagante y afeminado «ofreció a muchos hombres un medio para construir personajes públicos que eran considerados más coherentes con sus “naturalezas internas” que las identidades masculinas convencionales». Paradójicamente, lo que muchos contemporáneos pueden haber considerado un comportamiento de género transgresor era, argumenta Chauncey, «coherente con los términos de la cultura de género dominante en la que habían sido socializados», lo que permitía a los hombres que no se identificaban como homosexuales desempeñar un papel sexual activo sin ninguna amenaza a su masculinidad o a subjetividad sexual.⁵⁸ Las autopresentaciones extravagantes hicieron socialmente visible la homosexualidad tanto para las posibles parejas sexuales como para las autoridades estatales; como tales, representan una estrategia adoptada principalmente por personas que no se preocupan por perder su estatus. Mientras la homosexualidad tuvo una base limitada en la esfera pública burguesa, su florecimiento en la esfera pública plebeya sometió a los hombres de posición a una hegemonía sexual proletaria local. Este gradiente de poder se invirtió en la dirección opuesta a medida que las instituciones homosexuales se hacían cada vez más comerciales y se liquidaba la base

⁵⁷ Rictor Norton, *Mother Clap's Molly House: The Gay Subculture in England, 1700-1830*, Stroud (RU), Chalford Press, 2006; Louis Canler, *Mémoires de Canler, ancien chef du service de Sûreté*, Paris, F. Roy, 1882, pp. 117-127.

⁵⁸ Chauncey, *Gay New York...*, pp. 49-50.

plebeya de los contrapúblicos queer. El amplio cambio cultural que se alejó de la identificación con el tipo de género diverso en las décadas de 1970 y 1980 representó un intento de construir una imagen propia más masculina durante las luchas de liberación gay y distanció a los hombres gay de una subjetividad queer históricamente de clase trabajadora que, comparativamente, no estaba preocupada por la pérdida del estatus burgués. Este cambio y el olvido en el que ha caído una clase obrera dominante es particularmente dramático en la desaparición del argot homosexual inglés (el polari) de la cultura gay británica. Aunque se han conservado muchas de las palabras —«trade [sexo]», «cruising [ligue callejero]», etc.— quedan pocos restos de esta antigua comunidad lingüística. El polari, que los lingüistas creen que surgió de una lengua franca hablada por los marineros del Mediterráneo, que luego circuló en los entornos del circo ambulante, el teatro y la prisión, se filtró en la cultura queer de la clase trabajadora a principios del siglo XX como una forma de contra-lenguaje con el que los hombres podían hablar libremente sin temor a ser entendidos por extraños potencialmente hostiles. En tanto se asoció con una forma de autoexpresión impropia y extravagante, y en tanto la homosexualidad alcanzó mayor aceptación social en la década de 1970, el polari cayó en desuso.

El dialecto en evolución por el cual una comunidad imaginada de homosexuales se había mostrado en público históricamente —pedir fuego, llevar corbatas rojas y maquillaje, nombres de mujer y trajes verdes, «plumas excesivamente brillantes» en el sombrero, zapatos de gamuza marrón y gris— cuestionaba a un grupo siempre más amplio de hombres de género normativo con una comunidad sexual dominada por la contrahegemonía proletaria.⁵⁹

Mientras la homosexualidad fue una cultura de calle, los hombres de estatus se arriesgaron al chantaje, al robo y a otras formas de violencia por participar en una contracultura sexual sin ley. Los códigos de reconocimiento de la clase trabajadora perdieron importancia a medida que la sintaxis de la comunidad lingüística se formalizaba en establecimientos comerciales que atendían abiertamente a la clientela gay. Estos nuevos espacios de aceptación formalizaron culturas previamente criminales de sexo público, creando una zona de seguridad contra las

⁵⁹ *Ibidem*, p. 52.

fuerzas legales de represión y fortaleciendo la identidad grupal en torno al proyecto de defensa política de estas instituciones contra el acoso policial. La base de la comunidad imaginada, un contrapúblico plebeyo, fue reemplazada por una nueva base de pequeñas empresas a las que se les permitía operar sin ser perturbadas por el Estado. A medida que la violencia estatal retrocedía, los mercados intervinieron en este entorno para crear un perfil de consumidor basado en la identidad gay.

Interregno

A medida que las infraestructuras sociales de la normalidad, el empleo seguro, la asistencia social estatal y las familias estables fueron erosionadas por las sucesivas crisis políticas y económicas después de la década de 1970, la hegemonía de una moral sexual restrictiva ejerció una influencia significativamente debilitada sobre las vidas de cada vez menos personas. Esta crisis de lo normal dentro del capitalismo tardío produjo una crisis intelectual de las categorías sexuales modernas en la que estas se proyectaron hacia atrás en el tiempo — proporcionando un campo unificado de investigación histórica, como pasó con los términos «queer» y «homosexualidad»—, siendo ampliadas para abarcar la totalidad del campo social, como pasó con el concepto de «normatividad». Esta confusión intelectual puede indicar una universalización paradójica de las condiciones sociales que alguna vez se entendieron bajo la categoría de «homosexualidad», menos a través de una ampliación de las libertades sexuales subjetivas que a través de una generalización de la intimidad precaria. Formas de amor y de vida que no se limitan a la elección de objeto entre personas del mismo sexo, pero que no obstante son «queer», corresponden estructuralmente a la posición histórica ocupada por los homosexuales, al margen de las instituciones de la familia, el Estado y la pareja. Como categoría social, «queer» describiría entonces las formas culturales mórbidas por las cuales las lógicas normativas del género y de la sexualidad sufren daños irreparables, se reafirman desesperadamente y se renaturalizan de forma perversa en el marco de una crisis social generalizada, en lugar de indicar una liberación utópica de estas lógicas en la búsqueda de un gesto autotransformador. Con el telón de fondo de la caída generalizada de las infraestructuras, lo

normal persiste dentro de formas decrépidas, permaneciendo vigente pero con poderes significativamente debilitados.

Un sujeto homosexual antagónico y una forma de familia estable se ven socavados en esta disolución de lo normal y, sin embargo, no puede nacer un nuevo orden sexual, lo que señala un tipo de coyuntura que Gramsci llamó un «interregno», lleno de «fenómenos morbosos más variados»:

Si la clase dominante ha perdido el consenso, o sea, si no es ya «dirigente», sino únicamente «dominante», detentadora de la pura fuerza coercitiva, esto significa precisamente que las grandes masas se han apartado de las ideologías tradicionales, no creen ya en lo que antes creían, etc. La crisis consiste precisamente en el hecho de que lo viejo muere y lo nuevo no acaba de nacer: en este interregno se verifican los fenómenos morbosos más variados.⁶⁰

El optimismo de Gramsci de que un empeoramiento de la situación material y el fin de las viejas ideologías proporcionarían un terreno favorable para la expansión de la teoría marxista, así como su idea de la necesidad de mantener un realismo cínico en esta coyuntura, siguen siendo convincentes. Solo una conciencia despejada de viejas ideologías podría estar atenta a esos puntos frágiles en los que la crisis revela superposiciones estratégicas entre estructura y superestructura, ofreciendo la posibilidad y hasta la necesidad de «crear una nueva cultura» que rompa con estos fenómenos morbosos.

Quizás por algunas de las antinomias señaladas anteriormente, la formulación de «queer» como categoría social ha proporcionado un diagnóstico de las formas de ruptura física y psicológica, del agotamiento del cuerpo libidinal por parte del capitalismo tardío. Una preocupación biopolítica anterior por el bienestar de las poblaciones en los países de altos ingresos ha dado ahora paso a variedades de muerte lenta controlada, una situación que resulta de una economía que depende de un empleo en el sector servicios con gran carga de afecto y de requisitos de bienestar público en los que la discapacidad es, cada vez más, el único camino hacia las redes de seguridad social. Tomando la observación de David Harvey de que el capitalismo define la enfermedad como una «incapacidad para trabajar», Lauren Berlant escribe lo siguiente:

⁶⁰ Gramsci, *Prison Notebooks*, vol. 2..., p. 33.

Los cuerpos de los trabajadores asalariados estadounidenses estarán más fatigados, tendrán más dolor, serán menos capaces de respirar y trabajar normalmente, y morirán antes que la media de los trabajadores con mayores ingresos, que también están engordando, pero a un ritmo más lento y con relativamente más oportunidades de hacer ejercicio. Vivirán la decadencia de sus órganos y cuerpos de forma más explícita, dolorosa y abrumadora que nunca; y ha quedado claro estadísticamente que, entre el estrés y la comorbilidad, morirán a edades más tempranas que sus abuelos y sus padres.⁶¹

Al entender estos cuerpos de trabajo enfermos y desgastados como fenómenos mórbidos resultantes de la crisis del Estado de bienestar social y del capitalismo tardío, Berlant llama la atención sobre las formas en las que la disolución normativa bloquea ideológicamente las aprehensiones de las causas estructurales de la miseria humana creando sujetos moralmente culpables. La experiencia de la epidemia del sida preparó la formación intelectual de la teoría queer para comprender los discursos de salud pública como «parte inevitable de un argumentario sobre la clasificación, la causalidad, la responsabilidad, la degeneración y las lógicas imaginables y pragmáticas de la cura».⁶² Aunque podría esperarse que estas experiencias del deterioro físico del cuerpo crearan un nuevo tipo de conciencia de clase, una moralización liberal de la salud en términos de decisiones individuales y de cálculo del riesgo bloquea esta posibilidad.

Cualesquiera que sean las posibilidades de «crear una nueva cultura» en la coyuntura actual, la consideración de las posibilidades planteadas por coyunturas pasadas puede ayudar a agudizar el sentido de lo que es posible. Las disoluciones de formaciones anteriores de hegemonía sexual y las crisis anteriores de las categorías sexuales han marcado todas las crisis anteriores del sistema mundial. Después de las guerras revolucionarias francesas, las crisis políticas y las revoluciones de 1848, la Gran Depresión de 1873-1896, la Primera Guerra Mundial y la Gran Depresión de la década de 1930, cristalizaron nuevas formaciones intelectuales en torno a transformaciones radicales de la moral y la conducta sexual. Las crisis han sido generadoras de nuevas formaciones de hegemonía sexual y a la vez han alterado formaciones más antiguas. El terreno histórico de las coyunturas de crisis es un lugar privilegiado

⁶¹ Berlant, *Cruel Optimism...*, p. 114.

⁶² Berlant, *Cruel Optimism...*, p. 103.

para examinar cómo se deshacen y reforman las categorías y los comportamientos sexuales y para observar qué fuerzas sociales intervienen en este proceso. Evaluar la importancia relativa de estas fuerzas requiere un cuidadoso análisis de la relación entre las fuerzas de oposición y una cultura dominante. Raymond Williams señala que el principal problema teórico para comprender lo hegemónico es distinguir categóricamente las fuerzas contrahegemónicas de las formas de oposición que, en última instancia, pueden ser absorbidas por una hegemonía específica —ser controladas por ciertos límites específicos, neutralizadas, transformadas o ser completamente incorporadas—. En otras palabras, casi todas las formas de oposición pueden en la práctica estar «atadas a lo hegemónico»; dicho de otro modo, «la cultura dominante [...] produce y limita al mismo tiempo sus propias formas de contracultura».⁶³ Para explicar la importancia de esta visión de la dominación cultural para el análisis de la homosexualidad, Jonathan Dollimore escribe que «la crítica cultural marxista más eficaz de este siglo ha prestado atención a las razones por las que lo potencial no se produjo, en circunstancias que deberían haberlo permitido». La experiencia de la derrota del marxismo occidental después de la Primera Guerra Mundial, cuando las condiciones que se pensaba que estaban maduras para el socialismo favorecieron el surgimiento del fascismo, han hecho que la tradición sea «muy consciente del hecho de que las potencialidades humanas no solo han sido salvajemente reprimidas, sino también abandonadas y repudiadas por sus antiguos defensores y por aquellos que podían beneficiarse más de ellas».⁶⁴

La experiencia de la derrota permite hacer una diferenciación retrospectiva entre lo que era contrahegemónico en la homosexualidad y lo que era una oposición que en última instancia resultaba asumible por una hegemonía sexual posburguesa más flexible. Sin duda, la apropiación homosexual del matrimonio sin intereses es capaz de sustentar culturas semipúblicas de relaciones más originales, que según algunos teóricos es algo esencial para la contracultura queer.⁶⁵ Estas prácticas

⁶³ Raymond Williams, *Marxism and Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 1977, pp. 113-14 [ed. cast.: *Marxismo y literatura*, Buenos Aires, Las Cuarenta, 2009].

⁶⁴ Dollimore, *Sexual Dissidence...*, p. 83.

⁶⁵ Warner, *Publics and Counterpublics...*, pp. 201-3; Douglas Crimp, «How to Have Promiscuity in an Epidemic», *October*, núm. 43, invierno de 1987, pp. 237-271.

aparentemente incongruentes se han convertido en opciones de vida no subversivas en las sociedades de altos ingresos. Lo que era contrahegemónico en la homosexualidad —su apropiación de los espacios urbanos para el sexo público, su identificación con otros movimientos antisistémicos— puede que ya no lo sea para un sistema cultural posburgués dominante. Aunque la libertad de participar en culturas queer de relaciones diversas actualmente depende de una infraestructura de salud sexual a la que todavía hay un acceso desigual y aunque las desigualdades económicas continúan aumentando, es difícil imaginar que la homosexualidad vaya a aportar las bases para cualquier politización futura de sexo. Parece mucho más probable que cualquier futura politización de la salud sexual sea parte de un movimiento social más amplio que responda al empeoramiento de las condiciones de vida, a mayores recortes en el gasto del sector público y a la hostilidad hacia la élite gobernante. Es difícil predecir cómo la precariedad de algunos cuerpos se vinculará con la de otros en futuras luchas.

La falta de diferenciación de las esferas pública y privada ha producido una dominación cultural mixta. La cultura de masas generalizó una epistemología burguesa de la homosexualidad al popularizar los modelos psicológicos del yo. La descomposición de la moralidad sexual burguesa permitió que un movimiento que politizaba la homosexualidad tuviera cierto éxito. Mientras que las condiciones de posibilidad del anterior movimiento socialista que politizó la identidad sexual en la Alemania de fin de siglo explotaron en una crisis del ego liberal que finalmente impulsó a las fuerzas conservadoras de la reacción —que se convertirían en la perdición del movimiento—, la crisis actual ha permitido una superación parcial del prejuicio antihomosexual afirmando los valores amenazados de la familia y de las relaciones de pareja. Que esta posición de vanguardia proporcione a la comunidad imaginada un lugar estratégico dentro del sistema para lanzar nuevas ofensivas contra las fortificaciones de la «normatividad» (o repliegues más profundos en diversas maniobras defensivas conservadoras) parece una cuestión discutible. Sin el fuerte antagonismo de una burguesía dominante contra la que una vez se afirmó una contracultura homosexual, este lenguaje y estas categorías puede que ya no sean relevantes para un espacio sexual despolitizado. Por tanto, se trata de un juego de roles sexuales para un teatro cultural posburgués: las opciones de o ligue de váter o marido trofeo, o masculino o femenino, o

aplicación de móvil o sauna, ahora parecen ser cuestiones de gusto personal, culturalmente recombinables en diversos grados, incluso dentro medios sociales altamente compartimentados y de autopresentaciones de un solo individuo. En todo caso, estas son las condiciones de un orden de género y de sexualidad parcialmente emancipado.

De ahí el cobarde espectáculo de la junta directiva del Orgullo de San Francisco, rechazando la decisión de su comité electoral de enviar una invitación a Chelsea Manning para ser Gran Mariscal del Orgullo Gay en 2013. En una declaración pública estigmatizando a Manning como una criminal «frente a la justicia militar de este país» y señalando la «responsabilidad del Orgullo de San Francisco de servir a una comunidad más amplia», la presidenta de la junta, Lisa Williams, reafirmó el compromiso del grupo de defender el sistema estadounidense contra la disidencia política.⁶⁶ Irónicamente, Manning podría haber sido considerada por la junta si hubiera sido despedida por su género, lo cual era compatible con la agenda del Orgullo de San Francisco; su denuncia de la corrupción estatal, de los crímenes de guerra y de los graves abusos de poder no eran compatibles. Así, el mismo discurso político que en el pasado excluyó a los homosexuales de la sociedad estadounidense apelando a los intereses de una mayoría silenciosa, ahora es utilizado por los homosexuales para mantener a raya a los miembros de su comunidad. Estas nuevas fallas de fragmentación y división dentro de la identidad estadounidense dejan poco espacio para la contracultura y para las libertades sociales y subjetivas de un periodo anterior de disolución hegemónica y de liberación gay. Más bien, a medida que la hegemonía cultural se ha vuelto más difusa y que las comunidades sexuales de posguerra se han fragmentado, las autoridades, incluidas las élites de gays y lesbianas, han tendido a preservar su poder recurriendo a la represión y a la fuerza. Los gays y lesbianas del sistema se colocaron en el lado opuesto de las barricadas policiales cuando los organizadores pidieron a un pequeño grupo de personas queer —que protestaban contra la Fiesta del Orgullo de San Francisco y contra la decisión sobre Chelsea Manning—, sin ningún atisbo de ironía o de humor, que no les aguaran la Fiesta.

⁶⁶ Lisa L. Williams, «SF Pride Statement about Bradley [sic] Mannings», *San Diego LGTB Weekly*, 26 de abril de 2013.

